

eTerciopelo

Solo
hasta
medianoche



LAURE EVER

Solo hasta medianoche

Laure Ever



TERCIOPELO

SOLO HASTA MEDIANOCHE

Laure Ever

A veces, el pasado vuelve para sorprendernos. Nos recuerda que no todo está perdido, y que todos merecemos segundas oportunidades.

ACERCA DE LA OBRA

La vida de Hope nunca ha sido perfecta. No conoció a su madre y su padre tampoco quiso hacerse cargo de ella. Ha tenido una vida llena de rechazos, y eso hace que decida esconderse detrás de algo que casi consigue acabar con ella.

Ahora, años después, Hope se ha alejado de aquella vida todo lo que ha podido. Las noches eternas, los días borrosos y los recuerdos dolorosos han quedado atrás. Decide ser una persona nueva, centrarse en sus clases y olvidar.

Claro que, muchas veces los planes no salen como nosotros esperamos. Cuando una persona del pasado de Hope regresa, ella no sabe hasta qué punto su vida dará un giro.

Brad siempre ha intentado proteger a la chica que salía de casa por la ventana de su habitación a medianoche. La que se pasaba las noches enteras en el tejado observando las estrellas. Pero cuando se fue, se prometió que se olvidaría de ella, hasta que volvió a verla y se olvidó de su promesa.

ACERCA DE LA AUTORA

Laure Ever Laure Ever es el pseudónimo que utiliza la autora nacida en Barcelona. Estudió Diseño y Edición editorial. Desde pequeña, le encanta leer y escribir, no imagina la vida sin los libros.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Brad

Capítulo 12

Hope

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Brad

Capítulo 16

Hope

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Brad

Capítulo 23

Hope

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Brad

Capítulo 32

Hope

Capítulo 33

Brad

Capítulo 34

Hope

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Epílogo

Créditos

Prólogo

*M*i vida nunca ha sido coser y cantar. De pequeña me gustaba imaginar la de los demás, con sus casas perfectas, sus padres perfectos y, ¿por qué no?, sus asquerosas mascotas perfectas. No me juzguéis, no tengo nada en contra de esos pequeños bichos peludos que se hacen pis en todas partes. En esa época, solía imaginar que era un gato, y me recorría la casa entera a cuatro patas. Una vez había llegado a mi destino, o por lo contrario me había cansado por el camino, me hacía un ovillo y me dormía. Me gustaría deciros que entonces mi madre me tocaba el hombro con dulzura y me susurraba al oído eso de «ya es hora de acostarse» mientras me llevaba a la cama con delicadeza y me arropaba hasta que volvía a quedarme dormida, o deciros que era mi padre el que me cogía en brazos y me llevaba a la cama. Pero no. Como os he dicho, mi vida no era ni fácil, ni mucho menos perfecta.

A mi madre no la conocí. No se fue de casa ni se drogaba ni qué sé yo, todas esas cosas chungas y tristes que se cuentan en las películas. Es mucho peor. Mi madre murió por mi culpa, yo la maté. Sí, no os penséis que os estoy tomando el pelo. Cuando mi madre se enteró de que estaba embarazada, cosa que no fue buscada, fue feliz. Quizá aquel fuera el momento más feliz de su vida, cosa que por desgracia, no sabré nunca. Pero la vida es cruel y consigue quitarte la sonrisa de la boca en un abrir y cerrar de ojos.

No sobrevivió al parto. Yo nací y ella murió. Qué irónico, ¿verdad? Nace una persona y le quita la vida a otra. ¿Esa era la forma que tenía el destino de decirme que no debería haber existido? Un poco cruel, ¿no crees? Prefiero que me envíen una carta o algo así. Y por si eso no fuera suficiente, mi padre no podía ni mirarme a la cara; de hecho, continúa sin poder hacerlo. Siempre he sabido que no era bienvenida en esa casa. Nunca me lo ha dicho, pero su expresión era como un libro abierto.

Cuando me miraba, podía ver reflejado el dolor de la pérdida en sus ojos verdes. Siempre supe que le recordaba a ella, a pesar de que nunca me lo dijera. Mi pelo, largo y rojo, era igual que el suyo, eso es lo que más le dolía. Cuando era más pequeña, solía imaginar que venía a buscarme. Es extraño cómo funciona la mente de un crío de cinco años... Pero como era de prever, mi madre nunca vino a buscarme.

Una vez, encontré una foto suya en una vieja caja de cartón. Era la mujer más bonita que había visto en mi vida. Sus ojos eran grises, como un día de invierno a punto de nevar, y su piel pálida como los copos de nieve. Mis rasgos eran los suyos, pero yo jamás sería ella. Nunca podría llenar el hueco que dejó. Nunca. Y mi padre siempre estaba allí para recordármelo.

Éramos dos extraños en la misma casa. Dos personas que convivían pero que no se conocían. Él nunca se ha preocupado por mí. Al principio, solía preguntarle con voz inocente como le había ido el día. Pero solo escuchaba un *aggg* de su boca. Nunca supe lo que significaba. Tanto podía ser «bien» como «déjame en paz». Cualquiera de las dos respuestas podía ser válida. Una vez crecí, comprendí que no quería que le preguntara, así que no volví a hacerlo.

Después, llegó la adolescencia, esa etapa en la que haces lo que te da la gana y te vuelves rebelde para conseguir la atención de tus progenitores. Yo no me volví rebelde, pero sí que hice lo que me dio la gana. Descubrí que no importaba a la hora que me fuese, como tampoco cuando volvía. Él no se daba cuenta. Nunca subía a mi habitación para desearme buenas noches, por lo que no tenía que preocuparme de si me veía o no en la cama. Me iba a medianoche, y, algunas veces, no regresaba hasta pasados unos días. No me hacía falta esconder una almohada que me sustituyera a las cinco de la madrugada porque yo estaba demasiado borracha como para volver a casa.

Normalmente, entraba y salía por la ventana de mi habitación, ya que muchas veces mi padre se quedaba dormido en el sofá, y, si pasaba por allí, era muy probable que lo despertara. Pero en algunas ocasiones, estaba tan mal de beber que subir a la ventana se me hacía un mundo. Así que no subía y me quedaba dormida en el porche. Algo irresponsable por mi parte, pero en ese momento me daba lo mismo.

A mi padre no le importaba, dudaba que se diera cuenta de que faltaba algo en casa. Mi vida era una mierda y eso no mejoró con el paso de los años.

Mi madre quiso llamarme Hope, ironías de la vida. No se podía tener esperanza cuando se estaba tan roto.

Capítulo 1

No mentiré, aquella mañana en que mi vida empezó de nuevo no fue especial. Todos los días consistían en la misma rutina. Sonaba el despertador, lo apagaba, sonaba de nuevo, lo volvía a apagar... Al comenzar a pitar por quinta vez, tenía más ganas de tirarlo por la ventana que de apagarlo..., pero al final, me desperezaba y salía de la cama arrastrando los pies. No era buena madrugadora, y sigo sin serlo a día de hoy.

Trabajaba por las mañanas para pagarme la universidad. No, aún no había empezado, pero no veía el momento de irme de aquella casa dónde nada más entrar sentía una tristeza inmensa. Era como si se me hubiera metido debajo de la piel y no me dejara avanzar. Me había costado horrores sacarme los cursos anteriores. Necesitaba conseguir el dinero para mis gastos y para la matrícula, así que muchas veces no tenía tiempo para estudiar. Horario flexible decían, claro. Mi padre nunca había pensado que mi educación mereciera la pena, total, ya le había amargado suficiente la vida solo con existir.

Fui a la escuela pública para poder ahorrar más dinero y tener acceso a una buena universidad. Quería estudiar psicología. Se me daba bien ponerme objetivos, pero no tanto cumplirlos. No era mala estrategia, pero dejaba mucho que desear. Algunos de los profesores me tenían lástima —que era algo que siempre había odiado—, pero si eso significaba que se apiadaban de mí, bienvenida fuera. Me dejaban más tiempo para los exámenes que a los demás porque siempre llegaba tarde, algunas veces incluso me aplazaron alguno un par de días. Todos estaban al corriente de «la vida de mierda de Hope», así que aprendí a vivir con ello. Intenté empezar dos veces en la universidad, pero siempre me pasaba algo que hacía que mis planes se fueran al traste, el dinero, el trabajo... así que no tuve más remedio que aplazarlo hasta poder costearme una gran parte.

Mis notas no eran las mejores, es decir, no tenía matrículas de honor ni nada de eso, pero nunca me permití bajar del notable. Hacía todos los trabajos extras que podían hacerse en una semana. A día de hoy, sigo sin comprender muy bien como lo conseguí. Me costó un poco más que al resto reunir el dinero suficiente para matricularme, pero sabía que aunque tendría una beca, con ella no me llegaría para todo lo necesario.

Trabajaba en una pizzería en el centro comercial todas las tardes, y los fines de semana servía copas en un pub. Creedme, ser camarera no era lo mejor del mundo, aunque daban buenas propinas, por lo que no podía quejarme. Después de mi época de rebeldía y desenfreno, comprendí que, o hacía algo con mi vida, o me iba a quedar atrapada durante toda mi existencia en esa casa que tanto odiaba. Llegó un momento en que siempre estaba borracha, y resultaba agotador. Mi vida era una resaca crónica. Bebía para olvidar, para no sentir..., hasta que casi destruí mi vida, eso me hizo abrir los ojos. Aquella fue la única vez que mi padre se dirigió a mí sin que yo se lo pidiera. «Deja de joderte la vida, Hope», me había dicho elevando mucho la voz, «ella no dio la suya para que tú malgastes la tuya».

Sabía que tenía razón, por mucho que no quisiera dársela.

Sé lo que estáis pensando. Al principio no era así, de verdad. Solo bebía lo justo y necesario para coger el *puntillo*. Después de eso intentaba no seguir. Entonces aún me quedaba un poco de sentido común. No fue hasta unos años después que todo se derrumbó. No resulté ser lo suficientemente fuerte para poder afrontarlo como la persona adulta que creía que era. Me comporté como una estúpida y casi consigo que me maten.

«¡Bravo, Hope!».

Llegó un momento en el que los trabajos de clase se me amontonaban en el escritorio, y yo ya no sabía de dónde sacar el tiempo para terminarlos. Me quedaba despierta por la noche y eso hacía que me durmiera en alguna que otra clase. Pero cuando llegaron las vacaciones de verano y entregué los trabajos acumulados, pude respirar con más normalidad.

Cuando abrí los ojos, los días de fiesta y borrachera quedaron relegados a un segundo plano. Podría decirse que había madurado, o eso era lo que decía el test de la revista juvenil. Al principio fui la niña por la que Alicia —así se llamaba mi madre— dio la vida. Después, esa niña a la que ni su padre podía mirar a la cara. De ahí pasé a ser la borracha del pueblo, y ahora... me daba igual como me llamasen. No iba a quedarme allí mucho más tiempo.

Mi mejor amiga, Olivia, siempre me decía que un día por fin terminaría todo, y que sería feliz de verdad. Yo siempre lo puse en duda. Nunca había conocido la felicidad, así que no esperaba que ella me encontrara.

Olivia siempre había sido mi vía de escape, la única persona que me había querido de verdad, igual que sus padres. Ellos me acogieron cuando nadie más quiso hacerlo. Me cuidaron y me dieron de comer algo que no fueran platos precocinados. Ya a los nueve años sabía que si no me conseguía yo misma la comida, nadie más lo haría. Mi padre muchas noches no venía a casa después del trabajo, y tenía que saber usar al menos el microondas si no quería morir de hambre. Siempre aparentaba ser una niña feliz, pero no lo era. Mi mejor amiga vivía a dos casas de distancia, y cuando las cosas se ponían feas con mi padre —o sea, prácticamente todos los días—, me iba a hurtadillas hasta la ventana de su habitación y me quedaba con ella hasta que me aseguraba que era lo suficientemente tarde como para que mi padre estuviera ya en la cama y, a poder ser, profundamente dormido. La mayoría de las veces funcionaba. Olivia me tranquilizaba y me hacía comprender que aquello no iba a durar toda la vida. Sabía que sus padres se daban cuenta de que estaba allí, pero nunca me dijeron nada.

«Llegará un día en que no tendrás que volver nunca más a esa casa —me decía ella con una sonrisa tan rodeada de pecas como la mía—, viviremos juntas y ya no tendrás que volver a preocuparte, Hope. Todo se habrá terminado».

Ojalá hubiera sido tan sencillo. Yo sonreía y le aseguraba que eso realmente pasaría algún día, aunque aún hoy sigo esperando que pase. Pero, a diferencia de la niña de once años que le asustaba que su padre estuviera delante de la televisión con una botella casi vacía en la mano, gritando a todo el que se le acercaba, ahora no tenía miedo. Simplemente había aprendido a ignorarlo. Casi ni recordaba cuando había sido la última vez que había mantenido una conversación con él. Bueno, una conversación no había tenido nunca, pero para mí, cruzar dos palabras me estremecía. «Hope, Hoooopeeee...». Era como un fantasma. Lo más ridículo que podía haberme pasado en la vida era llamarme Hope. Mi madre estaba convencida de que yo sería su esperanza, que equivocada estaba.

«Sí, fui de mucha ayuda, mamá».

Cuando salí del edificio, y las frías calles de Bristol me dieron la bienvenida, me di cuenta de que me había dejado el paraguas en casa. Pero

claro, desde que salí del edificio hasta que mi cerebro me avisó de que algo no cuadraba, ya era demasiado tarde y estaba montada en el metro que me llevaba dirección al trabajo. Genial, ¿esperanza decías? Como habréis intuido, soy un desastre andante. Siempre llego tarde a los sitios, me dejo todo por todas partes y, por esa razón, nunca encuentro nada cuando lo necesito. Se me olvidan la mitad de las cosas, sobre todo las importantes, y nunca, nunca, me acordaba de dar los recados a terceras personas. Se me olvidaban y, cuando quería darme cuenta, ya era demasiado tarde. Así que, si tenéis algo que decirle a alguien, será mejor que se lo digáis vosotros mismos, porque lo más seguro es que yo no lo recuerde.

Todos los pasajeros del metro iban concentrados en sus cosas, leyendo, escuchando música; música que, por cierto, se oía desde donde estaba sentada.

«¿Podrías bajar el volumen? Gracias». Algunos miraban por la ventana con aire melancólico, y otros la grieta del techo que, para mí, era lo más interesante del vagón. Yo, en cambio, estaba demasiado concentrada rezando para que dejara de llover, así que, todo lo demás no me preocupaba lo más mínimo.

Cuando llegué a la pizzería donde trabajaba, empezaron a caer finas gotas de lluvia. Menos mal que desde la parada del metro a la pizzería no había que andar demasiado.

Sin entretenerme, fui directamente al vestuario, —que era una pequeña sala al final del pasillo donde había cuatro perchas y un espejo— para cambiarme. Lo que más me llamaba la atención de ese lugar —aparte del nombre, claro— era el eslogan que llevábamos las camareras pintado en la camiseta en tono rosa chillón que contrastaba con el negro de la tela: «Bienvenido, ¿Qué desea tomar?». Era genial porque así no hacía falta que formulara la pregunta. Claro que, eran pocos los que se fijaban en lo que estaba escrito. «Bienvenido» quedaba justo encima mis tetas por alguna razón que desconozco, así que los clientes se despistaban bastante.

El uniforme era de lo más sencillo. Todo negro menos las letras que tenías dibujadas en el pecho, así por lo menos, podías pasar un poco desapercibida. Lo que más me gustaba del trabajo era la tranquilidad que se respiraba allí. Sí que es cierto que en una pizzería, cuando eran a las once de la mañana preferirías estar trabajando en otro lugar, porque era un infierno.

Además de pizzas, también servíamos desayunos, y, a esas horas, el centro comercial estaba a reventar. Lo peor era cuando venían veinte personas a la

vez a preguntar algo, y tan solo éramos dos detrás de la barra. Por lo demás, estaba encantada con mi trabajo. A partir de cierta hora, solo había gente con ordenadores. estudiando, leyendo... Esas horas eran las mejores. Hasta los camareros podíamos relajarnos, y eso estaba muy bien.

Dos minutos después de salir del vestuario, mi compañera Rachel ya me estaba haciendo señas con la mano para que me acercara lo más rápido posible. Me apresuré hacia ella mientras me recogía el pelo, que había decidido amanecer rebelde, por lo que los mechones de color rojo caían sueltos y mojados alrededor de mi cabeza. Por fin conseguí hacerme una cola alta como Dios manda.

—Hope, ha llamado Clara —Clara era la jefa, por así decirlo, por si os interesa saberlo—, necesitan a alguien que se quede por la noche a cerrar dos días a la semana, ya que Sam se ha ido. Hasta que encuentren a un sustituto esto va a ser un caos. Yo no puedo así que me preguntaba si podrías hacerlo tú — abrí la boca para responder pero me cortó— solo serían un par de semanas, como mucho tres, hasta que encuentren a otra persona para ese puesto. Conseguirás dinero extra. —«Dinero extra». Aquellas eras las palabras mágicas que yo necesitaba oír para decir que sí.

—Claro, no me vendrá mal un poco de dinero extra. Además, tú misma lo has dicho, solo serán unas semanas. Seguro que cuando colguemos el cartel ahí fuera no tardarán demasiado en ocupar el puesto. La gente necesita trabajo. — Me encogí de hombros. Rachel soltó aire de forma exagerada, cualquiera diría que había dejado de respirar.

—Genial —dijo aun intentando recuperar el aliento. Parecía que de un momento a otro se fuera a desmayar, y creedme, ninguno de nosotros queríamos eso. Rachel era la *pequeña* de la familia, y no por edad, no era tan pequeña, sino porque era muy menuda. Yo le sacaba más o menos una cabeza y media y eso que tampoco es que fuera demasiado alta. Rachel siempre andaba de aquí para allá como un gatito escurridizo. Llevaba siempre trenzado el pelo de color chocolate, que le llegaba por los hombros, y sus grandes ojos color miel me daban algo de miedo en algunas ocasiones.

Para ser lunes, la jornada no había empezado nada mal. A primera hora siempre venían los clientes fijos, los que ya sabías lo que querían y, nada más entrar por la puerta, ya estabas manos a la obra con su pedido. Para cuando llegaban a la barra se lo habías servido ya, y les hacías preguntarse si no tenías algún poder telepático que ellos desconocían. La ventaja de trabajar en

la pizzería era que prácticamente lo servíamos todo en cartón, por lo que no hacía falta recoger platos, tazas ni nada por el estilo.

Cuando mi jornada estaba a punto de terminar y estaba más concentrada en mirar las manecillas del reloj que en lo que tenía delante, alguien chasqueó los dedos delante de mí haciéndome regresar al mundo real.

—Perdona —dijo una voz que no reconocí—, pero me gustaría pedir antes de que se termine mi descanso. —Al girarme, vi a un chico con el ceño fruncido que me miraba con rencor. Se podía poner en la cola de la gente que me odiaba. No sé porque razón me lo quedé mirando más de lo que debería. Había algo en su mirada que me resultaba familiar, el problema era que no sabía por qué. Tal vez... no, imposible. Su sonrisa burlona me devolvió a la realidad.

—Claro, disculpa. ¿Qué te apetece? La especialidad de hoy son los *muffins* con arándanos. Yo no los he probado, pero mi jefa dice que están de muerte, así que supongo que deberíamos creerla.

—¿Qué clase de persona trabaja en un sitio como este y no prueba los *muffins* de arándanos? —comentó con una sonrisa mientras apoyaba el codo en la barra y se inclinaba hacia donde yo me encontraba.

—La clase de persona que no le gustan los dulces —respondí irritada, tampoco era verdad, pero no tenía porque saberlo—, Mis compañeros se pueden quedar con los *muffins*, y yo con las pizzas. ¿Qué te apetece? —pregunté de nuevo. Mi turno terminaba en exactamente... —esperad que miro el reloj— un minuto y medio, y si este chico no pedía algo en ese periodo de tiempo, no iba a esperarme a que se decidiera. Ya pasaba suficiente tiempo entre esas cuatro paredes como para quedarme más de lo necesario. No, ni hablar.

—¿Tienes prisa, *cariño*? —dijo en un tono demasiado meloso—. ¿O es que te pongo nerviosa?

«Más quisieras...».

—Mi turno termina exactamente dentro sesenta segundos, *cariño* —le dije con retintín, sin responder a su pregunta—, como no me digas ya que es lo que quieres a tomar, tendrás que esperar a que te atienda otra de las camareras —estaba empezando a ponerme de los nervios.

—Preferiría que me atendieras tú.

—Pues date prisa.

—¿Siempre eres tan mandona?

—¿Siempre eres tan irritante? —Era definitivo, ese chico sacaba lo peor de mí. Solté un bufido—Tienes treinta segundos—añadí sin apartar mi mirada de la suya.

—Vale... —repuso levantando las manos en señal de derrota— quiero tomar esos *muffins* de arándanos tan buenos que tú no has probado pero esperas que estén comestibles...

—Yo no he dicho eso.

—... y un café americano, con hielo. Por favor —Lo último lo dijo con una sonrisa.

—Genial —no iba a discutir con él— son tres con ochenta y cinco, por favor —comuniqué, utilizando el mismo tono que había empleado antes conmigo.

Mientras guardaba el dinero en la caja miré a Rachel.

—Rachel, ¿le preparas el pedido? Yo me tengo que ir —Tampoco era mentira del todo. Podríamos considerar que era una verdad a medias.

—Claro, ve tranquila, ya me ocupo yo. ¡Qué te vaya bien el día! —Me lo deseó con tanto entusiasmo que, aunque no sabía qué desayunaba por las mañanas, quise lo mismo que ella.

Mientras me alejaba, me iba deshaciendo de aquel delantal que siempre me traía problemas; una vez colocado no había manera de quitarlo. Decidí que no iba a girarme hasta salir de allí. No me importaban el chico ni su pedido.

«Sí. Repítetelo otra vez, a ver si así te lo crees...».

Pero ¿a quién quería engañar? Algo en él había despertado mi curiosidad, no sabía explicar qué era exactamente, pero su mirada verde me atraía como un imán, lo que no era una buena señal; solo me había sentido atraída por una persona en mi vida y la cosa no había terminado demasiado bien. No podía permitirme volver a sentir algo así por nadie.

Mientras me colocaba la mochila en los hombros, me giré para despedirme de Rachel, pero en lugar de encontrarme con ella, me encontré con unos ojos verdes que no dejaron de mirarme hasta que salí por la puerta.

En mi casa siempre me sentía como si estuviera en una cárcel. Tenía que andar con sigilo siempre que bajaba a la cocina para no despertar a mi padre, pues no quería que este despertara al vecindario entero con sus gritos.

Cuando llegué a casa, me lo encontré más borracho que de costumbre, aunque no tenía muy claro el motivo. Por la mañana era el ejecutivo perfecto y por la noche el perfecto capullo. Así que ni me molesté en saludarlo cuando entré por la puerta. Esa era mi rutina de cada noche: entraba, saludaba y él gruñía con una botella en la mano. Ya no me sorprendía encontrarlo inconsciente en el sofá con el salón apestando a cerveza. Antes lo recogía todo, ahora dejaba que se las apañara solo. Ya era lo suficientemente adulto como para ocuparse de sus problemas y yo no era una niña asustada. En un pasado lo había sido, pero ahora había crecido. Tenía veinte años y la vida por delante. Iría a la universidad, tendría un piso y una vida normal.

Las dos últimas semanas que pasé allí transcurrieron muy rápido; y cada día tenía las cosas más claras. Había llegado el momento, iba siendo hora de dejar el nido. Meses atrás, había mandado varias solicitudes a diferentes universidades y, para mi sorpresa, me habían aceptado en dos. Le había prometido a Rachel que la ayudaría hasta que encontrarán una camarera nueva; la única razón por la que no me había marchado antes. En esos días había estado mirando apartamentos en diferentes sitios pero ninguno era lo suficiente barato como para poder permitírmelo y las habitaciones de las residencias ya estaban todas ocupadas, así que no me quedó más remedio que acceder a que me pusieran en lista de espera.

Siempre recordaré el día en que me fui. No porque fuera emotivo ni nada de eso, sino porque cuando salí de mi casa me sentí libre. Por fin podía respirar y el nudo que había tenido en la garganta durante tantos años había desaparecido. Cuando bajé las escaleras, con una maleta en una mano y una bolsa en la otra, mi padre no me dirigió ni una mirada.

El programa de la tele debía ser muy interesante.

—Me voy —le dije con una mano en la puerta, pero de su boca no salió ningún sonido.

No sé qué esperaba. ¿Tal vez un adiós? A él nunca le había importado lo que yo hiciera, así que en esta ocasión no iba a ser diferente. Bajé la mirada y abrí la puerta sin mirar atrás.

Era mi primer día de libertad.

Capítulo 2

Un año más tarde

Odiaba mi trabajo. Odiaba mi vida, pero lo que más odiaba en ese momento, era trabajar allí. Si no fuera porque me permitía pagarme mis estudios en la universidad ya me habría ido hace bastante tiempo. Aunque había estado ahorrando durante años, no había sido lo necesario. La beca también me cubría una parte, pero era imposible llegar a fin de mes sin trabajar. Para permitírmelo, tendría que vivir en la calle y no estaba dispuesta a eso.

Desde que me mudé a Manchester, mi vida había empezado a ser distinta. Era una nueva Hope.

Por suerte, no trabajaba todos los días, algo positivo si tenemos en cuenta que necesitaba tiempo para hacer los trabajos y para estudiar para los exámenes. Ya no trabajaba en la pizzería y lo extrañaba. Había estado gran parte de mi vida trabando allí y había sido mi primer empleo. Me habían tratado bien y no me habían puesto ninguna pega cuando me fui. La verdad, me había dado mucha pena despedirme de mis compañeros, pero tenía que irme y ellos lo sabían.

Sé que debería sentirme afortunada por tener un empleo en el que me pagaran bien. Aún me sorprendo cuando recuerdo la facilidad con la que había encontrado este trabajo. Iba con mis maletas de camino a la universidad cuando vi un cartel de «Se necesita camarera». No sé si es que a la dueña le había dado pena mi pinta, las maletas o que ya estaba cansada de no encontrar a nadie. Pero fue decirle que estaba interesada en el empleo me dijo «Contratada». Sí, así de fácil. Hasta yo misma me había sorprendido, así que allí estaba, rodeada de pasteles.

Estábamos a principios de enero, y desde el interior podía verse el cielo gris perla que adornaba nuestra querida ciudad. Casi no sabía ya lo que era ver la luz del sol. Aquel local tenía una gran cristalera que nos permitía ver a

la gente pasando, paseando o corriendo, los coches, motos, bicis... Cualquier distracción era bien recibida cuando no se tenía nada que hacer, y aunque realmente en el trabajo no tenía demasiado tiempo libre, de vez en cuando no estaba de más ver qué pasaba en el mundo exterior.

¿Os digo la verdadera razón por la que acepté este trabajo? Dos de mis palabras favoritas: café gratis. Podía tomar todo el café que quisiera sin tener que pagarlo, y eso para una universitaria era como música en sus oídos. Servir cafés no era el trabajo de mi vida. Por eso estaba estudiando. Entendía a las personas que sí les gustaba, cada uno tenía sus propios sueños. Pero para mí no lo era. Hacía los cafés de forma automática mientras miraba fijamente la cafetera. Estúpida máquina. Al principio nos llevábamos bastante mal. Ella decidía no arrancar y yo la golpeaba para ver si de aquella forma conseguía ganarme su respeto. Después de unos meses puedo confirmar orgullosa que logramos entendernos. Yo no la molesto y ella hace correctamente su trabajo, así ganamos todos.

Aburrida, miré el reloj por enésima vez a ver si de esa forma la manecilla avanzaba más rápido y podía largarme de allí. Los miércoles y viernes me tocaba cerrar a mí y lo odiaba. Pero la parte positiva es que los fines de semana no tenía que ir a trabajar. Había camareros contratados solo para el sábado y domingo. Quedarme hasta las ocho de la tarde, con todas las cosas que tenía que hacer me ponía nerviosa. Tenía trabajos que entregar, exámenes para los que estudiar y en lugar de eso, estaba encerrada en este sitio. Con café, eso sí.

Horas después, volví a mirar la hora de nuevo. Faltaban cinco minutos para la hora cuando escuché sonar la campanilla de la puerta.

«No puede ser —pensé—. ¿Es una broma?».

—¿Está cerrado? —preguntó el chico de ojos verdes que había abierto la puerta.

—Cerramos a las ocho —le dije mientras me levantaba—. Pero si no me pides algo muy difícil puedo hacerlo. —Su boca se torció en una mueca.

—Solo quiero un café americano para llevar. —Sin contestarle, me acerqué a la máquina con un vaso de papel y preparé su dichoso café americano para llevar. Eso me haría llegar tarde a casa.

—No sabía que trabajabas aquí —me dijo acercándose.

—No me conoces —contesté tajante sin apartar la vista de la máquina.

—Sí, es verdad —reflexionó. Pensé que podría dar por terminada nuestra

conversación, pero el chico continuó hablando—. Eso podría tener solución si decidieras hablar conmigo en lugar de esconderte. Soy un buen chico, lo prometo. —Claro. Un buen chico. Nadie en su sano juicio diría que no lo es... —. Además, no es la primera vez que nos vemos —fruncí el ceño. ¿Qué narices se había tomado ese chico? Me di la vuelta esperando a que continuara hablando y, aunque su cara me resultaba familiar, no sabía dónde ubicarlo. El resopló al darse cuenta que no sabía quién era.

«¿Lo siento?».

—No sé de qué me hablas —dije muy seria, intentando que esa seriedad no transmitiera el miedo que estaba empezando a sentir. ¿Quién era ese chico? ¿Un acosador tal vez?

Quizá debería llamar a la policía, nunca se sabe.

—Solía ir alguna que otra vez a la pizzería del centro comercial—explicó como si eso tuviera que significar algo—. La última vez que nos vimos no me presenté, y después desapareciste... —No le respondí. Le tendí su vaso y empecé a cerrar algunas luces para ver si se daba por aludido y se largaba. Pero no pareció funcionar por el momento. No sabría decir el motivo por el cual seguía ahí plantado sin hacer nada.

—Creo que te equivocas de persona. —No era verdad, claro que era yo y ahora que lo decía, sí que podría ser ese chico que vi una de mis últimas veces en Bristol.

—No, eso es imposible —aseguró muy serio.

Me di media vuelta e hice ver que limpiaba. Todo estaba recogido, así que seguramente parecía idiota. Ya me había encargado de limpiar y de poner todo el género que había sobrado en una bolsa que ya estaba dentro de mi mochila marrón. Después de la siete y media de la tarde, no entraba mucha gente, así que me podía poner a limpiar tranquila.

—¿No tienes casa? —pregunté con toda la simpatía que me permitía mi cuerpo después de una larga jornada laboral. El chico me dedicó una sonrisa de medio lado, pero no se marchó. No sé si me estaba vacilando o simplemente tenía el día simpático y había decidido pagarlo conmigo.

Me puse a limpiar la cafetera, algo que odiaba cada vez que me tocaba hacerlo; cuando acabé, la apagué con un suspiro. Lo bueno de aquel sitio era que en muy pocas ocasiones servíamos los cafés en tazas o vasos de cristal. Todo lo entregábamos en vasos largos de cartón con el logo, igual que la comida.

—Esperaré a que acabes y te ayudaré a cerrar. Así verás que no soy tan malo como tu retorcida mente ha pensado.

—Yo no he pensado nada y no necesito que nadie me ayude —contesté cortante—. Pero gracias.

—Tal vez deberías ceder un poco —dijo ahora más serio de lo que nunca antes lo había visto. En nuestros anteriores encuentros, aunque no sé si podía llamarlos así, siempre tenía una sonrisa en los labios, pero ahora eran una fina línea recta. Descubrí que no me gustaba.

—Tal vez... —Él pareció relajar los hombros.

Una vez terminé de limpiar fui directa a cambiarme. Me quité el uniforme que nos hacían llevar y me puse mi ropa lo más rápido que pude. No me fiaba de él. Puede que pareciera buena persona, pero no lo conocía. Me arreglé algunos mechones que se habían escapado de mi coleta, me puse la mochila en el hombro, cogí la bolsa de basura con la otra y salí para encontrarme de nuevo con el misterioso chico de ojos verdes, aunque esperaba que se hubiera cansado de esperar y estuviera camino de su casa. Pero no, ahí seguía. Al verme, volvió a sonreír.

«Nota mental, descubrir si me gusta o no que me sonría de esta forma...».

—¿Nos vamos? —pregunté. Necesitaba salir de allí. Apagué las luces que quedaban y cerré la persiana con un suspiro.

—Cualquiera diría que estabas deseando salir de ahí.

No era muy difícil adivinar que no me gustaba mi trabajo. Me encogí de hombros mientras iba a tirar la bolsa de basura. No iba a darle esa satisfacción. Cuando volví, empecé a andar sin saber muy bien hacia dónde me dirigía. Siempre iba andando al trabajo ya que no estaba demasiado alejado de mi casa, solo cogía el metro en contadas ocasiones, pero no sabía cómo había venido él. Y no pensaba subirme al coche de un desconocido, por muy guapo que fuera. Aún me quedaba algo de instinto de supervivencia.

—¿Has venido andando? —le pregunté mientras escondía la cara dentro de la bufanda. No contestó de inmediato y eso me hizo volverme hacia él.

—Sí —me dijo sin apartar la mirada— me gusta andar.

—Vale.

Di por finalizada la conversación, pero con este chico nunca se podía saber cuándo podías dar por finalizado algo.

—Desapareciste del mapa... —En ese momento se puso serio. Demasiado. Y mentiría si dijera que no me asustó. Así que solo pude hacer una cosa,

encogerme de hombros. Así no correría el peligro de que me temblara la voz. Seguía caminando en plena noche con alguien que no conocía, cualquiera diría que era una maldita temeraria. Eso de «no hables con desconocidos» no iba conmigo por lo que parecía. Empecé a ponerme nerviosa y me dio la impresión de que él lo había notado ya que sonrió de medio lado—. Puedes estar tranquila. No voy a secuestrarte ni a llevarte a un callejón para acabar con tu vida.

—Es bueno saberlo. —Pero aún no estaba tranquila y él seguía sonriendo.

A lo lejos vi mi apartamento, y eso me hizo respirar con normalidad. La zona estaba llena de edificios, así que, si intentaba secuestrarme, me pondría a gritar a pleno pulmón y alguien saldría en mi ayuda. En el vecindario me querían, era muy amable con todo el mundo. Antes de que pudiera avanzar, me coloqué delante de él, consiguiendo que este se parase en seco y haciendo que nuestras caras quedaran muy cerca. Demasiado. Nos quedamos así unos segundos hasta que me decidí a dar el primer paso.

—Mi apartamento está en la otra calle. No hace falta que me acompañes, pero muchas gracias por el paseo. —Intenté poner mi mejor sonrisa pero creo que no me salió demasiado bien.

—Está bien. ¿Me dirás tu nombre esta vez? —algo me decía que ya lo sabía, pero lo dije de todos modos.

—Hope.

—Brad Evans —dijo él con media sonrisa—. Hasta la vista, Hope.

Os voy a poner al tanto de lo que me pasó mi primer día en esta ciudad, creo que lo necesitáis.

Cuando llegué a Manchester no fue del todo bonito. Me compré un billete solo de ida y decidí que quedarme dormida en la estación era buena idea. Ahora, cuando lo pienso más detenidamente, me dan ganas de pegarme hasta dejarme la cara hecha un desastre. ¿Cómo había sido tan irresponsable? Vale, no tenía dónde pasar la noche y de acuerdo, estaba en un sitio que no conocía, pero me podían haber robado las maletas o algo peor. Para mi suerte —y la de mis pertenencias—, no pasó nada de lo que mi mente creó. En mis maletas no faltaba nada y yo estaba perfectamente. Al menos aparentemente.

Recorrí las calles con un mapa en la mano, ya que no quería pagar un taxi. Ya iba mal de dinero, y no pensaba malgastarlo en un medio de transporte; me

parecía absurdo. Pregunté a algunas personas y consulté varias veces el mapa y listo, llegué a mi destino sana y salva. Por suerte para mí, ese día amaneció gris pero sin amenaza de lluvia.

No tengo muy claro el aspecto que tenía en esos momentos, aunque soy consciente de que no debía ser demasiado bueno. Todos me miraban de arriba abajo con expresión rara. Me estudié un poco por encima a ver si se me había pegado algo en alguna parte de mi cuerpo, sin encontrar nada extraño. Me había parecido una buena idea ponerme una sudadera que me llegaba por las rodillas, y en las piernas solo llevaba un par de medias que estaban un poco rotas. (Consejo, no os pongáis medias para un viaje largo).

Cuando llegué a la oficina no sé si a la señora que había detrás del escritorio le dio un infarto o simplemente sintió pena por mí, pero se llevó las manos al pecho. Vale, no era mi mejor día, aunque tampoco era para ponerse así. Me giré para mirar mi reflejo en la puerta de cristal y bueno..., entendí un par de cosas. Llevaba el moño, que no me había molestado en arreglar, bastante deshecho, mis ojos verdes estaban hinchados por la falta de sueño y las lágrimas que no había dejado de derramar en todo el viaje. Además, las ojeras se veían claramente a esa distancia. Se podría decir que había hecho un buen trabajo: daba pena.

Suspiré, ya había llegado, así que no podía hacer otra cosa que componer una de mis mejores sonrisas y acercarme a la mujer.

—Hola —le dije mientras avanzaba—, mi nombre es Hope Scott y tendría que haber llegado hace unos días pero me surgió un pequeño problema y no he podido venir antes, lo siento.

—Oh, no pasa nada, cariño. Ven, siéntate. ¿Quieres una galleta? Las he traído esta mañana.

No solía comer demasiados dulces, pero después de estar casi veinticuatro horas sin probar bocado, habría dicho que sí a cualquier cosa. Asentí mientras murmuraba un tímido gracias y me lancé hacia las galletas con pepitas de chocolate. El chocolate era uno de los dulces que lograba tolerar, así que íbamos bien. Quizá hasta le robara otra antes de irme, si se portaba bien.

Empecé a firmar papeles, a ver horarios... y mi cabeza estaba a punto de explotar. Demasiada información de golpe.

Creo que esa mujer fue la persona más amable que había conocido en mi vida. Estaba atenta a todo lo que le decía y tuvo una paciencia infinita conmigo y mis preguntas. No le importaba repetirme las cosas dos veces, ya que mi

capacidad de atender a lo que me estaba diciendo era prácticamente nula. Cuando me preguntó dónde iba a alojarme, y le dije que aún no tenía ningún sitio donde quedarme, casi se puso a llorar. Lo juro. Mi intención no era dar pena; tenía pensado dirigirme al tablón de anuncios y mirar si alguien buscaba compañero de habitación, piso o lo que fuera. La pobre mujer se apiadó de mí y me dijo que había una habitación en el campus que nadie quería. Y bueno, si nadie la quería..., sería por algo, pero era mejor que nada, no tenía otra opción.

Estaba yendo a la salida cuando me choqué con alguien. La verdad, no daba una, pero el chico, muy amablemente, evitó que me rompiera una pierna. Me hice un lío con las maletas y casi nos caemos los dos, aunque gracias a Dios, parecía que hacía falta mucho más que una chica y dos maletas para tirarlo al suelo.

Era un chico alto, al menos desde mi altura. Me consideraba una chica de estatura media, ni muy alta ni muy baja. Tenía el pelo negro, despeinado, que le daba un aire muy sexy. Sus ojos oscuros estaban clavados en los míos, tenían algo hipnótico. Me lo quedé mirando un buen rato hasta que su voz hizo que aterrizara al mundo real de nuevo.

—¿Estás bien? — preguntó preocupado—. Pareces un poco cansada.

—Bueno, es lo que tiene no dormir demasiado. —Intenté sonreír pero no surtió efecto. Sus brazos aún me rodeaban la cintura, y me empezaba a sentir algo incomoda. No me gustaba demasiado en el contacto físico. Solo me abrazaba Olivia, y desde que se había marchado a la universidad, no nos veíamos demasiado. Sinceramente, la extrañaba. Mucho. Habíamos dicho que hablaríamos todos los días, pero durante las últimas horas, no me había apetecido hablar con nadie, así que las llamadas fueron a parar directamente al buzón de voz.

—Oh, menos mal que aún estás aquí —exclamó aliviada la señora de las galletas—. ¿Podrías llevar a la señorita a la habitación azul?

¿Habitación azul? Creo que en su pequeña charla «vamos a darle una habitación a Hope» había obviado el azul. Eso, o me había perdido la parte en la que me decía de qué color era la habitación. No tenía ni idea de que era, y ya me daba miedo hasta preguntar. El chico en cuestión abrió mucho los ojos y me miró mientras me soltaba. Me encogí de hombros como diciendo «Eh, que yo no sé nada». Parecía que dudaba entre hablar o quedarse callado porque boqueaba como un pez fuera del agua. Esperé a ver si decía algo, pero el

pobre parecía haberse quedado sin palabras. Era oficial, me daba miedo ver que había en esa habitación. Volvió a mirarme y entonces se decidió a hablar.

—¿No hay más habitaciones?

—No. No hay habitaciones desde hace muchos meses. La pobre niña no tiene ningún lugar dónde quedarse, así que le he ofrecido esa hasta que encuentre algún sitio al que ir.

Vale, que me tuvieran pena no era algo que me hiciera mucha gracia, pero si me daba un techo por unos meses me conformaba. Ya me cabrearía más tarde cuando alquilara una habitación en cualquier otro sitio. El chico que había delante de mí, se debatía entre decirme algo o tragárselo. Me daban ganas de zarandearlo y decirle «escúpelo de una vez», pero no era la mejor forma de empezar una conversación. Lo digo por experiencia.

—No puedo dejar que la lleves allí. Eso es inhumando...

Definitivamente no me acercaría a esa habitación, por muy azul que fuese. Quizá pudiera quedarme en algún hotel o en un albergue algunos días hasta que encontrara algo, no podía ser demasiado complicado encontrar apartamento en una zona universitaria..., ¿no?

—Ha sido muy amable en dejar que me instale allí, pero creo que me buscaré una habitación en algún albergue. —«O no sé, quizá me vaya bajo un puente».

—Es tu día de suerte.

— Ah, ¿sí? ¿Y me podrías decir por qué si eres tan amable? Estoy algo espesa.

—Hace una semana que buscamos un compañero de piso, ya que el anterior nos ha dejado tirados en el último momento. No puedes dejar que dos personas se mueran de hambre porque tienen que pagar el alquiler, ¿verdad?

—Pues quizá es tu día de suerte y no el mío.

—Tal vez... —repuso con media sonrisa pintada en la cara—. Alex—me dijo tendiéndome una mano. Alargué la mía hasta que mis dedos rozaron los suyos.

—Hope—contesté, aún no muy convencida.

—¿Nos vamos, Hope?—fue lo último que dijo antes de arrastrarme fuera de la oficina.

Era nuestro día de suerte.

El primer día que puse un pie en el apartamento dónde iba a vivir, no imaginé ni por un momento que a mis compañeros de piso les faltara un tornillo. Cuando me encontré a Alex no supe muy bien como tomarme que quisiera que compartiéramos piso. Si era un intento de flirteo por su parte o que realmente le preocupaba si vivía o no debajo de un puente.

Sin saber muy bien por qué, decidí darle una oportunidad al chico, pero no sin antes pedirle que me dejara mirar el tablón de anuncios. No había ni una oferta que llamase mi atención. Y con llamar mi atención me refiero a una que no se pasara el doble de mi presupuesto. No podía permitirme el lujo de gastarme un dineral en una habitación. Él alegó de nuevo que era mi día de suerte, pero lo que se calló era que él y su compañero estaban buscando desesperadamente alguien para ocupar la habitación que les sobraba.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —le pregunté una vez acepté su oferta de ir a ver el piso.

Sin decir una palabra, me agarró del brazo y tiró de mí. Me arrastró por media ciudad mientras mi mente estaba barajando las diferentes posibilidades de salir corriendo.

Alex era un chico que no se conformaba con un no como respuesta, así que cuando vio la negativa a punto de salir de mi boca, me dijo que me lo pensara. Y lo hice, no demasiado bien por lo que parece, pero lo pensé.

Capítulo 3

*H*abía pasado una noche horrible intentando terminar un trabajo que llevaba días quitándome el sueño. Mientras bajaba las escaleras, una chica rubia y de largas piernas, debo añadir, se paseaba por la cocina con una camiseta que le tapa bien poco. No tenía nada en contra de los ligues de Alex, es más, se podía traer a casa a quien quisiera, pero yo no tenía por qué aguantarlas. No eran mi problema.

Pasé a su lado y me fui directa a por la cafetera, mi gran amiga, esa que nunca me abandonaba. No podía lidiar con un rollo de Alex sin una cantidad considerable de cafeína en el cuerpo. No se me conocía por ser demasiado amable pero ya que estaba allí, podía hacer dos cafés, al fin y al cabo, me dedicaba a eso. Con un movimiento de cabeza le pregunté si quería y ella asintió, por lo que deduje que me había entendido. Le tendí la taza y nos quedamos en silencio. Tampoco era conocida por ser muy habladora. Ninguna de las dos habló. Mejor, no tenía ganas de compartir mi mal humor con nadie. Tenía mal despertar, pero si a eso le sumábamos que llevaba días sin dormir bien, el resultado podía ser explosivo.

Cuando pensaba que quizá la chica seguiría callada y yo podría continuar con mis cosas sin que nadie me molestase, vi bajar a Alex bostezando. Suspiré y di media vuelta. Estuve tentada en decirle a la chica que había sido un placer conocerla, pero no era verdad. Tampoco se me conocía por mentir.

—Amor, arréglate —me dijo Alex mientras le robaba la taza de café a esa pobre chica—. David nos espera en la cafetería de abajo. —Enarqué las cejas como diciendo ¿en serio? Era sábado, no pensaba malgastarlo desayunando en la cafetería de abajo—. Y antes de que digas nada —prosiguió—, me debes más de un desayuno así que no puedes decirme que no.

Maldita sea. Tenía razón.

Este tipo de situaciones eran algo muy habitual entre nosotros. Desde el primer momento en que nos conocimos —bueno, quizá no desde el primero exactamente...—, nos entendimos a la perfección, aunque muchas veces por las peleas que teníamos en casa, parecía todo lo contrario. Alex era una persona que lograba sacar lo peor de mí, y él lo sabía. Tenía claro como picarme para que saltara, pero lo más importante, es que sabía cómo calmarme cuando tenía un mal día.

Desde que me fui de casa, no había vuelto a saber nada de mi padre. Igualmente, tampoco creía que a él le interesase demasiado lo que estuviera haciendo.

«Hola, papá. Estoy bien, no hace falta que te preocupes por mí». Era algo ridículo, si tenemos en cuenta que en el pasado nunca se había interesado por mí.

Por lo que me contó la madre de Olivia, mi padre era un joven alegre y amable que se preocupaba por todo el mundo, pero cuando murió mi madre dejó de serlo. Ahora era un hombre deprimente, que nunca se había preocupado por su hija y que hacía todo lo posible por evitarla, dentro y fuera de casa. Vamos, una joya. Siempre tenía una expresión neutra en la cara, salvo la vez en que le dije que mamá no habría querido que me tratara así. Entonces, me pareció ver una expresión de dolor en su rostro, pero desapareció tan rápido que pensé que quizá me lo había imaginado. En ese momento pensé que me gritaría, pero no lo hizo. Simplemente se dio la vuelta y se llenó la copa de nuevo. Había personas que sabían convivir con el dolor y había personas, como mi padre, que nunca habían aprendido a hacerlo. Tampoco hacía nada por superarlo. Pero por alguna extraña razón, lo quería y me preocupaba por él. Aunque no podía ayudar a una persona que no quería aceptar lo que le ofrecían.

No era habitual en mí tener el ánimo por los suelos, ya que hacía tiempo que había conseguido mantener mis sentimientos bajo control, pero cuando los tenía, Alex me ayudaba a salir de nuevo a la superficie. Algunas personas no entendían nuestra relación y creían que les estamos mintiendo al decir que no teníamos una relación romántica. No sería la primera vez que David, el otro chico con el que comparto piso, me veía salir de su habitación por la mañana o a él de la mía. Una de las cosas buenas de vivir con ellos, era que no tenía tiempo de aburrirme. Antes de que lo preguntéis, no estoy liada con Alex, y

tampoco tengo la intención de hacerlo. La gente no cree en la amistad entre chico y chica, pero yo sí. Y es algo maravilloso.

Alex ha sido lo más parecido a un hermano que he tenido jamás y no iba a dejar que esa relación se estropease. Tampoco pensaba que yo le gustase de alguna forma *romántica*. Él no paraba de decirme que era una chica atractiva y yo le decía que él estaba de buen ver. Vale, no sentía nada por mi mejor amigo, pero tenía ojos en la cara. En todo el tiempo que había pasado allí, aprendí que Alex no aceptaba un no por respuesta, así que, mientras él le decía algo a la chica con la que había compartido mi fabuloso café, subí de nuevo las escaleras para ponerme algo decente y salir a desayunar.

El ruido de la cafetería ya me hizo plantearme si debía quedarme, o por lo contrario, irme de nuevo a casa. Alex, adivinando mis intenciones, me agarró del brazo impidiendo así que diera media vuelta y me marchase. ¡Maldita sea!, odiaba que me conociera tan bien. Su mirada era una mezcla entre «ni se te ocurra irte» y de «cómo te vayas me las vas a pagar», así que le seguí hasta la mesa donde se encontraba David.

David era la tranquilidad personificada. Era quien mediaba entre Alex y yo cuando teníamos una pelea, el que ponía los ojos en blanco cuando le exigíamos que dijera quien de los dos tenía razón. Era una persona serena, que nunca alzaba la voz; demasiado perfecto, quizá, y lo odiaba por ello. Sacaba las mejores notas, trabajaba, hacía deporte, ¿cómo se las arreglaba para tener tiempo? No tenía ni la menor idea. David tenía el pelo más rubio que hubiera visto nunca y los ojos tan profundamente azules que cuando se me quedaba mirando demasiado tiempo me estremecía.

No fue muy complicado saber dónde estaba, ya que siempre nos sentábamos en el mismo sitio. Alex se acomodó, y, en lugar de dejarme hacer lo mismo pero en otra silla, tiró de mí hasta que quedé sentada en su regazo. David debió de pensar que la situación era muy divertida, ya que sonrió de medio lado. Cuando quise darme cuenta, me fijé en que nuestro amigo ya se había encargado de pedir por nosotros. En la mesa había un desayuno completo. *Croissants*, magdalenas, café... ¿Debería asustarme?

—Si has matado a alguien por mucho que me sobornes con comida no pienso ayudarte a esconderlo —le dije mientras me llevaba un *croissant* a la boca. Él sonrió y cogió la taza de café.

—Tranquila, nunca dejaría que te ensuciaras las manos de barro. Para eso ya está Alex. —Este arqueó las cejas mientras David continuaba hablando antes de que él pudiera decir algo—. Necesito pedirlos un favor. —Creo que en aquel momento dejé de respirar.

— ¿Qué clase de favor? —preguntó Alex quitándome las palabras de la boca.

—Paula va a venir de visita y...

—Ni hablar —contestó Alex—, tu hermana no va a venir de nuevo a mi casa.

—Querrás decir nuestra casa, ¿verdad? —y recalcó la palabra «nuestra», vocalizando cada sílaba como si le fuera la vida en ello.

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez que vino? Aún estoy recogiendo plumas.

Yo sí que lo recordaba, no era algo fácil de olvidar. Fue muy divertido a la vez que espantoso. Paula era la peor pesadilla de Alex. Tenía dieciocho años con una mentalidad de una niña de siete.

La última vez que se quedó de visita en nuestra casa fue la más épica de todas. Mientras Paula daba su paseo diario por la ciudad, se encontró lo que ella llamó un cachorro indefenso. Aunque si era un cachorro, de indefenso no tenía nada. Para que su hermano no lo descubriera, guardó a ese pequeño monstruo en la habitación de Alex. Cuando este abrió la puerta se había quedado lívido. El animal del diablo —como lo había denominado él— se había dedicado a morder tanto la almohada como el edredón, y parecía que hubiera nevado en la habitación. Cuando llegue yo y vi lo que había pasado, no sabía si reírme o sujetar a Alex antes de que matara al pobre perro.

—Alex..., no tiene otro lugar dónde quedarse, solo serán unos días, te prometo que no causará ningún problema. ¿Hope? —Al escuchar mi nombre volví a la realidad— ¿Tú qué opinas?

—Opino que no quiero que me metáis en vuestras peleas. Sabes que no me importa que venga, no tengo que decírtelo... —Alex me taladró con la mirada y yo me encogí de hombros—, a mí me cae bien.

—Amor, esto no me lo esperaba de ti —me dijo Alex mientras fingía estar dolido, luego miró a David y su mirada se transformó en rabia—, de ti sí. — Seguimos comiendo en silencio hasta que David empezó a mirarnos de una forma muy extraña. No me gustaba esa mirada. Alex por otro lado estaba

demasiado ocupado fijándose en una rubia que estaba sentada en la barra. ¡Oh, por favor...!

—Os dais cuenta de que no parece que seáis solo amigos, ¿verdad? —Casi me atraganto con el café. ¿A qué venía eso? Alex lo miró con lo que deduje que sería la misma expresión que tenía yo.

Me levanté de su regazo ligeramente aturdida por la situación, no entendía muy bien a que había venido eso exactamente. Él estaba acostumbrado a nosotros y nunca, jamás, habíamos ido más allá de la amistad. David tenía una sonrisa burlona en la cara que no me gustaba nada, así que decidí quitársela. Fui con mi vaso de café al lado de él y le di un codazo que hizo que se encogiera mientras intentaba contener la risa. Yo lo miré con las cejas arqueadas. Más tarde tendría que contarme qué había pensado exactamente. Alex se levantó haciendo una mueca mientras se dirigía hacia la rubia que estaba sentada en la barra. Ella nos miraba entre desconcertada e ilusionada; lo segundo se debía a que Alex se acercaba a ella con paso decidido.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunté. Él empezó a reírse descaradamente en mi cara y yo volví a darle otro codazo.

—Oh, vamos, Hope. Estabas sentada en su regazo. ¿De verdad piensas que nadie se va a creer que no estáis juntos? Te llama amor. Si no fuera porqué soy vuestro amigo y, además, vivo con vosotros, yo también me lo plantearía.

Las palabras de David me desconcertaron. ¿De verdad dábamos esa impresión? Alex y yo siempre habíamos sido amigos. Nunca me había planteado tener algo más con él. No lo veía de aquella forma, y dudaba mucho que él lo viera de una forma distinta a la mía. David me sacó de mis pensamientos con un leve golpe en el hombro que me hizo darme la vuelta. Alex le estaba diciendo algo a la rubia al oído, y esta sonreía como una tonta. De pronto ambos dirigieron la mirada hacia nosotros y saludaron. Espera, ¿nos estaban saludando a nosotros? David y yo levantamos la mano, y empezamos a saludar lentamente con la mano mientras me preguntaba por qué narices estábamos haciendo aquello exactamente.

—¿Me puedes decir a qué viene que les saludemos? —le pregunté a David mientras me acercaba.

—Ni idea. Esperaba que me lo dijeras tú... —Seguimos saludando hasta que comprendí lo idiota que parecía y bajé la mano.

Cuando terminamos de desayunar, Alex se fue con la rubia a vete tú a saber dónde y David se marchó a buscar a su hermana. Al principio, pensé en subir a

casa y terminar los trabajos que tenía que entregar al día siguiente, pero mi mente no estaba para pensar. En mi cabeza, no dejaba de repetir la conversación que había tenido con David. No me importaba lo que los demás pensasen de mí, esa etapa la tenía más que superada. Había perfeccionado la técnica durante años, pero eso no quitaba que no me gustase que hablaran de mí a mis espaldas.

Capítulo 4

*M*e encontraba ordenado un poco mis apuntes en la mesa del salón, cuando un torbellino de rizos azules entró por la puerta de casa.

Paula, la hermana de David, siempre me había parecido una niña adorable. No es que nos lleváramos muchos años, pero tenía una cara aniñada, de rasgos finos, que era muy difícil ignorar. También era bastante menuda. Recuerdo que me había dicho que en más de una ocasión la habían confundido con una niña de dieciséis años, y después de verla, entendí por qué. Pero todo quedaba en un segundo plano cuando te fijabas en su larga melena azul aguamarina. Los bucles le llegaban hasta el final de la espalda y le hacían parecer una sirena.

David adoraba a su hermana, algo que se notaba cada vez que estaban juntos. Muchas veces me preguntaba cómo habría sido tener un hermano mayor que se hubiera ocupado de mí, que me hubiera dado el cariño del que me habían privado desde el principio. O puede que si lo hubiera tenido, también me odiara. En todo caso, no lo iba a saber.

Nunca había disfrutado una Navidad en familia, ni siquiera la Navidad, en general. No había montado nunca un árbol ni había recibido regalos. Ni por Navidad ni el día de mi cumpleaños. Normalmente, mi padre se pasaba esa fecha borracho, recordándome lo que había hecho, como si yo no fuera consciente de ello. Al principio me entristecía, sobre todo cuando era una niña, pero a medida que fui creciendo, me di cuenta de que llorar no servía de nada. Una vez cumplí quince años, preferí pasar ese día en cualquier otra parte, y por qué no, con una botella de algo fuerte en las manos. Ahora, por suerte, pasaba el día de una forma distinta. Fuera de casa, pero sin una botella dónde ahogar mis penas.

Recuerdo la primera vez que me emborraché el día de mi cumpleaños como si fuera ayer. Me encontraba en la parte del bosque que había detrás de nuestro barrio con una botella de cerveza que le había robado a mi padre; las lágrimas

no dejaban de recorrer mis mejillas. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar, y un vacío en el pecho tan grande como aquella ciudad. Si mi propio padre no me quería, ¿quién lo haría? Cuando tenía más de la mitad de ese líquido dentro mi organismo, escuché unos pasos a mi espalda. Cuando intenté ponerme en pie, todo decidió moverse de sitio haciendo que no me fuera fácil estarme quieta.

Un niño de grandes ojos verdes me miraba desde la distancia. Yo daba pena, pero, él, en cambio, estaba perfecto. Con su chaqueta gris, y sus pantalones oscuros. Lo odié solo mirarlo.

—No creo que eso sea muy bueno para tu cuerpo. —Estaba a unos pasos de mí.

—Me da igual —dije muy seria, intentando vocalizar— mi padre lleva años así y aún no se ha muerto. —Me tambaleé de una forma muy ridícula y decidí que, hasta que no dejase de darme vueltas todo, no me volvería a levantar. Fue la mejor decisión que tomé ese día.

—Tú misma —apuntilló antes de irse—, si esa es la vida que quieres, una vida igual que la de tu padre, supongo que no puedo hacer nada por evitarlo. —Y se fue. Dejándome sola con mi botella.

Mi mente volvió a la realidad cuando escuché gritar a alguien. Alex bajaba por las escaleras cuando Paula lo vio. Este quiso escapar, pero ella fue mucho más rápida que él. Sé lanzó a sus brazos, haciendo que se tambaleara. Si no fuera porque él se agarró a la barandilla que tenía justo a su lado, los dos habrían caído al suelo. Y menos mal que no fue así, no disponía de tiempo para llevarlos al hospital más cercano.

Ella empezó a decir cosas sin sentido mientras él intentaba quitársela de encima. David los dejó a su suerte igual que yo, que continué ordenando apuntes.

En cuanto Paula se dio cuenta de que yo también me encontraba allí, dejó a Alex y se dirigió a su siguiente presa: yo. Intenté alejar mis papeles lo suficiente para que no los tirara al suelo. Al parecer lo hice bien, ya que conseguir tener los puntos en su sitio cuando Paula se me colgó del cuello. Estupendo.

—Te he echado mucho de menos, Hooooopiiiiie —suspiró alargando demasiado la O. Sonreí. Me gustaba la sensación de que alguien me echara en falta. La abracé con fuerza antes de alejarla. Me costaba mostrar afecto físico por cualquier otra persona que no fuera Olivia, aunque estaba trabajando en

ello—. Noooooooo —se quejó cuando vio que intentaba separarme, haciéndome reír.

—Paula, en serio, no puedo respirar —solté entre risas. De pronto noté que su abrigo tenía vida propia y empezaba a moverse solo. Parpadeé varias veces. ¿Era posible que todos aquellos años de borrachera diaria me pasaran factura finalmente?—. ¿Es cosa mía o ese abrigo se está moviendo? —Paula se puso tensa entre mis brazos e hizo el amago de moverse. Pero cuando miré a Alex su mirada era de pánico—. Paula....

—No puede ser —gritó Alex al levantar el abrigo—, otro bicho peludo, ni hablar, me niego.

—Pero, Alex...—empezó ella.

—Ni Alex ni nada, Paula —continuó muy serio—, te dije que nunca más traieras un bicho a esta casa. ¿Es que no te quedó lo suficientemente claro la última vez? No lo quiero aquí. —El labio de ella comenzó a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Ni se te ocurra ponerte a llorar.

—Pero... —insistió ella con ojos llorosos— es muy pequeño. Me lo he encontrado cuando veníamos y....

—¿Y tú no te has dado cuenta de que llevaba un bicho metido en el abrigo? Pero ¿qué clase de hermano eres? —Yo lo observaba todo desde la distancia, no pensaba meterme...—. Hope... —¡Mierda!—. ¿Tú que piensas?

«Pienso que sería estupendo que me dejarais ordenar los apuntes en paz».

—Nunca he tenido un perro —confesé mientras me encogía de hombros.

—Tú también no —se quejó él mientras echaba la cabeza hacia atrás—, ¿es qué todos me odiáis? ¿Es eso?

—No seas dramático. Sabes que yo te quiero mucho —intenté camelarlo y arreglar un poco el circo que se había montado en pocos minutos—, pero lo digo en serio, nunca he tenido un perro... —Me acerqué al cachorro y le acaricié la cabeza. Era muy suave. Solo verme, se tumbó en el suelo—. Es muy bonito, y parece bueno, no como el otro —al que ni siquiera me había podido acercar, por cierto. Cogí al pequeño animal en brazos y este me lamíó la cara. Qué asco. Lo aparté un poco. Me gustaban los animales, pero no tanto. Era pequeñito y de color marrón. Una monada.

—¡Oh, vamos, Hope...!

Empecé a sonreír cuando pasó su cabecita por mi barbilla. Estaba tan perdido como yo, nadie había querido cuidar de él. Solo ansiaba un poquito de cariño. Alex vio algo en mi expresión, ya que suspiró antes de hablar.

—Está bien. El pulgoso se queda, pero lo quiero lejos de mi habitación.

—Tranquilo, pequeñín —le susurré mientras lo abrazaba—, yo cuidaré de ti.

«Algún día, lograré ordenar todo este caos», me decía una y otra vez mientras colocaba diferentes papeles encima de la mesa. El perro no dejaba de dar saltos de un lado para otro, intentando comerse una mosca que había entrado. Aunque era pequeñito, su instinto asesino era bastante grande. Sobre todo con los bichos que volaban. Alex se había encerrado en su habitación, y eso quería decir que no quería que nadie lo molestase... A no ser que pidiéramos una pizza. En ese caso, teníamos permiso para darle la lata todo lo que quisiéramos. David estaba regañando a Paula en la cocina, no gritaban, para mi suerte o desgracia. Suerte porque no me molestaban, desgracia porque no me estaba enterando de lo que decían.

Mi mente no dejaba de volar hacia Alex y la mirada de reproche que me había dirigido cuando me puse del lado de Paula. La última vez todos habíamos estado de acuerdo en buscarle al perro otro hogar. Pero en esta ocasión, había visto algo en el animalito que había hecho que me rompiera por dentro. Quizá fue su mirada de perdido y de falta de cariño. Pensareis que estoy loca al ver eso en los ojos de un perro, sin embargo era así. Algo dentro de mí me decía que no podíamos dejarlo solo.

Al final, me levanté de mi asiento y anduve hasta la habitación de Alex, no sin antes lanzarle una mirada de advertencia al perro. No quería que tuviera la excusa de «mi perro se ha comido mis apuntes». No me hacía ninguna gracia.

Dejé discutir en paz a ambos hermanos y al perro persiguiendo moscas. Estupendo, todos estaban entretenidos, no notarían que me había ido. Subí las escaleras con tranquilidad hasta la habitación de Alex. Llamé con los nudillos suavemente, esperando una respuesta de su parte. Nada. Silencio. Lo intenté de nuevo, y ocurrió lo mismo. Silencio. Como habréis deducido, no me gusta demasiado que pasaran de mí. Abrí la puerta sin permiso, dispuesta a echarle en cara su desprecio hacia mí, hasta que lo vi tumbado en la cama, boca abajo, con los auriculares puestos. Bueno, le daría el beneficio de la duda.

Me acerqué a él sin demasiada prisa y lo llamé. Volví a recibir la misma respuesta de su parte. Ninguna.

—Alex, Alex —dije mientras lo sacudía. Ya me había cansado de tanta tontería. Este pegó un brinco y levantó su mirada verde hacia mí, después se relajó.

—Jesús, Hope —me advirtió, dándose la vuelta—, no hagas esas cosas. — Me reí por lo bajo mientras él se incorporaba en la cama—. ¿Qué pasa? — preguntó mientras se quitaba los auriculares.

—Solo quería saber si estabas enfadado conmigo —expliqué— por lo que ha pasado antes, no me gusta estar así contigo, ya lo sabes. Sé que no te ha hecho ninguna gracia que me pusiera de su parte, y más en un tema así. No te gustan los animales, lo pillo. Pero ese pobre perrito no tiene la culpa. Mira el lado positivo, ahora no tenemos moscas. —Él enarcó una ceja.

—Genial —repuso sin muchas ganas. Hizo una pausa antes de seguir—. Hope, no estoy enfadado, y menos contigo. Es cierto que no me gustan los animales, y después de lo que pasó la última vez... no tengo ganas de volver a recoger plumas. ¿Lo entiendes?

Asentí.

—Claro —miré hacia otro lado para que no pudiera ver mi expresión. Había aprendido a leer mis gestos con mucha rapidez—, tal vez tienes razón. Podemos buscarle una familia que lo quiera. —Hice ademán de levantarme, pero él me puso una mano en la pierna.

—Hope... —me dijo muy despacio—, has visto algo en ese perro, lo sé. De momento no ha roto nada, podemos quedarnos con él un tiempo, si David está de acuerdo, claro. Eso sí, como empiece a destrozar cosas, lo saco de una patada. —. Que bruto era cuando quería.

—¿En serio? —pregunté esperanzada. Después caí en la cuenta. Alex no hacía nada gratis—. ¿Qué quieres a cambio?

—Quiero que me cuentes que has visto en ese animal para ponerte así de tierna. Por lo general, eres tan blandita como un ladrillo. —Le di en un hombro y empezó a reírse.

—Me he visto reflejada en él. —Alex se puso tenso a mi lado—. Está solo, perdido y sin que nadie quiera hacerse cargo de él. Es muy triste, ¿sabes? En su carita he visto que ansiaba que alguien le diera un poco de cariño. Es estúpido, ¿verdad? —Él me puso una mano en la rodilla y apretó.

—No es estúpido, Hope —aseguró—, no tienes la culpa de que tu padre sea un capullo. Tienes que convencerte a ti misma de que ese hombre no merece

nada de tu parte. Ahora eres feliz, ¿no? —asentí—. Pues deja de pensar en el pasado y vive el presente —lo miré y torció una sonrisa.

—Gracias —le dije con sinceridad. Nuestra conversación se terminó en el momento en que escuchamos que algo se rompía en la planta de abajo. Miré a Alex de reojo.

—Más te vale que no sea algo mío...

Fue lo último que dijo antes de salir por la puerta.

Capítulo 5

*E*sa mañana fui la primera en despertarme. Algo muy extraño en mí, ya que siempre solía bajar la última a desayunar. Pero al contrario de lo que estaréis pensando, no fue por voluntad propia. Un animalito con mucha energía y ganas de jugar no paraba de saltar en mi cama, así que no había forma de volver a dormir. Me tapé la cabeza, esperando que el perro se calmase o que dejase de verme. Lo que ocurriese antes. Pero ni yo era tan lista, ni el perro tan tonto. Suspiré mientras echaba a un lado las sábanas y ponía un pie en el frío mármol. Lo fulminé con la mirada mientras buscaba a ciegas mis zapatillas. Una vez las encontré en la otra punta de la habitación, me las puse y le hice un gesto al perro para que me siguiera. Al menos eso lo entendió bien, ya que bajó de la cama de un salto. Eso sí, tenía que ir él delante, no fuese a ser que le cerrara la puerta al irme.

Bajé las escaleras sin muchas ganas, y busqué la comida que le habíamos comprado el día anterior. Como supuse desde el principio, a David no le había importado que nos quedáramos con el perro. Habíamos decidido que haríamos turnos para sacarlo a la calle; algo que a Alex no le hizo demasiada gracia, pero terminó cediendo. Le dejé al perro el cuenco de comida en el suelo, y este se lanzó como un salvaje. Ya que me había despertado, empecé a hacer el desayuno. Que consistía en algo muy difícil y complejo: volcar los cereales en un bol y echarle leche. Era el único plato que sabía hacer.

Me senté y empecé a mezclar los cereales. Me gustaban cuando estaban bien blanditos.

—No sé cómo puedes comerte esta porquería de colores —me dijo Alex al pasar por mi lado—, es como estar comiendo un plato de ceras con exceso de azúcar.

Me encogí de hombros.

—A mí me gusta —dije con la boca llena—, a ti te gusta el brócoli y yo no digo nada. Esto al menos está bueno.

Empezó a reírse mientras encendía la cafetera.

—¿Quieres un café? —preguntó de espaldas a mí.

—Sí, por favor. Eres el mejor amigo del mundo. —Vi como sus hombros se movían acompañando a su risa.

Normalmente, las mañanas eran bastante tranquilas. Teniendo en cuenta que vivía con dos chicos que no eran para nada tranquilos, no estaba nada mal. Ambos estaban demasiado dormidos como para interactuar, así que lo agradecía. Mis mañanas consistían en gruñir a todo el que se acercara lo suficiente a mí como para respirar el mismo aire. Ese día, al contrario que los demás, me levanté más comunicativa. Podemos echarle la culpa al perro. Lo miré de reojo y vi como seguía comiendo sin importarle nada más que lo que había en su cuenco. Genial, si un día me molestaba mucho, con ponerle un cuenco con comida lo tendría entretenido durante un rato. Me parecía increíble la velocidad con la que comía, era igual que Alex. Si no fuera porque sabía que era imposible, diría que eran hermanos. El perrito empezó a mover el cuenco metálico con el morro hacia donde estaba yo, como diciendo: «Se ha terminado, quiero más». Me hice la loca. Si lo ignoraba, quizá se cansaría.

Alex se acercó a mí y me dejó una humeante taza de café con leche delante de mí. Lo miré con una sonrisa; mi forma silenciosa de darle las gracias. Empecé a remover el café, mientras escuchaba de fondo gimotear al perro. ¿Cómo era posible que tuviera más hambre?

Levanté la vista y vi a Alex fruncir el ceño mientras miraba al perro.

—No —me limité a decir—, te he puesto tu ración. Ahora a dormir, o a lo que sea que hagas. Venga.

Sin embargo, no me hizo ni el menor caso. Seguía gimoteando en el suelo. Bufé mientras me bajaba del taburete para cogerlo en brazos. En ese momento se calló. Estupendo. Volví a sentarme, e intenté seguir con mi desayuno en paz. El perro se acomodó en mis rodillas y se durmió. Vale, pues no tenía hambre.

—Al menos has conseguido que se calle —comentó Alex mientras echaba leche a los cereales. Me encogí de hombros. Todo lo que dijera podría ser utilizado en mi contra. De pronto dejé de escuchar como removía y me asusté. Levanté la vista y vi que me miraba fijamente.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —dejó de mirarme y volvió a concentrarse en sus cereales. Fruncí

el ceño—.David y yo estuvimos hablando anoche....

—El perro se queda.

—No me has dejado terminar.

—Es verdad. Disculpa.

—Hemos pensado en limpiar la habitación extra que tenemos y habilitarla para alquilarla. Lo he hablado con mis tíos y no les importa. De ese modo, nos bajaría un poco el alquiler, cosa que nos viene bien a todos, y en eso tenía razón. Alquilar la cuarta habitación del apartamento supondría pagar menos. Me encantaba la idea.

El apartamento donde vivíamos era de los tíos de Alex, que en un momento de debilidad, decidieron alquilárselo a su sobrino. Cuando llegó David, Alex vivía allí desde hacía algún tiempo. Eran amigos de toda la vida, así que no se lo pensó dos veces a la hora de compartir piso con él. Poco después llegó Jan, un chico callado, que nunca decía nada y se fue de la única forma que sabía: sin decir nada a nadie, algo no le gustó demasiado a Alex, así que pensó que, la próxima vez que invitaran a alguien a vivir con ellos, lo investigarían a fondo. Mentira. Me reclutaron a mí sin saber ni de dónde venía. En todos los meses que llevaba allí, nunca habían comentado nada de arreglar la habitación de los trastos, como me gustaba llamarla. El espacio era un absoluto desastre. Ahí estaban todos los aparatos inservibles que compraban mis compañeros de piso. Una bicicleta que ninguno de los dos usaba y que intentaron encasquetarme a mí, una cinta de correr (no preguntéis), cajas que no tenía muy claro lo que contenían, no era tan curiosa, pero bueno..., supongo que os habréis hecho una idea.

Sin embargo si arreglábamos esa habitación, la cuestión era, ¿dónde iban a meter todo lo que había ahí dentro? Esperaba que la respuesta no fuera en la habitación de Hope. Pondría el escritorio contra la puerta si hacía falta.

—Me parece bien —dije. Quizá no estaba tan comunicativa como había pensado en un principio.

—¿De verdad? —preguntó. Me encogí de hombros—. Entonces, podemos empezar a sacar algunas cosas hoy y pedir lo que sea necesario para alquilarla. Una cama, escritorio... todo eso. ¿Qué me dices? —Asentí. El perro resopló en mis rodillas y yo ahugué una risa—. He vendido algunos de los trastos que había allí dentro —menos mal—. Si todo va bien, vendrán entre hoy y mañana a buscarlos.

—Genial, ya era hora —comenté antes de dar un sorbo de café—. La mitad

de las cosas que hay allí dentro hace siglos que no se utilizan

—Tienes razón —dijo mientras recogía mi plato y el suyo—, espero ganar lo suficiente como para dejar de hacer horas extra durante un tiempo. Casi no tengo tiempo de estudiar, y no puedo permitirme perder este año.

Asentí.

A Alex, al contrario que a todos nosotros, estaba en su último año. Nunca había visto a una persona sacar tantas matriculas seguidas, de verdad. Estaba estudiando derecho, y por lo que había escuchado, era el negocio familiar. La suerte era que a él le encantaba, así que todos contentos. Si algún día me metía en problemas, tendría alguien a quien llamar.

David estaba en tercer año de bellas artes y después estaba yo, que tras fracasar estrepitosamente en mis intentos de entrar a la universidad, por fin estaba en segundo curso de psicología. Estaba haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad para no salir corriendo. Me esforzaba al máximo todos los días, y esperaba que todo ese esfuerzo fuese suficiente como para que mi segundo año pasase sin ningún problema.

Desde que estaba allí, con ellos, había dejado de pensar en mi padre, y en mi vida en la casa oscura y malhumorada en la que había crecido. En las críticas con las que tenía que lidiar cada día, los gritos, y sobre todo, con la peste a alcohol.

Desde que decidí dejar de ser como mi padre y dejar a un lado la botella, había bebido muy poco. No diré que lo había dejado por completo, porque sería la mentira más gorda que había contado en mi vida, pero sí que me controlaba mucho. Nunca bebía más de dos copas; me daba miedo. Me asustaba la mera idea de terminar como él o de no saber controlarme. Sabía lo que era perder la noción del tiempo. Olvidar gran parte de la noche y no quería volver a ello. Había pasado casi tres años de mi vida con la cabeza embotada de alcohol y no quería volver a experimentarlo. Era una suerte que no tuviese ningún problema grave debido a ello.

No echaba de menos esa vida. Nunca lo haría. En aquel momento pensaba que era lo mejor para despejar la mente para olvidar lo que me esperaba en casa, para olvidarme de quién era. En algunas ocasiones, incluso pensaba que si llegaba a beber lo suficiente, podría dejar de existir. Él tendría una cosa menos de qué preocuparse, y yo no volvería a tener problemas. Claro que, cuando sientes que tu vida pende de un hilo, no parece tan buena idea. Y es

cuando te asustas y rezas a todos los dioses, prometiendo que dejarás de beber si sales de esa. Lo he cumplido, a medias.

El ruido de alguien bajar las escaleras cortó el hilo de mis pensamientos, haciendo que volviese a la Tierra después de estar mucho tiempo perdida en los recuerdos. Me giré y vi a David bajar sin ganas. Se frotaba los ojos mientras intentaba no caerse por los escalones. Alex y yo sonreímos al verlo, pero a él no parecía hacerle tanta gracia como a nosotros.

—Buenos días —nos saludó mientras bostezaba. Intentó subirse al taburete pero falló. Se lo quedó mirando unos instantes, como si así dejara de resultarle difícil subirse. Lo intentó de nuevo.

—Toma —le dijo Alex mientras le tendía una taza de café—, la necesitas. —David gruñó, pero la aceptó—. Parece que ahora ya no es tan divertido que tu hermana venga de visita, ¿eh?

—Calla —gruñó—. No entiendo cómo puede moverse tanto. Esta noche dormiré en el sofá. —Bebió un sorbo de café y dejó la taza en la encimera. Reprimí una carcajada. Sabía que, si me reía, a David no le haría ninguna gracia. El perrito se removió en mi regazo, hasta que decidió que ya lo habían molestado suficiente y se dirigió hacia el sofá. Chico listo.

—Tenemos que ponerle un nombre —les dije a ambos—. Se aceptan propuestas.

—¿Qué tal, Chris? —preguntó David. Enarqué las cejas.

—Ni hablar —dije mientras miraba al perro—, no tiene pinta de llamarse Chris.

—¿Paul? —Negué con la cabeza.

El cachorro marrón levantó las orejas como si supiera que estábamos hablando de él.

—¿Y Adam? —me giré.

—No sé para qué pregunto nada. —Alex empezó a reírse y David negó con la cabeza.

En ese momento Paula bajó por las escaleras a toda prisa, saltando los escalones de dos en dos. El perro al verla, levantó sus orejitas y, acto seguido, dio un salto del sofá corriendo como un loco hacia ella.

—Hola, Jack. —Él se sentó y ladró. Ella se acercó más al cachorro y lo abrazó.

—Bueno, parece que al final no hará falta que le busquemos un nombre —concluí.

Capítulo 6

*P*asamos todo el domingo sacando trastos de la habitación del pánico. Nunca había estado allí más de cinco minutos, y creo que la última vez que la había pisado fue para dejar mis maletas el día que llegué al apartamento. Sí, podría decirse que hacía mucho tiempo que no entraba.

Empezamos con lo más sencillo: las cajas. Miramos todo lo que había en el interior y decidimos si podíamos, o bien tirarlo a la basura o bien venderlo por internet. Había cosas que, sinceramente, no había visto en mi vida. Las más pesadas, como la bicicleta, la cinta de correr y los aparatos de gimnasia se habían vendido bastante rápido. Los dos chicos tenían amigos que los querían, así que problema resuelto. Llegaron por la tarde para llevarse los trastos y mientras miraban embobados lo que acababan de comprar, yo les intentaba vender lo que había en las cajas. Logré deshacerme de casi todo. Tenía un don para eso. Sonreí satisfecha cuando prácticamente nos deshicimos de todo. Sin embargo, algunas de las cosas volvieron a la habitación de dónde habían salido, así que al final del día solo quedaban pocas cajas que dejamos en la entrada para tirar más tarde. Cuando quisimos darnos cuenta, ya era de noche, así que nos pusimos manos a la obra para hacer algo de cena.

Mientras comíamos, mirábamos algunos muebles por internet para acomodar la habitación. Cama, armario, escritorio... hicimos un buen trabajo. Como aún tardarían algunos días en traerlo todo, nos daría tiempo de pintarla. Estaba algo... dejada. Y si queríamos alquilarla, tendría que causar buena impresión. Una mano de pintura nunca venía mal. Colgaríamos el anuncio dentro de unos días, y cruzaríamos los dedos para que se alquilara lo más rápido posible.

Pensar en que mi alquiler bajaría, al menos un poco, me hizo sonreír. Casi todo lo que ganaba era para pagarme los libros y las clases, además de pagar el alquiler y la comida. Así que, a final de mes, no contaba con demasiado dinero para mis caprichos. No era una despilfarradora, pero necesitaba ropa y

zapatos, ya que no duraban toda la vida. Y no recordaba la última vez que había comido algo fuera de casa. Lo bueno de trabajar en una cafetería era que me cubrían las comidas. Como buena cafetería moderna, también servíamos almuerzos.

Cuando me tumbé en la cama estaba reventada. Me dejé caer como un peso muerto y por primera vez en toda la tarde, respiré tranquila. No había tenido un día tan ajetreado en mi vida. Era como estar de mudanza. Claro que, la tranquilidad no duró demasiado. Poco después se abrió la puerta y Jack entró como si la habitación fuese suya y no mía. Saltó a la cama, se hizo una bolita y se durmió. Así de fácil. A mí me costaba un poco más conciliar el sueño.

Perdí la noción del tiempo por lo que no supe los minutos que habían transcurrido desde que me dejé caer en la cama hasta que sonó el teléfono. Por suerte, estaba despierta. Alargué la mano y cuando vi el nombre en la pantalla sonreí.

—Hola —dije nada más descolgar—, te echo de menos, Oli. —La escuché suspirar al otro lado de la línea.

Olivia era lo más parecido que tenía a una hermana. Siempre había estado en mi vida, y cuando se marchó, una parte de mí se fue con ella. Los días pasaban más lentos y las noches se hacían demasiado largas sin tener a nadie con quien hablar. No llevé demasiado bien su marcha. Me costó llegar a la conclusión que no volvería a ver su diminuto cuerpo en mi habitación. Olivia siempre había tenido mucha más energía que yo. Mientras que a mí siempre me había costado más salir de mi zona de confort, ella intentaba hacerlo por las dos.

Olivia tenía una melena morena, que siempre había envidiado. Un día decidí que me lo teñiría como ella y su grito de horror lo escucharon hasta el final de la calle. Me quitó el tinte de las manos y lo tiró con toda su rabia a la basura. De haberlo hecho, no me lo habría perdonado nunca. Mi amiga tenía la cara llena de pecas, que a mí me parecían adorables, sus ojos eran grandes y azules, y sus largas pestañas la envidia de cualquiera.

—Yo también, Hopie —dijo con un tono estrangulado. Supe que estaba a punto de llorar—. ¿Cómo va todo?

Tomé aire antes de contarle todo lo que habíamos hecho, y mi nueva habilidad para deshacerme de cosas inútiles. Ella reía con cada palabra que decía y eso me hizo sonreír a mí también.

—¿Cómo van las clases? —pregunté. Habíamos escogido la misma carrera,

pero ella iba algunos cursos más avanzada que yo. Desde que se fue años atrás, mi vida no había sido la misma. Ella era mi vía de escape en casa, la persona a la que podía acudir cuando las cosas se torcían, y cuando se fue, caí en una espiral de la que me costó mucho salir.

Los primeros meses fueron una pesadilla. No sabía que hacer sin ella, me sentía perdida y aunque hablábamos cada noche, no era lo mismo. Necesitaba a alguien que me abrazara, necesitaba a mi mejor amiga. Fue una de las razones por las que casi termino con mi vida. No lo hice conscientemente, solo se me fue de las manos.

Cuando sus padres se enteraron, no tardaron ni medio minuto en llamarla. Como era de esperar, se presentó en el hospital al día siguiente. Me empezó a gritar desde el mismo instante en que entró por la puerta. Estaba asustada y cabreada, y no la culpaba. Me merecía todo aquello. Además de sus padres, ella fue la única que se preocupó por mí. Nunca supe si mi padre también lo hizo, pero si se preocupó, no me lo dijo.

Una noche bebí mucho más de lo que mi cuerpo podía soportar y no me quedó otra que aceptar las consecuencias.

Hacía años que mi cuerpo se había acostumbrado al alcohol, pero nunca había dejado que eso afectara a mis estudios. Normalmente, el fin de semana era cuando más bebía, pero eso no quitaba que cada día quisiera morirme por todo lo que me dolía la cabeza. Cuando Olivia me preguntaba como conseguí sacarme el instituto siempre me encogía de hombros. La verdad, no tenía ni idea.

Nos quedamos hablando durante horas, hasta que sin ser consciente de ello, me quedé dormida.

Me desperté con el teléfono aún en la mano. No recordaba si había colgado o si me había despedido de Olivia. Habíamos hablado durante horas, pero había partes que las tenía borrosas. Aún estaba con el chándal así que supuse que no me había despedido. No era la primera vez que alguna de las dos se quedaba dormida al otro lado de la línea. Dejé el teléfono en la mesita de noche y me quedé mirando el tatuaje que tenía en el dorso de la muñeca.

Me lo había hecho a los diecisiete años, y para ser uno de esos tatuajes que te hace el amigo de un amigo en el estudio de su casa, había quedado espectacular. Ni yo misma me lo creía. Tampoco me lo había pensado mucho, había estado demasiado borracha. Pero sí sabía lo que quería hacerme. Un corazón. Pero no uno romántico, de esos rojos y pequeñitos. No. Era un

corazón de verdad, un órgano. Las líneas eran finas y tenía unos detalles increíbles, estaba enamorada de él. Era una de las mejores decisiones que había tomado estando borracha. No era muy grande, así que no había problema si algún día necesitaba taparlo. No es que quisiera hacerlo, pero en algunos trabajos no está bien visto.

Me quedé un rato más en la cama hasta que el perro se removió inquieto avisando que quería levantarse. Había dormido otra noche del tirón, algo que en muy raras ocasiones pasaba. Accedí a levantarme simplemente porque no me gustaba ir dormida a clase, había dejado esa época atrás hacía mucho tiempo. Me llevé la ropa al cuarto de baño para cambiarme allí al terminar de ducharme. Nunca había tardado más de diez minutos en arreglarme, así que ésta no iba a ser la primera vez.

Me vestí en un tiempo récord y me recogí la larga melena pelirroja en una cola alta mientras el perro rascaba la puerta.

—Ya voy, ya voy —repetí una y otra vez mientras salía descalza—. No hace falta que te pongas así. —Volví a mi habitación para ponerme los zapatos y fui hasta la cocina.

Cuando llegué ya tenía el desayuno listo. ¿He dicho alguna vez que adoro a mis compañeros de piso?

Llené el cuenco de Jack y este se lanzó como de costumbre.

—Sigo sin entender cómo puedes comerte esta porquería —dijo Alex. Yo me encogí de hombros.

Estaba tan harta de aquella pregunta que ya ni me molestaba en contestar.

—Vamos a llegar tarde —repliqué.

—Date prisa, amor, o te vas andando. —Y esas fueron las palabras mágicas para que me terminara el desayuno en un tiempo récord.

Las clases fueron tan aburridas como de costumbre. Si no fuese porque de verdad quería dedicarme a ello en un futuro, no me lo habría pensado dos veces a la hora de dejarlo. No tenía mucha paciencia.

Había pasado el día tomando apuntes a toda prisa e intentando pasar a limpio los que ya tenía. Un horror.

Me despedí de mis compañeros y me dirigí hasta el aparcamiento donde me esperaba David. Él también trabajaba al terminar las clases, así que podía

acercarme hasta el trabajo de vez en cuando. Algunos días íbamos con tiempo de sobra, y se quedaba a tomar algo en mi turno, y ese fue uno de ellos.

Entré saludando a Mel y Adam, mis compañeros de trabajo, y fui a dejar mis cosas. Cuando salí, David ya había entablado una conversación con ellos así que preparé lo que normalmente tomaba. Se lo tendí y me guiñó un ojo. Estar con Alex tanto tiempo le estaba pasando factura.

Cada día nos tocaba cerrar a uno, y daba gracias porque los lunes no fuese mi turno. Estaba demasiado cansada emocionalmente como para hacerlo. La tarde pasó sin pena ni gloria; fue, a decir verdad, uno de los días más tranquilos que había tenido. A media tarde, Paula, la hermana de David, se presentó en la cafetería para tomar uno de nuestros famosos batidos. Cada vez que venía a visitarnos no podía evitar tomarse un batido de fresa.

Estuvo merodeando por el local gran parte de la tarde hasta que David la llamó. Se iría al día siguiente por la tarde, así que tenía que empezar a recoger sus cosas. Después de despedirse más de diez veces, por fin se fue. No pude evitar reírme mientras volvía a despedirse desde fuera.

Cuando fue la hora de marcharme, terminé de recoger un par de cosas para que Mel no cargase con todo el trabajo sola y me fui. Si corría lo suficiente, podría coger el metro que pasaba en unos minutos y así llegar, por primera vez en mi vida, pronto a casa. Normalmente me iba andando, pero esa noche me sentía perezosa. Tenía que terminar unas cosas para el día siguiente, así que no me vendrían nada mal unos minutos extra. En realidad, no hacía falta, ya que prácticamente era pasar algunos apuntes, pero no me gustaba que todo se acumulara en el escritorio a finales de semana. Cuando empecé la universidad, me propuse ser una buena estudiante, y, hasta ese momento, lo había cumplido.

Miré el reloj que tenía en la muñeca y corrí un poco más rápido. Si todo iba bien, no tendría problemas para coger el metro, pero claro, la suerte nunca estaba de mi parte al parecer. Entre el metro y yo se interpuso cierto chico de ojos verdes. Él no miraba por dónde iba y yo menos. Así que no fue de extrañar que chocáramos, con tan buena suerte que tropecé y lo tiré a él y a los libros al suelo. Y, como no, yo fui detrás. Cuando quise darme cuenta ambos estábamos rodando por el suelo.

En el momento que logré entender lo que había pasado, unos ojos verdes me devolvían la mirada divertidos, la aparté. Por alguna razón, mi cerebro había dejado de funcionar y había perdido la capacidad de hablar y de moverme. Suspiré e hice lo que nunca tendría que haber hecho. Levantar de nuevo la

mirada. Él estaba encima de mí y su cara estaba demasiado cerca de la mía. Sus brazos me rodeaban la cintura, con fuerza, atrapándome. Podía notar su aliento rozar mi piel. Tragué con dificultad mientras me perdía en su mirada. ¿Qué diablos estás haciendo, Hope? Me amonesté a mí misma. Había caído en trance y no fue hasta que escuché a alguien carraspear a nuestro lado que salí de él.

Brad se apartó rápidamente y yo aproveché esos segundos de margen para respirar con normalidad y recoger los libros que había tirado ¿Qué narices había pasado? Me había puesto nerviosa por un chico. Yo. La que nunca dejaba que las emociones la dominasen. ¿Era broma? Él se levantó antes que yo y me tendió la mano. La cogí y tiró de mí hasta que volví a quedar a escasos centímetros de su cara. Algo así no podía volver a pasar. Me quedé mirándolo de nuevo, con la certeza de que lo había visto en otra ocasión. Y no me refería a nuestros encuentros fugaces en los diferentes sitios dónde había estado trabajado. Tenía algo que ver con la época borrosa de mi vida. Quizá por eso no lograba ubicarlo.

Sus ojos verdes me taladraban. Tenía una mirada intensa que hacía muy difícil que mi fuerza de voluntad hiciera acto de presencia. No podía dejar de estudiarlo. Sus rasgos eran finos y alargados y su pelo moreno, como en otras ocasiones, estaba algo revuelto. Pero, al contrario que a mí, él se veía estupendo. Yo no estaba segura de mi aspecto, y tampoco quería saberlo. Mi mirada pasó de sus ojos a su boca. Unos labios finos que no me importaría morder.

«Eh, Hope, calma...».

—¿Estás bien? —preguntó haciendo desaparecer esa fantasía que me implicaba a mí y a sus labios. Carraspeé.

—Sí, estoy bien. Lo siento, iba distraída. Quería coger el metro y... —Y seguramente ya lo había perdido. Suspiré frustrada. Él sonrió de medio lado, no me gustaba esa sonrisa. Al menos, no demasiado. Me coloqué el bolso bien e intenté despedirme—. Ha sido un placer chocar contigo —dije mientras me apartaba—, pero tengo prisa.

No llegué muy lejos. Antes de dar un paso, me cogió de la muñeca haciendo que mis pies se parasen. No quería sentir su tacto en mi piel, no me gustaba lo que me hacía sentir.

— ¿Te vas tan pronto? —me preguntó.

—No tengo como costumbre acampar en el metro. Llámame loca, pero no es

algo que suele hacer.

—Eres muy graciosa, Hope —dijo con una sonrisa ladeada. Me encogí de hombros.

—Lo sé, es parte de mi encanto natural.

—¿Puedo invitaros a ti a tu encanto natural a tomar algo? —me mordí el labio. «No, yo y mi encanto natural tenemos prisa, gracias»—. O quizá no...

Hubo algo en su tono de voz que me hizo acceder, así que antes de que pudiera pensar mejor lo que iba a decir, me encontré contestando...

—Está bien —dije, haciendo que una pequeña sonrisa asomara en sus labios —, pero no puedo quedarme demasiado. Solo hasta medianoche.

Capítulo 7

*B*rad no quiso decirme a dónde me llevaba. Pero dado que no había hecho algo así en mi vida, me dejé llevar. Nunca pensé que fuera alguien peligroso, ya que a primera vista no daba aquella impresión, sin embargo, una no podía dejarse guiar por las apariencias. Quizá era un asesino en serie y yo era su siguiente víctima. Mierda. ¿Qué había hecho? ¿Era muy tarde para echarme atrás? Miré a mi alrededor ahora un poco preocupada por mi vida y mis trabajos, pero había demasiada gente en la calle como para que quisiera matarme, así que me relajé.

La primera vez que lo vi, pensé que era uno de esos chicos repelentes que siempre me encontraba en el centro comercial. Los que más odiaba eran los dependientes de la tienda de ropa pija que había justo delante. Todos con sus trajes perfectos y sus buenos modales. Me daban arcadas. Claro que esos buenos modales desaparecían en cuanto cruzaban la puerta. En más de una ocasión me negué a atenderlos, ya tenía suficientes problemas como para lidiar con niños caprichosos y con malos modales.

Me dejé arrastrar por las calles hasta llegar a un pequeño local que no estaba muy lejos del apartamento. Había pasado muchas veces por delante, pero no había entrado nunca. Cuando salía, lo hacía con Alex y David, así que solo iba a los locales que ellos frecuentaban, ya que yo no tendría ni idea de a dónde llevarlos. No conocía la zona y eso que hacía meses que vivía allí. No me iban las aventuras, por lo que nunca me planteé hacer la ruta de los restaurantes.

Cruzamos la puerta y un suave aroma a pizza me envolvió por completo haciendo que me rugiesen las tripas con fuerza, cabreadas y hambrientas. Él no pareció notarlo, y si lo hizo, lo supo disimular muy bien.

Poco después se acercó un chico que pareció muy contento al ver a la persona que prácticamente me había secuestrado. Mi intención era llegar

temprano a casa, encerrarme en mi habitación y pasar apuntes. Era un plan maravilloso, ¿Qué hacía allí comiendo pizza?

El chico en cuestión le dijo algo que un logré escuchar, y Brad me indicó con un movimiento de cabeza que lo siguiera. No me lo pensé mucho y dejé que mis piernas siguieran sus pasos. Al llegar a la mesa me dejé caer. Estaba demasiado cansada como para protestar. Esperaba que por lo menos me dieran algo de cenar, aunque no estaba segura de llevar el suficiente dinero encima. Normalmente, no llevaba dinero para no tener la tentación de gastarlo. Alargué la mano para coger la carta. Puede que solo pidiera un refresco. Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras cogía una carta—, ¿has cenado ya? —Negué con la cabeza mientras seguía repasando el menú a ver si encontraba algo que si pudiera pagar.

—Solo pediré un té con hielo —dije mientras dejaba la carta con demasiada ira contenida encima de la mesa—. No tenía previsto salir esta noche, no llevo el suficiente dinero como para pagar la cena.

—Pues tienes suerte de que yo esté contigo —dijo con una sonrisa—, no te preocupes, pide lo que quieras.

—Te lo devolveré —aseguré mientras volvía a coger la carta—, no me gusta que paguen por mí.

—Si eso significa que puedo volver a quedar contigo, me parece una gran idea... —Sonreí, pero no dejé que lo viera, ya que escondí mi rostro en el menú.

No tardamos demasiado en pedir, y cuando quise darme cuenta, ya teníamos la comida delante. Olía tan bien que no pude resistirme a coger una porción de pizza y llevármela a la boca. Solo con el primer mordisco ya supe que ese sitio iba a convertirse en uno de mis favoritos. La masa era esponjosa y los ingredientes tenían un sabor que me hizo cerrar los ojos para disfrutarlo al máximo. Prácticamente no hablé hasta que no terminé la primera porción.

—Madre mía, esto está buenísimo—dije mientras cogía la segunda porción de pizza. Brad empezó a reírse—. Mira que me gustaban las pizzas del centro comercial, pero estas... ¡son únicas!—Él me dio la razón y yo se lo agradecí.

—Me encanta este sitio —comentó mientras se recostaba en la silla—, desde que lo descubrí tengo que venir al menos una vez a la semana. Sé que esas pizzas estaban buenas, pero estas son mucho mejores. —Asentí mientras volvía a morder mi porción cuatro quesos.

—¿En qué tienda trabajabas del centro comercial? —pregunté mientras me limpiaba con una servilleta.

—En la tienda de deportes de la segunda planta —asentí. Nunca había pasado por allí, no me iba eso de cansarme.

—Quizá es por eso que solo te vi en la pizzería —murmuré.

Terminamos de cenar, y él, después de estar discutiendo conmigo casi diez minutos, pagó la cena sin dejar que yo pusiera una parte. Para hacer notar mi cabreo, no hablé hasta llegar a mi calle. Seguía sin querer que me acompañara hasta la puerta, así que nuestro viaje terminaba allí.

—Gracias por la cena —le dije en tono conciliador—, me lo he pasado muy bien.

—Yo también. ¿No quieres ir a dar un paseo? —Miré el reloj. No, no quería. Él, adivinando mi expresión, suspiró.

—Solo hasta medianoche, ¿cierto? —asentí. Era mi norma, una que no estaba dispuesta a dejar de cumplir—. Pues hasta la próxima, Hope.

Seguí mi camino pero no pude evitar girarme. Cuando mis ojos lo alcanzaron, ya estaba doblando la esquina.

Al abrir la puerta, todo estaba en completo silencio. Miré el reloj de mi muñeca y comprobé que solo pasaban dos minutos de las doce. Suspiré mientras me quitaba los zapatos para no hacer ruido al subir. Los días laborables, todos nos acostábamos a horas decentes, a no ser que se nos ocurriera celebrar alguna fiesta improvisada en el salón, algo que tengo que decir, no pasaba muy a menudo.

Al llegar al segundo piso, vi luz en la habitación de Alex, así que abrí la puerta. Él estaba delante de la pantalla del ordenador tecleando con rapidez. Supe desde el instante en que llegué que había notado mi presencia. Aún no me había acercado a su escritorio cuando se dio media vuelta y me sonrió. Dio unos golpecitos en sus rodillas y me senté en su regazo. Cuando me acomodé, aproximó los labios a mi mejilla y me besó. Acto seguido lo abracé, dejando que sus brazos me envolvieran.

Alex era una de las pocas personas con las que podía ser yo misma. Sin esconderme bajo una máscara. Con él, no necesitaba ser otra persona. Veía lo jodida que estaba por dentro, pues algo en su mirada y en su forma de ser me había hecho contarle todo lo que había vivido. Me escuchó sin interrumpirme ni una sola vez, y cuando terminé, me abrazó mientras decía: «Ya no estás sola, Hope». Fue la primera vez que me permití llorar delante de alguien.

David también conocía algunos aspectos de mi vida, y cómo había sido hasta que puse un pie en el apartamento, pero solo Alex sabía de mi época oscura, la que intentaba olvidar sin mucho éxito.

— ¿Un día duro? —preguntó, haciendo que volviera la presente.

—Un día raro, más bien.

—Es la primera vez que te veo una cita. ¿Tengo que preocuparme, amor? —
Sonreí y le di un codazo.

—No era una cita, sabes tan bien como yo que no me va eso de salir con nadie.

—Hasta que encuentres a alguien con el que sí quieras hacerlo.

—Ese día no llegará nunca. Quizá sea en el mismo momento en que lo encuentres tú.

—*Touché* —dijo entre risas. Bostezó—. ¿Vamos a dormir? —Asentí. Solo necesitaba eso.

Me desperté cuando noté algo pringoso en la cara. Y después, escuché gimotear a alguien. Dudaba mucho que fuese Alex, así que me obligué a abrir un ojo y después el otro. No tenía ni la más remota idea de cómo había podido entrar, estaba completamente segura de que la puerta estaba cerrada. Pero no había obstáculos para Jack. Y mucho menos cuando tenía hambre. Resoplé cuando escuché otro quejido. Me giré hacia él con mi peor mirada, pero eso solo hizo que correteara por la habitación. Si seguía así, al final Alex se daría cuenta de que el perro había entrado en la habitación. Como vio que no me movía, empezó a ladrar y, automáticamente, escuché un gruñido a mi lado.

—Hope, por lo que más quieras, dile que se calle. —Casi suplicó mientras escondía la cabeza debajo de la almohada. Empecé a reírme y no sé si es que el perro se había cabreado lo suficiente con nosotros como para hacerlo notar, o si había entendido que era hora de jugar, pero subió a la cama de un salto y empezó a olisquear todo lo que encontraba. Alex volvió a gruñir y yo reí más fuerte—. Se acabó —dijo de pronto mientras apartaba las sábanas. El perro dio tal salto que acabó a los pies de la cama. Vi la mirada peligrosa de Alex e intenté correr antes de que me atrapara, pero no tuve tanta suerte.

De un rápido movimiento me cogió entre sus brazos y me subió en volandas. Yo era mucho más menuda que él, así que no fue un reto demasiado grande cargarme al hombro y salir de la habitación como si se quemara algo. Parece

ser que ambos causamos un buen alboroto, ya que cuando quise darme cuenta, Paula y David estaban en la puerta de su habitación mirándonos como si fuéramos dos alienígenas.

— ¿Se puede saber qué estáis haciendo? —preguntó David mientras se frotaba los ojos.

—Pregúntale al pulgoso —respondió Alex. El aludido empezó a ladrar detrás de nosotros y escuché que Alex gruñía de nuevo.

—Quiere que me sueltes —le expliqué lo más calmada posible.

—Pues qué pena que no vaya a hacerle ni puñetero caso.

Fue lo último que dijo antes de bajar las escaleras.

Capítulo 8

*M*e encontraba en la cafetería de la universidad cuando noté que alguien me tocaba la espalda. Tenía una hora libre, así que decidí tomar un café y adelantar un poco de trabajo. Aquella tenía pinta de ser una semana complicada, ya que pronto empezarían las entregas de trabajos y los exámenes, por lo que me veía a mí misma haciendo por la noche todo lo que no podía hacer por las tardes. Ahora que tenía algo de tiempo libre, prefería quitarme cosas de encima antes que relajarme en la puerta fumando un cigarro.

Me giré en el instante en que la persona que me había tocado el hombro se inclinaba hacia mí, así que podría decirse que el golpe lo escucharon hasta los que estaban con su cigarro en la entrada de la universidad. Me llevé la mano a la frente mientras maldecía.

—¡Ay! —se quejó la otra persona, que no me hizo falta ver para saber quién era.

—Paula, ¿qué haces aquí? —pregunté mientras hacía sitio en la mesa. Ella se sentó mientras se frotaba la frente.

—David me dijo que viniera para no tener que ir a buscarme a casa y llevarme de nuevo a la estación de tren —explicó mientras se sentaba—, tenía pensado hacer tiempo aquí cuando te he visto. ¿Me puedo quedar contigo? —preguntó inocente.

—Claro —le aseguré— quédate el tiempo que quieras. —Iba a echarla de menos cuando se marchara.

Estuvimos hablando mientras ordenaba un poco todo lo que había hecho en esas últimas horas. Ya que no podía adelantar trabajo, al menos podría ordenar lo que había hecho hasta ahora. David no tardó en dar con nosotras y se sentó un rato hasta que decidimos ponernos en marcha. Parecía que los astros se alineaban en mi contra, impidiendo así, que fuera productiva.

Al llegar a la puerta, me despedí de Paula en el coche haciéndole prometer que nos volvería a visitar pronto, pero que la próxima vez dejara los perros extraviados en la calle y no los llevara en casa.

Estaba segura de que Alex no odiaba a Paula, solo le irritaba su forma de ser. Ella era una niña inocente que se preocupaba por cualquier ser vivo del planeta. David nos contó una vez que cuando pequeña iba recogiendo todas las mariquitas que encontraba por la calle, incluso llegó a asustarse con la idea de que en algún momento se le ocurriera hacer alguna clase de ejército con ellas.

Entré a trabajar de buen humor, algo que no era muy propio de mí, teniendo en cuenta que odiaba servir cafés. En realidad, odiaba más a la gente que los pedía, así que cuando terminó mi turno, no pude alegrarme más de lo que ya estaba. Pero mi buen humor se fue al traste al ver que llovía y que no tenía paraguas. Genial, simplemente genial. No tenía previsto coger el metro, pero viendo el panorama, era la decisión más sensata. Corrí hasta las escaleras y me puse a cubierto. Menos mal que la parada estaba justo delante del trabajo y solo a una calle de mi casa. Así que, al salir, podría ir corriendo hasta el portal y no me mojaría demasiado.

Estaba buscando el billete cuando mi cuerpo chocó con alguien. Levanté la mirada y me volví a encontrar con aquellos ojos verdes que tanto empezaban a gustarme.

—¿Qué pasa, vives aquí? —pregunté mientras volvía a buscar el billete en el bolso.

—Más o menos —enarqué las cejas. ¿Se estaba quedando conmigo?—. Trabajo allí —dijo mientras señalaba algo a mi izquierda. Miré hacia la dirección que me indicaba y comprobé que había un pequeño café que ya estaba cerrado.

—Ya veo —repuse mientras me volvía para mirarlo de nuevo—ahora entiendo porque vienes a mi trabajo a tomar café. El que servís allí es una porquería... —Estalló en una carcajada, pero me dio la razón.

—Es verdad, no es el mejor que he probado. ¿Te vas para casa? —asentí—. Ha sido un placer volver a verte, Hope. Hasta la próxima.

Fue lo último que me dijo antes de alejarse. Una parte de mí, se sintió aliviada, pero la otra ya sentía su ausencia.

No volví a ver a Brad hasta el viernes por la noche, el día que me tocaba cerrar a mí. Odiaba los viernes, pero solo hasta que bajaba la reja. Después

de ese momento, estaba tentada a gritar en medio de la calle «¡Soy libre!», pero la felicidad solo duraba un par de días.

Estaba recogiendo las últimas cosas, lo que me permitiría irme a casa y empezar el fin de semana, cuando escuché la campana de la puerta que anunciaba que había entrado un nuevo cliente. No me molesté en mirar quien era, no me apetecía ser simpática.

—Está cerrado —grité desde mi posición—, seas quien seas... —Lo último lo dije más bien con un susurro, dudaba que la persona que había entrado lo hubiera escuchado.

—¿También para mí? —su voz hizo que me tensara al instante. No había vuelto a pisar el metro en toda la semana para evitar encontrarme con él, y había cerrado lo más rápido que podía para que no llegara a tiempo de pedir cualquier cosa. Al parecer, no había sido lo suficientemente rápida.

—También para ti —dije aún sin girarme—. Tengo la cafetera apagada. Llegas cinco minutos tarde, estaba a punto de irme.

—Una lástima, tenía ganas de probar un café que no supiera a agua. —Casi consiguió que sonriera. Casi.

—La próxima vez será. —No me giré cuando salí de la barra, ni tampoco cuando abrí la puerta para recoger mis cosas.

Al salir, el local estaba vacío y no supe si sentirme aliviada o más bien furiosa con él por irse sin despedirse. Sabía que era muy probable que pronto se cansara de mí y de mis respuestas. No era una chica amable ni simpática; era algo que no iba conmigo. No sabía ser de otra forma.

Apagué las luces y salí para cerrar y bajar la persiana. Eché un vistazo rápido a mí alrededor, pero no había ni rastro de Brad. Tal vez sí se había cansado de mis tonterías. Suspiré y me di la vuelta para terminar de una vez y largarme a casa.

— ¿Me buscabas? —escuché que me decía alguien. Grité.

—¡Joder! —exclamé a todo pulmón mientras el chico que tenía al lado se reía a carcajadas—. Me has asustado.

—Lo siento. Déjame que te ayude para equilibrar mi *karma*. —me encogí de hombros y lo dejé hacer. Si eso me libraba de tener que bajar la reja, no iba a quejarme.

Cerré con el candado con llave y tardé algunos segundos en decidir qué era lo más sensato. ¿Decir que había un incendio en casa y que me tenía que ir o quedarme a charlar con él? No se me daba demasiado bien tomar decisiones,

solo había que ver cómo me había ido la vida. Al menos ahora no estaba tan descarrilada como años atrás. Entonces sí que se podía decir que tomaba muy malas decisiones.

—¿Le pasa algo a la cerradura? —escuché que preguntaba muy cerca de mí. Me sobresalté al percibir su voz.

—No, no le pasa nada —dije mientras me levantaba—. En fin, buen fin de semana.—Quería escapar, necesitaba salir de allí. Así que empecé a andar lo más rápido que podía.

—¡Eh! —Me llamó mientras se acercaba—. Pensaba que quizá te apetecería, no sé, hacer algo. ¿Te parece? —Estaba a punto de contestar cuando me sonó el teléfono móvil. Con un gesto le dije que se esperara y lo cogí para ver quien me mandaba un mensaje.

«Amor, David y yo salimos, no nos esperes despierta. ¡Pórtate bien en nuestra ausencia! PD: No dejes que el chucho entre en mi habitación. Ya lo hemos sacado y dado de cenar».

Sonreí. Le contesté rápidamente y me guardé el teléfono de nuevo en el bolsillo.

— ¿Entonces? —Preguntó Brad de nuevo—. ¿Te apetece cenar?

—Está bien —accedí. Total, para pasar la noche sola en casa, mejor la pasaba en compañía de alguien—, pero solo hasta medianoche.

—¿Tienes que volver a casa temprano? —Me encogí de hombros.

—Simplemente no me gusta llegar tarde. Eso es todo.

«Mentirosa. —Me gritaba una voz en la cabeza—. Eres una auténtica mentirosa».

Esa noche, para mi desgracia, no fuimos a la pizzería, pero sí que estuvimos andando durante un buen rato. ¿Este chico no sabía lo que era un coche? Aunque no estaba en condiciones de quejarme, yo tampoco tenía vehículo propio. Quizá Brad tampoco tenía. No iba a preguntarle.

Le seguí en silencio todo el camino, él tampoco hacía nada por entablar una simple conversación, así que no iba a ser menos.

No conocía la parte de la ciudad a la que habíamos ido a parar, así que esperaba de corazón que no se le ocurriera dejarme por ahí tirada. No sabría llegar a casa. Nunca. Mi sentido de la orientación era más bien nulo, era algo que tenía más que asumido.

Una vez, de pequeña, me había alejado demasiado mientras estaba jugando con unos amigos del vecindario. Mi padre no estaba nunca en casa, así que no podía prohibírmelo.

Cuando había querido darme cuenta, no sabía dónde estaba. Habíamos estado toda la tarde jugando al escondite, y es de suponer que había ganado la última ronda, ya que nunca llegaron a encontrarme. Digamos que no se me daba bien perder. Había empezado a anochecer y a levantarse frío y yo seguía sin saber dónde estaba. Andaba sin saber muy bien hacia a dónde me dirigía, pero eso no pareció importarme, ya que no me había detenido.

Sé lo que estáis pensando, y no, no tenía miedo. En esa época pensaba que, si me perdía, nunca más vería a mi padre, y eso en lugar de entristecerme, me hacía feliz. Así que no había hecho nada por averiguar el camino de vuelta. Lo que sí había sabido, era que cada vez estaba más lejos de casa.

Al final, unos vecinos me habían encontrado dando vueltas y me llevaron a casa. Habían pensado que estaba asustada e intentaron tranquilizarme. Lo que no sabían era que lo que me aterrorizaba no era estar perdida, sino volver a casa.

Ahora, ya no tendría que volver a ver a ese hombre. Nunca más.

Y por primera vez desde que me había marchado, me permití sonreír de verdad ante ese pensamiento.

Capítulo 9

*B*rad me llevó a un restaurante de comida tailandesa, que, según él, era el mejor del mundo. No le creí hasta que no tuve delante mi humeante plato de *Pad Thai*. Era lo mejor que había probado en años.

Tuve que decirle un total de cinco veces que me alegraba haber aceptado ir a cenar con él. Lo que supuso una patada para mi orgullo y un chute para su ego.

Me encantaba la comida tailandesa, pero no solía comerla demasiado. Normalmente me decantaba por algo más fácil. Pizza, sándwiches... y, en algunas ocasiones, pedíamos comida china a domicilio. Concretamente en esas ocasiones, me permitía saltar de alegría mientras mis compañeros de piso me miraban como si pensarán qué clase de loca habían dejado entrar en casa.

Todo el mundo que me conoce sabe de mi amor incondicional por la pizza. Pero la comida china también se había hecho un hueco en mi corazón. Un poco más pequeño, pero ahí estaba. Que no os quepa la menor duda.

Llegar a conocer a Brad era difícil. Las veces que nos habíamos visto, solo habíamos hablado de cosas superficiales. Me costaba creer que no hubiéramos caído en tópicos como «hace un día estupendo» o «parece que va a llover»; era simplemente increíble.

No sabía si estudiaba ni dónde vivía, pero tampoco podía quejarme ya que yo no le había contado absolutamente nada de mi vida. No podía juzgarle por no querer contarme nada.

No tardamos demasiado en recoger nuestras cosas y marcharnos del restaurante que anoté mentalmente, igual que la pizzería. No hubo silencios incómodos ya que cada uno había estado concentrado en su plato. Ya en la calle, hablamos de cosas sin sentido y yo le conté que tenía un perro. Él me confesó que nunca había tenido animales. Aquella conversación fue la más profunda de la noche.

Eran las once y media cuando nos paramos a dos calles de mi casa. Nadie me aseguraba que Brad no fuera un asesino en serie, así que eso era lo más cerca que él estaría de nuestro apartamento.

—Ha sido un placer comer *Pad Thai* contigo —le dije mientras me daba la vuelta—, pero creo que puedo seguir sola desde aquí. —Él frunció el ceño y me miró desconcertado.

«No, no vas a acompañarme. Nuestra relación no es tan profunda».

—Eh, vale... —dijo mientras se rascaba la nuca—. Me lo he pasado bien esta noche. —Me sorprendí a mí misma cuando mentalmente le di la razón. Puede que no llegáramos a hablar demasiado de nosotros mismos, pero había sido una noche interesante y divertida.

—Sí. Podríamos repetirlo... —Hope, ¿pero qué estás haciendo?—. Esto... algún día.

—Claro, me muero de ganas de enseñarte la mejor cafetería del mundo. Hacen unos *croissants* que están riquísimos.

—¿Solo piensas en comer? —pregunté divertida. Él se encogió de hombros.

—Solo cuando estoy contigo —sonreí.

—Qué bien. Si sigo saliendo contigo, un día de estos no entraré por la puerta.

—Eso es imposible —no tardó ni dos segundos en contestar—. Me parece que no te has visto en el espejo... —

—Claro que me he visto —le dije mientras llevaba las manos a mi cintura—. Soy perfecta... —Estar tanto tiempo con Alex empezaba a afectarme. Él soltó una carcajada.

—Cierto... —dicho esto carraspeó—. Bueno, nos vemos otro día, Hope.

Me despedí de él con la mano mientras me alejaba.

Cuando David y Alex salían, sabías a qué hora se iban, pero no a la que volvían. Había aprendido a sobrellevarlo. Por esa razón no me sorprendí al ver que la casa estaba vacía.

La primera vez que salí con ellos me asusté. Había pocas cosas que me asustaran. El agua, las arañas, los aviones y salir de fiesta con mis compañeros de piso; lo último más que asustarme me aterrorizaba.

No se les podía seguir el ritmo, era agotador incluso intentarlo.

Desde que me había autoimpuesto la norma de no beber más de la cuenta ni llegar a casa más tarde de las doce de la noche, que me había vuelto una aburrida. Nunca la había roto, ni siquiera estando con ellos.

Esa primera noche —en una sola hora—, nos recorrimos un total de siete bares diferentes. Así que haced la cuenta del tiempo que pasábamos en cada uno de ellos.

Cuando llevábamos diez, no se mantenían en pie. Yo solo me tomé dos chupitos, pero David y Alex... digamos que bebieron un poco más. Esa noche me convertí en su niñera y me hice prometer a mí misma que nunca, jamás, volvería a pasar por algo parecido.

Tener que arrastrar a las once y media de la noche a dos chicos que me sacaban dos cabezas y que pesaban cinco veces más que yo era una misión imposible. Pero lo había conseguido. Al llegar al apartamento, los había dejado tirados en el suelo y me había ido a mi habitación. ¿Remordimiento? Ninguno.

A la mañana siguiente, lo primero que había hecho fue encender la radio y ponerla a un volumen lo suficientemente alto como para despertar a los vecinos.

Claro que, a los resacosos no les había hecho ninguna gracia. Qué pena.

Desde esa noche que les hice jurar bajo pena de muerte que nunca más me harían algo así. Tengo que reconocer que sus esfuerzos eran admirables. Mientras estaban conmigo se controlaban, cuando yo me marchaba... no quería saber que pasaba entonces. Prefería quedarme en la ignorancia.

Cuando llegué a mi habitación, Jack estaba tumbado a los pies de la cama. Si se percató de mi presencia no lo hizo notar.

Me cambié y me acurruqué en mi cama. No tenía sueño, así que cogí el móvil y decidí enviarle un mensaje a Olivia.

Hope: ¿Estás despierta?

La respuesta me llegó casi al instante.

Olivia: HOOOPEEEEE!!!!

TE ECHO DE MENOOSSSSSS!!!

Hope: ¿Estás borracha?

Olivia: No. Pero casi. Dame una hora.

No pude evitar reírme.

Olivia: ¿Cómo va todo?

Hope: Estupendo. Como siempre, ya me conoces, soy una aburrida.

Olivia: No seas idiota, no eres aburrida. Solo te has pasado al lado oscuro.

Hope: El lado oscuro es en el que estaba antes. Ahora solo estoy en el aburrido.

Olivia: Ja, Ja, Ja. Vamos, H.

HOOPEEEEE

AJJASKKADA

Hope: Olivia, me asusta preguntarte que narices estás haciendo.

Olivia: Estúpido Evan. Como se acerque de nuevo a mi móvil le arranco los brazos.

Hope: Me cuesta creer que aún sigáis siendo amigos.

Olivia: Ya me conoces.

Su siguiente mensaje tardó algo más en llegar.

Olivia: Me encantaría seguir hablando contigo, H. Pero es imposible concentrarse con tanto ruido.

¿Te llamo mañana?

Hope: Claro. Mañana hablamos.

Olivia: Te echo de menos. Hasta mañana!!!

Y sé desconectó.

—Yo también te echo de menos, Oli—susurré antes de quedarme dormida.

Un sonido horrible me despertó por la mañana. Parecía que alguien me estuviera taladrando la cabeza. Espera, ¿era un taladro lo que estaba escuchando? Me levanté de un salto de la cama y me fui directa al pasillo. Incluso Jack asomó la cabeza para ver que estaba pasando.

Empecé a andar en dirección a la habitación del pánico cuando vi algo que me sorprendió. ¿Estaban trabajando?

— ¿Se puede saber qué estáis haciendo?—pregunté mientras me cruzaba de brazos delante de la puerta.

Alex y David se dieron la vuelta al escuchar mi voz. Alex sostenía el taladro con una mano mientras sujetaba el cuadro con la otra.

Parecían sacados de un programa de televisión.

—David colgó el anuncio hace unos días y ya hemos recibidos bastantes llamadas —dijo Alex mientras dejaba el taladro en el suelo—. Así que nos tenemos que dar prisa a la hora de arreglar esta habitación. Ya han llegado prácticamente todos los muebles, ayer estuvimos toda la tarde montando las cosas. ¿Te gusta?

Eché un vistazo rápido a la habitación y asentí. Era bastante sencilla, pero tampoco queríamos sobrecargarla demasiado.

Después de mucho discutir, nos decantamos por pintar las paredes de color blanco. Fue a la conclusión que llegamos después de horas de debate.

Los muebles eran tan neutros como las paredes. La cama estaba pegada a la pared, ya hecha y con un montón de cojines, y a su lado había una mesita de noche con algunas cosas encima. El escritorio lo habían colocado delante de la ventana, con una silla.

Al principio no pensábamos incluir armario en el lote, pero al final decidimos que lo más lógico era poner uno, aunque fuera pequeño.

—¿Ya hay gente interesada?

Alex asintió.

—Sí, ya han venido un par de personas para ver la casa y todo —dijo encogiéndose de hombros—. Les pareció una habitación *acogedora*.

—¿Había muebles?

—No.

Alcé las cejas.

—¿Entonces?

—Alex, dile la verdad —dijo David aguantándose la risa. Me estaba perdiendo algo—. El miércoles por la tarde, vino un chico bastante simpático a preguntar por el piso. La verdad, es que de todos los que han venido era el más normal.

—Lo sabrías si estuvieras en casa algún día —añadió Alex.

—Tengo que trabajar—no iba a entrar en una discusión.

—El del jueves era algo más... raro —dijo David ignorándonos a ambos—. El que te cruzaste en el rellano. —Me estremecí al recordarlo—. Y ayer por la tarde fue la traca final... —Estaba haciendo todo el uso de su fuerza de voluntad para no echarse a reír—, aparecieron cuatro chicas, una detrás de otra. Se ofrecieron a compartir la habitación con Alex.

Enarqué las cejas.

—Qué raro que Alex no cediera.

— ¡Eh!, sigo aquí, ¿vale?

— ¿Qué hay del chico del miércoles? Porque supongo que los demás candidatos están descartados, ¿no?

—Supones bien. Ese chaval me cayó bien desde el principio —confesó Alex—. Le enseñé la habitación y le expliqué un poco lo que pensábamos hacer y no puso ninguna pega. Creo que estaba bastante desesperado por encontrar un sitio donde quedarse.

—Tienes razón. Me dijo que sus compañeros de piso eran algo *especiales*.

—Define *especiales*.

—Comentó algo sobre una fiesta que duró tres días seguidos.

—Vale, ese chico necesita mudarse.

—Va a venir esta tarde; si te parece bien, puede mudarse en estos días. Va a nuestra universidad. Creo que estudia psicología igual que tú, pero va en tercero. Quizá lo conozcas...

Me encogí de hombros.

—Quizá —convine sin muchas ganas.

En ese momento llamaron al timbre.

—Será él —dijo Alex mientras bajaba las escaleras dejándonos a David y a mí dentro de la habitación. Ambos lo seguimos hasta abajo—. Hope, ¿puedes abrir? Voy a preparar café.

A regañadientes me dirigí hacia la puerta y la abrí.

Esperaba encontrarme a un chico delante de la puerta de mi casa, pero no a *ese* chico.

Reconocí de inmediato sus ojos verdes y su sonrisa ladeada. Debía de ser una broma.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Capítulo 10

No me podía creer que Brad estuviera delante de mi puerta. Y mucho menos que fuera a ser nuestro nuevo compañero de piso.

Él me miró detenidamente mientras decidía si hablar, entrar o salir corriendo. Afortunadamente, no hizo ninguna de las tres cosas.

Su pelo castaño estaba algo revuelto y sus ojos parecían más intensos a la luz del día.

Entendía por qué les había caído bien a Alex y David. Era una de esas personas que causaba buena impresión allá donde iba.

En ninguno de los encuentros que habíamos tenido había intentado nada conmigo, y si había pensado en hacerlo, no se le había notado.

Siempre tenía una sonrisa en la cara y una respuesta para todo.

Era irritante. Y ahora tendría que compartir piso con él. ¿En serio?

—¿Hope? —preguntó aún sin entender muy bien porque estaba en esa casa.

—Amor, ¿quién es? ¿Es nuestro chico? —«Nuestro chico». Allí no había ningún *nuestro*. En pocos segundos tenía a Alex a mi lado—. ¡Adelante! —invitó con demasiado entusiasmo. Brad no sabía dónde meterse. Nos miraba entre desconcertado y cohibido. Era la primera vez desde que nos conocíamos que lo había visto así.

Alex me agarró por la cintura mientras me empujaba, aunque yo no entendía que venía tanta prisa.

—Alex, relájate.

Si escuchó mi comentario me ignoró por completo.

—¿Te apetece café? —dijo refiriéndose a Brad.

—A mí sí.

—El tuyo te lo preparas tú. Tenemos invitados.

—¡Oye! —Le dije mientras me soltaba—, eres un idiota. Yo siempre te preparo el café. Si un día lo haces tú no se te van a caer las manos.

Ladeó la cabeza y volvió a ignorarme.

Era mi señal para desaparecer.

Pero entonces todo se desmadró.

La cafetera empezó a escupir tanto café que no cabía en una sola taza. El teléfono se puso a sonar y el perro se volvió loco. En ese orden.

A Jack no le gustaban los extraños; me había dado cuenta el primer día que lo saqué a la calle y empezó a gruñir a todo el mundo.

Brad no sabía qué hacer ni hacia a dónde mirar. Si al final se decidía a mudarse con nosotros sería un milagro. Alex se dedicó a insultar a nuestra cafetera mientras David intentaba pararla. Con un suspiro me di media vuelta, dispuesta a dejarlos a su suerte, pero Jack decidió que era el mejor momento para jugar.

Corrió tan deprisa hacia mí que no logré esquivarlo. Como consecuencia, me tropecé y vi mi vida pasar ante mis ojos, mientras me acercaba cada vez más al suelo. No iba a salir de esta. Tardé varios segundos en darme cuenta de que me había parado y de que alguien me estaba agarrando de la cintura.

Al alzar la vista, mis ojos se encontraron con los de Brad. No supe descifrar su mirada, pero seguro que estaba ideando mil formas de irse sin levantar sospechas y no volver nunca. Tendríamos suerte si se quedaba unos minutos más.

Cundo se dio cuenta de que sus brazos estaban alrededor de mi cintura, me soltó como si quemara. ¿Qué le pasaba? Fruncí el ceño sin entender a que venía ese comportamiento.

—Amor, ¿estás bien? —asentí—. Ya te dije que tener a ese bicho en casa no era una buena elección.

—Al menos él no ronca.

—Yo no ronco. Me hieres.

—Lo superarás.

Se alejó con un gesto.

Lo observé irse y después volví a mirar a Brad, que me observaba de una forma que no entendí.

—Lo siento.

—Te perdono. —Después lo pensé mejor—. ¿Me puedes decir por qué te estoy perdonando exactamente?

—No sabía que tenías novio. —Esa declaración me dejó descolocada.

—¿Quién tiene novio? —preguntó Alex de nuevo a mi lado. ¿Cuándo había

llegado?

—Tú —dijo Brad mientras me señalaba. Me costó un poco asimilar sus palabras.

—¿Qué? —chillé.

—Vosotros, ¿no estáis saliendo?

—Tío, no sé de qué estás hablando.

De fondo pude escuchar la risa de David y me costó horrores no ir y pegarle un puñetazo.

—Tú—le grité—. Esto no tiene ninguna gracia.

—Oh, vamos, claro que la tiene. Y lo sabes.

—No, no sé nada —pero él no me escuchaba—. ¿Puedes dejar de reírte?

—Te dije que esto acabaría pasando.

—Te encanta eso de te lo dije, ¿verdad? Pero sobre todo, te gusta restregarlo.

—Entonces, ¿no estáis saliendo? —preguntó Brad algo más relajado.

—¡No! ¡Claro que no! —grité. No me podía creer que algo así estuviera pasando.

—¿Te pensabas que Hope y yo estábamos juntos? —preguntó Alex. Segundos después se puso a reír. Estupendo. Estaba rodeada de inútiles—. No te ofendas, amor, pero no eres mi tipo.

Me negué a responder a eso.

—No sé cómo os aguanto —dije mientras me alejaba. De pronto me giré y clavé la mirada en Brad—. Suerte. La necesitarás si decides vivir aquí con nosotros.

—Entonces, ¿nos lo quedamos? —preguntó Alex.

Eché a andar. Ya había aguantado suficiente.

Estaba en mi habitación cuando escuché sonar el móvil. Sabía quién era antes de descolgar. Solo había una persona que me llamara por teléfono. Sin tener en cuenta las operadoras que me ofrecían tarifas para cambiarme de compañía.

—¿Cómo te va la resaca? —pregunté cuando pegué el móvil a la oreja. Escuché a Olivia resoplar y empecé a reírme.

—Ahora entiendo por qué dejaste de beber. Esto es horrible.

—Olivia, yo lo que tenía era resaca crónica. Si vivieras eso, también lo dejarías, te lo aseguro.

—No volveré a beber nunca.

—Eso es lo que dices cada vez que tienes resaca, Oli. Ya no hay quien se lo crea.

—Esta vez lo digo en serio. Me va a estallar la cabeza. —Me reí—. Cuéntame algo para distraerme.

—El otro día conocí a un chico y he salido con él un par de veces. Bueno en realidad ya lo conocía, porque lo vi poco antes de mudarme, pero esa no es la cuestión... —Cogí aire. Me di cuenta de que me estaba ahogando—. Ahora estamos buscando un nuevo compañero de piso y adivina quien ha aparecido en la puerta de casa.

—Hope, un poco más despacio. Ten respeto por los enfermos. Un momento... —la pausa fue demasiado larga—. ¿Me estás diciendo que has salido con un chico y no me lo has contado? ¿Y que es todo eso de que estáis buscando compañero de piso?

—No te he contado nada porque no hay nada que contar. Solo han sido un par de veces, hemos ido a cenar. Una de ellas fue ayer por la noche, no ha pasado nada más. Y respecto al compañero de piso, ya te dije que estábamos ordenando la habitación de los trastos.

Olivia suspiró al otro lado de la línea murmurando un *cierto*.

—La próxima vez quiero todos los detalles, hace demasiado tiempo que no estás con nadie.

—No habrá próxima vez. Tengo por norma no liarme con compañeros de piso.

— ¿Cuándo te pusiste esa norma?

—En cuanto he visto a Brad en la puerta de mi casa.

—No seas idiota, Hope. Si te gusta, no hay nada de malo en salir con él... —. Sé que nunca sales con nadie y que tus líos son de una noche, pero si decides salir de tu zona de confort, no creo que te pase nada. —No supe que contestar a eso—. Oye, mi madre me está llamando por la otra línea y se pone muy pesada si no contesto. Esta noche quiero todos los detalles de la mudanza de tu chico.

—Dale recuerdos de mi parte.

—¡Lo haré!

—Y no es mi chico —pero no me escuchó porque ya había colgado.

Dos horas después, decidí que ya iba siendo hora de salir. No quería bajar y volver a encontrarme con Brad, pero si decidía mudarse con nosotros, encontrarme con él sería inevitable.

No podía permanecer para siempre encerrada entre las cuatro paredes de mi habitación, necesitaba afrontar las cosas. No sabía que era lo que me daba tanto miedo, aunque se me formaba un nudo en la garganta cada vez que pensaba en lo que había sucedido por la mañana.

La relación con Brad era sencilla. Nos encontrábamos de vez en cuando, salíamos, pero nada más. No quería involucrarme demasiado, en realidad, no quería involucrarme demasiado con nadie. Y ahora, tenía que compartir piso con él.

Abrí la puerta y me dirigí hacia la cocina, rezando para que estuviera vacía.

Capítulo 11

Brad

*E*n el momento en que abrió la puerta y la vi, con su cabello pelirrojo, despeinado, y sus ojos verdes taladrándome con la mirada, me quedé sin palabras.

Cuando había ido allí días antes y me dijeron que había un tercer compañero de piso, nunca pensé que sería ella. En ningún momento me habían dicho que fuese una chica, no era que eso me molestase, pero me habría gustado conocer ese pequeño detalle y más si era la novia de uno de ellos. O al menos eso fue lo que pensé en un primer momento. Así que, como he dicho, no se me había pasado por la cabeza imaginar que esa tercera persona era Hope. Porque ¿cuántas posibilidades había? Una entre un millón. Sí que sabía que ella vivía por allí, ya que siempre nos despedíamos cerca de este edificio, pero no llegué a imaginar que viviría en ese en concreto, con ellos.

Así que, cuando la vi, disculpadme que flipara un poco.

Había estado mucho tiempo esperando verla otra vez, cuando entré en esa cafetería, nunca pensé que la camarera que me atendería sería ella. Siempre tan simpática, y tenía como costumbre echarme. Cuando se fue de su antiguo trabajo en la pizzería, pregunté que había sido de Hope, pero me dijeron que se había marchado y, según habían entendido, fuera de la ciudad. Mis sospechas se confirmaron cuando no la vi por su casa esa noche, ni la siguiente, ni la otra. Se había ido, y no me extrañaba.

La vida que había llevado Hope nunca había sido fácil. Lidiar con un padre como el de ella debía ser complicado. Sabía que tenía en mente marcharse de allí, lo supe desde el momento en que la vi en el bosque que había detrás de nuestro vecindario con una botella de cerveza en la mano. No quería acabar como su padre, pero si seguía así, lo conseguiría en un tiempo récord.

Los años pasaron, y la chica pelirroja de mirada verde dejó de ser la misma que había conocido y sus ojos se fueron apagando cada vez más. Nunca fuimos muy cercanos, pero sí que habíamos hablado alguna que otra vez. Yo nunca la olvidé, pero al parecer, ella dejó sus recuerdos en Bristol antes de marcharse para no volver.

Tal vez tenía que ver con que cada vez que cruzábamos palabra ella estaba tan borracha que era imposible que recordara todo lo que le decía. Siempre intenté ayudarla, no me gustaba la idea de que terminara perdida. O más perdida de lo que ya estaba. Podía ver como lloraba cada vez que pensaba que nadie la estaba observando, o como gritaba desde el puente que había detrás de su casa. Vivir allí, con su padre, estaba acabando con ella... y casi había sido así. Ese día me prometí que le dejaría de ofrecer mi ayuda si no la quería. Me estaba apagando con ella sin darme cuenta.

Cuando salió del hospital, parecía distinta. Dejó de salir por las noches, y siempre la veía en su habitación con la luz encendida. No penséis que era un acosador o algo así. Mi casa estaba justo delante de la suya, así que era imposible no verla. Por esa razón siempre la veía saltar desde su ventana a medianoche, cuando pensaba que nadie se percataba de ello.

Una vez, mi madre me dijo que lo único que necesitaba era que alguien se preocupase por ella. Quizá tenía razón. Yo nunca quise acercarme por miedo a que me echara de su vida antes de cruzar media palabra. Ahora, me arrepentía. Podría haber evitado muchas cosas, pero no valía la pena lamentarse por algo que ya no se podía arreglar.

Una tarde, Hope se fue, y desde ese día, no volví a verla. Pero eso no quiere decir que dejara pensara en ella.

Después de salir de aquella casa de locos en la que me había metido, valoré mis opciones: Quedarme en un lugar donde sus integrantes solo pensaban en hacer fiestas, o irme a vivir con dos chicos a los que no conocía, un perro que parecía querer arrancarme un brazo y Hope.

Había decidido cambiarme de universidad aquel año siguiendo un arrebató. No estaba a gusto en la que había pasado los últimos dos años de mi vida. Y el ambiente tampoco me convencía del todo. Así que había enviado algunas solicitudes y había terminado allí. Parecía que el año estaba mejorando. La universidad estaba bien, los profesores me gustaban, tampoco podía quejarme

de mis compañeros... el único problema es que con esos dos en casa no había quien se concentrase. Me gustaba salir de fiesta, claro que me gustaba, pero no todos los días. Cuando la última que dieron terminó el lunes de madrugada habiendo empezado el viernes por la noche..., decidí que había tenido suficiente. El anuncio que vi fue como música para mis oídos. Pero ahora que lo pensaba más detenidamente, quizá me había precipitado un poco al aceptar la oferta.

—Dime que te quedas —suplicó Alex—, eres el chico más normal que ha entrado en toda la semana. —No sabía muy bien como tomarme eso.

—No le hagas caso —dijo restándole importancia—, piénsalo y nos dices algo cuando lo decidas.

Quería mudarme, eso lo tenía claro. Pero no sabía si estaba tomando la decisión correcta.

Me despedí de ellos minutos después, y David me acompañó hasta la puerta. Antes de irme, me tendió un papel.

—Este es mi teléfono, piénsatelo y llámame cuando tengas una respuesta. —Asentí mientras cogía el papel y lo metía en el bolsillo—.Estarás bien aquí, créeme. Hope es simpática cuando quiere, pero creo que eso ya lo sabes... —Hice una mueca—, y Alex... bueno, es Alex.

—¿Seguro que no hay nada entre esos dos? —Quería asegurarme y saber dónde me estaba metiendo. David se encogió de hombros.

—Hope y Alex tienen una relación especial. No digo amorosa, sino especial. Él siempre ha estado allí para ella, desde que llegó. El primer día no parecía muy contenta, ¿sabes? —Lo sabía muy bien, pues podía imaginármelo—. Hope es una persona difícil, pero tiene buen corazón. Los he visto juntos durante este último año y aunque a ojos de los demás pueden parecer una pareja algo rara, te aseguro que no hay nada entre ellos. Si los vieras todos los días entenderías por qué.

Asentí.

—Bueno, David —dije antes de alejarme de allí—, te llamaré pronto con una respuesta.

Y dicho eso, me marché.

Al llegar a mi apartamento recordé el motivo por el cual necesitaba salir de ese lugar con urgencia. La puerta estaba atrancada porque alguien se había caído desmayado al otro lado. Una vez conseguí entrar, resoplé. Todo estaba lleno de latas de cerveza vacías y restos de comida; era una auténtica pocilga.

Donde vivía no tenía nada que ver con el apartamento de dos plantas en el que acababa de estar. Este era un primero, y aquello era un ático que, gracias a eso, disponía de dos plantas. Era grande, tranquilo y lo más importante, estaba limpio.

Me encontré a mis compañeros en el sofá, seguramente recuperándose, así que los dejé allí a su suerte y subí a mi habitación. Abrí la puerta y me tumbé en la cama. No lo medité demasiado. Saqué el móvil y el papel que me había dado David y lo llamé. Contestó al segundo tono.

—¿Hola? —dijo al otro lado de la línea.

—¿Sigue en pie lo de alquilarme la habitación? —pregunté.

Escuché su risa mientras llamaba a su amigo.

—Parece que no has necesitado mucho tiempo para pensarlo —se burló. De fondo podía escuchar a Alex preguntando «¿Qué dice? ¿Qué dice?».

—Me acabo de encontrar a mis dos compañeros de piso durmiendo en el sofá. —No tenía muy claro por qué les estaba contando eso—. Y una tercera persona que no conozco estaba atrancando la puerta con su cuerpo. Lo he dejado desmayado en el salón entre latas vacías de cerveza y restos de pizza. Estoy desesperado.

—Vaya panorama —«No te haces una idea», pensé mientras me llevaba las manos a la cabeza. Lo escuché susurrar al otro lado de la línea hasta que habló de nuevo—. Alex dice que puedes mudarte cuando quieras de esta semana. No te cobraremos el alquiler hasta el mes que viene. ¿Te parece bien?

«Me parece genial».

Acepté lo que me ofrecían y les dije que me mudaría ese mismo fin de semana. Solo tenía que meter mis cosas en cajas, pero con las clases, prefería esperar unos días.

Cuando colgué, una sensación de alivio me recorrió todo el cuerpo.

Capítulo 12

Hope

*E*sa mañana amaneció tranquila, fue una pena que no continuara de la misma forma. Después del espectáculo del otro día, aún me sorprendía que Brad hubiese decidido mudarse con nosotros. Nuestro piso no era el mejor, tampoco estábamos cuerdos del todo, así que aún no entendía que le había impulsado a querer vivir en ese apartamento. Era una zona tranquila, eso sí, quizá lo único que había tranquilizado.

Me levanté cediendo a las exigencias de nuestra nueva mascota, y abrí la puerta esperando a que se largara como hacía cada mañana. Esa no iba a ser diferente. Nuestro pequeño Jack era un perro de costumbres.

Pasear a Jack por las mañanas era lo peor, esa era una de las razones por las que intentaba escaquearme siempre que podía. David se iba a correr cada mañana, así que se lo llevaba. Cuando volvían no sabía quién de los dos estaba más cansado, si él o el perro.

La noche anterior nos dijo que tenía que irse más temprano de lo normal, así que no podría sacarlo. No nos quedó otra que decidir entre Alex y yo quien de los dos lo sacaría de la forma más madura y adulta que conocíamos. Jugándonoslo a piedra, papel, tijeras. Perdí, por si os lo estabais preguntando. Hacía un frío de narices y la lluvia fina caía haciendo que mi pelo empezara a encrespase. Siempre me olvidaba del paraguas, y ese día no había sido diferente.

Al volver, me encontré con un bol de cereales y al lado la leche en una jarra. Además, había café recién hecho en la encimera. Sonreí. Teniendo en cuenta que David se había ido mucho antes de que ninguno de nosotros se despertara, solo había podido ser Alex.

Me senté para desayunar con tranquilidad, esperando a que el reloj diera las siete y media para salir de nuevo por la puerta.

Mis turnos eran tranquilos, sin tener en cuenta esos momentos del día en que entraba todo el que pasaba por allí. Era la típica cafetería de las revistas de moda, de esas en las que hacían fotos hasta de la taza del váter. Entraban muchos turistas, pero también chicos y chicas jóvenes a los que solo les importaba hacerse una foto con su café y sus apuntes fingiendo que estudiaban. ¡Qué mentira más grande!

A diferencia de los demás días, aquel era horroroso. Adam, el único que me entendía en esas cuatro paredes, no había podido venir, así que me tocaba quedarme con la chica nueva y cerrar. No tenía nada en contra de los jóvenes principiantes que no sabían ni fregar los platos. De verdad os lo digo. Yo empecé sin saber nada, y mi jefa tuvo una paciencia infinita conmigo, una lástima que la mía sí tuviera un límite y que la chica que tenía delante de mí estuviera empezando a hacerme enfadar hasta el punto de querer echarla a patadas de allí. Me di la vuelta para mirar lo que estaba haciendo Anne. Podríamos llamarle, Anne, la chica en prácticas.

Pues bien, había estado una hora explicándole como se usaba la cafetera, haciendo que la cola de clientes llegase hasta la esquina de la calle. Aquella era una cafetería muy conocida, por lo que a eso de las once, el volumen de trabajo era considerable. Así que tener a mi amiga, La chica en prácticas, estorbando, no me estaba ayudando a trabajar con normalidad.

En absoluto.

—Vale... —empezó a decir La chica en prácticas—, entonces..., tengo que darle aquí..., y... —La detuve antes de que hiciera una locura.

—Si le das ahí apagarás la máquina y tardaremos media hora en volver a tener café. ¿Es lo que querías hacer, Anne?

—Ah, eh... no, claro —Parecía tan confusa que me daba hasta pena. Después recordé que aún nos quedaba mucho día por delante y se me pasó—. Entonces... —la eché a un lado.

—¿Por qué no te vas a recoger algunas mesas? —sugerí intentando que no se notara la desesperación en mi voz—, y, por favor, no rompas nada. —Eso último prácticamente me salió en forma de súplica.

—Vale. Recoger mesas, no romper nada. Entendido.—Después, dio media vuelta y se alejó. Respiré un poco más tranquila y me puse manos a la obra. Había mucho trabajo que hacer.

La suerte era que prácticamente todos los clientes a los que tenía que servir venían todos los días, así que no me hacía falta preguntarles lo que querían.

Eran gente de costumbres, como yo. Quizá esa era la razón por la cual nos llevábamos tan bien. Eso también me permitía echar un vistazo a la cola y hacer cuatro pedidos a la vez, algo que en esos momentos, hacía mucha falta. Treinta minutos después, pude respirar tranquila. Por suerte, ninguno de ellos se quejó demasiado, lo que me hizo el trabajo mucho más fácil. Me gustaría decirles que Anne mejoró a lo largo del día, pero la verdad es que no fue así. La cafetera y ella se declararon la guerra a media tarde, y a mí no me quedó más remedio que recoger lo que las dos ensuciaron.

Estaba en ello cuando sonó la campanita que anunciaba un nuevo cliente.

«Maldición, ¿es que no me dejarán nunca trabajar en paz?».

Cuando levanté la vista, me encontré con la última persona que esperaba encontrarme. Fruncí el ceño.

—Yo también me alegro de verte, Hope —dijo Brad mientras se detenía delante de mí—. He tenido un día fabuloso, gracias por preguntar. Y sí, me encantaría tomar algo, hoy estás muy amable.

—No tengo el día para bromas, Brad —le dije mientras seguía fregando.

—Ya me he dado cuenta. —Alzó las cejas y me quitó la fregona—. Pero de verdad que quiero tomar algo, soy un cliente hambriento que te dará el doble de propina si le das algo de comer que no sepa a plástico. —No pude evitar reírme—. Por favor...

Aquellas palabras parecieron funcionar, ya que le di la fregona y me fui hasta el mostrador. Había venido las veces suficientes como para saber qué es lo que quería. Una de mis mayores virtudes era no olvidar lo que pedía ningún cliente. Si durante dos días seguidos su pedido era el mismo, inmediatamente mi mente lo asociaba con él cada vez que entraba por la puerta.

Resoplé cuando le pasé su vaso de cartón con un café americano. Estábamos cerrando, así que no quedaba mucho género en el mostrador. Cogí un trozo de pizza con las pinzas y lo puse todo encima de la barra. Después le dirigí a Brad una mirada que decía, «más te vale que te lo comas rápido y no ensucies nada».

—No sé qué me quieres decir con esa mirada asesina —dijo mientras se acercaba—, pero seré rápido, te lo prometo. —Mucho mejor. Aprendía rápido.

—Cerramos en... —Eché una mirada al reloj que había colgado en la pared — quince minutos.

—Entendido —dijo con la boca llena. Ignorándolo, me dispuse a limpiar lo

que me quedaba.

Me despedí a Anne, la chica en prácticas, antes de la hora de cerrar. Cuando tiró al suelo la segunda taza en menos de dos minutos supe que ya había tenido suficiente. Podía estar contenta de que la echara con una sonrisa. Si volvía al día siguiente, no iba a quedarme con ella, eso lo tenía muy claro. Le diría a cualquier otra persona que la vigilara, no iba a pasar por eso otra vez, y menos dos días seguidos.

Ni hablar.

Me cambié rápidamente; cuando salí, Brad ya estaba esperándome en la puerta. Apagué las luces y me despedí hasta el día siguiente.

—Esa chica es nueva, ¿verdad? —preguntó Brad mientras caminábamos.

—Vaya, ¿cómo te has dado cuenta? Creía que no era tan obvio. —Él sonrió.

—Lo he pensado al poco de llegar. Cuando ha roto las dos tazas mis sospechas se han confirmado. Soy un buen detective, no sé qué hago estudiando psicología.

—Sí, yo tampoco —le dije con una sonrisa, pero la borré antes de que me viera.

Una vez fuera, me ayudó a cerrar como hacía siempre, pero me aparté antes de que sus manos pudieran rozar las mías.

—¿Quieres hacer algo que seguramente sea una locura? —dijo Brad haciendo que me girara con cara de terror.

—¿No? —contesté no muy segura. Empezó a reírse y yo no supe si es que se había vuelto loco o es que siempre había sido así pero yo estaba tan ocupada observándole que lo pasé por alto—. Mis años de delincuencia adolescente pasaron hace mucho tiempo.

Arqueó las cejas, y yo me encogí de hombros.

«Sí, había robado alguna que otra botella de alcohol. ¿Culpable?».

—¿Quiero preguntarte sobre eso?

—No, mejor no lo hagas. Prefiero que tengas buena impresión de mí.

Echó a andar de nuevo y yo no tuve más remedio que seguirle. Quería saber a qué se refería.

Íbamos andando por las calles frías de la ciudad cuando algo destelló a lo lejos. Ambos lo vimos, pero solo Brad se acercó a ver que era. Por lo visto

era el valiente de los dos. Yo me acerqué poco a poco detrás de él, como si le guardara las espaldas. Cualquiera diría que estábamos a punto de entrar en un tiroteo.

Brad removió algunas cosas que había allí encima y después gritó mientras su mano desaparecía entre las cajas. Grité mientras echaba a correr, y el muy idiota se empezó a reír.

—Me has asustado —le dije mientras le daba un puñetazo nada amistoso en el brazo.

—Lo siento —se disculpó sin dejar de reír—. Es que no he podido evitarlo.

Me acerqué un poco más mientras él recogía algo del suelo.

—¿Qué es? —pregunté. Entonces, levantó un pequeño tarro de cristal. Arqueé las cejas—. ¿En serio? ¿Tanto alboroto para esto? —Él se encogió de hombros—. ¿Te lo vas a quedar? —pregunté una vez vi que se disponía a seguir con nuestro paseo—. No sabes donde ha estado eso antes.

—Estaba cerrado —dijo como si eso lo aclarara todo—. Hay una caja llena, supongo que será de alguien que ya no los necesita. Y, mira tú por dónde, yo necesito uno.

—¿Necesitas un tarro de cristal? —Asintió—. ¿Para qué? —pregunté aún sin creerlo.

Él se encogió de hombros.

—Tengo muchos lápices. Me va a ir genial. —No pensaba discutir con él por algo tan absurdo.

—Lo que tú digas —dije mientras miraba hacia otro lado—. ¿A dónde vamos? —pregunté.

Él simplemente me sonrió.

—Eres una impaciente, Hope —comentó con una sonrisa de medio lado—. Ya lo verás.

—La locura a la que te referías... —dije mientras levantaba la vista—, no será a entrar aquí, ¿verdad? —él simplemente se colocó bien la bolsa que llevaba a sus espaldas y saltó colgándose del muro.

«Has hecho cosas peores, Hope. —Me recordó mi conciencia—. Esto tendría que ser pan comido para ti».

—¿Tienes miedo? —indagó antes de dejarse caer al otro lado—. ¡Vamos! —gritó—. No seas gallina...

Sin pensarlo dos veces, salté. Cuando mis manos tocaron el muro, me levanté y dejé caer las piernas al otro lado para después impulsarme y caer en la hierba mojada sin romperme ningún hueso en el intento.

«No está nada mal».

—Vale, ¿ahora qué? —pregunté mientras me limpiaba las manos en el pantalón.

—Vamos. —Fue lo único que me dijo con un leve movimiento de cabeza. Resoplé, me coloqué bien la bolsa y le seguí.

Qué remedio...

Cuando salí de casa por mañana, en ningún momento se me ocurrió pensar que acabaría en un parque cerrado al público en mitad de la noche.

Podía tachar eso de mi lista de cosas pendientes.

Seguí a Brad en medio de la oscuridad, sin tener muy claro hacia dónde nos dirigíamos. Mi mente empezó a barajar las distintas situaciones que podrían desenvolverse en lugar como este. Brad parecía un buen chico, pero si intentaba matarme no le dejaría entrar en nuestro piso.

Iba tres pasos por delante de mí, y parecía muy seguro de sí mismo. Así que suponía que sabía hacia dónde nos dirigíamos.

La oscuridad de la noche impedía que viera con mucha claridad el lugar exacto que pisaban mis pies. Así que esperaba llegar a casa de una sola pieza. Nunca había estado en ese parque, pero tampoco se me ocurrió en ninguna ocasión saltar el muro para entrar en medio de la noche, después de un largo día de trabajo.

Vaya, era una aburrida.

Cuando Brad se detuvo, mis pies hicieron lo mismo, pero no calculé demasiado bien la distancia en la que debería haberme parado, y mi cabeza chocó contra su espalda.

—Podrías avisar, ¿sabes? —pregunté mientras me llevaba las manos a la cabeza. Solo escuché su risa.

—Ya hemos llegado. Me encanta este sitio. Vengo mucho.

—¿Sueles saltar el muro muy a menudo? —pregunté al tiempo que arqueaba las cejas, él se encogió de hombros—. Estás loco —dije disimulando una sonrisa.

Él sonrió de medio lado y avanzó unos pasos, acercándose al pequeño puente que dividía el parque.

—Sígueme —pidió.

Y eso hice.

Capítulo 13

*B*rad avanzó tranquilamente hasta la mitad del puente y se tumbó para observar el cielo. Podría haberme parecido algo extraño, pero, por sorprendente que parezca, no fue así. Cuando me acerqué a él, dejé mi bolsa junto a la suya, me tumbé a su lado, miré hacia arriba y entonces entendí por qué le gustaba tanto este lugar.

El cielo estaba cubierto de estrellas que brillaban iluminando todo a su paso. Era una vista maravillosa. Fotografíé mentalmente la escena y la guardé en un rincón de mi mente para poder recordarla más adelante.

Todo aquello me trasladaba a una época de mi vida que intentaba olvidar, pero parecía tan mágico que me daba igual.

—Me recuerda a casa —dijo Brad, quizá para sí mismo. Lo miré unos segundos y después aparté la vista de nuevo.

—A mí también —me encontré diciendo—. Cuando era pequeña, me gustaba subirme al tejado de casa y contemplar las estrellas, esperando encontrar algunas fugaces que cumplieran mis deseos. En ocasiones, soñaba que venían a buscarme y me llevaban con ellas... —No sabía qué me pasaba, pero con Brad mi boca cobraba vida propia y decía cosas sin pensar. Intenté sonreír como si en realidad, recordar esa parte de mi vida no me doliera.

Noté como Brad se giraba en la oscuridad, y que sus ojos buscaban los míos.

—Y desde allí, veías al chico de la casa de enfrente. ¿Verdad? —preguntó.

Entrecerré los ojos. ¿Cómo lo sabía?

—¿Cómo...?

No me dejó que terminara de formular la pregunta y una sonrisa triste se asomó en sus labios.

—Bueno, es fácil recordar cosas cuando estuviste allí —dijo, encogiéndose de hombros. Entonces, descubrí porqué su presencia me resultaba familiar—.

No pensé que volvería a verte.

—Yo... —No sabía muy bien que decir—. No sabía que eras tú. Has cambiado mucho desde entonces... —Y tampoco es que yo recordara con mucha nitidez esos años de mi vida. Mi objetivo era olvidar lo que pasaba en esa casa cada día, y al parecer, había hecho un buen trabajo.

—No hace falta que te disculpes —me dijo mientras volvía a mirar hacia arriba—, no te culpo por querer olvidar. Si estuviera en tu caso, habría hecho lo mismo. —Sus palabras me sorprendieron.

Después de unos segundos en silencio, que a mí se me antojaron horas, abrí de nuevo la boca para preguntar por la única persona que podía conseguir que se formara en mi garganta un nudo tan grande como esa ciudad.

—¿Cómo está? —No me hizo falta ser más específica. Los dos sabíamos a quién me refería.

—¿Estás segura de que quieres saberlo? —¿Estaba segura? No, no lo estaba, pero necesitaba saberlo. Asentí, y él suspiró—. Siento que esto no es lo que quieres escuchar, Hope —carraspeó y continuó hablando—, tu padre... no sé si ha cambiado o no en todo este tiempo que has estado fuera. Desde que empecé la universidad, no he pasado mucho tiempo en casa, y tampoco he tenido el valor de preguntar. Pero sí que parece más derrotado que de costumbre —asentí de nuevo—, no has hablado con él desde que te fuiste, ¿verdad? —Aparté la mirada. Esa pregunta me hacía sentirme la peor persona del mundo. ¿Quién no se ponía de nuevo en contacto con su padre después de irse a la universidad? Presente. Pero ¿cómo iba a llamarle si mi intención era no volver?

Una parte de mí se siente culpable por haber desaparecido de la noche a la mañana, sin una explicación o una excusa. Pero la otra sabe que, de haberme quedado allí, me habría consumido. La tristeza se habría apoderado de mí por completo y no quería eso. Respiré hondo mientras contaba mentalmente las estrellas que iluminaban el cielo. Una vez, alguien me dijo que ellas eran las únicas que no nos abandonaban. Una chica que no se quedó a mi lado durante mucho tiempo pero a la que aún recuerdo.

—Mi madre solía decir que detrás de cada estrella se esconde un deseo —me dijo Brad sacándome de mis pensamientos. Me giré hacia él y vi como sonreía sin dejar de mirar el cielo nocturno—, solo tienes que encontrar el tuyo. —Después, se giró hacia su bolsa y sacó el tarro que había encontrado minutos antes. Alzó la mano haciendo que el objeto de cristal estuviera por

encima de nuestras cabezas—. Pero siempre podemos meter todas y cada una de ellas en un tarro de cristal. De esa manera, podemos pedir todos los deseos que queramos.

Pero, en ese momento, solo se me ocurría uno.

—No ha sido tan terrible, ¿verdad? —preguntó Brad una vez salimos de allí.

Me encogí de hombros.

¿La verdad? Había sido una de las mejores cosas que me habían pasado desde que me mudé. Había estado tan centrada en el trabajo y en las clases que se me había olvidado divertirme. Salía de vez en cuando, pero nada memorable. Ir con Alex y David estaba bien, pero aún no había encontrado la chispa que necesitaba, hasta esa noche. Y era consciente que ellos dos se divertían más cuando no estaban conmigo.

—No ha estado mal —le respondí sin mirarle. Pude escuchar su risa de fondo.

—Y todo antes de medianoche, un logro, ¿verdad? —El corazón me dio un vuelco. ¿Qué hora era? Había estado tan a gusto, que me había olvidado por completo de que tenía que volver a casa.

No quería parecer desesperada, pero desde que me autoimpuse la norma de no volver a salir por la noche, no la había roto. Jamás. Y mis compañeros lo sabían, ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Brad pareció ver mi nerviosismo y me puso las manos en los hombros mientras se colocaba delante de mí.

—Solo son las diez y media, Hope. —En cuanto escuché esas palabras fue como si mi corazón latiera de nuevo o como si empezara a llegar de nuevo aire a mis pulmones.

Asentí e intenté apartarme, pero no me dejó. Sin embargo, me miró con preocupación cómo intentando averiguar que narices me pasaba. Lo leía en su rostro.

—Estoy bien —dije adivinando su pregunta—. De verdad... —Aunque algo me decía que no se había creído una palabra de lo que había dicho.

Me empezó a invadir una sensación muy extraña y sentí que me ahogaba.

Preguntar por mi padre no había sido buena idea, y ahora lo sabía. Una sensación extraña se coló en mi interior haciendo que no pudiera tragar. ¿Era

mala hija por querer estar lejos de mi propio padre? Era una pregunta para la que aún no había encontrado respuesta. ¿Estaría él pasándolo mal por mi culpa? Quizá sí, pero de todas formas no lo sabría.

Me había estado consumiendo durante años en esa casa, soñando con el momento de echar a volar y escapar de allí. Ahora que lo había hecho, solo sentía una cosa: culpabilidad. Seguía siendo mi padre, aunque nunca se hubiera comportado como tal.

Perdió a su mujer y, ahora, a su única hija. Pero era algo que se había ganado con los años. No era culpa mía, ¿verdad? Si hubiera sido un buen padre no habría tenido la necesidad de escapar de allí. Me habría quedado, habría cuidado de él.

Pero no me había dejado. Había construido un muro a su alrededor y nunca me había permitido entrar. Nunca. Y dudaba mucho que lo hiciera algún día.

Dejé a Brad con la palabra en la boca y me di media vuelta, echando a andar hacia ningún sitio en especial. Solo quería alejarme, estar con él me hacía sentir débil. Pero no me dejó ir muy lejos. Poco después su mano envolvió la mía, y el nudo en el pecho se hizo más grande. Me apoyé en la pared e intenté tranquilizarme.

—Hope... —Pero ya no lo escuchaba.

Ya no recordaba cuando fue la última vez que lloré, y resultaba liberador. El nudo empezó a desaparecer a medida que aumentaban mis sollozos. Hacía mucho tiempo que no me permitía llorar ante los recuerdos o inseguridades que aún conservaba. Quería que desapareciesen, que se olvidaran de mí igual que yo intentaba olvidarlos a ellos. Pero no podía. Me seguía preocupando. ¿Por qué? No lo sabía. Lo que sí tenía claro era que no me hacía ningún bien.

Solo imaginar que podía volver a ser la Hope que se escondía detrás de una botella me asustaba. La que conseguía embotar su cabeza hasta un punto en que todo le daba igual. Había empezado muy joven y eso podría haber acabado conmigo. Podía recordar a la perfección las caras de preocupación de Olivia y sus padres aquel día, la ira en la de mi propio padre y la mirada asustada que me devolvía el espejo cada vez que me giraba. ¿Era eso lo que pretendía conseguir? ¿Acabar con mi vida? En un principio pensaba que sí, que quizá era lo mejor. Volvería a estar tranquila, no tendría que soportar vivir en aquel infierno en el que me había criado, no volvería a ver a mi padre, y lo más importante, él se habría librado de mí de una vez por todas, lo que, que tal y como me miraba cada noche al cruzar la puerta, parecía que era lo que más

deseaba, que yo desapareciera de su vista y, porque no, de su vida. Pero, por desgracia, tardé mucho tiempo en darme cuenta que realmente eso no era lo que quería. Tuve que ser imprudente para saber que las cosas no eran del modo que mi cabeza había creado. Tenía a gente que me quería, gente que lamentaría que a mí me pasara algo.

Ahora, me escondía ante la idea de que, si pasaba mucho más tiempo en la calle, fuera en un bar o en algún otro sitio, mi antigua yo se volvería a apoderar de mi cuerpo anulando lo que había conseguido en todos esos años. No me creía tan fuerte. Por lo visto, no me valoraba lo suficiente.

Brad me envolvió con sus brazos y me rompí en mil pedazos. Mis manos aferraron con fuerza su camisa mientras hundía la cabeza en su pecho. Tenía que acostumbrarme a la idea de que había personas que se preocupaban por mí, pero no era tan fácil. Hasta el momento, solo había conocido la indiferencia de mi padre y el cariño de los vecinos. Una parte de mí pensaba que aquella bondad que escondían los padres de Olivia al verme era producto de la pena que sentían hacía mí. La pobre Hope, esa niña que incluso su propio padre odiaba.

—Lo siento —dije mientras me apartaba—. No sé qué me ha pasado. Yo no soy así. —Brad me soltó poco a poco, dejando que pusiera distancia entre nosotros.

—No pasa nada —repuso pasándome una mano por la cara y secando las pocas lágrimas que quedaban—. Cuando quieras contármelo, sabes que estoy aquí. ¿Verdad? —Asentí. No me había dado cuenta de que estábamos cerca de mi apartamento. Con una sonrisa, se despidió—. Nos vemos, Hope.

No necesité más para darme media vuelta y echar a correr hacia el edificio.

Capítulo 14

*E*sa mañana me despertó un fuerte golpe que, después de asimilar que no se estaba cayendo nada, asumí que venía de la primera planta.

—Pero, ¿qué narices? —dije sin poder abrir del todo los ojos. Retiré las sábanas de golpe y me asomé al pasillo.

—Eh, tío —escuché gritar a Alex—, intenta no matarme, ¿vale?

—Ese no es mi objetivo, hombre —gruñó David mientras se unía la risa de una tercera persona.

La intriga me estaba matando, así que cerré la puerta a mis espaldas y me dispuse a averiguar que estaba pasando.

—Chicos —dijo la tercera voz—, puedo subir las cajas que quedan sin vuestra ayuda, no tengo tantas cosas. —No me hizo falta asomarme más para saber a quién pertenecía esa voz.

«La curiosidad mató al gato, Hope».

¿Era demasiado tarde para volver a subir las escaleras? Tres pares de ojos me observaban desde la parte de abajo.

«Sí, es demasiado tarde».

—¡Hope! —exclamó Alex cuando me vio bajar. No le presté la menor atención. Sabía lo que me iba a decir a continuación, eran demasiados años de convivencia—. ¿Nos ayudas?

—Paso —dije mientras me servía una taza de café—. Pero vosotros podéis seguir, es un buen espectáculo. —Alex se acercó a mí y me quitó la taza—. ¡Eh! —me quejé—, eso es mío. ¡Devuélvemelo! —Se lo llevó a los labios y tomó un trago. Lo fulminé con la mirada.

—Me gusta con más azúcar, amor —me dijo mientras me la devolvía.

—Eres un idiota —siseé entre dientes. David se rio a mis espaldas sin la más mínima intención de disimularlo—. Era *mi* café.

«Como si no lo supiera...».

Sin dejar que se escapara, de un salto, me colgué de su cuello y esperé.

—Hope —me dijo Alex—, así no puedo hacer nada.

Me encogí de hombros.

—No me pienso soltar hasta que me hagas mi café. Me lo has robado, me debes uno.

Sin discutir, echó a andar hacia la cocina. Una sonrisa empezó a asomarse en mis labios cuando supe que tendría una deliciosa taza de café en mis manos pocos segundos después.

Apoyé la cabeza en su espalda y esperé pacientemente a que terminara de echar el café a la taza. Alex y yo habíamos tenido una extraña conexión desde el día que nos encontramos en la oficina de la universidad. Yo tenía cara de cachorro abandonado, y Alex vio en mí algo que, aun a día de hoy, aún no comprendía demasiado bien.

No me imaginaba mi vida sin él, como tampoco la imaginaba sin David. Éramos como un extraño pack indivisible. Sonreí mientras observaba cómo movía las manos, eran momentos así los que quería tatuarme para siempre en algún rincón de mi mente. Los que a primera vista no parecen importantes, pero que en realidad sí lo eran.

Alex dejó caer en el café dos terrones de azúcar y me tendió la taza. Seguía colgada de su cuello, así que alargué la mano cuando vi que la colocaba cerca de mí. Antes de que pudiera cogerla, alejó la taza de nuevo y pude ver como sonreía de medio lado.

—¿Me vas a dar la taza o no? —pregunté mientras me soltaba. Alex pareció pensárselo unos instantes.

—Te la daré si prometes ayudarnos. —No iba a picar. Por qué no iba a picar, ¿verdad?

—Te has bebido media taza de mi café, Alex —le recordé—. Esta taza me pertenece por derecho. Así que dámela de una vez.

—Promételo... —Arqueé las cejas mientras fruncía los labios. Me estaba chantajeando con mi propio café. Alargué de nuevo la mano, y él alejó la taza aún más.

En menudo ser malvado se había convertido.

Empecé a quejarme de nuevo, pero cada vez que alargaba la mano, él alejaba más la taza. Pero ¿cómo lo hacía? Increíble.

De fondo podía escuchar la risa de mis otros dos compañeros de piso. Al parecer nadie iba a ayudarme. Tener compañeros para esto. ¿Qué sería lo

siguiente? ¿Qué no me dejaran cenar? ¿Dormir?

Alex se intentó llevar la taza a los labios y ahí fue cuando chillé, y bueno, ¡vale! Me rendí.

—Está bien. ¡Está bien! —Sonrió de medio lado cuando vio que se había salido con la suya—. Has ganado, ahora dame mi café. —Le arrebaté la taza de las manos con un gruñido.

«Quien ríe último ríe mejor». Me dije mientras le alejaba de allí abrazando mi café.

Llevábamos más de media mañana subiendo cajas. ¿Cómo era posible? No parecía que llevara tantas cosas al principio. Ya que estábamos allí, también ayudamos a ordenar un poco todo el caos que había en esa habitación. Guardar cosas en el armario, poner algunas de sus chorradas en los cajones, colocar algún que otro libro... ¿Cómo se podía tener tantas cosas?

A Jack también le habían dado ganas de ayudar, así que iba dejando lo que ordenábamos por todas partes y yo me veía obligada que ir detrás de él recogiendo lo que iba soltando. Así que bueno, ayudar lo que se dice ayudar, no mucho. Más que ayudar, me mantenía ocupada y evitaba que metiera la mano de nuevo en alguna de esas cajas. La última vez que lo hice, me pinché con una bola de cristal asesina. No tengo ni idea de a quién se le ocurrió que hacer una bola de cristal dónde uno de sus adornos principales terminaba en una punta afilada era una buena idea.

«A alguien con una mente muy retorcida».

Dejé que el perro correteara de un lado a otro y me acerqué con sigilo al objeto que casi consigo que pierda un dedo. Lo cogí y lo agité. No parecía más que una de esas bolas de navidad que te regala la gente cuando viaja a algún país al que sueñas con ir, pero, como no pueden llevarte consigo, te traen un pedacito del sitio en cuestión. La nieve caía lentamente hasta detenerse en el suelo de ese suelo verde y brillante.

Nunca había tenido una bola de cristal de ese tipo. Y no lo decía compadeciéndome, más bien como curiosidad. No entendía que veía la gente en esta clase de objetos. La removí de nuevo y observé como caían aquellas diminutas bolitas blancas. Tengo que reconocer que era hipnótico.

— ¿Te gusta? —preguntó Brad de golpe haciendo que la figurita casi resbalara de mis manos. Alargó las manos y sus dedos rozaron los míos—. Lo

siento, no quería asustarte.

—No me has asustado —mentí descaradamente. Dejé la bola en su sitio antes de que se me cayera al suelo. No quería tener remordimientos por romper el recuerdo de alguien. Me quedé mirando la figurita, pero aunque intenté aparentar normalidad, él lo notó.

—Me la regalaron mis padres —dijo sin que le preguntara—, cuando se fueron de viaje a Italia por su aniversario. —Asentí como si hubiera esperado pacientemente su explicación. Antes de que pudiera alejarme, sus dedos presionaron mi brazo impidiendo que mis pies avanzaran—. ¿Estás bien? —No hacía falta que preguntara nada más, sabía perfectamente a que se refería. Me encogí de hombros y asentí.

Aquella noche dejé que mi mente volara al pasado de nuevo, algo que normalmente no hacía. Había enterrado esos recuerdos, y solo hicieron falta unas palabras para ver esas imágenes de nuevo, pasando como una película que no me había permitido volver a ver.

Sonreí, intentando que de ese modo me soltara para poder seguir ocupada y, así, volver a enterrar los recuerdos, esperando que no volvieran a ver la luz nunca más.

Brad frunció el ceño, pero me soltó. Me obligué a mover los pies sin pararme de nuevo. Su mirada me volvía vulnerable, y tenía que lograr averiguar por qué antes de que fuera demasiado tarde.

Horas más tarde, al fin conseguimos que todo aquello pareciera una habitación de verdad. Sonreí satisfecha con el trabajo realizado y puse los brazos en jarras. Antes de que pudieran liarme para hacer algo más, di unos pasos hacia atrás y me escabullí en silencio seguida por el perro.

Chico listo. También se había cansado de corretear arriba y abajo.

Desde la noche que nos colamos en el parque que no volví a ver a Brad. Mentiría si no dijera que me había pasado los días siguientes intentando evitar encontrarme con él. Me sentía demasiado confusa como para hablarle de nuevo. No sabía que me pasaba, pero cuando andaba cerca, mis defensas bajaban y no podía permitirme que pasara de nuevo.

Había pasado mucho tiempo desde que decidí no volver a sentir nada por nadie. Y no me apetecía que eso cambiara.

Con David y Alex era diferente, ellos dos eran mis amigos, pero Brad no lo era. Y algo dentro de mí, me decía que no quería su amistad, sino algo más fuerte que eso.

Me senté en el sofá esperando tener un pequeño momento para mí. Después de pasar apuntes, repasar y estudiar un poco, quería relajarme. Tenía ganas de leer algo simplemente por el gusto de hacerlo, no porque me lo mandaran en la universidad. Estaba harta de leer cosas que no me aportaban nada.

No es que el tipo de novelas que leía me sirvieran para algo, la verdad, pero al menos disfrutaba leyéndolas, que ya era mucho. Eché la cabeza hacia atrás, recostándola en uno de los cojines y abrí el libro por la página en la que me había quedado días atrás. Entre el trabajo, la universidad y todo lo que tenía que hacer para llevar las asignaturas al día, me era prácticamente imposible ponerme con algo que no estuviera relacionado con eso.

Empecé a leer y sonreí. Como lo había echado de menos. Jack se subió al sofá y vi su cabeza por encima de las páginas. Sus ojos me miraban esperando una respuesta por mi parte. Pero no iba a levantarme. Se quedó de ese modo algunos minutos más, hasta que comprendió que no iba a conseguir nada, así que dejó caer la cabeza y se durmió. Yo también quería esa capacidad de poder conciliar el sueño en cualquier lugar, y con esa rapidez.

Con el rabillo del ojo, pude comprobar como Brad bajaba las escaleras y empecé a rezar para que fuera lo que fuese que iba a hacer, lo hiciera lejos de donde yo me encontraba.

Capítulo 15

Brad

*E*n cuanto bajé el último escalón me di cuenta de que mi presencia la incomodaba. Aún no sabía el motivo exacto por el que evitaba estar en la misma habitación que yo, pero no pararía hasta averiguarlo.

Cuando vio que en lugar de sentarme donde estaba ella me dirigía a la cocina, se relajó. Sus hombros ya no parecían tensos y había dejado de apretar la mandíbula. Con un suspiro me puse a remover todo lo que encontré. La verdad es que no sabía que estaba haciendo allí. Habíamos hecho unas pizzas para comer y de aquello hacía horas. No quedaba nada que recoger en la cocina.

Hope estaba tumbada en el sofá, con el perro que no paraba de moverse entre sus pies. Parecía estar bastante concentrada en la lectura y no me prestaba atención alguna. Pasaba las páginas con sumo cuidado, como si temiera que se fueran a romper si las pasaba demasiado rápido. No sabía cómo hacer para que se abriera un poco más a mí. No quería forzarla, pero sabía que todo el tema de su padre la dejó tocada. Nunca saqué el tema porque no quería traerle malos recuerdos. Algunos de ellos, hasta yo mismo quería borrarlos de mi memoria.

Una Hope pequeña que seguía los pasos de su padre con apenas catorce años no era algo que me hiciera demasiada gracia recordar. Esa niña pecosa de cabello pelirrojo y mirada angelical cada día se tornaba más oscura, hasta que me obligó a querer mirar hacia otro lado. Mi mente de niño sabía que aquello no estaba bien, no podía dejarla tirada, pero tampoco podía ayudar a alguien que no quería recibir mi ayuda.

Lo había intentado en alguna ocasión, pero ella no había querido escucharme.

Las voces se arremolinaron en mi cabeza, escuchando los gritos que recibía cada día. Las malas palabras, los sonidos sordos, los golpes de cristales romperse, una puerta cerrándose tan fuerte que temía que se cayera. Eso no era vida, y sabía porque Hope había querido huir de allí, de los recuerdos que atormentaban su mente.

Recordaba su mirada triste de la pasada noche. No había manera de quitarme esa imagen de la cabeza, estaba dolida, y odiaba la sensación que eso me provocaba.

Cuando se fue, una parte de mí se sintió aliviada, ¿Qué clase de vida le esperaba en esa casa? Pero la otra, temía no volver a verla.

Ya había perdido toda esperanza cuando me la encontré aquí. Tampoco es que la buscara, pero una parte de mí, seguía preocupado por ella. Se preguntaba que habría sido de la chica de cabellos rojos y mirada triste, si habría salido del pozo en el que ella misma se había metido, y si estaría bien donde fuera que se encontrara.

Ahora que la tenía delante, veía a la antigua Hope. Aquella que aún sonreía. Pero su sonrisa aún ocultaba muchas cosas que intentaría encontrar.

Entonces una luz se encendió en mi cabeza. Quizá podría ganarme el afecto de Hope de otra forma.

Supe en el mismo instante en el que el olor a café se coló por toda la sala que me estaba mirando. Era una adicta a la cafeína, y esa también era una de las cosas que me había dejado descubrir de ella.

Me giré esperando a encontrarme con sus ojos, pero en cuanto lo hice apartó la vista. Sonreí. Cogí las dos tazas que había preparado y me acerqué a donde se encontraba.

Una vez estuve allí, me senté el sofá que había al otro lado y la observé pasar todas las páginas rápidamente hasta llegar a la última.

—En serio —empecé a decir, haciendo que Hope me mirara con curiosidad—, si haces eso pierde toda la gracia. —Ella se limitó a encogerse de hombros. Alargué el brazo y le tendí la taza, que agradeció con una sonrisa.

No dijo nada, simplemente continuó leyendo toda la última página haciendo que se me escapara una carcajada. Levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los míos.

—Me gusta saber que tiene un final feliz —dijo como si eso explicara su curiosidad—. De otra forma, no sigo leyendo. No me gustan los finales tristes, ni dramáticos... —continuó explicando—, mi vida ya es demasiado

complicada como para leer finales que no me gustan. Prefiero creer que los finales felices existen y que un día encontraré el mío.

Aquel ataque de sinceridad me pilló por sorpresa, y algo me decía que a ella también. Parpadeó varias veces, al darse cuenta de todo lo que había dicho. Sin decir una palabra más, se llevó la taza a los labios y volvió a poner el libro en la página original en la que se había quedado.

Pasó la hoja y subió las piernas mientras se apartaba un mechón de pelo de la cara. Supe al instante que me había quedado demasiado tiempo mirándola fijamente, pero no podía apartar los ojos. Me gustaría alargar la mano, pasarle los dedos por la sedosa piel... pero estaba completamente convencido que, de hacerlo, me los arrancaría. Por mucho que me tentara la idea de sentir su tacto en mi piel, en la yema de mis dedos, no quería perderlos. Mi idea era conservarlos hasta el fin de mis días, si era posible.

—Seguramente sonará ridículo —dijo sin apartar la mirada de la página que estaba leyendo—, pero siempre he soñado con ese amor del que se habla en las novelas románticas. El que te hace atravesar montañas, en busca de esa persona especial. Ese que hace que tu corazón lata más rápido de lo normal... —se quedó callada unos instantes y suspiró—, al fin y al cabo, siempre soñamos con lo que no podemos tener, ¿no?

—¿Por qué no ibas a tenerlo? —pregunté con curiosidad.

Se encogió de hombros.

—Cuando nunca has sentido el amor de otra persona, y ya no estoy hablando de un amigo, sino de la familia, te parece imposible que alguien ajeno pueda amarte de esa forma, ¿no crees?

—Hope, eres una chica muy especial. Pero hasta que tú no lo veas, nadie más lo hará.

Capítulo 16

Hope

«*H*ope, eres una chica muy especial. Pero hasta que tú no lo veas, nadie más lo hará».

Esas palabras me acompañaron durante el resto del día. No sabía muy bien a que se debían aquellas ganas de hablar, pero sí sentí que me quitaba un peso de encima. Desde que llegué a Manchester, dejé de hablar del pasado y de todo lo que me atormentaba, y quizá eso no había sido tan buena idea como me pareció en un principio. Había pensado que, olvidando, el dolor desaparecería. Pero nada más lejos de la realidad.

Suspiré mientras pasaba las páginas del libro que hacía tiempo que había dejado de leer. No me concentraba, solo sentía la mirada de Brad una y otra vez sobre mí, lo que conseguía que ya no supiera ni lo que estaba leyendo.

«¡Maldito Brad!».

Alguna que otra vez, lo observaba de reojo y lo pillaba mirándome, sin apartar los ojos de mí. Tampoco se molestaba en disimular, simplemente me sonreía, con aquella peculiar sonrisa suya que conseguía desarmarme. ¿Qué me estaba pasando?

— ¿Por qué me miras tanto? —me sorprendí preguntando—. Brad... —Las palabras se quedaron atascadas en mi boca.

—¿Cuál es tu escena favorita? —preguntó.

Parpadeé confusa.

—¿Qué? —Fruncí el ceño. Me había perdido.

—De los libros —dijo como si eso lo aclarara todo—, seguro que tienes alguna escena favorita, de esas que te gustaría vivir. —Abrí la boca, pero la cerré de nuevo—. Vamos, si me cuentas la tuya, te contaré la mía.

Cerré el libro y lo puse a un lado mientras cruzaba las piernas en el sofá.

—Puede que suene muy... cursi o tópico, pero... —Me mordí el labio—. ¿Sabes esas escenas en las que los protagonistas se besan bajo la lluvia? —Asintió—. Pues... siempre he soñado con que me pase algo así... —Arqueó las cejas—. Lo sé, lo sé... —dije restándole importancia—, no es muy propio de mí.

—Sí que suena cursi, sí...

Le tiré un cojín y empezó a reírse.

—Vale, vale —dijo entre risas—. Hope —se quejó cuando un segundo cojín impactó en su cara.

—¿Cuál es la tuya?

No iba a escaquearse. Brad se limitó a encogerse de hombros y yo hice ademán de tirarle otro cojín.

—Está bien, está bien —respondió entre risas mientras levantaba las manos—, pues... yo soy más de persecuciones. De pequeño soñaba que era jefe de policía y perseguía a los malos por la ciudad a toda velocidad...—sonrió—, supongo que aún no he perdido la esperanza.

—Has escogido la carrera equivocada, entonces.

Chasqueó la lengua contra el paladar.

—Tienes razón. ¿Aún estoy a tiempo de cambiar? —Bromear con él era fácil. Mucho más de lo que me había imaginado.

Desde que lo vi parado en la puerta de nuestro apartamento y decidí poner distancia entre ambos, no podía pensar en él cómo en algo más que un simple compañero de piso. Sabía que suponía romper una de mis normas, la más reciente. Pero era una norma al fin y al cabo. No quería que hubiera problemas entre nosotros. ¿Qué pasaría si me dejara llevar? Algo me decía que no me gustaría saberlo.

Fui a responderle, pero alguien habló antes que yo.

—¿Os apetece salir? —dijo Alex mientras se metía las llaves en el bolsillo—. Después de todo lo que hemos trabajado esta tarde, nos lo merecemos, ¿no?

No iba a discutir con él.

Pero necesitaba algo fuerte que me hiciera olvidarme por un tiempo del caos que reinaba en mi cabeza.

—Uno —dijo Brad acompañando su explicación alzando un dedo.

Abrí la boca pero no fui tan rápida.

—Vamos, Hope —intervino esta vez Alex—, no te va a pasar nada. No sería la primera vez.

Tenía razón.

Solíamos frecuentar un pub no muy lejos de nuestro apartamento. Muchos domingos íbamos a despejarnos un poco antes de que comenzara de nuevo la semana. No era un ritual que hiciéramos de forma habitual, pero sí que pasábamos gran parte del tiempo allí metidos. Aunque claro, ellos más que yo.

Pete, el guapo camarero que sabía qué copas debía servirme y cuántas era capaz de asimilar, sonrió al vernos entrar.

— ¡Oh, está bien! —Esa batalla iba a perderla tarde o temprano, así que la mejor opción era hacer las cosas rápido—. Que corra el tequila...

Quizá aquello lo dije con demasiada energía.

Alex se sorprendió de que cediera tan rápido, y David ya estaba pidiendo al camarero los chupitos. Pete nos colocó un vasito delante de cada uno y lo fue llenando poco a poco.

—¿Por el trabajo bien hecho? —preguntó Alex mientras alzaba el pequeño vaso de cristal, arrancándonos una sonrisa a todos.

—Por el trabajo bien hecho —brindé. Poco después, sentí el líquido transparente bajar por mi garganta.

Seguía sin tener muy claro que fuera buena idea.

—Alex, creo que ya has bebido suficiente —le dije a mi compañero mientras intentaba mantenerlo en pie.

Como era de esperar, todo se había descontrolado en unos minutos. Odiaba tener que ser la niñera del grupo, ahora entendía porque más de uno de mis compañeros se habían cansado de mis tonterías y de perseguirme a todas horas cada noche. Había llegado un punto que hasta yo misma los evitaba.

Había perdido la cuenta de las copas que se habían tomado mis compañeros de piso, pero estaba claro que el más contento por ahora era Alex. Yo, sin embargo, solo me había tomado aquel chupito de tequila en la barra. No necesita más, y a decir verdad, tampoco había necesitado ese primero.

¿Quién me había mandado a mí quedarme con ellos? Con un poco de suerte, al día siguiente solo tendría un fuerte dolor de cabeza.

Hacía días que veía a Alex más extraño de lo normal, pero no era una entrometida. No quería preguntarle, y que simplemente se encogiera de hombros evitando responderme. De ser así, sentiría que no confiaba lo suficiente en mí... Sin embargo, él no podía seguir de esa manera, no era la primera vez que lo veía en estas circunstancias en los últimos meses. Claro que, tampoco es que saliera mucho con ellos como para poder decirle que parara de una vez.

—¿Dónde está David? —me sorprendió entenderle.

—Lo buscaremos y nos iremos a casa, ¿vale? —Él negó con la cabeza mientras intentaba soltarse—. Alex... por favor...

—¿Necesitas ayuda? —preguntó una voz detrás de mí. No me hizo falta girarme para ver de quien se trataba.

—Sí, gracias —le dije a Brad mientras él se colocaba un brazo de Alex por detrás del cuello—. Será mejor que nos vayamos. ¿Has visto a David? —inspeccionó la sala hasta que su mirada se detuvo en un punto.

—Está allí. —Hizo un gesto con la cabeza indicándome el camino—. Ve, te espero fuera —asentí y dejé que se llevara a mi amigo fuera. A Alex le vendría bien el aire.

Me acerqué hasta David a quien no tuve que insistir demasiado para que volviera con nosotros. En pocos minutos, los cuatro pusimos rumbo a casa. Nadie dijo nada, hasta que David rompió el silencio.

—No sé qué mosca le ha picado —dijo—. Me prometió que no se pasaría.

Alex balbuceó algo incoherente como si quisiera participar en la conversación.

—Mañana tendrá una horrible resaca —intervine yo—, y se lo tiene bien merecido, por idiota.

Nadie me llevó la contraria. Solo esperaba que, fuera lo que fuese que se escondiera tras todas esas copas de alcohol, lo compartiera conmigo en algún momento.

Capítulo 17

Llegaba tarde. Muy tarde. Después del numerito de la noche anterior, tuve que soportar las quejas de Alex durante más de una hora. No era de extrañar que solo quisiera que fuese yo la que lo ayudara. David no dejó de decirle que me dejase descansar y se apañara él solito con su resaca, pero se aferró a mi pierna como un niño de cinco años que no quiere irse a dormir.

Muy típico de él si me paro a pensar.

No valía la pena intentar razonar con Alex, no íbamos a llegar muy lejos. Con un suspiro, le dije a David y a Brad que ya me ocupaba yo de nuestro amigo, aunque en mi interior estuviera gritando con rabia que más le valía compensarme por ello, y pronto.

Le desvestí como a un niño pequeño y después de unos cuantos quejidos y pataletas, conseguí que se tumbara en la cama. Mi intención era irme cuando consiguiera que estuviera más de diez segundos sin decir una palabra, pero no había manera humana de que me soltara. Con un bufido, me tumbé a su lado y cerré los ojos, esperando a que por fin amaneciera, se despertara, y pudiera decirle un par de cosas.

Claro que no caí en poner el despertador. Ni, ya puestos, en irme a mi habitación. Cuando abrí los ojos, una claridad horrible inundaba toda la habitación y me costó un par de segundos averiguar dónde me encontraba. Parpadeé confusa hasta que mi cerebro empezó a funcionar. No era la primera vez que me despertaba en la habitación de Alex, pero sí era la primera vez que había tenido que hacer de hermana mayor con él.

De pronto, mi mente hizo clic, y solté un grito.

—Mierda —dije mientras me soltaba de mi amigo a toda prisa y me levantaba de un salto. No podía ser, ¡me había quedado dormida!

Lo escuché quejarse pero, en aquel momento, no podía importarme menos.

—Hope —dijo Alex con voz ronca—, ¿puedes quejarte un poco más bajo?

Si no fuera porque estaba de los nervios, hasta me habría reído.

No me paré a contestarle. Cuando salí corriendo de la habitación, encontré la casa demasiado silenciosa. ¡Mierda! Seguro que era mucho más tarde de lo que realmente imaginaba. Llegué a mi habitación y empecé a buscar el móvil mientras me deshacía de la ropa. Cuando di con él, solté un gemido. Me había perdido una clase y, si seguía así, me perdería las dos siguientes. No es que me importara demasiado, pero no solían pasarme estas cosas. Alguna que otra vez sí que había decidido saltármelas porque tenía demasiadas tareas que hacer, pero no por quedarme dormida. Me había esforzado mucho para lanzarlo todo por la borda de esa forma.

Me di una ducha rápida, pues aún estaba algo pegajosa del ambiente de la noche anterior, y haber tenido a Alex como estufa humana tampoco ayudaba. Me puse unos vaqueros que encontré tirados y una blusa que no parecía demasiado sucia, y bajé las escaleras mientras me ponía las botas intentando no perder el equilibrio.

Para mi sorpresa, Alex ya estaba abajo, vestido y me tendía una taza de café que agradecí. Pero no le daría las gracias, por su culpa iba a llegar tarde, no se lo merecía. La cogí con recelo y bebí.

—Te llevo —dijo mientras dejaba la suya en el fregadero—. Te lo debo. — En eso último no le faltaba razón.

Una vez en el coche, ninguno de los dos dijo nada. A mí se me había pasado el cabreo hacía rato, pero Alex parecía estar teniendo una discusión muy intensa consigo mismo y, en ese momento, no me apetecía interrumpirlo.

—Lo siento —dijo, haciendo que me girara—. Por todo lo de ayer. Por beber más de la cuenta, por el espectáculo, por retenerte conmigo... —explicó—. Lo siento por todo eso.

Tardé unos instantes en responderle.

—No pasa nada —dije mientras volvía a girarme hacia la ventana—, hace rato que se me ha pasado el cabreo, Alex. No te preocupes.

—Llegas tarde por mi culpa —apuntó como si me estuviera dando motivos para que estuviera cabreada con él.

—Lo sé. Y ahora me estás llevando a la universidad. Supongo que eso te hace sentir un poco menos culpable, ¿no?

—Lo siento, Hope. De verdad.

—Eso ya lo has dicho —esperé. Aunque en realidad no sabía realmente qué estaba esperando. ¿Una explicación quizá?

—Yo... —empezó. Pero las palabras murieron en su boca. Después de unos segundos en silencio, habló de nuevo—, no estoy pasando por un buen momento —sus palabras hicieron que me volviera de nuevo hacia él—. Mi padre no deja de presionarme y siento que voy a estallar de un momento a otro. Me gusta mi carrera, o al menos eso pensaba hace unos meses. Ahora... solo escucho hablar de la empresa familiar, de todo lo que haré allí con él... con mi hermano... y me estoy agobiando. Quería hacerlo a mi manera, pero, ya veo que no puedo hacer ni eso. Nunca he tenido ni voz ni voto en esto, al principio pensaba que era lo que quería; ahora ya no sé qué pensar. ¿Y si no quiero trabajar con mi padre? —Noté el terror en su voz.

—Alex, tienes que hablar con él de todo esto, no puedes seguir guardándotelo para ti. Lo sabes, ¿verdad? —Él asintió—. Quizá después lo veas de otra forma. Siempre te ha apasionado lo que haces, lo notaba cada vez que me explicabas algo. Te aterroriza el futuro, y eso puedo entenderlo. Pero no puedes seguir guardándotelo para ti —concluí—, ya has visto lo que te provoca.

Alex asintió mientras aparcaba delante de la facultad. Me removié el pelo y sonrió. Antes de que pudiera cambiar de idea, bajé del coche y corrí hacia las escaleras.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —me preguntó alguien detrás de mí. Me paré en seco al reconocer su voz y le di un manotazo en el brazo—. ¡Ay! —se quejó Brad—. ¿Y eso a qué viene?

—¿Me lo preguntas en serio? —le reproché—, me habéis dejado tirada esta mañana.—Brad hizo una mueca.

—Intenté despertarte más de una vez —admitió—, pero no respondías. Tuve que tomarte el pulso para asegurarme de que aún respirabas. De verdad, me tenías preocupado.

—No será para tanto.

—David y yo pensamos que no te vendría mal descansar un par de horas más. —Removié algunas cosas que llevaba en la mochila y me tendió unos papeles—. Toma —dijo mientras lo miraba—. Te he fotocopiado algunos

apuntes que me han dejado. Quizá no es lo mejor, pero es algo. —Los cogí al tiempo que arqueaba las cejas.

—Vaya, gracias. —Me había dejado sin palabras—. Pensaba pedirlos yo misma. —Él me dedicó una de sus sonrisas mientras echaba a andar de nuevo.

—Nos vemos en casa, Hope. —Dicho esto, dio media vuelta.

Por mucho que lo intentara, no lograba prestar atención. Normalmente, me enteraba de lo que los profesores explicaban, pero aquella mañana mi cabeza decidió tomarse unas vacaciones. Solo quería que la mañana pasara rápido, y para mi sorpresa, así fue.

Horas más tarde, estaba sirviendo batidos y cafés. No volví a encontrarme a Brad en toda la mañana, pero no tenía muy claro si debía, o no, alegrarme por ello.

Después de cerrar, y de camino a casa, sentí una mano en el hombro. No grité de milagro.

—Brad —dije mientras me llevaba una mano al pecho—. Me has asustado.

—Lo siento—respondió con una sonrisa—. ¿Ibas para casa? —Asentí. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo al escuchar la palabra casa en sus labios.

Sin decir una palabra, se puso a mi lado y ambos pusimos rumbo a *nuestro apartamento*.

A la mañana siguiente, casi se me pegaron de nuevo las sábanas, pero esta vez era única y exclusivamente culpa mía. Me había quedado dormida encima del escritorio terminando un trabajo que tenía que entregar esa misma mañana si no quería que me suspendieran la asignatura. Ese día se terminaba el plazo y en esas últimas semanas, casi no había tenido tiempo de hacerlo.

—¿Se te han pegado de nuevo las sábanas, Hope? —preguntó Brad con una risa disimulada.

—Tenía trabajo que hacer. —Me encogí de hombros. No iba a caer en su juego, o eso creía.

—Ya... —Arqueé las cejas. No me podía creer que dudara de mí—. Si llego a saber que lo de levantarte tarde y saltarte clases era algo habitual en ti, no me habría molestado en fotocopiarte los apuntes.

Mis ojos fueron a parar a la bolsa que había delante de mí, y no me lo pensé dos veces. Entonces, empecé a tirarle magdalenas a Brad. Sí, habéis leído

bien. No sé en qué estaba pensando en ese momento, pero no tenía nada más peligroso a mano. Él empezó a reírse y me puse roja hasta las orejas.

—¡Ay! ¡Ay! —se quejó—. Hope, para, era una broma.

En ese momento, supe que le había declarado la guerra a Brad.

Capítulo 18

No hablé con Brad durante el resto del día. Insistió en acompañarme, total, íbamos al mismo sitio, pero rechacé la oferta amablemente. Prefería ir andando antes que compartir el viaje con él. O arrastrarme. Está bien, quizá eso era demasiado drástico, pero no me iría con él, al menos esa mañana.

El día fue horrible. Por mi negativa a que me llevara a la universidad, y mi tozudez con respecto a no pagar transporte público, casi conseguí que no me dejaran entrar en clase por llegar cinco minutos tarde. Pero mentalmente, me di una palmadita en la espalda, había llegado mucho antes de lo esperado. Entregué el trabajo a tiempo y evité un suspenso. Parecía ser que, después de todo, la asignatura no era tan horrible como había creído en un principio.

Las clases se hicieron largas, demasiado para mi gusto. Pero no podía hacer nada, aún quedaba mucho tiempo para las vacaciones, acabamos de pasar como quien dice las de Navidad.

Paseé los ojos por la sala, esperando encontrar algo en lo que concentrarme un rato, pero mi mirada se topó con la de alguien a quien no quería ver. Parker. Mi mente voló sin querer a la fiesta de fin de año y quise morirme. Por suerte o por desgracia no había bebido demasiado, solo lo que me tenía permitido, pero a mí no me hacía falta tener alcohol en las venas para hacer el ridículo. No me puse a bailar encima de una mesa si es lo que estáis pensando, pero quizá lo hubiera preferido. Parker era un chico guapo, no se podía negar. Ojos azules, pelo rubio... vi algo en él, y esa noche intentaba distraerme. Mis compañeros de piso no dejaban de hablar de lo bien que se lo habían pasado en esas fiestas en casa con sus respectivas familias, y aunque cuando yo andaba cerca intentaban no hablar demasiado, no había manera de no escucharlos. También había que sumarle que Olivia me llamó para decirme que al final no podía venir a verme.

Parker estaba allí y yo también, así que me dije, ¿por qué no? Nadie me impedía pasármelo bien. Así que bueno, lo demás os lo podéis imaginar vosotros. No me avergonzaba haberme acostado con Parker, pero verlo cada día tampoco me hacía mucha gracia. No me iban las relaciones de ningún tipo, así que temía que él sí quisiera acercarse de esa forma. No quería tener que rechazarlo, sería incómodo. Sí que soñaba con encontrar el amor algún día, pero de momento no me atrevía a abrirme lo suficiente a los demás como para que algo así pudiera llegar a pasar, y tampoco estaba en mi lista de prioridades.

Por esa razón me asustaba Brad. Me hacía ansiar cosas que no estaban a mi alcance.

Las clases terminaron sin altercados; al final conseguí concentrarme, lo que era un punto para mí y todo un logro, teniendo en cuenta el lío mental que había en mi cabeza en esos momentos. Salí por la puerta esperando que el aire me aclarara las ideas, pero después me arrepentí. ¿Por qué narices tenía que hacer tanto frío? Me subí la cremallera y enterré la cabeza en la bufanda que llevaba alrededor del cuello.

Nada. Seguía haciendo frío.

A medida que andaba iba escuchando unos pasos detrás de mí, cada vez más cerca. Y no tenía muy claro si pararme o echar a correr.

—Hope —me llamaron—, Hope, espera... —No reconocí la voz. Pero un suspiro de alivio se escapó de mi garganta cuando me di cuenta de que no se trataba de Brad.

Al girarme, me encontré con la última persona que esperaba encontrarme.

—Parker —dije sin darme cuenta—. ¿Qué haces...? —Antes de que terminara de hablar, me tendió una carpeta que me resultaba insultantemente familiar.

—Te la has dejado en clase—dijo sin más. La cogí agradecida y me la guardé en la maleta. Empecé a andar de nuevo, pero él se apresuró y me alcanzó en cuestión de segundos, lo que tampoco era demasiado difícil, teniendo en cuenta que no tenía intención de escapar corriendo.

—Gracias —dije viendo que no iba a irse por donde había venido.

—De nada —respondió con una sonrisa que hizo que se le marcara un hoyuelo en la mejilla—. Hace tiempo que no hablamos —soltó como si nos llamáramos por teléfono cada día.

Me encogí de hombros. Nunca habíamos compartido más de dos frases

completas, y el día de la fiesta de fin de año tampoco es que hubiéramos hablado demasiado.

—He estado liada —mentí. Había estado liada, pero no tenía nada que ver con él.

Asintió con la cabeza como si ahora todo tuviera sentido.

No estaba entendiendo nada.

Poco después, llegamos a su coche y se ofreció a llevarme a trabajar. No iba a dejar pasar la oportunidad, así que asentí mientras abría la puerta. Me recosté en el asiento, esperando la segunda parte del interrogatorio.

—Conozco el motivo por el que estás incomoda conmigo. —Me puse tensa—. Lo de la fiesta estuvo bien, pero no tienes por qué estar tan distante, hace meses de eso. No voy a morderte ni a asaltarte en medio del pasillo, puedes estar segura de ello. —Encendió el coche y arrancó.

—No suelo hacer esto muy a menudo, en realidad es la primera vez que hago algo así. —Vi que arqueaba las cejas. Vale, no me había explicado bien—. Quiero decir con gente de la universidad a la que veo cada día. No me gusta que hablen de mí por lo que hago o dejo de hacer.

Él chasqueó la lengua.

—Somos adultos, Hope. Podemos hacer lo que queramos, y no tenemos que darle explicaciones a nadie. —En eso no se equivocaba. Punto para mi nuevo amigo Parker.

—También tienes razón. —Me relajé. Después de todo, Parker no estaba tan mal.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté girándome hacia él—. Yo invito.

Él asintió con una sonrisa y me siguió hasta el interior del local.

Horas después de empezar mi turno, el nivel de trabajo había bajado considerablemente. Parker no se había quedado demasiado tiempo, pero sí que me hizo compañía durante un rato. Adam me miraba arqueando las cejas cada vez que se giraba, y yo me limitaba a encogerme de hombros.

Parker parecía simpático, pero no quería tener nada con él. Ni una historia ni una segunda noche juntos. No me interesaba lo más mínimo; intenté dejárselo claro, y pareció entenderlo.

Poco después de que se fuera, Adam me interrogó para saber quién era. No entré en detalles, pero le conté más o menos lo que había pasado con Parker.

Cuando terminé, se fue murmurando: «chica con suerte» lo que me hizo estallar en carcajadas.

El resto de la tarde pasó tranquila. Una sensación de alivio me recorrió todo el cuerpo cuando recordé que no debía quedarme hasta la hora de cerrar. Recogí mis cosas cuando terminó mi turno y me despedí de mis compañeros hasta el día siguiente.

Mis intenciones de volver a casa y pasar una noche tranquila se vieron frustradas mucho antes de que mi mente trazara el plan de la noche perfecta.

Escuchar mi nombre en la boca de Brad provocaba que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo, y aún estaba intentando comprender si aquella sensación era buena o mala. Me giré y vi parpadear una luz. Brad me sonreía inclinado en su moto. Estaba tan guapo con aquella chaqueta de cuero y esos pantalones apretados... Esa pose despreocupada me hacía verlo más sexy, lo que me obligó a sacudir la cabeza para que ese pensamiento se borrara de mi mente.

«No, Hope. Ya hemos hablado de esto».

Tenía el cabello oscuro algo revuelto por culpa del casco que llevaba en la mano derecha. No había borrado la sonrisa de su cara desde que me giré.

—¿Qué haces aquí? —me encontré preguntando antes de llegar hasta donde estaba. Me crucé de brazos. Había olvidado que estaba enfadada con él.

«¿Puedes borrar esa estúpida sonrisa? Me desconcentras».

—He pensado en que no te vendría mal que alguien te llevara a casa. Hace algo de frío.

—Claro, y montarme en moto hace que vuelva a casa calentita, ¿verdad? —hizo una mueca.

—Te puedes abrazar a mí —dijo mientras se subía—. Hará que entres en calor.

Negué con la cabeza escondiendo una sonrisa. Me tendió un casco y lo acepté a regañadientes. Mientras me subía a esa moto, negra y demasiado grande, Brad se cubrió la cabeza con el suyo y esperó a que yo hiciera lo mismo con el mío para arrancar.

Me abracé a él con fuerza cuando noté que se movía y pude notar también como se reía por las sacudidas que daba su pecho contra mis brazos. Mis manos se detuvieron en su abdomen, y por un momento pensé en cómo sería sin camiseta.

«Hope, basta. —Me regañé a mí misma—. Deja de pensar en Brad sin

camiseta».

Quizá podía obligar a mi mente a dejar de pensar, pero ¿podría hacer que mi corazón dejara de sentir?

Bajé de la moto de Brad con las piernas temblorosas, y a diferencia de lo que él podría pensar al ver el estado en el que me encontraba, no tenía nada que ver con el trayecto, sino más bien con lo que este me había hecho sentir.

Tenía miedo. De Brad, de lo que le hacía a mi corazón cada vez que estaba cerca. Sin darme cuenta, me acaricié el tatuaje que llevaba en la muñeca. Aquel era el único corazón que quería sentir, al menos de momento.

Le tendí a Brad el casco y este lo cogió, haciendo que nuestras manos se rozaran. Sentí un cosquilleo muy difícil de ignorar, así que solté el casco a toda prisa. Brad sonrió y yo eché a andar hacia nuestro apartamento.

— ¿Te apetece dar una vuelta antes de subir?—antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo, me agarró de la mano y tiró de mí.

No sé el tiempo exacto que pasamos caminando bajo la noche sin estrellas, fría y húmeda. Él me contó cómo le iba en la universidad, y yo hice lo mismo, parecía extraño que ambos nos decantáramos por la misma carrera. Pero no quería indagar demasiado, al menos de momento.

Comimos unos bocadillos en un puesto de comida rápida y continuamos nuestro paseo. Hacía tiempo que no me sentía tan ligera. Desde que Brad estaba cerca, era como si aquel vacío que había estado abriéndose paso en mi pecho, se fuese cerrando poco a poco gracias a él. Mi mente quería ubicarlo, sabía que había un niño moreno y de ojos claros que siempre velaba por mí, incluso en las noches más difíciles, pero por mucho que lo intentara, esas imágenes se negaban a aparecer y quizá era lo mejor. Recordar esa época de mi vida no me gustaba, pero siempre formaría parte de mí. Quisiera o no.

Llegar paseando a un sitio que no conocías era una de las cosas que más me gustaban. Y con él, aquello se había vuelto una costumbre. Estaba tan concentrada mirándolo todo, que no estaba prestando atención a donde colocaba mis pies. En una de esas, tropecé, como era de esperar. Brad, que estaba más atento que yo al parecer, me sujetó antes de que mi cuerpo chocara contra el asfalto y me atrajo hacia él. En ese momento dejé de respirar. Sus manos me envolvían la cintura y su respiración se acompañaba con la mía.

Nuestros pechos se rozaban, y podía sentir el latido de su corazón junto a mi piel. El silencio nos invadió ni él sabía que decir ni yo tenía ganas de hablar. ¿Era tan extraño que quisiera disfrutar de ese momento?

Nuestros labios estaban a un paso de rozarse. Pero no fue eso lo que pasó. Brad levantó la barbilla y me besó en la frente haciendo que cerrara los ojos, disfrutando de la sensación de sentir sus labios en mi piel.

Carraspeó.

—Es casi medianoche —dijo haciendo que me pusiera alerta—, deberíamos volver.

Odiaba aquella sensación de echarlo de menos cuando aún estaba cerca.

Capítulo 19

No dejé de pensar en ese estúpido beso durante el resto de la semana. Había sido una tontería, pero al parecer, no causó el mismo efecto en Brad que en mí. Este se comportó como siempre, ignorándome a ratos y torturándome otros.

Me asomé por la ventana de mi habitación con el cachorro en mis brazos. Llevaba pidiéndome atención desde que abrí los ojos y ya no podía ignorarlo por más tiempo. Acaricié su pequeña cabecita mientras observaba el cielo gris. Había estado lloviendo toda la noche anterior y todas las aceras estaban tan mojadas que esperaba no resbalar. Odiaba esos días y mi equilibrio también. No era una patosa, pero digamos que no miraba por dónde pisaba.

Desde mi ventana, podía ver el resto de apartamentos que se amontonaban en la zona. No eran ni modernos ni bonitos, pero a mí me encantaban. Marrones y blancos, y si quería, podía saltar al piso del vecino y entrar en su casa a través del balcón. Estaban tan juntos que si alargaba la mano, podía tocar los barrotes fríos de acero.

También me gustaba que toda la zona que compartía ese vecindario estuviera llena de luces. Al principio me pareció muy extraño que todo estuviera tan bien iluminado, cientos de bombillas que encendían cada noche. Era como vivir una navidad en bucle. Pero ahora era lo que más me gustaba. En lugar de tener farolas en las calles, había pequeñas luces exteriores. Y a mí me parecía precioso.

Giré sobre mis talones diciéndome que ya era hora de ir preparando las cosas para irme a trabajar. Entraba en menos de una hora, y aún tenía que tomar mi dosis de cafeína diaria. Cuando llegué a la planta de abajo, me sorprendí al ver a Brad trasteando en la cocina. Dejé a Jack en el suelo, le di un par de caricias en la cabeza y me acerqué a mi nuevo compañero de piso.

—¿Qué haces? —pregunté haciendo que se sobresaltara. Me reí mientras ponía de comer al perro que llegó corriendo unos segundos después. Él se

llevó una mano al pecho y suspiró.

—Buscaba algo para comer —dijo mientras se rascaba el mentón y fruncía el ceño—. Ayer se terminaron mis cereales y me olvidé de salir a comprar.

Entré en la cocina y cogí mis cereales para después vaciar el contenido en un cuenco lleno de leche.

—Puedes coger de los míos —Brad hizo una mueca y yo sonreí—, o no.

—No te ofendas —dijo mientras tomaba asiento a mi lado—, pero no pienso comerme eso.

Solté una carcajada.

—No me ofende —solté mientras me llevaba una cucharada a la boca—, más para mí. —Él sonrió y yo me obligué a apartar la vista—. Puedes venir al trabajo conmigo, allí podrás desayunar algo que no sean unos cereales de colores.

Pareció meditarlo unos instantes y le di con el codo hasta que lo hice reír.

—Me parece buena idea —contestó después de unos segundos en silencio—. No tengo clase hasta las doce. Te puedo hacer compañía un rato, sé que lo estás deseando, Hope. Aún estoy esperando que confieses que disfrutas de mi compañía tanto como yo disfruto de la tuya.

No respondí. No pensaba admitirlo.

Una vez en la calle, dejé que el viento rozara mi piel. Llevaba años viviendo en ese ambiente, pero eso no quería decir ni que me gustara ni que estuviera acostumbrada. Me habría gustado vivir en un lugar más cálido, sin tantas lluvias ni ese viento gélido que me congelaba hasta los huesos.

Anduvimos en silencio gran parte del camino. Me gustaba andar hasta el trabajo, no estaba lejos y el viento conseguía despejarme hasta que la cafeína hiciera efecto en mi cuerpo. No era buena madrugadora y me costaba despertarme del todo. Por esa razón, me gustaba andar y despejarme. Cerré los ojos, dejé que el viento rozara mi cara y respiré hondo. El aire removió mi pelo haciendo que tuviera que apartarlo en más de una ocasión para ver por dónde iba.

A mí lado, Brad andaba con semblante serio. Fruncía el ceño, y, de vez en cuando, lo pillaba pateando alguna que otra piedra del camino. Pobrecitas, ellas no tenían la culpa. No entendí muy bien a que se debía aquel cambio de humor, pero descubrí que no me gustaba verlo de ese modo.

Miré de nuevo al frente, y mis ojos captaban todos y cada uno de los charcos que decoraban las calles vacías. Siempre me había gustado saltar en los

charcos, pero hacía años que no lo hacía. Resultaba liberador. Cuando era más pequeña, siempre esperaba a que el cielo estuviera despejado para salir al porche, y saltar en todos y cada uno de los que había en el patio delantero. No siempre lo hacía con el calzado adecuado, algo que a mi padre le cabreaba. Odiaba que entrara en casa mojada y dejando barro allá por donde pisaba. Pero bueno, en realidad odiaba todo lo que hacía, así que tampoco era una novedad que me gritara por dejar algún que otro charco sin importancia por la casa. Igualmente, la niña pequeña que era no quería enfadar a su padre, así que por esa razón, decidí que era mejor dejar las botas en el porche y salir descalza.

Un pequeño pensamiento cruzó mi mente y se me iluminó la cara. Sonreí como hacía tiempo que no hacía. Fui corriendo hasta el primer charco que vi y me puse a saltar como antaño bajo la atenta mirada de Brad. Empecé a reír y descubrí lo mucho que echaba de menos esa clase de cosas. Con un gesto, le hice a entender a Brad que se acercara. Al principio no me hizo demasiado caso, pero luego me acerqué hacia donde estaba y tiré de él.

Fue entonces cuando ambos nos pusimos a reír, saltando, pisando y arrastrando agua con los pies. Había olvidado aquella sensación y me gustó volver a descubrirla.

—Estás loca, Hope —dijo, aún entre carcajadas.

—Quizá tengas razón —respondí sin dejar de reír.

—Me encanta pisar los charcos cuando llueve —expliqué una vez retomamos el rumbo de nuevo.

—Me he dado cuenta —contestó con una sonrisa.

No volvimos a hablar hasta entrar por la puerta de la cafetería.

Brad se quedó hasta mucho después de terminarse el desayuno. Nunca se había quedado por tanto tiempo. Mientras se comía el pequeño plato de huevos y tostadas no dejaba de mirar su teléfono móvil. No soy tan cotilla como para saber que estaba haciendo, pero no habría estado de más enterarme. Podría llamarse curiosidad.

Aquella mañana, Anne parecía estar un poco más centrada en el trabajo. Solo se equivocó dos veces con los pedidos y no rompió más que una taza pequeña. Íbamos mejorando. A mis compañeros y mí no nos entraba en la cabeza como aun así, Anne seguía trabajando con nosotros, hasta que la tarde

anterior todo cobró sentido. Anne era la hija del hermano de la jefa, por lo que no había forma humana de echarla de allí. Tengo que reconocer que la chica era simpática y dulce, pero eso no quitaba el hecho de que era un completo desastre para este trabajo. Adam y yo siempre intentábamos echarle un cable, pero había situaciones que eran imposibles de salvar. Creedme.

El día pasó tranquilo pero lleno de trabajo. Cuando llegó la hora de salir, me despedí y me marché de allí pitando antes de que me liaran de alguna forma para que les ayudara. No sería la primera vez.

Llegué al apartamento con ganas de tumbarme en la cama y no hacer nada hasta el día siguiente. Pero mi estómago me recordaba que no había cenado. Entré por la puerta y los vi a todos sentados en el sofá, muy pendientes del televisor. Cogí un par de porciones de pizza que había en la cocina y subí a mi habitación. Si seguía comiendo de esa forma, llegaría un día en que me pondría enferma.

Entré quitándome los zapatos y pegándole un mordisco a una de las dos porciones de pizza cuatro quesos que llevaba en la mano. Casi gemí. Miré el móvil mientras me sentaba en la cama; vi algunos mensajes y llamadas de Olivia. Una sensación extraña se instaló en mi pecho.

No me lo pensé dos veces a la hora de marcar su número. Esperé un par de tonos hasta que descolgó.

—Hope, ahora no puedo hablar —dijo a toda prisa.

—¿Ha pasado algo? —pregunté atropelladamente.

—¿Eh? —Por su tono no entendía mi preocupación—. No, ¿por qué?

—No lo sé, tal vez la palabra urgente escrita en mayúsculas, el llámame en cuanto veas este mensaje y todas las llamadas perdidas que tenía en el teléfono me han hecho pensar cosas que no eran.

—Ya. —Pareció meditarlo unos segundos—. Sí, visto de ese modo parece que estuviera en medio de algún atraco...

—Entonces, ¿qué era tan urgente? —pregunté.

—Ahora mismo estoy en la biblioteca y la mujer que hay al otro lado del mostrador me está mirando como si quisiera arrancarme las entrañas y dárselas a comer a su perro. —Me reí—. No, en serio. Da bastante miedo, te llamo mañana, ¿vale?

—De acuerdo —dije sin muchas ganas—, te echo de menos, Oli.

—Yo también, Hope —suspiró—. Yo también.

Me despertó la luz del sol que se filtraba por la persiana medio bajada de mi habitación. Intenté hacerme la remolona durante unos minutos más, pero Jack ya sabía que estaba despierta, así que no tenía escapatoria.

Cuando llegaba del paseo con David, Jack volvía a mi habitación a dormir hasta que me levantaba. Aún no entendía la forma de pensar de este perro. Empecé a arreglarme para ir a clase bajo la atenta mirada del cachorro, al que solo le faltaba arquear una ceja y dar golpecitos a un reloj atado a su muñeca. ¡Qué perro más impaciente!

Bajé las escaleras de dos en dos, y después de ponerle a Jack su cuenco de comida, alguien llamó al timbre. Todos nos miramos sin comprender. ¿Quién sería a estas horas? Que yo recordara, no esperábamos la visita de nadie.

—Espero que no se te haya ocurrido la genial idea de volver a invitar a tu hermana —acusó Alex a David.

—Aunque no es el caso, de ser así no pasaría nada. Te recuerdo que este apartamento es tanto tuyo como mío. Hasta donde yo recuerdo, sigo pagando el alquiler.

—Chicos —advertí mientras me levantaba—, sea quien sea, aquí todos pagamos el alquiler. —Lo dije por si acaso. Nunca se sabía.

Me acerqué hasta la puerta y cuando la abrí, me encontré con la última persona que esperaba encontrarme allí parada.

— ¡Sorpresa! —exclamó quien había al otro lado de la puerta.

Estaba tan sorprendida que olvidé de cómo se pestañeaba.

Capítulo 20

—¿Olivia? —pregunté aún sin creérmelo. La última vez que hablamos, es decir, la noche anterior, parecía estar muy ocupada y se le olvidó mencionarme el hecho de que iba a venir de visita.

— ¿No estás contenta de verme?—dijo mientras sonreía. La acompañaba una pequeña maleta que había dejado en el suelo junto a sus pies.

Yo aún estaba demasiado sorprendida para hablar.

—¿Qué estás...? —No me dio tiempo a formular la pregunta entera, ya que Olivia cogió su maleta y entró dejando a mis compañeros con la boca abierta.

Normalmente, si invitábamos a alguien a pasar unos días, siempre debíamos informar antes, para que después no hubiera malentendidos. Pero era imposible avisar a nadie cuando ni tú misma sabías que alguien iba a invadir tu espacio vital.

Jack pareció volverse loco cuando Oli se acercó a acariciarlo. Se puso boca arriba, dejando que le rascara por toda la barriga. Nadie hablaba, y eso estaba empezando a aterrorizarme.

Al cabo de unos segundos, David sonrió y se acercó a ella para saludarla, bajo la atenta mirada de Alex, por supuesto. Tragué con fuerza mientras veía como este se acercaba hasta donde estaba yo, que aún seguía sujetando la puerta entreabierta. La cerré, y me di la vuelta.

—Recuerda, amigo — dije a Alex cuando se puso a mi lado—. Todos pagamos el alquiler.

Al parecer, Olivia había decidido hacernos una visita que duraría todo el fin de semana, se iría el domingo por la tarde. Por mí no había ningún problema, pero a Alex no le hacía demasiada gracia la presencia de mi amiga. Siempre que abrían la boca en la misma habitación era para lanzarse amenazas sin fundamento y me tocaba a mí poner paz entre ellos. Resultaba agotador.

Puede que Alex no tolerara la presencia de Olivia, pero el sentimiento era muto. Olivia no soportaba estar en la misma habitación que Alex más de dos minutos seguidos. Desde el primer momento que se vieron no se soportaron.

Para mi sorpresa, Olivia al parecer sí se acordaba de Brad, el vecino que yo apenas recordaba. Tampoco le había dado mucha importancia a las casas que había alrededor de la mía, y solía distorsionar los recuerdos con el paso de los años. Sí que era cierto que Brad había cambiado mucho desde que era un crío, ese que me observaba en el tejado de mi casa mientras yo me tumbaba a mirar las estrellas; de ser un poco más inteligente, me habría dado cuenta de que eran la misma persona. Él sí que se acordaba de mí, no podía ser tan difícil.

Me encantaba la idea de tener a Olivia conmigo unos días, hacía mucho tiempo que no nos veíamos, para ser exactos, desde las últimas vacaciones de verano, ya que para navidades y año nuevo no pudimos visitarnos. Yo no quería volver, y ella no podía venir. Siempre me recordaba que sus padres estaban deseando volver a verme, hablaba con su madre de vez en cuando, pero normalmente lo evitaba. No quería que me sacara el tema de mi padre, no sabía si podría soportarlo. Ya me había costado tener una conversación con Brad, mantenerla con la madre de Olivia acabaría conmigo.

Detuve la vista en Alex, que fruncía el ceño mirando a Olivia como si quisiera atravesarla con los ojos. Ella, totalmente ajena, se reía con David mientras acunaba a Jack en brazos, en ese momento, no supe que mosca le había picado a mi amigo para comportarse de esa forma. Ya habían convivido bajo el mismo techo en más de una ocasión, aunque nunca había visto tanta tensión entre ambos. ¿Había pasado algo que desconocía? Algo me decía que, de ser así, no tardaría en enterarme.

—Esa amiga tuya tiene mucho peligro —comentó Alex cruzándose de brazos. Arqueeé las cejas. Iba a preguntarle a qué se refería pero no me dio opción, ya que se alejó al mismo tiempo que yo abría la boca.

—Hope —me llamó Olivia—, ¿me ayudas con esto? —preguntó mientras alzaba la maleta. Asentí mientras caminaba delante de ella, dirección a las escaleras.

—¿Qué haces realmente aquí, Oli? —Lancé la pregunta cuando estuve segura que nadie podía escucharnos. Ella suspiró y se dejó caer en la cama.

—He pedido el traslado —confesó después de varios segundos en silencio. Me costó asimilar sus palabras. ¿Qué ella... qué?—. Y me lo han concedido.

—Espera... —avancé unos pasos más y me detuve delante de ella—. ¿Qué has pedido el traslado? ¿Aquí? ¿Y te lo han concedido?—. Cada pregunta sonaba mucho más alta que la anterior.

Olivia soltó una carcajada.

—¡Sí! —Se levantó de un salto—. ¿No es fantástico? —¿Era normal que me hubiera quedado sin palabras? Volver a estar con Olivia sería... ¡fantástico! —. Aún tengo que hacer algo de papeleo —explicó—, pero diría que en unas semanas podré volver para quedarme. —Sentí que una lágrima caía solitaria por mi mejilla. Olivia me abrazó; su calor me reconfortó—. Espero que eso quiera decir que te alegras.

No pude evitar reírme contra su pecho. No podía describir con palabras como me sentía.

—¿Cómo que te trasladas? —preguntó Alex mientras pinchaba con rabia un trozo de carne.

—He pedido el traslado de universidad y me lo han concedido —explicó de nuevo encogiéndose de hombros—. Hace tiempo que no estoy a gusto allí. Todo se ha vuelto... complicado. Además, ahora estoy más cerca de casa, y de Hope... No puede haber un plan mejor.

—¿Por qué no me lo has dicho? —pregunté.

—No quería ilusionarte y que después no me lo concedieran. Quería que lo supieras cuando fuera seguro. Mi madre fue la que me animó, ¿sabes?

—Pensaba que te llevabas bien con la gente de allí.

—Y lo hago... —dejó las palabras en el aire—, pero no me siento... en casa. No sé cómo decirlo. Hace tiempo que no estoy a gusto.

—¿Y ya tienes dónde quedarte? —preguntó esta vez David. Olivia negó con la cabeza.

—Empezaré a buscar apartamento la semana que viene. —Alex frunció el ceño de nuevo. Antes de que pudiera decir algo, decidí hablar yo.

—Puedes quedarte un tiempo con nosotros, ¿verdad, Alex? —Él me fulminó con la mirada y gruñó en respuesta.

—¡Eso sería genial! —exclamó Olivia—. Pagaré una parte del alquiler mientras esté aquí, no os preocupéis por eso. Tengo dinero ahorrado hasta que

encuentre un trabajo aquí. Ya tengo algunas entrevistas concertadas para cuando me instale.

—Estupendo entonces —concluí con una sonrisa—, será genial vivir juntas un tiempo, ¿no crees? —Antes de que ella pudiera contestar, Alex arrastró la silla y se fue.

Después de que Alex desapareciera de esa forma, la conversación decayó. Segundos después de que subiera las escaleras, el sonido que hizo su puerta al cerrarse nos dejó claro a todos que se había enfadado. Pero ¿qué le pasaba? Nunca se había comportado de esa manera, y estaba empezando a mosquearme.

Olivia se fue poco después, diciendo que estaba cansada y que se iba a tumbar un rato. Yo no dije nada mientras se iba, simplemente me quedé mirando cómo se alejaba. No valía la pena interrogarla en ese momento, no iba a obtener las respuestas que esperaba. Ninguno de nosotros teníamos ni la menor idea de lo que estaba pasando entre ellos dos, me hacía una ligera idea, y esperaba equivocarme.

Decidí darles espacio con la esperanza de que, cuando subiera a pedir explicaciones, alguno de los dos me las diera. Me quedé en la planta de abajo viendo una película con Brad y David; una muy mala, por cierto. Iba de zombies y hombres lobo, una mezcla muy extraña que no supe entender, pero como no emitían nada mejor, decidimos que era la mejor distracción que podíamos tener en ese momento. Ninguno de los dos habló de lo que había pasado en la comida.

A media tarde, me armé de valor y subí las escaleras, sin saber a cuál de mis dos amigos pediría explicaciones primero. Era muy complicado, ya que cada uno tendría su versión y ambos tacharían de malo al otro, y juntarlos a los dos en la misma habitación no era buena idea.

Antes de llegar a mi habitación, vi que la puerta estaba entreabierta. Mi intención no era cotillear, lo juro, ya me conocéis, pero las voces sonaban tan fuertes que era imposible no escucharlas.

— ¿De verdad tenías que venir aquí, Olivia? —escuché que preguntaba Alex, en un tono de voz que nunca antes había oído en él—. ¿Tanto me echabas de menos?

Mi amiga bufó.

—Deshincha tu ego, imbécil —respondió ella—, no lo hago por ti. Hope es como una hermana para mí, hacía tiempo que quería este traslado. ¿No lo entiendes?

—No vas a quedarte aquí para siempre.

—Eso ya lo sé, no pienso vivir bajo tú mismo techo más de lo necesario, no te preocupes.

—Lo qué pasó el verano pasado no se volverá a repetir —escupió Alex.

—No volvería a acercarme a ti ni aunque fueras el único hombre en la faz de la tierra, que te quede claro.

Antes de que pudiera entender lo que estaba pasando, Alex abrió la puerta y salió de allí hecho una furia. Si me vio, no lo demostró. Entré y vi a Olivia sentada a los pies de la cama con la mirada perdida.

—No voy a pedirte explicaciones ahora —dije cuando llegué a su lado—, pero espero que algún día me cuentes algo que me permita entender lo que acaba de pasar.

Ella asintió y yo me senté a su lado.

Iba a ser un fin de semana muy largo.

Capítulo 21

*E*l domingo por la tarde despedimos a Olivia, pero no sin antes recordar que nos veríamos de nuevo en unas semanas. No podía creerme que volvería a estar cerca de mi mejor amiga, alguien que para mí era como una hermana. Había estado a mi lado siempre que la había necesitado, no se había alejado cuando mi vida se desmoronó, cuando me rompí en mil pedazos y me perdí a mí misma. Ella había conseguido encontrarme y gracias a ella y a su cariño había vuelto a ser la de antes. Cuando se fue, había sentido que algo dentro de mí se rompía, no había sabido cómo salir adelante, y de algún modo me hundí en lo más profundo de mí misma. Cuando salí a la superficie, logré mantenerme a flote. Solo esperaba no volver a hundirme de nuevo.

Olivia se metió en el coche con una sonrisa triste.

—Solo unas semanas más y volveremos a vernos —me dijo mientras bajaba la ventanilla.

Sabía que tenía razón, pero aún no me había hecho la idea de que algo así pudiera estar pasando de verdad.

Después de que Alex saliera de mi habitación echando humo por las orejas, no había vuelto a sacar el tema, pero no iba a olvidarme por completo de aquella pequeña charla que había oído a escondidas. Ahora podía comprender un poco su actitud, lo que no quería decir que la compartiera. Alex se había comportado como un capullo, e iba escucharme, aunque prefería hacerlo cuando mi amiga se fuera marchado. No quería echar más leña al fuego.

Cuando vi alejarse el coche de Olivia, me invadió la tristeza. No pude evitarlo. Contaría los días que faltaban para volver a estar juntas.

Aquella noche, decidieron que ya que estaba algo triste por la marcha de mi mejor amiga, saldríamos para distraerme. Sinceramente, lo que menos me

apetecía en ese momento era salir, pero David lo propuso con tanta energía que no supe decirle que no.

Después de cenar, el gélido aire de la noche nos dio la bienvenida. ¿Por qué se me había ocurrido aceptar? Dos calles después, Alex seguía sin pronunciar una palabra y eso me inquietaba.

—Sé que sabes que os escuché hablar el otro día —le dije haciendo que me mirara—, pero no era mi intención.

Alex suspiró.

—No estoy enfadado contigo, Hope —aseguró—, estoy enfadado conmigo mismo.

No volvimos a sacar el tema en toda la noche, pero algo me decía que volvería a hablar de ello pronto.

David y Alex regresaron antes que nosotros. Brad tenía ganas de explorar y yo no quería volver aún, así que lo seguí. No tenía ni idea de dónde acabaríamos esa vez, pero quería descubrirlo con él.

Después de andar lo que me pareció una eternidad, empezamos a escuchar ruidos, así que como buenos curiosos que éramos, decidimos echar un vistazo. Al doblar la esquina, vi el cielo lleno de colores. Azules, naranjas, verdes... los fuegos artificiales adornaban todo a su paso.

Era precioso.

Brad me vio sonreír y me rodeó con un brazo atrayéndome hacia él. Había añorado el calor de su cuerpo, como encajaba con el mío. Pero no iba a admitirlo en voz alta. Su mano descansaba en mi hombro y yo intenté memorizar esa sensación, para que no se me olvidara nunca. Eran esa clase de momentos los que quería recordar para siempre.

Volvimos a casa tiempo después, dejando el cielo gris y lleno de humo detrás de nosotros. Nunca había compartido un momento así con otra persona, alguien que me hiciera sentir todo lo que Brad me provocaba. Ninguna de mis relaciones había sido así, y por relaciones me refería a mis encuentros esporádicos con otras personas. No me arrepentía de nada de lo que había hecho, mi pasado me había llevado a cómo era ahora. Igual que mi forma de ser y actuar me había hecho la persona que era.

Si pudiera volver atrás, sí que habría hecho las cosas de un modo distinto. No tanto descontrol y, ya que estábamos, nada de noches borrosas de las que

no recordaba absolutamente nada. Pero como no podía, tenía que seguir adelante de la única forma que sabía. Intentando centrarme en el futuro. Estaba decidida a avanzar.

Pasear por las calles oscuras junto a Brad me hizo pensar en que casi no sabía nada de él. No conocía sus gustos, sus cosas favoritas o qué detestaba. Solo habíamos hablado de cosas superficiales que no nos aportaban nada a ninguno de los dos. Algo me hacía pensar que él sí sabía un montón de cosas sobre mí. Al fin y al cabo, recordaba un montón de hechos que yo había olvidado, pero la Hope de antes no tenía nada que ver con la de ahora, así que, pensándolo detenidamente, tampoco me conocía lo suficiente. Y eso, de algún modo, me alivió.

Al llegar a nuestro apartamento nos mantuvimos en completo silencio; aunque al día siguiente tenía que ir a clase y a trabajar, no quería que la noche terminara. Encendí la luz y me dirigí al sofá. Encendí la televisión y empecé a cambiar de canal una y otra vez sin prestar atención nada de lo que salía en la pantalla. Solo quería distraerme con algo. Unos segundos después, Brad se sentó a mi lado.

— ¿No estás cansada? —negué con la cabeza—. Yo tampoco —confesó.

Tras pasar por el mismo canal un total de cinco veces, decidí apagar el televisor. No iba a conseguir nada apretando el botón del mando a distancia.

— ¿Por qué has decidido estudiar psicología? —pregunté girándome hacia él. La cuestión le pilló por sorpresa, y noté el asombro cruzar su rostro. Se encogió de hombros.

—Digamos que es una especie de... tradición en la familia —explicó—, realmente nunca tuve opción a negarme. Pero, a diferencia de lo que puede parecer desde fuera, me gusta lo que hago, a lo que voy a dedicar el resto de mi vida. —Después se giró hacia mí—. ¿Y tú?

—Me gusta la sensación de pensar que puedo ayudar a otras personas a superar situaciones que los atormentan. —Me encogí de hombros—. A mí me habría gustado que me ayudaran cuando toqué fondo. Pienso que, de esta forma, estaré haciendo algo por los demás.

La estancia se quedó en silencio unos segundos, hasta que Brad habló de nuevo.

—Tengo una idea —dijo antes de levantarse.

Lo vi dirigirse hacia la cocina y trastear en los armarios hasta que se dio la vuelta para volver a sentarse a mi lado. Cuando vi que dejaba unos vasos de

chupito y una botella en la mesa, enarqué las cejas. Sin hacerme caso, abrió la botella y un líquido naranja empezó a llenar cada vaso. Lo cogí y me lo llevé a la nariz.

—Es zumo de naranja —explicó como si no me hubiera dado cuenta.

— ¿Y qué pretendes hacer con esto? ¿Montar una fiesta?

—Una confesión, un chupito —explicó como si fuera lo más lógico del mundo—. Sé que normalmente no bebes, y yo mañana no quiero levantarme con resaca, así que he pensado que el zumo es la solución a nuestros problemas.

—Está bien, explícame cómo funciona —dije mientras me cruzaba de piernas.

Brad sonrió.

—Uno de los dos hace una pregunta y el otro contesta. Pero antes tienes que beberte el contenido sin pestañear. El que primero se rinda, pierde.

—Esto con zumo no es divertido —murmuré más para mí misma que para él.

— ¿Quién empieza?

Me adelanté antes de que pudiera abrir la boca.

—Vale, empiezo yo. —sonreí—. ¿Momento más embarazoso?

Brad se llevó el vaso a los labios y se tragó el contenido sin pestañear.

A mí me iba a costar más.

—Fue cuando iba al instituto —empezó a explicar—, había llevado a una compañera de clase a casa para terminar un trabajo juntos. Estábamos merendando en mi habitación cuando a ella se le derramó todo el contenido de su chocolate en la camiseta. Vi en su cara que iba a ponerse a llorar de un momento a otro, así que antes de que pudiera hacerlo, me levanté y le tendí una de mis camisetas para que pudiera cambiarse. Jenn se quitó la camiseta como si tal cosa y en ese momento entró mi madre. Nos encontró a ambos en el suelo y a ella en ropa interior. Pero en lugar de ser una madre normal y preguntar que estábamos haciendo, se puso a explicarnos los diferentes métodos anticonceptivos. —Se me escapó una carcajada—. Fue el momento más vergonzoso de mi vida. Nunca volví a llevar a nadie más a casa para hacer un trabajo.

—No me lo puedo creer —dije entre risas.

—Pues créetelo. Aún se piensa que nos estábamos enrollando en la habitación o algo así. —Me reí más fuerte—. Me toca. —Se lo pensó unos segundos—. La primera vez.

—Nunca. Soy virgen. —Brad arqueó las cejas.

—¿De verdad? —me reí.

—No. —Miré mi vaso y arrugué la nariz, pero me lo bebí todo. No me gustaba perder—. A los quince. En algún punto del bosque, en una fiesta. No lo recuerdo —confesé—. No era la primera vez que me emborrachaba hasta casi perder el sentido, pero esa noche me pasé bastante. Era consciente en todo momento de lo que estaba haciendo, en ese momento quería, así que lo hice. Podría haber esperado unos años más, pero no soy de las que se piensan dos veces las cosas. Me encogí de hombros—. Tampoco iba a esperar hasta el matrimonio, no soy de esas. No me arrepiento, forma parte de mi pasado.

Brad asintió como si me comprendiera, lo que no sabía era si realmente lo hacía.

Nos pasamos las siguientes horas preguntándonos cosas, desde nuestra película favorita, hasta que queríamos ser de mayores cuando teníamos cinco años. Esa noche descubrí muchas cosas de Brad que desconocía, y me sentí mucho más cerca de él. Pero todavía me quedaban por derribar muchas barreras en el camino.

No supe en que momento nos quedamos dormidos, pero cuando desperté en mitad de la noche, mi cabeza descansaba en su pecho, que se movía tranquilo. Su brazo me rodeaba, y podía sentir en mi mano los latidos de su corazón. Parpadeé confusa, no recordaba haberme dormido. Con cuidado de no despertarlo, me aparté de él y me levanté. Nos habíamos quedado dormidos el uno encima del otro, aún podía notar su respiración rozándome el pelo, su mano en mi espalda. Sentía su calor incluso estando lejos de él.

Antes de que pudiera despertarse y verme allí, desaparecí.

Capítulo 22

Brad

Cuando me desperté al día siguiente, Hope ya no estaba a mi lado. Se había quedado dormida poco después de dar por finalizada nuestra sesión de confesiones acompañadas de zumo de naranja. Había descubierto a una Hope que no conocía, y eso me gustó. Sus gustos, sus miedos, quería compartirlo todo con ella. Saber todo lo que me había perdido durante esos últimos años. Comprendía a la Hope que conocí hace años, pero esta era muy diferente, su mirada ya no desprendía miedo. Esta era más decidida, más adulta. Y quería entenderla.

Después de que ella se durmiera, no tardé en hacerlo yo. Sentir su cuerpo encima del mío me hizo sentir una tranquilidad que hacía mucho tiempo que no notaba. Su respiración acompasada, tranquila, serena. Para no tener la tentación de volver a mirarla, cerré los ojos. No sé en qué momento me quedé dormido, pero lo que sí sé es que, cada vez que abría los ojos y la veía, con su cabellera roja apoyada en mi pecho, una sonrisa se dibujaba en mi boca hasta que volvía a dormirme.

Ahora, horas después de que se fuera, aún sentía su calor, su tacto... y eso me preocupaba. Me había prometido a mí mismo que no volvería a sentir nada por aquella chica que un día se fue para no volver. Había pasado muchos años preocupado por ella, por si estaría bien. Aun cuando vivía a su lado, la preocupación que sentía por ella me impedía dormir. La veía salir por la ventana en plena noche, y entrar de hurtadillas bien entrada la mañana. Algunas veces ni volvía y yo me preguntaba una y otra vez si seguiría viva. Otras se quedaba dormida en el porche algo que no me gustaba, ya que podía ponerse enferma. Las noches de verano, que era cuando más lo hacía, solía refrescar. En muchas ocasiones estuve tentado a bajar y echarle una mano, pero me arrepentía nada más abrir la puerta.

Me desperecé con su olor impregnado en la piel. Quizá era mejor que se hubiera ido en mitad de la noche. Tenía que dejar de pensar en ella, dejar de verla como lo hacía. Alejarme lo máximo posible.

Alex se paseó por mi lado cuando bajó, y arqueó las cejas cuando vio el desastre que había encima de la mesa. Los vasos de chupito, la mesa pegajosa y la botella de cristal vacía. Se agachó, cogió uno de los vasos y después de llevárselo a la nariz resopló.

—Menuda fiesta la de anoche, ¿no? —dijo mientras lo dejaba en el mismo sitio, lo que en su idioma quería decir que él no pensaba recogerlo—. Espero que os lo tomarais antes de que se fueran las vitaminas. —Bufé y él se carcajeó—. Hope odia el zumo de naranja.

—Lo sé —dije con una sonrisa.

— ¡Oh, eres diabólico! Me gusta.

Me preparé para ir a clase, y antes de que cualquiera de ellos pudiera preguntarme hacia donde me dirigía, abrí la puerta y me fui. Necesitaba pensar.

Esa tarde no pasé por el trabajo de Hope. Si quería mantenerme al margen, necesitaba hacerlo bien. No quería involucrarme demasiado, pero de alguna forma ya lo había hecho. Tampoco me la encontré por los pasillos, y no supe quién de los dos evitaba a quién.

Llegué al apartamento mucho después de salir del trabajo. Aquel día fue uno de los peores. Odiaba trabajar allí, pero el sueldo no estaba mal y me permitía pagar el alquiler, además de la comida. No podía quejarme, pero eso no alteraba el hecho de que no me gustara. Era aburrido, monótono. Siempre pasaba la misma gente y nadie se quedaba lo suficiente como para que el local se llenara. Solo había un par de mesas pero nunca estaban las dos ocupadas a la vez. Al ser una estación de metro, la gente iba de paso. Tenían mucha prisa y si no conseguías tener su pedido en menos de cinco segundos se impacientaba. Pero yo no tenía poderes sobrenaturales que me permitieran chasquear los dedos y tener listos todos los pedidos.

Paseé durante horas por las calles llenas de gente que iban en todas direcciones. Todos parecían tener un destino, menos yo. No sabía a dónde me llevaban los pies, solo andaba de un sitio a otro sin pensar donde terminaría.

Una vez en el apartamento, arrastré los pies hasta el sofá y me dejé caer con un bufido. Tantas horas pensando y aún no tenía nada claro. ¿Era correcto alejarme de Hope? Una parte de mí siempre se había sentido atraído por ella,

tenía la necesidad de protegerla, y no había podido. Nunca lo hice. Su vida era miserable y yo no pude ayudarla. Cada vez que veía su mirada, me daba cuenta de todos los fallos que había cometido en el pasado, de los que seguía arrepentido. Si hubiera insistido un poco más aquella noche, si la hubiera seguido unos pasos más, no habría pasado lo que pasó. No habría tenido que enterarme por mi madre, dos días después, que Hope estaba en el hospital. Sentí que se me rompía el corazón. Ese día decidí cortar todos los lazos que me unían a ella. No quería sufrir, no podía ayudarla si ella no ponía de su parte. Si un día le pasaba algo, no lo soportaría.

Una parte de mí me decía que fue lo mejor, que gracias a eso cambió. Que si la hubiera detenido, aún no habría salido de esa situación que la ahogaba y que le quitaba la vida cada día un poco más. Pero la otra, no paraba de gritarme que un poco más y no vuelve a abrir los ojos. ¿Dónde me dejaba todo eso?

Me giré y vi a Hope en la cocina. Se movía de un lado a otro, nerviosa. Como si buscara algo. Miré a Alex, que se encogió de hombros como diciendo, «no tengo ni idea de lo que está haciendo». Decidí por una vez hacer caso a mi sentido común y no me entrometí.

De pronto, escuché una sucesión de golpes y después de lo que me pareció una eternidad, un chillido. Tragué con fuerza.

Mierda, Hope iba a matarme.

No había duda que, todo aquel ruido era culpa mía. Cuando terminé las clases, decidí ir a comprar un par de cosas que me hacían falta. Cereales, algunas palomitas... cada uno tenía sus vicios. No sé cómo me lo hice, pero tardé más de lo normal, así que, cuando llegué al apartamento, lo dejé todo de cualquier manera en el armario de la cocina, prometiéndome que cuando volviera arreglaría ese desastre. Pero, como habréis adivinado, no lo hice. Tenía tantas cosas en la cabeza que me olvidé, y ahora ya era demasiado tarde.

—Pero ¿qué ...? —escuché que gritaba.

Sí, lo habéis adivinado, aquel era el mejor momento para largarme. Quizá si era lo suficientemente rápido, podría escapar sin ser visto.

—Tío —me dijo Alex desde su lado del sofá, como si me fuera leído el pensamiento—, será mejor que corras.

No le llevé la contraria, decidí tomarme sus palabras al pie de la letra. Recogí las llaves y las metí en el bolsillo trasero de mi pantalón mientras me encaminaba a toda prisa hasta la puerta.

Perfecto. Ahora solo me hacía falta desaparecer. Pero no tendría tanta

suerte. Abrí la puerta lo más rápido que pude y salí. No tenía tiempo de esperar a que subiera el ascensor, así que decidí bajar las escaleras con Hope pisándome los talones. ¿Esta chica no se rendía? Apresuré el paso hasta que llegué a la puerta acristalada de la entrada y me detuve, observando con detenimiento como caía la lluvia a escasos centímetros de donde me encontraba. Hasta que comprendí que Hope no se detendría, así que salí.

La lluvia me dio la bienvenida en cuanto puse un pie en la calle. Caía con fuerza y no se veía nada a causa de las finas gotas. Cerré los ojos y sonreí. ¿Cuánto tiempo hacía que no andaba debajo de la lluvia? Cuando era pequeño me gustaba bailar, saltar y correr, dejando que el agua calara en mí por completo. Después, entraba a casa sonriendo y mi madre me obligaba a darme una ducha de agua caliente antes de que enfermara. La última vez que hice algo parecido fue hace años y no estaba solo.

Cuando me giré vi a Hope parada en el umbral de la puerta, y me observaba intrigada.

Alargué la mano y sonreí.

—Coge mi mano, Hope —dije, esperando despertar algún recuerdo en ella, pero solo logré que frunciera el ceño. Me acerqué un poco más y moví los dedos, esperando alguna respuesta de su parte.

Aún sin estar muy convencida, Hope alargó el brazo, y, antes de que pudiera echarse atrás, la cogí y tiré de ella, haciendo que las gotas de lluvia ahora cayeran encima de los dos. Nuestros pechos se tocaron, y sentí la horrible necesidad de pasar la yema de los dedos por su piel, de sentir de nuevo su contacto en la punta de los dedos. No pensé. Me acerqué a ella hasta que nuestras narices se rozaron y fue entonces cuando desperté.

Sí, definitivamente tenía que alejarme de ella.

Capítulo 23

Hope

«Coge mi mano, Hope», me susurraba una voz dulce y aniñada al oído. Veía como la lluvia caía desde el porche y como un niño de cabello oscuro saltaba como si le fuera la vida en ello. Sentada en las escaleras, notaba que el agua fría se clavaba en mi piel como miles de agujas. Esa tarde decidí robarle a mi padre una botella de esas que tenía escondida en los cajones de la entrada, quería tirarlas todas. Odiaba lo que ese líquido hacía a las personas, pero eso no evitó que unos años después me lo hiciera mí misma. Sabía dónde guardaba el alcohol, todos y cada uno de los rincones de la casa, los sitios que él creía secretos. No había nada ni nadie que me impidiera dar con ellos.

La primera la encontré un día que jugaba a esconderme cuando era más pequeña. Con toda mi inocencia, le pregunté a mi padre por qué había botellas de un líquido transparente donde en teoría debía haber productos de limpieza. Él me contestó con su peculiar gruñido, y no volví a preguntar. Con el paso del tiempo, fui encontrando las demás. En su habitación, en los cajones de la cocina, los que había detrás de la mesa donde solíamos comer, en la entrada... los conocía todos.

Mi mirada voló de nuevo al chico de pantalones cortos y botas de agua. Envidiaba su felicidad. ¿Cómo podía ser una persona tan feliz mientras otras nos hundíamos? Aparté la mirada cuando sentí que me quemaba. Estaba empapada. El pelo rojo me caía mojado sobre la cara haciendo que perdiera por completo la visión. No me molesté en apartarlo, aquello me impediría odiar a ese niño que sabía que no tenía culpa de mi miserable vida.

No sé el tiempo que pasó hasta que noté unos dedos apartándome el cabello de la cara. Levanté la mirada para encontrarme con unos ojos verdes que observaban curiosos. Segundos después, se alejó unos pasos y me tendió la mano.

—Coge mi mano, Hope —había dicho con una sonrisa. Tardé algunos segundos en comprender que se dirigía a mí. No había nadie más con nosotros, pero para mí, no era normal que alguien se dirigiera a mí de esa forma. Alargué la mano y nuestros dedos se rozaron. Él la agarró con fuerza y tiró de mí hasta que mis pies tocaron la tierra mojada. Cerré los ojos, dejando que las finas gotas calaran de nuevo en mi piel y sonreí.

Me había cogido de la mano. A mí.

Me tropecé cuando quise avanzar, y el chico de ojos verdes me envolvió con sus manos mi pequeña cintura. Sonreí.

—Baila conmigo —dijo de pronto. Y por alguna estúpida razón, le hice caso.

Bailamos bajo la lluvia hasta que la oscuridad me tragó.

Me desperté agitada e intentando recordar algo que sentía que olvidaba de nuevo.

El fin de semana llegó con rapidez. Hablé con Olivia un par de veces en ese periodo de tiempo, e intenté que me contara algo con referencia a lo que había escuchado en mi habitación la semana anterior. Si quería ayudar a mi amiga necesitaba saber que había pasado con esos dos. Olivia no soltaba prenda, pero en algún momento conseguiría hacerla hablar.

—Pasó hace tiempo, Hope —me dijo la noche anterior—. No me arrepiento, pero tampoco me siento orgullosa —confesó—. No sé qué me pasó.

Supe en ese momento que no conseguiría nada más de su parte, así que lo intentaría de otra forma. Hablaría con Alex. No me quedaba otra opción.

Bajé las escaleras de dos en dos con Jack pisándome los talones. Después de ponerle la comida, se lanzó como si no hubiera comido en años. Lo dejé hacer mientras me servía mi propio desayuno. Alex ya se encontraba en la cocina. Dejé el cuenco con cereales en la encimera, tomé asiento y lo miré.

El pelo castaño le caía revuelto por la cara. Por como entrecerraba los ojos, supuse que no habría descansado demasiado. La noche anterior, los chicos decidieron ir a tomar algo. Decliné su oferta amablemente cuando me preguntaron si quería irme con ellos. No caería de nuevo.

—¿Demasiado alcohol en las venas? —pregunté con una mueca.

—Por difícil que te resulte creerlo —empezó él—, apenas bebí. —Arqueeé las cejas—. ¿Qué? Sé controlarme, solo estoy cansado. ¿Tú qué hiciste?

Me encogí de hombros.

—Vi un par de películas y me acosté temprano. Ya sabes, diversión y desenfreno en estado puro.

—Tú sí que sabes divertirte.

Iba a decir algo cuando una chica alta, con unas piernas delgadas y kilométricas entraba a la cocina con una siempre camiseta blanca que le tapaba bien poco.

Me giré hacia Alex, que parecía estar tan confundido como yo.

—¿Y esta quién es?—pregunté de pronto.

Alex se encogió de hombros a mi lado.

—Tienes que dejar de olvidarte de las chicas que traes a casa, Alex. No es normal. —Él empezó a reírse.

—Créeme, amor —me dijo mientras removía su café—. Si hubiera venido conmigo, me acordaría.

Lo dejé pasar. Pero si no había sido Alex...

—Hola —dijo la chica mientras se acercaba a nosotros meneando su cabellera rubia. Como si fuera su casa, se fue hacia la cafetera y se sirvió ella misma un café. Carraspeé—. Me llamo Samantha, pero podéis llamarme Sam —continuó con una sonrisa.

—Encantada de conocerte, Susana —dije aguantando la risa—. Yo soy Hope.

—En realidad, es...

—Estás aquí. —La voz venía de detrás de nosotros. Una parte de mí, una muy pequeña, esperaba que no fuera él quien había traído a la despampanante rubia a nuestro apartamento. Brad se acercó hasta la modelo y le dio un beso en la mejilla que desprendía ternura. Me tensé. En ese momento se dio cuenta de que no estaban solos. —Veo que ya os habéis conocido. —Sonrió, y tuve que obligarme a hacerlo también. Notaba como Alex me miraba de reojo esperando ver mi reacción.

—Sí, Susan es muy simpática —dije entre dientes. Alex disimuló una sonrisa.

—Ya. Hope... —empezó él. Pero no le dejé terminar.

—Creo que debería quedarse a comer. ¿Verdad, Alex?

—Sí, Susan debería quedarse, así la conocemos un poco —dijo él siguiéndome la broma. Ya no me sentía tan mal por jugar con ellos de esta forma. Pero estaba dolida. Creía que él había visto algo en mí. Pero ahora

sabía que no, que todo era una fantasía que se había creado mi cabeza. Removí mis cereales sin ganas, ya no tenía hambre. Me levanté de un salto del taburete y cogí mi café.

—Tengo cosas que hacer —dije mientras me alejaba—. Un placer, Susana.

Y con eso último, prácticamente corrí hacia mi habitación. No me giré cuando Brad me llamó, no tenía sentido hacerlo.

No volví a bajar en toda la mañana. No tenía ganas de encontrarme con nadie. Ni con Brad, ni con su preciosa modelo, ni con nadie. Simplemente quería estar sola. Me había dolido mucho más de lo que había pensado en un principio la presencia de esa tal Samantha. No era lo suficiente para nadie, tampoco para Brad.

Siempre me repetía a mí misma que no quería desarrollar ninguna clase de sentimientos por él, pero parecía que lo que yo opinara no valía para nada.

Me dejé caer en la cama con un suspiro. ¿En qué narices estaba pensando? Sabía que Brad no tenía la culpa de todo lo que estaba sintiendo, la culpable era yo, que había decidido hacer la vista gorda por una vez en mi vida. Había decidido dejarme llevar y había caído con todo el equipo.

No supe el tiempo que había pasado cuando abrí de nuevo los ojos. Me había vuelto a dormir sin ni siquiera enterarme. El sonido del móvil me hizo girarme, y cuando vi el número mi corazón dio un vuelco. ¿Seguía soñando? No podía ser, ese número no podía estar llamándome, no después de tantos años. Descolgué, y con la mano temblorosa, me llevé el teléfono a la oreja. Nadie dijo nada, solo escuché una respiración antes de que la otra persona colgara.

Mi padre me había llamado para colgarme. Después de tantos años, seguía sin tener nada que decirme.

No me lo pensé dos veces cuando me dijeron de salir esa noche. Cuando bajé por la tarde, nuestra inquilina no deseada ya se había marchado, lo que me hizo suspirar más tranquila. Alex propuso ir a tomar unas copas y yo accedí con ganas. Iba a necesitar más de dos chupitos para olvidarme de la llamada de mi padre. Después de tanto tiempo, aún me afectaba. ¿Por qué no me había dicho nada? ¿Tanto me detestaba que quería hacerme sufrir? Si me hubiera dicho algo, tan solo un «¿Cómo estás?», ya habría sido más que

suficiente. No esperaba que saliera de sus labios un «te quiero», pero algo era mejor que nada. Mejor que el silencio con el que había convivido tantos años.

Y esa noche, me dejé llevar.

No había comido nada en todo el día y todas las copas que me había tomado empezaban a hacer efecto. Ya no recordaba lo que era estar bajo los efectos del alcohol. Era débil y me odiaba por ello. Me había jurado a mí misma que nunca volvería a pasarme, pero en aquellos momentos, solo necesitaba olvidar. Para cuando quise darme cuenta, ya era demasiado tarde, la resaca iba a ser monumental.

Mis compañeros me observaban entre atónitos y preocupados. Alex había intentado detenerme en el tercer chupito. Al ver que no había tenido éxito, volvió a intentarlo, al cuarto y al quinto. David me miraba como si fuera una completa desconocida y no lo culpaba.

Había perdido la cuenta de lo que había bebido. Me arrepentía de haber empezado, pero ahora no podía parar. Quería olvidar que ese día había tenido lugar. Quería que mi corazón dejara de sentir, y quería que mi padre me dejara en paz.

—¿Dónde está tu norma de no estar fuera después de la medianoche? —me preguntó Alex arqueando una ceja.

—En el mismo sitio que en el de solo beber un par de chupitos —dije mientras cogía aquel líquido que tanto odiaba entre mis dedos fríos y pegajosos—. ¡Salud! —Me lo bebí de golpe y me di una palmadita imaginaria en la espalda.

Alex me miró preocupado cuando empecé a tambalearme. Me cogió por la cintura y yo empecé a reírme como una loca.

Vaya, me había pasado mucho.

—Creo que ya es suficiente, Hope —escuché que me decía mientras intentaba mantenerme en pie.

Pero no tendría tanta suerte, era imposible que diera un paso sin darme de bruces contra el suelo. Todo me daba vueltas. Hacía tanto tiempo que no bebía que no sabía qué hacer. Como todo lo demás, había conseguido olvidarlo

No supe cómo llegamos a la calle. Pero cuando sentí el aire fresco tocar mi rostro, las lágrimas empezaron a caerme por las mejillas y no había manera de detenerlas. Me abracé a Alex como nunca lo había hecho antes y lloré. Él me

rodeó con sus brazos, atrayéndome más hacia su cuerpo. Sollocé con más fuerza mientras me pasaba los dedos por el pelo.

—Hope... —empezó.

—Mi padre me odia —dije aún entre sus brazos—, y estoy segura de que, de estar viva, mi madre también lo haría. No valgo nada, Alex. Soy un desastre, soy débil, soy...

—Eso no es verdad, y lo sabes —me aseguró—. Vales mucho, Hope. Eres una de las mejores personas que conozco. No dejes que tu pena sea más fuerte que tú.

Me sentía abatida, triste y como si mi vida no valiera nada.

Al día siguiente, esperaba verlo todo de otra forma.

Capítulo 24

*D*esde el primer segundo que traspasé la puerta de casa estuve con la cabeza metida en el retrete. Vomite tanto que dudaba que me quedara alguna gota de alcohol en el cuerpo. Me dolía la cabeza, el estómago, el cuerpo... estaba hecha un desastre.

Alex no se separó de mí en todo momento. Parecía irónico que, después de tantas veces cuidando de él en este estado, fuera él quien me cuidara a mí. Reí sin ganas cuando mi cuerpo impactó contra el colchón horas después. Sentía como si mi cuerpo no me perteneciera.

Cuando la luz del sol empezó a filtrarse por la habitación, abrí los ojos y los cerré de nuevo. Me escocían tanto que no podía mantenerlos abiertos. Cuando me incorporé en la cama, todo empezó a darme vueltas. Me llevé las manos a la cabeza. Me dolía horrores.

«Te lo tienes merecido, Hope —me dije a mí misma—. Eso te pasa por beber más de la cuenta. ¿Es que no has aprendido nada en todos estos años? ».

Intenté levantarme sin mucho éxito, ya que cuando me puse en pie, todo me empezó a dar vueltas de nuevo y me senté. Sí que me había pasado anoche. ¿En qué estaba pensando cuando decidí beber más de la cuenta? Alex se removió a mi lado y lo miré. Estaba profundamente dormido. En ese momento escuché mi móvil sonar en la otra punta de la habitación e hice todo lo posible por no matarme en el intento de llegar hasta él. Descolgué y una voz suave me dio la bienvenida.

— ¿Cómo está mi borrachina?

—Te ha llamado Alex —adiviné—. Para eso si os habláis, ¿eh?

—No nos hemos declarado la guerra, Hope —contestó ella—, simplemente se trata de que no podemos permanecer en la misma habitación más de lo necesario. —Asentí como si me viera. «Creo que aún me duran los efectos del alcohol»—. ¿Cómo estás?

—Me duele la cabeza... —confesé mientras me sentaba de nuevo—. Me arrepiento mucho, Oli —dije casi entre lágrimas de nuevo—. No sé en qué estaba pensando.

—Alex me ha contado lo de Brad —dijo muy rápido.

—Pero ¿cuánto habéis hablado?

—No te enfades. Alex se preocupa por ti tanto como yo. Aunque me dé rabia admitirlo, es un buen amigo, y te quiere, Hope. No nos alejes de nuevo. —Su confesión me pilló con la guardia baja.

—No estoy enfadada, Oli —le dije—, pero no es por Brad. —Ella carraspeó—. Bueno vale, quizá también tenga algo que ver que trajera a aquella rubia de casi dos metros—confesé—, pero no es por eso por lo que me dejé llevar. Solo... solo quería olvidar... —El silencio se hizo al otro lado de la línea y supe que tenía que seguir—. Mi padre me llamó ayer...

Pasaron varios segundos hasta que Olivia encontró la voz para hablar de nuevo.

—¿Y qué... qué te dijo, cariño? —preguntó algo asustada.

—Ese es el problema, Oli —repuse con rabia—, que no dijo absolutamente nada. Se limitó a respirar, a hacerme saber que estaba allí, al otro lado, y que no iba a decirme nada. —Sentía como las lágrimas comenzaban a acumularse de nuevo—. ¿Por qué lo hace?

—Sabes que nunca he entendido el comportamiento de tu padre, Hope —suspiró—. Odio no poder estar ahí.

No pude volver a hablar. Empecé a sollozar con fuerza hasta que el teléfono se me cayó de las manos. Unas manos me envolvieron la cintura y me atrajeron hacia su pecho. Dejé caer la cabeza sin dejar de llorar y dejé que aquella sensación me reconfortara.

—Será mejor que la llames luego —escuché que le decía Alex a Olivia—. Sí, se lo diré. No te preocupes... tú también.

Alex me envolvió con sus brazos de nuevo.

—¿Por qué? —repetí contra su pecho—. ¿Por qué?

—Hay cosas que no tienen explicación, Hope —me dijo él—, pero tu padre... tu padre no merece estas lágrimas, ni que estés así. Lo sabes, ¿verdad? —Asentí y él suspiró—. Mira... sé que todo esto es una mierda, pero no puedes tirar por la borda todo por lo que has luchado en todo este tiempo.

—Me siento tan estúpida —confesé—, no quiero volver a ser esa Hope...,

no...

—Y no lo serás —me dijo Alex—. Eres muy fuerte, Hope. Mucho más de lo que piensas.

Me pasé la mayor parte del día sin hacer nada de provecho. Tenía un horrible dolor de cabeza que me impedía hasta caminar.

David no me preguntó que me había pasado, cosa que agradecí. Supuse que ya había hablado con Alex, pues antes de ponerme un plato de pasta me dijo: «no olvides que somos tu familia, Hope». Después de eso, se fue pero no sin antes revolverme el pelo. Sabía que ellos eran mi familia. Lo sabía desde hacía mucho tiempo. Siempre podía contar con mis chicos.

Brad me miraba sin decir una palabra desde el otro lado de la mesa. No habíamos hablado desde que esa rubia irrumpió en casa. No tenía nada que decirle, y esperaba que él tampoco tuviera nada que hablar conmigo.

Intenté retener en el estómago lo poco que comí y al parecer surtió efecto. Eran pasadas las cinco y no había vuelto al baño, todo un logro. Estaba trasteando en el móvil cuando vi que la puerta se abría.

—¿Puedo pasar? —preguntó Brad. Asentí. Cuanto antes entrara, antes se iría. Dejé el móvil a un lado y me crucé de piernas en la cama.

—Tú dirás —le dije. Él suspiró y se acercó a mí. Se sentó en el borde de la cama con otro suspiro.

—¿Cómo estás? —Me encogí de hombros. Él alargó la mano y rozó mi piel unos segundos hasta que la aparté—. No te alejes...

—No lo hago. —Me crucé de brazos.

—Si todo esto es por lo de ayer..., quiero que sepas que...

—No tiene nada que ver —mentí. Respiré hondo, no valía la pena esconderme. Tenía que sacarlo—. Mi padre llamó —vi que el rostro de Brad pasaba del asombro a la ira en cuestión de segundos—; fue una estupidez por mi parte comportarme así, ya lo sé. No hace falta que me sermonees tú también, ¿vale?

— ¿Te dijo algo? —preguntó apretando los puños. Negué con la cabeza.

—No. Después de unos segundos colgó.

—Hope...

—Estoy bien —mentí de nuevo. Él parecía saberlo.

—No, no lo estás. —Acercó su mano a mí, pero me aparté de nuevo.

—Brad... —No hizo caso de mi advertencia y se acercó una vez más. Esta ocasión no tuve el valor suficiente para apartarme. Me cogió un mechón de pelo entre los dedos y tiró con suavidad hasta que este cayó desde la punta de sus dedos. Suspiró y yo hice lo mismo.

—La próxima vez, antes de hacer una locura, recuerda que hay gente que sí se preocupa por ti. —Dicho esto, se levantó y se fue, cerrando la puerta a su paso, dejándome sola de nuevo.

Esa noche llamé a Olivia de nuevo. Me confesó que se había pasado el día muy preocupada por mí y que en qué narices estaba pensando al tardar tanto en devolverle la llamada. Siempre había sabido lo que mi amiga pensaba de mí, en ese momento era «perfecta adicción» a la bebida. La odiaba tanto como yo, pero a diferencia de ella, en ese momento no podía ver que me estaba consumiendo.

No conservo muchos recuerdos del día en que casi consigo que me maten. Fui a una fiesta, como hacía casi cada fin de semana. Iba descalza por la calle, con los tacones en la mano y mi vestido negro se ceñía mojado a mi cuerpo. Sentir el suelo frío y mojado bajo mis pies me tranquilizaba. Me recordaban a los días de lluvia en los que solía saltar en los charcos en la puerta de casa. Los días en que la antigua Hope aún no había tocado fondo. Iba bebiendo sin dejar de caminar. No sabía dónde estaba, y en ese momento, tampoco me importaba. Solo quería seguir la fiesta donde la había dejado. La casa en la que estaba se había vuelto aburrida hacía horas, así que después de robar alguna que otra botella de vete tú a saber qué, decidí llevarme la fiesta a otra parte, solo que, en ese momento no había sido consciente de lo perjudicada que estaba. Había bebido demasiado, y por mucho que mi mente me dijera que parara, que ya había tenido suficiente, me negaba a escuchar lo que tenía que decirme. Andaba, bebía y, poco a poco, me empezó a invadir una sensación muy extraña. No veía por donde andaba, no veía absolutamente nada. Escuché golpes, gritos y vi las luces de un coche no muy lejos de donde me encontraba. Desperté en un hospital unos días después, sin tener ni idea de cómo había llegado hasta allí.

Había sido una irresponsable, y me arrepiento mucho de ello. Pero ese fue el último día que bebí como si no le importara a nadie. Decidí que mi futuro era mucho más importante que lamentarme cada día por la vida que me había

tocado vivir. Me concentré en el trabajo, dejé de ir a fiestas, y miré universidades. Conseguir salir de allí, en ese momento, y alejarme de Bristol y de mi padre era lo único que me importaba.

La voz de Olivia al otro lado de la línea me hizo aterrizar de nuevo.

—Mis padres están muy contentos de que vayamos a estar juntas de nuevo —me dijo Olivia sacándome de mis pensamientos.

—Y yo también lo estoy, Olivia —confesé poco antes de colgar—. Lo estoy deseando.

El lunes por la mañana, por suerte, ya no me dolía la cabeza y pude respirar aliviada. No necesitaba más problemas, solo quería ir a clase y olvidar todo lo que había pasado ese fin de semana.

Últimamente, un silencio al que no estaba acostumbrada invadía toda la casa. Alex había decidido irse temprano por la mañana, a estudiar en algún sitio donde, según él, no le tocaran las narices. David se iba a correr cada amanecer, y cuando volvía, casi ya me había ido. Ahora, solo compartía silencio con Brad.

Después de prometerle a Jack que volvería pronto, bajé las escaleras con decisión hasta la calle. Una vez allí, me paré en seco cuando lo vi parado en la puerta.

—¿Necesitas que te lleven? —preguntó Brad sentado en la moto. En un primer momento estuve tentada en decir que no. No necesitaba que nadie me llevara a ninguna parte. Pero, si quería convencerme a mí misma de que no sentía nada por mi nuevo compañero de piso, necesitaba empezar cuanto antes.

Capítulo 25

*D*espués de esa mañana, todas fueron iguales. Brad me llevaba a la universidad y yo no me quejaba, al menos, no más de lo necesario. Digamos que me acostumbré rápido a no tener que ir andando. Sí, había salido ganando. Además, los dos íbamos al mismo sitio. Era una tontería desperdiciar esa oportunidad. Ahorraría mucho en transporte público.

Mi relación con Brad se enfrió un poco en esas semanas. No le echaba la culpa a él de lo que pasó, yo era la única responsable de haberme pasado. No había encajado bien la llamada de mi padre, y tampoco la presencia de la modelo que él había llevado a nuestro apartamento. Estaba acostumbrada a ver a chicas en ropa interior pasearse por casa, entendedme, vivía con Alex, pero verlo a él, con esa chica, que, por mucho que lo intentara, nunca sería yo, me costó aceptarlo.

Estábamos a principios de semana y yo ya quería que terminara. O al menos, si no era mucho pedir, que llegara el viernes. Contaba los minutos que quedaban para salir y sentir de nuevo el aire frío en mi piel. Eso me recordaba que ya era libre... hasta el día siguiente. Para mi suerte, aquella mañana no me pusieron a cargo de Anne y me alegré por ello. No era mala chica, pero no traía nada bueno. Deberían inventar un amuleto contra ella y su mala suerte, todos viviríamos más tranquilos. Sobre todo yo. Para desgracia de Adam, ese día le tocaba a él estar al tanto de lo que hacía y evitar a toda costa que rompiera más tazas. Si seguíamos así, tendría que salir a comprar una caja a la tienda de al lado, y a la jefa no le haría demasiada gracia.

La tarde pasó sin pena ni gloria para beneficio de todos los que estábamos allí dentro. Cada vez miraba el reloj con más desesperación, algo que no pasó desapercibido para ninguno de los que se encontraban allí. Quería salir, y cuanto antes lo hiciera, mejor.

—¿La señorita tiene prisa? —preguntó Adam alzando las cejas.

«Sí, tengo prisa por llegar a casa, tumbarme, y no moverme hasta que me suene el despertador».

—Sí, tengo trabajo que hacer para la universidad —mentí descaradamente. Siempre tenía trabajo, nadie se extrañaría si decía que tenía prisa por eso. Una vez, Adam me había pillado repasando los apuntes y la lista de trabajo que tenía pendientes y se había llevado las manos a la cabeza y casi le había dado algo. Suerte que le recordé que todo aquello era mi trabajo y no el suyo. Pareció funcionar, ya que le volvió el color a la cara en cuestión de segundos. Y menos mal, no se me daba demasiado bien la respiración boca a boca.

—No deberías trabajar tanto —dijo mientras se ponía el paño de cocina en el hombro con un movimiento que solo él sabía hacer—. No es sano. —De pronto escuchamos el sonido de algo romperse y Adam suspiró con fuerza. Eso tampoco era sano—. Anne, cielo, ¿puedes dejar de romper cosas? —preguntó mientras se alejaba. Intenté contener una sonrisa que no pasó desapercibida para nadie.

Salí del trabajo a mi hora, dejando atrás a un Adam hecho una furia y a una Anne que, más que una persona, parecía un cachorro asustado. Me compadecía de ella, no podía ser normal romper tantas cosas en tan poco tiempo.

Cuando llegué al apartamento, los chicos ya estaban sentados delante del televisor con la cena preparada. Alcé las cejas cuando vi toda clase de sushi encima de la mesa.

— ¿Celebramos algo? —pregunté mientras me acercaba. Alex se encogió de hombros y se llevó un rollito de salmón a la boca.

—Me apetecía —dijo con la boca llena—. Venga, que se enfría la cena —se burló—. Llevamos esperándote cinco minutos.

Cuando tomé asiento, no tardaron ni dos segundos en empezar a comer. Me los quedé mirando y sonreí.

«Hogar, dulce hogar».

A la mañana siguiente, me sorprendí al encontrarme a Alex sentado en el taburete de la cocina con la mirada perdida. Normalmente, a esas horas, ya se había marchado. Bajé los escalares de dos en dos como hacía normalmente, mientras Jack no dejaba de revolotear a mi alrededor. No entendía que mosca le había picado, tenía más energía que de costumbre. El perro empezó a ladrar y yo me paré en seco con los brazos en jarras.

—Vamos a intentarlo otra vez. ¿Qué narices quieres? —le había repetido esa pregunta un total de cinco veces en toda la mañana y él solo se limitaba a ladrar y a corretear de un lado para otro. Minutos antes, el pequeño había estado saltando en mi habitación haciendo que me fuera imposible concentrarme en cualquier otra cosa. Lo fulminé con la mirada y el cachorro pareció entenderlo, ya que se sentó y movió con el hocico su cuenco de comida.— ¿Has visto que bien enseñado lo tengo? —pregunté a Alex intentando de algún modo hacerlo salir de su trance.

—Alucinante —dijo con voz monótona.

—Perdona, pero en esta casa, ese tono solo puedo utilizarlo yo —comenté mientras me acercaba. Le puse una mano en el hombro y este suspiró—. ¿Qué te pasa? —Tardó varios segundos en contestarme.

—He hablado con mi padre —dijo sin más. Esperé a ver si completaba la frase, pero al ver que no era así, decidí darle un empujón a la conversación.

— ¿Y qué te ha dicho?

Suspiró. No sabía que esperar de esa reacción.

—Que estará orgulloso de mí haga lo que haga, trabaje donde trabaje.

Aquello me cogió por sorpresa.

—Pero eso es bueno, ¿no? —pregunté con cautela.

—Supongo. —Se encogió de hombros mientras revolvía su café—. Pero siento que, si no trabajo con él, se sentirá decepcionado. Quiero estar con mi padre, pero también quiero labrarme un futuro yo solo, sin su ayuda, sin que mi apellido influya para nada. ¿Estoy siendo egoísta?

Negué con la cabeza.

—Para nada —confesé—. Él nunca te cerrará las puertas de la empresa, y lo sabes. Puedes trabajar donde quieras, y, después, coger los lazos familiares y atarlos a tu espalda.

Alex sonrió.

—Tienes razón, no sé qué haría sin ti —dijo con una sonrisa burlona en la cara. Le di un codazo, y ensanchó su sonrisa.

—Aún tenemos un tema del que hablar, sabes que no me olvido. —Alex asintió—. ¿Algún día me contarás que es lo que pasó con Olivia?

—Algún día—dijo—lo prometo.

Fui a decir algo, pero una tercera persona me lo impidió.

—¿Nos vamos? —preguntó Brad desde la puerta, no lo había oído llegar. Miré a Alex y este asintió.

—Hablamos luego —me dijo—. Hoy me quedaré en casa.
Y dicho esto, seguí a Brad hasta la calle.

Me pasé todo el día pensando en la conversación que había mantenido con Alex esa mañana. Me gustaría poder entrar en su cabeza por unos instantes y descubrir que es lo que estaba pensando. Se lo veía preocupado, él era mi amigo, y no me gustaba verlo de ese modo. La relación con su familia siempre había sido buena y estaba completamente segura de que su padre era comprensivo con él. No quería entrar a trabajar en una empresa por el simple hecho de ser *el hijo de*. Quería que lo contrataran por su profesionalidad y no por que debían hacerlo. Se había esforzado mucho durante años, y no quería que su trabajo se viera pisoteado por cuatro personas que lo único que sentían era envidia. Lo entendía perfectamente, y los demás también lo hacían. El único que creía que no era así era el propio Alex.

Una vez en casa, por la tarde, empecé a andar de un sitio a otro sin saber muy bien que hacer. Tenía que pasar algunos apuntes y terminar algunos ejercicios, pero no me apetecía. Mi mente estaba en otro lugar y no lograría concentrarme por mucho que lo intentara. Me tumbé en la cama, esperando que pasaran las horas, solo necesitaba mantenerme ocupada, pero, en ese momento, no podía.

El sonido del teléfono me sobresaltó. Sonaba horriblemente cerca. Sonreí al pensar en Olivia, seguramente sería ella. Me dijo que me llamaría para mantenerme informada de su traslado y para decirme exactamente cuándo vendría. Cogí el móvil y me quedé paralizada de nuevo. En la pantalla se veían los dígitos que me habían estado torturando durante días. Lo dejé sonar hasta que se calló. A diferencia de lo que pensé en un principio, el silencio que me invadió después no me tranquilizó. Solo me odié. Me odié por sentirme así de nuevo. Vacía.

Después de lo que me pareció una eternidad, decidí armarme de valor y marcar ese teléfono en el que no había pensado desde hacía años. Nunca lo había marcado. Me lo sabía de memoria, todos y cada uno de los números, pero nunca llamé. Ni cuando necesité ayuda, ni cuando me sentí perdida. ¿De qué serviría? Nadie iba a contestarme al otro lado. Él tampoco me había llamado nunca, así que no es que pudiera sentirme culpable por ello. Me sorprendía el hecho de que aún lo conservara.

Me llevé el teléfono a la oreja. Un pitido, dos... y después ese clic característico que hace el aparato cuando la persona que hay al otro lado de la línea descuelga. No dijo nada. Absolutamente nada. Solo le escuchaba respirar, como la vez anterior. No había servido de nada armarme de valor y marcar ese teléfono si después no iba a obtener ningún resultado.

—¿Papá? —pregunté tragándome un sollozo. Hacía años que no le llamaba así. Prácticamente nunca me dirigía a él, así que hace mucho tiempo que no pronunciaba esa palabra. Sí que solía decir «mi padre», cuando me refería a él. Al fin y al cabo lo era, pero no lo sentía como tal. Una persona que había pasado de su hija desde sus primeros días había perdido el derecho de ser llamado así. Nos quedamos en silencio varios minutos. No hablé de nuevo, y él tampoco lo hizo. Poco después colgó, haciendo que me rompiera de nuevo en mil pedazos.

El teléfono resbaló de mis manos hasta que cayó al suelo. En ese momento me dio igual si se rompía o no. Mi cuerpo empezó a temblar y me llevé las manos a la cara para impedir gritar.

Mis rodillas cedieron hasta que mi cuerpo impactó contra el suelo. Un sonido sordo y lleno de tristeza. Sollocé en silencio, rezando para que nadie se diera cuenta de lo que había pasado. No quería dar explicaciones, tampoco podía. Solo quería que el dolor pasara, borrar esta parte de mi vida y no recordarla jamás.

Había tardado años en llamarme, simplemente para estar varios segundos en silencio, respirando en mi oído y después colgar. ¿Acaso no sabía el dolor que me causaba? Estaba completamente segura de que era consciente. ¿Quería torturarme por abandonarlo? No debería sentirme culpable por irme. Me ahogaba cada minuto que pasaba en esa casa, no podía seguir viviendo de esa manera.

No supe que había entrado alguien en mi habitación hasta que noté como unos brazos me envolvían. Me dejé arrastrar por ese calor y no dije nada, sabía de quien se trataba, solo él podía abrazarme de esa forma. Solo él comprendía por lo que había pasado aunque no me lo dijera.

Lloré por todo esa noche. Por el padre que nunca tuve, por el cariño que nunca recibí y por la madre que nunca conocí. Sollocé con fuerza cuando Brad me acarició la espalda, cuando me dijo que todo iría bien, cuando me aseguró que todo eso pasaría algún día. Sentía que debía de sacarlo de alguna forma si

quería continuar con mi vida. Si lograba arrancarlo de mi organismo, quizá nunca más volviera a tortúrame como hasta ahora.

Lloré y lloré como nunca antes lo había hecho, mientras Brad me sostenía para que no me rompiera.

Capítulo 26

No me costó acostumbrarme a la extraña rutina que empecé a compartir con Brad cada mañana. Nos levantábamos, nos arreglábamos, cada uno se ocupaba de sus cosas hasta que bajábamos a desayunar... y después de eso nos íbamos juntos a clase. No siempre pasaba todo en silencio, pero era lo habitual.

Intenté con todas mis fuerzas borrar el recuerdo de lo que había ocurrido noches atrás. Yo rompiéndome por completo mientras Brad me sujetaba. No volvió a sacar el tema, cosa que agradecí. Estaba segura de que mis otros compañeros estaban al tanto, pero nadie me preguntó por ese episodio que intentaba olvidar.

Ya había pasado casi un mes desde que Brad llegó a este apartamento. Pero en lugar de sentir que estaba más cerca, sentía como cada segundo que pasaba estaba más lejos. No entendía muy bien que era lo que había pasado para que todo se rompiera de esa forma. Semanas atrás, habría dicho que cada día nos conocíamos mejor, ahora, sentía que vivía con un desconocido que no dejaba que me acercara a él.

Un día decidí coger el metro para ver si por casualidad, me encontraba con Brad. Había elegido salir unos minutos antes por ese motivo, y esperaba poder verlo. Una pequeña parte de mí, esperaba que aún no se hubiera ido. Fui corriendo, desde la salida del trabajo hasta las escaleras que me llevaban a la estación.

Una vez dentro, empecé a respirar un poco más tranquila. La lluvia había conseguido mojarme un poco, pero no lo suficiente como para estar empapada. Anduve tranquila hasta el pequeño local donde sabía que trabajaba Brad. «El sitio donde todo lo que comías sabía a plástico». Aún no entendía como no habían cerrado. Me acerqué, y vi que la persiana estaba medio bajada, pero aún había luz en el interior. Miré hacia los lados para asegurarme de que era Brad el que estaba ahí dentro y no otra persona, de lo contrario me moriría de

vergüenza. Me asomé a la ventana que había en uno de los laterales, y lo vi dentro, revisando algunos papeles. Nunca la había visto así; con el uniforme del trabajo, quiero decir, removiendo papeles, prácticamente todos los días.

Toqué con los nudillos un par de veces contra la persiana antes de escuchar un «voy» por su parte. Poco después, esta subió, dejando ver a un Brad algo despeinado y con cara de sorpresa. O de susto, no sabría definirlo con exactitud. Se quedó unos instantes parpadeando confuso sin saber muy bien que hacer. Sonreí y él pareció relajarse. Se apartó y me indicó con la mano que pasara. Nunca antes había estado allí.

Era un sitio pequeño, y... Acogedor no era la palabra, más bien, digamos que era pequeño y punto. Tenía una barra junto a la pared, y al lado de esta una vitrina que ahora estaba vacía, pero que seguro que con anterioridad, estaba llena de productos de toda clase. Había ido más de una vez por allí, era un sitio de paso, donde la gente solía comprar alguna que otra pasta. Una vez cometí la imprudencia de comprar un *muffin* de chocolate cuando pasé por allí. Los escupí en la primera papelera que encontré cuando me alejé lo suficiente como para que no me vieran. Había sido como tirar ese par de monedas a una alcantarilla. No quise arriesgarme a probar nada más, quería seguir con vida muchos años.

Tocando el cristal, había un par de mesas de plástico con dos sillas del mismo material en cada lado. Nunca había visto a nadie ahí sentado, la verdad, así que no estaba segura de si eran un adorno, o de verdad podías sentarte sin temer por tu vida. De momento no tenía pensado probarlo.

— ¿Y qué te trae por aquí? —preguntó con aire despreocupado, pero su tono me advertía que sentía curiosidad por mi visita sorpresa. Me encogí de hombros.

—Pasaba por aquí —dije sin más—, he visto la luz encendida y he pensado que podías estar aún dentro. —Asintió como si aprobara mi respuesta. Me sentía como en el colegio.

Lo observé detenidamente durante unos segundos. Su pelo oscuro caía despeinado por su frente y tenía cara de cansancio. Sus ojos acostumbraban a ser de un color verde brillante, ahora mostraban un tono más apagado. No podía dejar de mirar sus labios entreabiertos, así que me obligué a apartar la vista, hasta que lo observé de reojo de nuevo. Llevaba puesta una camiseta de manga corta blanca, con el logo de la tienda en un rojo chillón tan feo como el de las sillas. Tenía claro que el pantalón tejano negro no era parte del

uniforme, como tampoco lo eran las botas. Las conocía demasiado bien como para no darme cuenta.

Lo vi moverse de un lado para otro, hasta que se quitó el delantal y lo colgó detrás de la puerta por la que desapareció segundos después.

—Ahora vengo—dijo mientras pasaba por debajo de la persiana.

¿Quién me había mandado a mí venir aquí? Podría haberlo visto en casa, podría haber pasado sin más, tocar al cristal simplemente para que me viera alejarme. Algo retorcido hasta para mí.

Varios minutos después, escuché como la persiana subía un poco, y esperaba de todo corazón que fuera Brad el que estuviera pasando por allí. Respiré aliviada cuando comprobé que así era.

Llevaba en la mano una bolsa de color blanco, que dejó en una de las mesas mientras me decía con la mano que me acercara. De ahí, sacó dos refrescos con gas y unos bocadillos envueltos en papel transparente. Alcé las cejas. ¿Eso era lo que yo creía que era? ¿Cena gratis?

—Toma asiento antes de que me arrepienta —me animó con aire divertido.

—¿Es seguro sentarse en estas sillas? —pregunté mientras las señalaba con el dedo—. No me fio.

—Completamente seguro—aseguró.

—Siéntate tu primero.

Con un bufido, hizo lo que le pedí.

—¿Ves? Sigo vivo... —Me senté delante de él, cogí el bocadillo entre mis manos y empecé a quitarle el plástico—. Me alegro de que estés aquí...— confesó, y yo me sonrojé un poco.

—¿Puedo pedirte un favor? —Asintió no muy convencido—. Cuando dejes este trabajo, porque sé que algún día lo harás, haz el favor de quemar esa camiseta.

Dicho esto, escuché el sonido de su risa. Algo que había echado de menos.

No tardamos mucho en cerrar por completo el pequeño local y volver a casa. Los sándwiches de atún y lechuga estaban realmente buenos.

—Aquí al lado hacen unos bocadillos riquísimos —había confesado Brad con la boca llena.

No le llevé la contraria. Podía alimentarme todos los días con esos sándwiches y no me quejaría. Llevaban una salsa que no supe distinguir que

era, pero me encantó. No me importaría volver a comerlos en otro momento, es más, lo estaba deseando.

«Quizá tenga que venir a buscar a Brad más a menudo».

Cuando salimos a la calle, la fina lluvia, que aún no había cesado, nos dio la bienvenida. Por suerte, no había mucha distancia desde la parada del metro hasta nuestro apartamento. Si corriamos lo suficiente, seguramente no nos empaparíamos. Pero claro, teniendo en cuenta hacia dónde íbamos, tampoco es que importara demasiado si nos mojábamos o no. Por mí, nos podíamos poner a bailar ahora mismo bajo la lluvia que me daría igual. Un recuerdo pareció querer atravesar mi mente en ese momento, pero esa sensación desapareció tan rápido como había venido.

Pusimos un pie en el asfalto y Brad me miró con una sonrisa ladeada. Estiró su mano y rodeó la mía. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, tiró de mí y empezamos a correr. Me reí nerviosa cuando empecé a empaparme. El pelo se me movía de un lado a otro a causa del viento y eso hacía me impedía ver con normalidad.

Llegamos a la puerta de nuestro edificio jadeando y sonriendo. Brad se acercó unos pasos más hacia mí y me apartó el pelo de la cara con sumo cuidado. No pude evitar cerrar los ojos ante su contacto. Memorizando cada caricia por si algún día dejaba de hacerlo. Quería poder recordarlo con toda claridad para poder rememorarlo una y otra vez en mi mente.

Sin decir una palabra, se apartó y se sentó en el lado opuesto de la entrada, con la espalda recostada en el cristal de la puerta del edificio. Subió las rodillas y suspiró. No tardé en unirme a él. Nos quedamos en silencio, escuchando como caía la lluvia, y viendo a la gente pasar. Los que salían de allí nos miraban entre curiosos y sorprendidos, con el ceño fruncido sin entender muy bien que hacíamos allí.

Yo tampoco lo entendía muy bien, así que no podía contestarles.

Brad rompió el silencio minutos más tarde.

—No debería haber llevado a Samantha al apartamento —dijo, dejándome sin respiración—. Solo quería que lo supieras.

—Puedes traer a quien quieras —reconocí.

Era verdad, podía hacer con su vida lo que le diera la gana. Pero eso no quería decir que a mí me gustara verlo.

Suspiró.

—No estuvo bien —dijo sin dejar de mirar la lluvia—. Lo siento.

—No tienes que disculparte. —Lo miré—. Alex no deja de traer chicas a casa, estoy acostumbrada. —Me encogí de hombros. Él pareció querer agregar algo más, pero cerró la boca y apartó la mirada. Cerró los ojos con fuerza y suspiró.

—Necesitaba decírtelo. —Me cogió la mano y la apretó. Al contrario que la mía, la suya estaba caliente, y su tacto me quemaba.

—Pues, eh...—no sabía muy bien que contestar a eso—. Puedes traer a... tu novia cuando quieras. —Esas palabras me quemaron la garganta y me arrepentí de no habérmelas tragado cuando tuve la ocasión de hacerlo.

—No es mi novia —dijo frunciendo el ceño—. ¿De dónde sacas esas cosas?

Me encogí de hombros.

—No lo sé —confesé confusa—. No parecía un ligue cualquiera.

—Y no lo es. —Tengo que reconocer que esas palabras me escocieron—. Sam es... una chica que conozco desde hace mucho tiempo.

Claro, a otro con esa canción.

—Con la que te acuestas hace *mucho* tiempo, querrás decir —apunté. Él se sonrojó y yo no pude evitar hacer una mueca. Era tan obvio que ni me sorprendí.

—Bueno, eso también —balbuceó—, pero no me acosté con ella la otra noche, Hope. Lo digo en serio.

—Está bien. No me importa lo que hagas con ella —mentí—. No es asunto mío.

Nos miramos durante unos instantes, hasta que me obligué a apartar la mirada de nuevo. Si no lo hacía, volvería a caer como una tonta y no quería. Había intentado mantener las distancias hasta que ya no pude más. Pero una cosa era volver a tener una relación cordial en la que nos dábamos los buenos días como dos personas normales y otra muy distinta era dejar que mi cabeza se volviera a hacer un lío.

No iba a permitirlo.

—¿Quieres subir ya?

—No —dije mientras negaba con la cabeza—. Quedémonos un poco más —le pedí—, por favor.

—Solo hasta medianoche —pronunció Brad con una sonrisa, lo que me hizo sonreír a mí también.

Podría quedarme congelada en ese momento para siempre y no me

importaría.

Capítulo 27

*L*as mañanas en la universidad se volvían lentas y aburridas mientras que las tardes estaban llenas de trabajo y de clientes impacientes. Ojalá me dieran una moneda cada vez que me dijeran eso de tengo prisa. Los clientes se piensan que nosotros, los camareros, no tenemos nada mejor que hacer que atenderlos solo a ellos. Que éramos sus eternos esclavos que besaban el suelo que pisaban nada más entrar por la puerta.

Ese día no hubo demasiado trabajo, algo que agradecí. Odiaba los jueves, y odiaba tener que estar allí metida durante todo el día.

«Recuerda, más dinero a fin de mes». Me decía una vocecilla en mi cabeza.

«Es verdad, gracias por recordármelo». Le respondí como si hiciera falta.

Necesitaba unas vacaciones.

Me sorprendí al ver entrar a Alex por la puerta de la cafetería. Tuve que parpadear varias veces para comprobar que de verdad era él y no alguien que se le parecía, y mucho. Respiré aliviada cuando me sonrió y se acercó hasta la barra. Ya estaba pensando en cómo decirle que alguien intentaba suplantar su identidad.

Se acercó cuando le pregunté con la mirada que estaba haciendo allí. Él me dijo que me echaba de menos y yo me reí. Como si no supiera que había venido por la tarta de zanahoria que servíamos los jueves. Tomó asiento, y le dije a Adam que de Alex ya me encargaba yo. Después de mucho discutir, al final me dejó hacerlo a regañadientes. Una vez me preguntó si tenía alguna posibilidad con él y un rotundo no me salió de la boca antes incluso de pensarlo. Por lo visto él era de los que no se rendían

Me acerqué con su pedido, que consistía en un café y una porción de tarta de zanahoria. No tenía muy claro dónde metía todo lo que se comía. Estaba perfecto. Y me daba rabia.

—Me ama —me susurró Adam mientras se alejaba. No pude evitar reírme.

—Ahora que ya tienes lo que querías —empecé—, ¿me vas a decir el verdadero motivo por el que estás aquí?

—Me has pillado —dijo con una sonrisa mientras se metía una porción de tarta a la boca.

—¿Lo dudabas? —Negó con la cabeza y tragó con tanta fuerza que empezó a toser—. Intenta no morirte dentro de la cafetería.

Me miró con ojos acuosos.

—Gracias por preocuparte por mí, Hope. —Tenía la voz ronca. Carraspeó—. Estoy estupendamente.

—Me alegro —continué—. Entonces, ¿qué pasa? —Me invadió una sensación muy extraña—. Júrame que no le has hecho nada al perro, y que tampoco lo has perdido.

—Que va... Sigue en el parque donde lo he dejado hace un rato...

Lo miré alarmada, y empezó a reírse.

—¡Alex! —dije demasiado fuerte.

—Era broma, era broma. —Soltó aún entre risas—. Amor, el perro está en casa. Tumbado como siempre, durmiendo que es lo que suele hacer todo el día. Tenemos un perro muy vago, debería hacer más ejercicio. Bueno, en realidad he venido a hablar contigo... —Esa confesión me pilló por sorpresa.

—¿Connmigo? —pregunté confusa—. Podríamos haber hablado luego, en casa. No hacía falta que vinieras aquí para eso. Vivimos en el mismo sitio, ¿recuerdas?

—Contigo —repitió—, a solas.

—Está bien. —Me encogí de hombros—. Tú dirás...

—¿Podemos sentarnos en una mesa? —pidió.

—Hoy estás muy quisquilloso. —Miré la hora—. Tengo un descanso dentro de veinte minutos. ¿Te viene bien?

Alex asintió, recogió sus cosas y se fue a la mesa más alejada bajo mi atenta mirada. ¿De qué querría hablar? No tardaría demasiado en saberlo.

Cuando llegó el momento de hacer el descanso, cogí algo para picar y me dirigí hacia la mesa en la que estaba Alex. Me detuve antes de llegar. Tenía todo lleno de papeles, fotocopias y bolígrafos. Iba bebiendo de vez en cuando de su café, seguramente frío, sin dejar de leer lo que fuera que tenía entre manos. Llevaba puestas sus gafas de pasta negras, esas que le quedaban muy

bien, pero que apenas se ponía. Lo había visto con ellas en contadas ocasiones. Según él no las necesitaba, solo eran para cuando estudiaba. Carraspeé, haciendo que levantara la vista y me mirara. Con una sonrisa, apartó todo lo que había esparcido por la pequeña mesa de madera y pude por fin acercarme y dejar mis cosas encima. Ese día me había decidido por un café americano bien cargado, con un toque de crema y una porción de tarta. No me gustaban demasiado los dulces, pero esa tarta me había estado mirando desde que la coloqué en el mostrador. Se me hacía la boca agua solo de pensar en comerla.

Me llevé un trozo a la boca y casi gemí. ¿Había algo mejor que trabajar allí? Esos eran los únicos momentos en los que me alegraba haber escogido ese trabajo. Durante el resto de la semana era la peor elección que había hecho en toda mi vida.

Miré a Alex que me observaba curioso y arqueé las cejas, indicándole que podía empezar a hablar. No tenía mucho tiempo, y él lo sabía.

—Como sé que no vas a parar hasta que te lo cuente —empezó—, he decidido explicártelo ya y zanzar el tema. Después de esto, no quiero más preguntas. ¿De acuerdo?

Tragué saliva.

—Tienes mi palabra —aseguré. No era propio de mí meterme de lleno en la vida de otra persona sin ser invitada. Pero ellos eran mis amigos y si había pasado algo, necesitaba saberlo—. Y ahora espero que me lo cuentes con todo lujo de detalles.

Alex suspiró mientras yo mordisqueaba mi pequeño trozo de paraíso.

—Fue en verano, la última vez que Olivia vino a pasar algunos días con nosotros. Algo me dice que eso fue lo que hizo que no viniera en fin de año. —Lo fulminé con la mirada—. Lo siento. La cuestión es que... se nos fue de las manos.

—Define «se nos fue de las manos». —Después lo pensé mejor—. En realidad, no sé si quiero saberlo.

—Digamos que tuvimos una conversación muy acalorada en mi habitación. David y tú os fuisteis a dar una vuelta dejándome solo con ella. ¿Qué esperabas? ¿Qué nos hiciéramos amigos en un par de horas? La cuestión es que entró en mi habitación hecha una furia por algo sobre que me había comido su paquete de galletas de chocolate...

Me atraganté.

—Vale, eso quizá fue culpa mía —admití.

—Una cosa llevó a la otra y... digamos que la besé... —Me quedé sin palabras. Algo que no solía ocurrir muy a menudo, debo añadir—. Me devolvió el beso, algo que me extrañó. Ella no paraba de gritar así que, hice lo primero que se me pasó por la cabeza. No sé en qué narices estaba pensando. Después de eso, bueno... supongo que te lo puedes imaginar.

—No sé si quiero hacerlo. —Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. No, definitivamente no quería.

—Le dije que eso no se volvería a repetir mientras recogía toda la ropa del suelo. Y le hice prometer que no te lo contaría bajo ninguna circunstancia. No quería que lo supieras, porque sabía que te pondrías hecha una furia si te enterabas. Desde ese momento he intentado mantener las distancias con Olivia. Si la llamé el otro día fue porque sabía que tú la necesitabas. De otro modo no lo habría hecho, ya lo sabes. —Asentí—. Es muy buena amiga y se preocupa mucho por ti. Tal vez demasiado, pero eso no es asunto mío. Te lo cuento ahora porque querías saberlo, pero no pienso volver a hablar del tema, nunca. ¿De acuerdo? —Asentí de nuevo—. Si tienes alguna pregunta, es el momento de hacerla.

—¿No podéis llegar a ser amigos? —pregunté—. O al menos intentarlo.

Él negó con la cabeza.

—No, Hope —dijo Alex—, somos como el día y la noche. No funcionaría. Nos acabaríamos tirando de los pelos en cuestión de segundos.—Mira, si te preocupa que la eche, no tienes ni que pensarlo. No soy tan idiota. Se podrá quedar hasta que encuentre un apartamento, pero no me pidas que se venga a vivir con nosotros porque no te va a gustar la respuesta.

Lo entendía. Al fin y al cabo, el piso pertenecía a Alex, o al menos a su familia. No le pediría algo así, ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Eso era forzar demasiado las cosas. Podría montarse una batalla campal en el salón en cuanto menos lo esperara, y creedme, nadie quería eso.

Me despedí de Alex poco después, y me hizo prometer que no le contaría nada a nadie sobre lo que acabábamos de hablar, ni siquiera a Olivia. No entendía a que venía tanto misterio.

Volví al trabajo dándole vueltas al mismo asunto. Esperaba que, cuando Olivia viniera, dentro de unas semanas, la cosa se hubiese calmado entre ambos. Algo me decía que, cuando se fuera, tendría que recoger los pedazos que Olivia había dejado por toda la casa.

Cuando salí por la puerta, me encontré con Brad nada más poner un pie en la calle. Estaba apoyado en el muro que había delante de la cafetería. Llevaba el pelo perfectamente peinado, y la chaqueta colgando en uno de sus brazos. Me sonreía como si verme fuera lo mejor que le hubiera ocurrido ese día. Alzó la mano y me saludó, como para asegurarse de que lo había visto. Respondí a su gesto de la misma forma y me acerqué a donde se encontraba. Tenía una pose despreocupada, con un pie tocando la piedra de la pared.

—¿Hoy no traes la moto? —pregunté mirando a ambos lados de la calle fingiendo estar horrorizada—. Ahora que me había acostumbrado... es una lástima...

Y era verdad. Me había acostumbrado a sentir su calor, notar como se estremecía cada vez que mis brazos lo envolvían. Nunca podría olvidar la sensación que me provocaba estar tan cerca de él. Brad sonrió de medio lado mientras me acercaba hasta donde estaba. Me obligué a apartar la mirada cuando me descubrí mirándolo tan fijamente. Carraspeé para llamar su atención, ya que él también parecía haberse quedado en trance y eché a andar. No tardó demasiado en apresurarse y ponerse a mi lado.

—¿Un día complicado? —preguntó cuando vio que no decía nada. Me encogí de hombros.

—Solo estoy cansada. —Era una verdad a medias. Estaba cansada, pero también estaba dándole vueltas a la conversación con Alex. Brad se detuvo delante de mí, puso los dedos en mi barbilla y me la alzó. Dejé de respirar.

—No tienes buena cara —aseguró mientras me observaba con detenimiento. Sus dedos presionaban con suavidad mi piel y yo tenía que contenerme mucho para no suspirar—. ¿Seguro que no te pasa nada?

Me esforcé por qué mi sonrisa pareciera sincera.

—Seguro —intenté que no notara la duda en mi voz. Después se me ocurrió una idea.

—Quien llegué de último a casa paga la cena.

Y antes de que respondiera, eché a correr.

Capítulo 28

*E*sa mañana descubrí que tenía algunas horas libres antes de irme a trabajar, así que pensé que lo más sensato era intentar poner mis apuntes un poco en orden.

Llevaba días algo más despistada de lo normal y no era propio en mí no hacer las cosas con antelación. Dentro de poco llegarían los exámenes, y, de seguir así, mis apuntes serían un auténtico desastre, no podía permitírmelo. Bufé mientras pasaba una página tras otra. Tenía mucho trabajo por delante.

Me dirigí a la cafetería de la universidad sin muchas ganas. Allí había mucho más ruido, pero necesitaba un café, o dos, y las bibliotecas me ponían nerviosa. Sí, lo sé. ¿A quién le ponía nerviosa una biblioteca? Con tanto silencio. Pero eso era lo que impedía que trabajara con normalidad. El maldito silencio. Ni una mosca. Era horrible. Desde que la bibliotecaria echó a un chico por estornudar la gente no se atreve ni a mover un lápiz. Prefiero los sitios con un poco de más ruido, aunque tal vez la cafetería era pasarse un poco.

Tenía el caos materializado delante de mí. Todo estaba tan lleno de papeles, de los cuales, la gran mayoría no entendía, que estaba empezando a tener sudores fríos. ¿Por qué había decidido dejar de prestar atención? Ah sí. Mi mente iba por libre, y odiaba no poder hacer nada por evitarlo.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que escuché una silla arrastrarse a mí lado. Bufé. Estuve tentada a decir «¿No ves que está ocupado? Mi desastre y yo tenemos cosas que hacer». Pero me contuve, no sé muy bien porqué, pero me alegré de haberlo hecho. Al levantar la vista, unos ojos verdes me miraron curiosos. Me preguntó con la mirada si podía sentarse y la mía dijo, «Adelante, estás en tu casa».

—¿Un día duro? —preguntó mientras tomaba asiento.

—Una semana dura, más bien. —No aparté la mirada de lo que fuera que tenía delante. ¿Qué más daba? Con Brad allí lo más seguro era que la poca concentración que podía tener en un sitio como ese saliera corriendo. Y no me extrañaría ni lo más mínimo. Si yo pudiera también me levantaría y correría lo más rápido posible hasta la salida más cercana. Podéis estar seguros de eso.

—Puedo ayudarte. —Después se lo pensó mejor—. Sí quieres, claro. —Claro, porque lo más seguro es que no quisiera. Lo más sensato sería no querer estar cerca de él. No desear que pusiera esa mano encima de la mía y la apretara con fuerza. Claro que no quería.

«Pues no lo parece».

—No hace falta—dije dudosa—no quiero interrumpir... lo que sea que estabas haciendo aquí.

—En realidad... —empezó—, no tenía la intención de venir aquí. Simplemente te he visto y he decidido venir a saludar.

«Oh, Brad. Eres un cielo. Pero la próxima vez no hace falta que vengas. Me distraes. Eres malo para mi salud».

—Oh... —exclamé. Era un poco ridículo, así que intenté arreglarlo de algún modo—. Pues en ese caso... sí que necesitaría un poco de ayuda. Gracias.

Brad me fue explicando algunas cosas y yo fui escribiendo todo lo que me parecía importante. Normalmente, cuando tomaba apuntes de cualquier asignatura, después tenía que pasarlo todo a limpio porque no había quien entendiera nada de lo que había allí escrito. Al menos me aseguraba de que nadie me los robara.

Algunas horas después, decidí que ya había tenido suficiente, así que recogimos las cosas y nos pusimos en marcha. A diferencia de mí, Brad entraba a trabajar un poco más tarde, así que me acompañó hasta el trabajo y, para mi suerte o mi desgracia, decidió quedarse un rato.

—Es viernes —dijo como si yo no lo supiera—. ¿Qué te apetece hacer hoy? Puse cara de horror.

—Nada de salir a ningún pub —dije, haciéndole soltar una carcajada—. Me encanta que te rías tanto conmigo. ¿A qué no te pongo ese batido de chocolate tan bueno que iba a prepararte?

Arqueó las cejas.

—Hope, ¿te he dicho alguna vez que tienes los ojos más bonitos del mundo? Sonreí.

—Mucho mejor. Te has ganado también una galleta.

Dicho esto, desaparecí tras el mostrador.

Estaba volviendo a casa cuando me sonó el teléfono en el bolsillo. Una sucesión de mensajes empezó a irritarme. Estuve tentada en apagarlo, pero me contuve. Sin muchas ganas, me lo saqué del bolsillo trasero del pantalón y me puse a mirar que narices había pasado. En el grupo que teníamos Alex, David, Brad y yo, ese que solo usábamos para cosas «importantes» había empezado a echar humo por alguna razón que desconocía. Alex informaba de que había quedado con una chica esa noche. No pregunté. Tampoco me importaba demasiado. Alex salía con una chica diferente cada semana, si le preguntara por todas me explotaría el cerebro, y David nos decía que había quedado para cenar con unos amigos de la universidad y que llegaría tarde. Después, ambos se pusieron a hablar de cosas sin sentido y decidí salir de la aplicación.

Cuando entré por la puerta, Jack vino como un loco a saludarme, lo que hizo que mi día mejorara un poco. Había luces encendidas, así que supuse que Brad ya había llegado también. Dejé al perro atrás y me acerqué a la cocina. Él no había dicho nada, por lo que no sabía si me quedaría sola un viernes por la noche o, por lo contrario, tendría algo de compañía. Tampoco es que importara demasiado, había pasado muchos viernes sola en ese apartamento, pero quería que Brad se quedara. No lo diría en voz alta, aunque sí que se lo pediría a los dioses en silencio. A todos los que conocía.

— ¿Qué haces? —pregunté mientras me acercaba.

Brad me sonrió con esa característica sonrisa suya que tanto me gustaba. Una sonrisa de medio lado que hacía que se le iluminara la mirada.

—Había pensado que, ya que estamos solos esta noche, podríamos hacer algo especial. ¿No crees?

«¿Cómo una cena a la luz de las velas, quizá?».

—Me parece bien —dije intentando no mostrar demasiado entusiasmo. No quería ser demasiado obvia. Había recibido las vibraciones de rechazo de Brad durante varios días seguidos, no iba a ponerme a bailar, aunque, por dentro, lo estuviera haciendo como una loca. Con saltos mortales incluidos debo añadir. Estiré la cabeza para ver que estaba haciendo y fruncí el ceño—. ¿Qué estás preparando? —pregunté con curiosidad.

—Estoy pensando hacer un poco de carne con verduras, ¿te gusta?

—¿Bromeas? ¡Me encantan! —exclamé emocionada—. ¿En qué puedo ayudar? —dije mientras me arremangaba.

Él pareció pensarlo unos instantes.

—Puedes ir cortando los pimientos, si quieres...

Con eso, me puse manos a la obra.

No era una gran cocinera, pero tengo que reconocer que eso no se me estaba dando nada mal. Corté algunos pimientos, meneé un poco la carne... De ahí a salir en uno de esos programas de la tele había un solo paso.

Al contrario que yo, Brad sí sabía cómo desenvolverse en la cocina. Era asombroso ver con qué rapidez cortaba las verduras. Lo más probable era que si lo intentara yo, me acabaría cortando un dedo. Se me daba bien servir la comida, no hacerla. Como mucho podía sacar una pizza del cartón y ponerla en el horno. Pero aun así, había veces que se me quemaba. Ya me tenían prohibido cualquier cosa que no fuera encender la cafetera. Eso sí sabía hacerlo a las mil maravillas, era toda una profesional.

Brad me explicó que le encantaba cocinar. Cuando era pequeño se ponía con su madre, y ella le enseñaba como preparar cada plato. Se notaba la emoción en su mirada cuando hablaba de ella y de esos momentos de su niñez. Intenté que aquello no me afectara demasiado. Cada vez que alguien me contaba cosas sobre su infancia con aquella cara de felicidad, una punzada de dolor me cruzaba el pecho. Yo no había tenido nada de eso, pero me gustaba oír a las demás personas cuando lo explicaban, aunque en el fondo me doliera. No sentía envidia, creedme, no era ese sentimiento. Más bien mi mente volaba al pasado, y se preguntaba como habrían sido las cosas si mi madre no hubiera muerto. No podía dejar de pensar que mis padres habrían sido mucho más felices sin mí. Sobre todo mi padre. Si no hubiera estado yo, quizá podría haber rehecho su vida con otra mujer y no se hubiera hundido de la forma en la que lo hizo, arrastrándome a mí con él en la caída.

Pero eso nunca lo sabría.

Nos sentamos en el sofá, cada uno con su plato casi gemí cuando me llevé un trozo de carne a la boca. Estaba buenísimo. Tenía el toque perfecto de picante.

Me encantaba ese tipo de comida, pero por desgracia a mis compañeros no tanto. Así que, solo podía comerla en días concretos. Alex arrugaba la nariz cada vez que me veía comiendo algo así. Odiaba el picante. Si algún día

quería vengarme, solo necesitaba echar un par de gotas de picante en el café y asunto arreglado. Nunca lo había intentado, aunque no porque no estuviera tentada en hacerlo.

— ¿Te gusta? —preguntó Brad. Me limité a asentir, y él sonrió. Estaba demasiado ocupada disfrutando.

Mastiqué con cuidado, saboreando cada ingrediente. Quería comer eso todos los días de mi vida. Lo degusté en silencio algunos minutos más hasta que no pude evitar decirlo.

—Está riquísimo —admití—, tienes que enseñarme a cocinar de esta forma. Alex no me deja ni poner la pizza en el horno. ¿Te lo puedes creer? Que se me haya quemado, qué sé yo, un par de veces no tiene nada que ver conmigo. Son las instrucciones. Si pone veinte minutos son veinte minutos.

Brad rio a mi lado, y yo sonreí.

—Cuando quieras. Pero evita quemar nada, no quiero que Alex me eche de este apartamento. No tengo a donde ir.

—Tranquilo. De Alex me encargo yo —dije muy segura. De no quemar nada... De eso ya no lo estaba tanto.

Capítulo 29

*M*e desperté cuando Alex entró de golpe en mi habitación, cosa que no me sentó demasiado bien como habréis adivinado. No me había acostado demasiado tarde, pero para mí, el fin de semana era sagrado, pues no tenía ni que trabajar ni que ir a clase. ¿Se estaba quemando algo? Gruñí cuando comprobé que no tenía pensando irse.

—¿Qué quieres? Estoy durmiendo —dijo con voz ronca mientras escondía la cabeza debajo de la almohada.

—Amor, levántate —dijo sin demasiada emoción—. Dentro de veinte minutos tenemos que estar en la cafetería de abajo.

Emití otro gruñido.

—Levántate.

—No quiero —gimoteé—, es mi día libre. Solo quiero dormir, no pido demasiado.

Alex empezó a reírse, pero yo no le encontraba la gracia en ninguna parte.

—Vamos, invita David...

Bufé mientras apartaba las sábanas.

—Podrías haber empezado por ahí —solté mientras me levantaba. Aún oía las carcajadas de Alex cuando desaparecí tras la puerta del baño.

Estábamos los cuatro sentados en una mesa al lado de la ventana. El camarero no paraba de traer cosas y la situación me era absurdamente familiar.

¿A cuántos había invitado a desayunar? Me pregunté mientras observaba todo lo que había en la mesa.

A Alex no le importó que la escena pareciera algo extraña. En cuanto vio los panecillos y la mermelada se le iluminó la mirada. Que fácil era comprarle, esperaba que no se arrepintiera de haber bajado. Brad nos miraba con

curiosidad, y yo me encogí de hombros. Cuando me preguntó por qué razón íbamos a desayunar allí, me limite a musitar «reunión familiar». Creo que lo descoloqué más de lo que ya estaba. Con un suspiro empecé a comer antes de que mi estómago decidiera comerme a mí.

—No es que me queje —empezó Alex mientras abría un trozo de pan por la mitad—, pero la última vez que nos invitaste a desayunar fue para darnos la noticia de que se te había ocurrido invitar a tu hermana a pasar unos días con nosotros... —Dejó la frase en el aire como cayendo en la cuenta de lo que estaba diciendo. Nos miramos entre nosotros y yo tragué con fuerza un trozo de pan que se me había quedado atascado. Brad estaba algo incómodo porque no tenía ni la menor idea de lo que estaba pasando y David se empezó a remover en su asiento. El silencio lo delató. Alex soltó el bollo de golpe y lo miró con el ceño fruncido—. No me jodas —exclamó mi amigo.

— ¿Qué está pasando?—me susurró Brad al oído. El pobre seguía sin entender nada.

«A ver cómo te explico yo esto».

Fui a abrir la boca pero Alex me interrumpió.

—Pero ¿qué os pasa a todos? —preguntó Alex algo alterado—. Tú invitas a tu hermana, Hope invita a Olivia... ¿Y yo que hago? ¿Invitar a mi prima? —Después se giró hacia el único que de momento no había nombrado—. Brad, dime que tú no tienes pensado invitar a tu madre. —Él lo miró frunciendo el ceño.

—No era mi intención, la verdad.

La situación se nos iba de las manos. Y como no, me tocaba a mí arreglarlo.

—¿Por qué no nos calmamos todos? —dije en tono neutral. No me había gustado que me metiera en la conversación como si fuera culpa mía que David hubiera decidido invitar a Paula. Olivia se quedaría con nosotros solo hasta que pudiera mudarse a su propio apartamento y tampoco le estaba pidiendo que le cediera su cama.

—Paula llegará dentro un par de horas.

Entrecerré los ojos.

—David, no estás ayudando —lo fulminé con la mirada. Después miré a Alex que parecía tenso delante de mí. Estaba cerrando los puños con tanta fuerza que los nudillos se le estaban poniendo blancos. Eso no era buena señal—. Alex...

—Ni Alex ni nada..., podrías haber dicho algo un poco antes, ¿no te parece?

Así habríamos tenido tiempo de esconder a todos los animales de la zona en algún sitio. —No pude contener una carcajada—. No es broma —dijo esta vez mirándome—, como se le ocurra traer otro animal a casa duerme en las escaleras.

Le recé a todos los dioses que conocía para que a Paula no se le ocurriera traer ni a una mariquita.

Alex se pasó de mal humor el resto del día. Lo que le cabreaba a Alex eran los planes improvisados. Él se había planificado el fin de semana de una forma, y teniendo en cuenta que Paula no era la persona a la que más ganas tenía de ver, eso le complicaba las cosas. Pero ¿a quién quería engañar?, apreciaba a la hermana de David incluso más que yo. Odiaba que fuera una niña tan impulsiva y tan puesta en las causas de los más desfavorecidos. Si fuera por ella, nuestra casa sería un refugio de animales y no podíamos permitirlo. A decir verdad, le agradecía enormemente que hubiera traído a casa a ese pequeño cachorro que ahora dormía conmigo todas las noches. Era una preciosidad, y aunque Alex no quería admitirlo, a él también le gustaba tenerlo correteando por casa.

Paula entró como siempre, como si en lugar de un apartamento, esto fuera un circo. En cuanto entró por la puerta, dejó las cosas de cualquier manera en la entrada y se lanzó hacia Jack, que se puso a ladrar con alegría en cuanto se dio cuenta de que era ella. Paula estaba incluso más bonita que la última vez que la vi. El pelo le caía suelto por la espalda y los bucles azules parecían mucho más intensos.

Alex bufó y lo primero que hizo fue rebuscar entre sus cosas para asegurarse de que no había una ardilla entre sus libros de texto.

—¿Quién es? —preguntó Brad a mi lado.

—Es Paula. La hermana de David —aclaré, por si entre tanto grito no se hubiera quedado con el nombre. Él formó una O con la boca y asintió como si al fin lo comprendiera todo.

Cuando Alex se dio cuenta que la hermana de nuestro compañero de piso no había traído a más animales y pudo respirar con tranquilidad, la tensión abandonó su cuerpo y hasta puedo atreverme a decir que lo vi sonreír en algún momento. Paula era demasiado intensa y eso a Alex le ponía algo nervioso.

—Paula —la llamó. Ella salió corriendo y saltó a sus brazos lo que hizo que Alex por poco perdiera el equilibrio. Intentó hacer que bajara de su cuello sin mucho éxito, hasta que Paula bajó por decisión propia. Cuando pudo respirar con normalidad, carraspeó y continuó hablando—. Déjame ver que tienes en los bolsillos.

—Pero ¿qué esperas que tenga? ¿Una serpiente? —pregunté. No sé por qué me lo imaginé. Esperaba de todo corazón que no tuviera ninguna serpiente enrollada en la pierna.

—Con ella nunca se sabe —se limitó a decir. Tuve que darle la razón. De niña llevaba pollitos en los bolsillos del abrigo.

—¡No llevo nada! —exclamó—. ¡Lo juro! —Después miró a su hermano—. ¡Díselo!

David asintió, pero Alex no parecía más tranquilo, así que Paula no tuvo más remedio que hacer lo que este le pedía. Un pintalabios y tres monedas después, Alex volvió a coger el color que había perdido con solo imaginarse una tarántula en uno de los bolsillos.

A decir verdad, todos respiramos un poco más tranquilos. Pero en aquel apartamento, parecía que la tranquilidad nunca duraba demasiado.

Poco después de que Paula se acomodara en la habitación de David, sonó el timbre, haciendo que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo.

Paula en cuanto escuchó el timbre bajó corriendo.

— ¡Yo abro! ¡Yo abro! —gritó.

No sé por qué razón tuve un mal presentimiento. La nueva inquilina abrió la puerta y todos nos asomamos curiosos.

—Eh..., ¿sorpresa? —dijo Olivia desde la puerta.

Me llevé las manos a la cabeza. Ese iba a ser un fin de semana interesante.

—Oli... —dije mientras me acercaba—. No es que no me alegre de que estés aquí, pero creo que deberías de perder esa costumbre que tienes de presentarte en casa de los demás sin avisar.

Ella le restó importancia con las manos.

—Tranquila, le puedes decir a ese ogro que tienes por compañero de piso que solo me quedará un par de semanas.

—¡Te he oído! —exclamó Alex desde la otra punta del apartamento.

Ella se limitó a ignorarlo, como el resto de los nosotros

—Ya tengo apartamento —dijo muy contenta—, solo tengo que esperar a que termine el mes para poder mudarme.

Sonreí. Me alegraba tener a mi amiga conmigo. Solo rezaba para terminar el fin de semana de una sola pieza. No era pedir demasiado, ¿verdad?

Capítulo 30

Olivia me enseñó aquella tarde un montón de fotografías del piso donde se iría a vivir al cabo de unas semanas. Estaba realmente emocionada por ello, lo que era comprensible. No dejó de parlotear sobre la universidad y que pasaríamos mucho más tiempo juntas. Era agradable tenerla de nuevo conmigo, pero yo también necesitaba un poco de espacio. Había estado mucho tiempo sin depender de nadie, y había aprendido a no necesitar su cariño. Ahora que estábamos juntas de nuevo, temía caer en una espiral de la que después me costara horrores salir.

Solo había traído un par de maletas que acomodamos en mi habitación, con la sorprendente ayuda de Alex. No pude evitar enarcar las cejas cuando lo vi subir las. ¿Se había dado un golpe en la cabeza y no me había dado cuenta? Por suerte, el resto de las cosas se las mandarían cuando ya estuviera instalada en su nuevo apartamento. No eran más de dos o tres cajas, por lo que me había contado, pero estábamos hablando de Olivia, así que no me sorprendería nada que al final esas tres pequeñas cajas se convirtieran en diez. Tenerla aquí de nuevo, conmigo, hacía que recordara los momentos que pasábamos en su casa cuando éramos niñas. Corriendo, saltando o viendo una película con toneladas de palomitas. Sonreí ante esos recuerdos, eran de los pocos que recordaba con cariño. Los más felices que tenía de mi niñez siempre involucraban a Olivia y a su familia.

Olivia se dejó caer en la cama con un suspiro. Ni que hubiera venido corriendo desde Newcastle. Alex bufó, y dejó las maletas en un lado de la habitación a grandes zancadas. Estaba claro que quería desaparecer de allí lo más rápido posible.

—Gracias —dije mientras me acercaba a él—, te daría propina, pero no tengo suelto.

Alex me fulminó con la mirada.

—Eres idiota —dijo conteniendo la risa, y yo me encogí de hombros—. David y yo vamos a ir a comprar algo para comer, ¿te apetece algo en especial?

Negué con la cabeza, la verdad era que me daba igual. Después vi que miraba a Olivia de reojo. Supuse que era su intento de ser amigable. Ella se encogió de hombros.

—No me importa. Podéis comprar lo que queráis.

Y con esta última declaración, Alex desapareció por la puerta.

—Vaya —comenté mientras me sentaba al lado de Olivia—. Habéis estado dos minutos en la misma habitación sin tiraros nada.

—Sé ser civilizada. —Arqueé las cejas—. ¡No me mires así! Es verdad

Levanté los brazos y decidí callarme. Si ella lo creía, no sería yo quien la sacara de su error.

Esa tarde decidí que, o salía de casa, o me volvería loca. No podía quedarme allí ni un minuto más, la situación se nos había ido de las manos. Ya sabía que mantener a todas estas personas bajo el mismo techo y que no se mataran, era una idea demasiado absurda. ¿En que estaba pensando? Tal vez debería haberme quedado en mi habitación durante todo el fin de semana y solo salir cuando fuera estrictamente necesario. ¿Quién necesitaba comer? Resoplé cuando escuché a Alex y Olivia pelearse por quinta vez a consecuencia de qué ver en la televisión. Habían estado así desde la hora de comer y ya no los aguantaba más. ¿Cómo iba a conseguir permanecer allí una semana?

Cuando pensé que todo el mundo estaba ocupado y nadie repararía en mi ausencia, cogí a Jack y abrí la puerta. Él tampoco merecía aquello.

Pasear con el cachorro era relajante a la vez que estresante. Me gustaba pasear con él y que el aire me rozara la cara, pero cada vez que veía un pájaro se ponía en modo asesino y tiraba de mí para salir corriendo. En una de esas me rompería un brazo, si no al tiempo. Estaba tan concentrada mirando al perro e intentando que no hiciera ninguna locura que no noté cuando alguien se paró a mí lado.

—Hope... —me llamaron haciendo que me sobresaltara—, Lo siento, no pretendía asustarte — dijo Parker apareciendo a mi lado.

Me recompuse con rapidez.

—La próxima vez intenta no provocarme un infarto y estaremos en paz — recomendé haciendo que sonriera. Después vio a Jack y se agachó para acariciarlo, cosa que a él le encantaba. No pasaron ni dos segundos cuando se tumbó en el suelo, esperando impaciente a que le rascara la barriga.

—¿Volvías para casa? —preguntó. Negué con la cabeza.

—En realidad, iba a dar una vuelta. Me estaba agobiando en casa y decidí que era mejor que me diera un poco el aire.

Asintió.

—Te acompaño —propuso mientras se levantaba—. Tampoco tengo nada que hacer.

Maravilloso.

No era que me apeteciera demasiado andar en compañía de Parker, pero tampoco me emocionaba la idea de volver a al apartamento y ver como mis amigos se peleaban una y otra vez.

Me senté con Parker en una terraza, esperando el momento adecuado para levantarme y volver a casa. Jack se había quedado dormido en el suelo para mi desgracia. Pero ¿cuánto dormía ese perro? No era que estar en compañía de Parker fuera la peor experiencia del mundo, pero por alguna razón me sentía incómoda a su lado. Aunque parecía un buen chico, no era para mí.

Me miré los pies mientras dejaba que él parloteara sin parar. Era como Olivia pero en versión masculina. ¿Dónde me había metido? Parker tenía una mirada tan intensa que me preocupaba, era de esas personas que podían ver dentro de ti; que sin decir una palabra sabían lo que te pasaba. Siempre había creído que ese tipo de gente tenía algún poder sobrenatural. Había perdido el hilo de la conversación cuando escuché a alguien gritar mi nombre. ¿Me lo estaba imaginando o conocía ese tono de voz añorado? Poco después, tenía a Paula colgada del cuello.

—Hope —gritó entusiasmada—. ¡Te he echado de menos!

Reí con ganas.

—Paula, me he ido hace menos de una hora. No puedes haberme echado de menos en un periodo de tiempo tan corto...

Ella hizo un puchero

—¡Brad!—gritó—. Me he encontrado a Hope, ¿volvemos ya?

Cuando Brad se acercó a nosotros nos miró entre extrañado y confundido. Después frunció el ceño y se tensó. Tantos sentimientos a la vez no podían ser sanos.

—Este es Parker.

Él saludó algo incómodo, pero con una sonrisa. Solo Paula le devolvió el saludo. Brad se quedó quieto, esperando a que uno de nosotros decidiera dar el paso para despedirse.

—Bueno, será mejor que me vaya.

Al escuchar esas palabras, Jack, que se había estado haciendo el dormido durante todo ese tiempo, se levantó dispuesto para volver.

—Hasta otra.

Fue lo último que dije antes de echar a andar.

Capítulo 31

Brad

¿*E*ran celos lo que sentí cuando vi a Hope sentada con aquel tío? No. Imposible. Nunca había sentido celos de nada ni de nadie, no iba a empezar ahora. Ese es un sentimiento que me negaba a tener. Pero ¿entonces qué había sido lo que se instaló dentro de mí? Aunque me repetía una y otra vez que no podía sentir nada por esa chica, al parecer no estaba teniendo mucho éxito.

Volvimos a casa en silencio, hasta Paula había decidido que no era buen momento para hablar. Cuando salí de casa esa tarde, nunca pensé que me encontraría con Hope, y mucho menos que ella estaría en compañía de otra persona. Me había dado cuenta de que se había escaqueado en medio de la bronca entre Alex y Olivia. No los había visto nunca juntos en ese estado, la última vez que la amiga de Hope pasó unos días con nosotros ambos parecieron evitarse mutuamente. Una lástima que no hubieran decidido hacer de nuevo lo mismo. Desde luego, ahora que comprendía la situación, prefería no volver a presenciar algo así. Por lo que había entendido, la amiga de Hope se quedaría con nosotros unas semanas hasta que pudiera mudarse a su nuevo apartamento. La cuestión era, ¿sobreviviría alguno de los dos a aquellas semanas? En unos días lo veríamos.

Aquella mañana había sido tan surrealista que por poco salgo corriendo. ¿A quién había escogido como compañeros de piso? Alex y David parecían buena gente pero después de lo que había visto, empezaba a pensar que quizá me había equivocado. Iban a ser unos días interesantes.

Cuando Paula vio que yo también iba a desaparecer, corrió hacia donde estaba y casi me imploró que la sacara de allí, así que no tuve más remedio que hacerlo. Era una niña simpática y muy dulce, pero también algo alocada. Antes de que nos pudiéramos ir, Alex me cogió por banda y me dijo que como

dejara que Paula trajera un solo insecto esa noche dormía en la calle. Su tono de voz fue tan duro que me estremecí. No tenía duda que lo decía en serio.

La hermana de David se comportó durante todo el camino, pero también tengo que decir que tuvimos que parar un total de cinco veces porque no paraba de ver animales. Ahora entendía el sufrimiento de Alex. Si me despistaba era capaz de meterse a algún pájaro en el bolsillo del abrigo.

Llegamos a casa poco después, se había puesto a llover de repente, haciendo que tuviéramos que correr hasta el apartamento para no mojarnos. Cuando Alex nos vio entrar por la puerta frunció el ceño.

—¿Os habéis metido en una fuente? —preguntó.

—Se ha puesto a llover de golpe —explicó Paula—, menos mal que ya estábamos cerca.

Jack saltó de los brazos de Hope y se sacudió, mojándonos a todos. Cuando salió corriendo hacia el sofá, Alex intentó atraparlo mientras maldecía. Me retiré en silencio, no era mi problema. Al parecer, Hope pensó lo mismo que yo, ya que se encaminó con sigilo hacia las escaleras. La seguí. No pensaba quedarme allí abajo.

Una vez en la puerta de mi habitación, me giré. No planeaba sacar el tema, pero al parecer no tenía ni voz ni voto en ese tema.

—Ese tal Parker —me escuché preguntar y casi me arrepentí en el acto—, ¿es muy amigo tuyo?

Hope se paró a medio camino y se giró. Estudiándome.

—Es un compañero de clase —explicó—. ¿Por qué? —preguntó.

Me encogí de hombros. Esa era muy buena pregunta. ¿Por qué, Brad?

—Curiosidad —mentí. Ella frunció el ceño pero pareció aceptarlo.

Ninguno de los dos dijo nada nuevo, así que cada uno siguió su camino.

Horas después, me encontraba en la cocina, rebuscando en la nevera algo que comer, pero no encontré nada que me convenciera. Abrí la alacena y saqué una bolsa de patatas que me puse a devorar en el acto. Las patatas fritas siempre eran una buena opción.

Parecía que había vuelto la calma, no se escuchaban peleas desde que habíamos vuelto, cosa que agradecí enormemente. Hope no había bajado desde que la vi cruzar la puerta de su habitación. No es que la espiara, pero mi puerta estaba junto a las escaleras y siempre la tenía abierta. No la había visto

por allí, así que deduje que estaría estudiando. Era una de las personas más decididas que había conocido. También una de las más cabezotas. Siempre se esforzaba al máximo. Cuando la había ayudado días atrás en la cafetería de la universidad, me di cuenta de que era una persona muy lista, a las que no había que repetirle las cosas dos veces para que las entendiera. Quizá ella no se daba cuenta, pero no había duda de que no tendría problemas para aprobar los exámenes.

Me había sentado en el taburete cuando escuché que alguien se acercaba. Poco después, observé que Hope repetía los mismos movimientos que había hecho yo apenas unos minutos antes.

—¿Quieres? —dije mientras le tendía la bolsa de patatas fritas. Ella aceptó y cogió un buen puñado. Menos mal que la bolsa era grande. En ese momento, vi que mi móvil se ponía a sonar; lo miré y lo aparté.

—¿No tienes ganas de hablar con tu novia? —Había olvidado que estaba detrás de mí. Había evitado hablar con Sam desde que la dejé en su casa. No sé por qué motivo decidí traerla esa noche. Puede que intentara demostrarme algo a mí mismo. Qué podía estar con quien quisiera sin pensar en cierta chica de cabello rojo. Nada más lejos de la realidad. Por mucho que a Hope le costara creerlo, no me había acostado con ella, y tampoco lo deseaba en ese momento. Simplemente quería quitármela de la cabeza, hacer como si no existiera. Quería que ese sentimiento desapareciera.

—No es mi novia —dije apretando los dientes.

—¿Seguro? No lo parecía el otro día.

Estaba empezando a cabrearme.

—Claro que estoy seguro. ¿Tú también estás segura de que no tienes nada con el chico de antes?

Se puso tensa.

—Parker es solo un compañero de clase. Además, ¿por qué te importa tanto? —A mí también me gustaría saberlo. ¿Por qué me importaba? Me limité a mantenerme en silencio y a comer patatas, algo que dejé de hacer unos segundos después. Se me había quitado el apetito.

—Quizá porque no quiero que pase lo del otro día. —Eso fue un golpe bajo hasta para mí. Pude notar como el cuerpo de Hope empezaba a temblar—. No sabes encajar las cosas... —No sabía que me pasaba. Mi boca tenía vida propia.

—Tú no tienes ni idea de nada —escupió.

—Sé muchas más de lo que crees —exploté. Todos dejaron de hacer lo que fuera que estuvieran haciendo y se volvieron hacia nosotros. Estupendo, ahora teníamos público— ¿quién te piensas que te llevaba a casa, Hope? —Se había quedado muda—. ¿Quién? —repetí de nuevo. Estaba furioso—. ¿Tu maldito ángel de la guarda? Siento decirte que no existen.

—No sabes como es mi vida —dijo más bajo.

—Al menos yo no me escondo detrás de una botella. —Segundo golpe bajo del día. ¿Cuál era mi jodido problema? Me arrepentí en cuanto las palabras salieron de mi boca y vi la expresión dolida de Hope. Intentó recomponerse pero no lograba ocultar lo que mis palabras habían causado en ella. Intenté acercarme, pero se apartó—. No quería decir eso.

—Sí que querías —escupió.

No sé en qué estaba pensando para decir aquello. Me había pasado.

—Hope... —Pero ella no quiso escucharme.

No dijo nada cuando se fue, cerrando de un portazo la puerta principal y yo maldije para mis adentros cuando descubrí lo que había hecho.

Habían pasado más de dos horas desde que Hope se fue y aún no había ni rastro de ella. Estaba empezando a preocuparme. Me puse a dar vueltas sin sentido por la cocina hasta que comprendí que no servía para nada. La había llamado un montón de veces pero no cogía el teléfono. Después de pensar durante las cinco primeras llamadas que estaba ignorándome, comprendí que era muy probable que no hubiera cogido ni el teléfono. No llevaba absolutamente nada encima. Se había marchado sin reparar en que estaba lloviendo con fuerza y me preocupé aún más.

«¿Dónde narices estás, Hope?».

—Tranquilo —dijo Alex detrás de mí—, seguro que está abajo, o se ha ido a alguna parte cerca de aquí.

Eso no me tranquilizaba en absoluto.

—No tenía ningún derecho de hablarle de ese modo —me lamenté—, no lo pensaba, solo estaba...

—Enfadado —Acabó el por mí. Asentí. —Si no fuera porque sé que la aprecias y que no lo decías en serio ya te habría pegado un puñetazo. —Me estremecí. Lo sabía perfectamente—. Mira, Hope es una chica difícil. Sé que

la conoces, o que crees conocerla, pero no es la misma que hace unos años. Te lo puede decir también Olivia.

Ella asintió.

—Cuando Hope se enfada es muy difícil hacerla entrar en razón —añadió ella—. Deja que se le pase un poco. Volverá. No es la primera vez que lo hace.

Seguía sin estar tranquilo. Miré por la ventana y vi las luces que indicaban que se acercaba una tormenta aún más fuerte. No podía quedarme de brazos cruzados por más tiempo.

—Voy a buscarla —fue lo último que dije antes de irme.

Capítulo 32

Hope

*I*diota. Imbécil, ¡Estúpido! No se me ocurrían más insultos, pero dadme un par de minutos. ¿Quién narices se creía que era para hablarme de esa forma? Él no era nada en mi vida, simplemente era un compañero de piso que desde este mismo instante intentaría evitar a toda costa. Lo odiaba como nunca había odiado a nadie.

«Al menos yo no me escondo detrás de una botella».

Aquellas palabras aún me escocían. Pero lo que más me dolía era que tenía razón. Me había estado escondiendo durante años detrás de una botella tras otra sin ponerle remedio cuando sabía perfectamente que tenía un problema. La cuestión no era que bebía porque lo necesitara. Podía pasar días sin tocar el alcohol y no me pasaba nada, lo peor era que lo hacía para olvidar mi miserable vida. El alcohol distorsionaba la realidad, y permitía que no lo viera todo de forma tan patética como era en realidad.

Una parte de mí siempre me odiaría. La otra intentaba perdonarse sin éxito.

Había sido una idiota al pensar que Brad podría entenderme. Había visto durante años la vida que llevaba. ¿De verdad creía que no había pensado más de una vez en otra alternativa? Pero por muchas vueltas que le diera, nunca se me ocurría nada. Intentaba ser una buena hija, que mi padre estuviera orgulloso de mí, que viera en lo que me había convertido. No quería que tuviera que cuidarme, por eso me ocupaba sola de mí misma. No quería que me viera triste, por esa razón lloraba a solas. No quería que me viera borracha, por eso me escondía para beber.

La lluvia empezó a caer con más fuerza una vez avancé un par de calles. No sé en qué estaba pensando para salir a la calle de esa forma. En chanclas, que me quité en cuanto me molestaron, sin chaqueta... sin nada. No había cogido ni dinero ni llaves ni teléfono. Estaba tan furiosa que no se me ocurrió que

podiera necesitar nada de eso. Me había olvidado hasta de que estaba lloviendo.

Fantástico.

La lluvia caía con tanta fuerza que dolía. Estaba empapada y triste. Parecía el argumento de una horrible película de sábado por la tarde. No sé cuánto tiempo estuve andando sin rumbo, sin saber a dónde me estaba dirigiendo. La furia aún me quemaba, necesitaba distraerme urgentemente. Y secarme. Eso también era urgente.

Me castañeaban los dientes y estaba helada. Si continuaba así enfermaría y no quería eso por nada del mundo. No podía permitirme estar enferma.

Entré en el primer local que vi abierto y ni siquiera me percaté de dónde me estaba metiendo. Me senté en una de las mesas que había junto al cristal. Estaba empapada. Las gotas resbalaban por mi pelo y me caían por la cara. Me pasé la mano intentando aclararme la vista. Había entrado allí sin saber si llevaba algo de dinero, pero para mi suerte, encontré un par de monedas en mi sudadera empapada. Menos mal que no llevaba un billete. La camarera se acercó hasta donde estaba sentada e hizo una mueca. Le tendí las monedas y le sonreí. Cuando mi piel fría y mojada tocó la suya seca y a una temperatura normal se estremeció.

—¿Puedes traerme algo caliente con eso?

Ella asintió. Antes de que se fuera, le pregunté dónde estaba el baño, me señaló una puerta que había al final del local y se fue. Me levanté sin muchas ganas y me dirigí allí. Cerré la puerta con el pestillo y levanté la mirada. El reflejo que me devolvía el espejo era mucho peor de lo que había imaginado. Estaba hecha un auténtico desastre. Con el secador de manos intenté quitarme la humedad del cuerpo y de la ropa, pero no había mucho que hacer. El frío se había instalado en mi cuerpo y no había manera de hacerlo marchar.

Minutos después, salí de allí mientras me apartaba el pelo de la cara. Esperaría a que parara de llover y volvería a casa. Había sido una estupidez marcharse con ese tiempo.

«Espero que la próxima vez pienses mejor las cosas —dijo una voz dentro de mi cabeza—. Espero que no haya próxima vez —respondí».

La misma camarera que me había atendido volvió poco después con una gran taza de café con leche que dudaba que valiera lo que le había dado, pero no me quejé. La cogí entre mis manos temblorosas y el calor que desprendía

me hizo cerrar los ojos. Estaba tan calentito... no quería bebérmelo. Quería quedarme así para siempre.

Sentir aquel líquido bajar por mi garganta fue como entrar por las puertas del paraíso. Poco a poco fui recuperando la temperatura, aunque seguía teniendo un poco de frío. En ese momento, me pareció muy buena idea apoyar la cabeza en el cristal y cerrar los ojos.

Solo un par de minutos. Me dije antes de perder la noción del tiempo.

Sentía unas manos en mi pelo, pero estaba tan cansada que no tenía fuerzas ni para abrir los ojos. No tardé demasiado en recordar dónde estaba, así que no me quedó más remedio que hacerlo. Pero era una sensación tan agradable...

—Lo siento —susurró alguien a mi lado—. Lo siento mucho, Hope —podía notar la tristeza y el arrepentimiento en su voz, pero aún seguía enfadada. Me obligué a enderezarme y noté como Brad dejaba de respirar a mi lado.

Tenía la absurda sensación de que aquello era una pequeña fantasía que se había creado mi mente. Pero parecía tan real que empezaba a pensar que quizá sí era Brad el que estaba delante de mí, sosteniéndome la mano.

—Estás helada —dijo con el ceño fruncido. Me retiró el pelo de la cara e intentó sonreír—. ¿Nos vamos?

Asentí. No tenía sentido seguir allí y coger una pulmonía. Salimos a la calle, donde ya no llovía, pero aun así me estremecí. Aún sentía la ropa mojada y pegada a mi cuerpo. Me abracé a mí misma y Brad se detuvo.

—Quítate la sudadera

Arqueé las cejas.

—¿Disculpa?

—Te vas a poner enferma como sigas con eso. —Se quitó la chaqueta y me la tendió—. Póntela, entrarás en calor.

La verdad es que no lo pensé dos veces. Me giré para quitarme la sudadera por la cabeza y me quedé con una camiseta de manga corta que no me pensaba quitar. Me puse la chaqueta con rapidez y volví a girarme para encontrarme con Brad y su mirada.

«No seas amable, no quiero perdonarte», le dije en silencio.

—Gracias —dije a regañadientes. Educación ante todo, Hope. Aunque sea idiota.

—De verdad que lo siento, Hope —dijo de nuevo, deteniéndose delante de mí—. No nos iremos hasta que me perdones, y ambos tenemos ganas de volver a casa, no hagas que nos quedemos aquí el resto de la noche.

—Brad...

—Dime que me perdonas —imploró—, por favor... De verdad que no sé qué se me pasó por la cabeza para decir eso. Yo... te juro que no lo pensaba, solo me cabreeé y...

—Vale —me rendí—, te perdono. ¿Ahora podemos movernos? Tengo frío. Algo me decía que ya lo había perdonado hacía rato.

El lunes amanecí con una sensación extraña en el cuerpo y me arrastré hacia el baño para ducharme y prepararme como hacía cada mañana. La casa estaba en absoluto silencio desde hacía tiempo. Alex ya se había ido, David había llevado a Paula a la estación y Olivia tenía que ocuparse del papeleo antes de empezar. Eso nos dejaba a Brad y a mí solos.

Cuando había llegado a casa, empapada de pies a cabeza y con Brad pisándome los talones, había decidido hacer lo más sensato que se me ocurrió en ese momento, subir a ducharme. Sentir el agua caliente recorrer mi cuerpo me dio la fuerza necesaria como para entrar en la habitación de Brad y devolverle la chaqueta. Gracias a Dios que no estaba.

Bajé las escaleras sin muchas ganas. Sentía el cuerpo entumecido, y tenía la cabeza embotada a consecuencia de mi escapada de la noche anterior.

—Tienes mala cara —dijo Brad cuando me vio aparecer.

—Solo estoy cansada —repuse para que no indagara mucho más. La verdad era que me sentía horrible—. Si ya estás podemos irnos, no tengo hambre. —Asintió sin creérselo del todo pero no me preguntó al respecto. Después caí en la cuenta de que me había dejado la mochila en la habitación. —Ve bajando, ahora voy.

—Está bien, pero no tardes

Negué con la cabeza.

Cuando me giré el salón empezó a darme vueltas. Mi intención era llegar a mi habitación lo antes posible, pero no llegué ni a poner un pie en las escaleras. De pronto todo se volvió oscuro y sentí el duro impacto de mi cuerpo contra el suelo.

Capítulo 33

Brad

*P*ero, ¿qué estaba haciendo Hope tanto rato? Hacía más de diez minutos que la esperaba en la calle y estaba empezando a preocuparme. No le había visto muy buena cara cuando salió de su habitación, estaba algo pálida y que no se tomara ni una taza de café me hizo sospechar que algo pasaba. La llamé varias veces al móvil pero fue inútil porque no lo cogió. Me empecé a impacientarme poco después, así que decidí ir yo mismo a echar un vistazo. Quizá se había vuelto a quedar dormida; era una posibilidad que no iba a descartar.

Subí las escaleras de dos en dos y cuando entré dentro del apartamento, estaba demasiado silencioso.

—Hope, ¿Qué estás...? —Las palabras murieron en mi boca cuando la vi tendida en el suelo—. ¡Hope! —grité a la vez que soltaba la mochila y me acercaba a ella a toda prisa.

Le aparté el pelo de la cara y vi que estaba mucho más pálida que antes. Le puse la mano en la frente. Estaba ardiendo. Maldecí mientras la cogía en brazos y la llevaba escaleras arriba.

Llevaba dos horas tumbada en la cama balbuceando cosas sin sentido y no le bajaba la fiebre. Lo había intentado todo, como no mejorara el siguiente paso sería meterla vestida en la ducha para rociarla con agua fría. La miré mientras le cambiaba la toalla húmeda de la frente. Se quejó cuando la fría tela le tocó la frente. Llamé a Alex para que se pasara por el café y les dijera que Hope no podría ir a trabajar esa tarde porque no se encontraba bien, también llamé al mío para decirles que no podría ir ni esa tarde ni seguramente la siguiente por problemas familiares. No me pusieron pega, no había faltado nunca desde el día que me dieron ese trabajo y había hecho más horas que nadie.

Cuando por fin me pareció que su temperatura volvía a ser la de antes respiré aliviado.

—¿Cómo está? —preguntó Alex cuando llegó a casa. Me encogí de hombros y me arremangué. Me recosté en el suelo y suspiré.

—Parece que le ha bajado la fiebre —expliqué—. Todo esto es por mi culpa. —Me llevé las manos a la cabeza—. Si no le hubiera hablado de esa forma...

—Hope es una chica muy temperamental —argumentó él.

—Qué me vas a contar... —Se sentó en el suelo a mi lado y la miró.

—Erais vecinos, ¿verdad? —Asentí—. Entonces, sabrás todo por lo que ha pasado.

—Mejor que nadie —admití—. No te habría gustado esa Hope. Estaba demasiado perdida, demasiado... consumida. Hubo un tiempo en el que la veía sonreír, pero después, esa sonrisa se volvió triste. No sabes lo que era verla cada día salir de su casa a escondidas y después entrar a media mañana. A su padre no le importaba que su hija no estuviera en casa. Eso era lo que motivaba a Hope a escaparse cada día. Llegó un momento en que no pude más, y algo dentro de mí me dijo que tenía que cuidar de ella. Cuando se fue Olivia... se derrumbó como si no quedara nada de la niña que conocía. La que miraba las estrellas desde el tejado.

—Pero la ayudaste.

Negué con la cabeza.

—No puedes ayudar a alguien que no quiere ayuda, Alex. Hope... simplemente se limitaba a vagar de un sitio a otro, sin rumbo. Yo intentaba que siguiera un camino, pero se desviaba en cuanto veía la ocasión.

—Nunca se le ha dado muy bien aceptar la ayuda de nadie —dijo de pronto—. Ahora sé que al menos le viene desde pequeña. Cuando llegó, casi tuve que obligarla a que se viniera a vivir a este apartamento. —Arqueeé las cejas. No sé porque razón no me extrañaba—. Se presentó en la universidad, y no quedaban habitaciones disponibles. La única que había... no podía dejar que se quedara allí. Era horrible. A nosotros nos sobraba una habitación, y cuando la vi supe que el destino la había puesto allí para nosotros —dijo entre risas—, pero es una cabezota, y me costó mucho esfuerzo que aceptara. Era lo mejor que se podía permitir, y no somos tan malos compañeros, ¿verdad?

Sonreí de medio lado.

Me giré hacia Hope, que estaba profundamente dormida. Notaba el cuerpo

cansado, había estado cuidando de ella todo el día y me sentía agotado. Alargué la mano y rocé su mejilla con la punta de los dedos. Parecía que su temperatura había vuelto a la normalidad, y esperaba que no volviera a subirle la fiebre.

—Hope cree que no necesita a nadie —me escuché decir—, pero no se da cuenta hasta qué punto nos necesita... y cuanto la necesitamos nosotros.

Alex me apretó el hombro y se levantó.

—Me puedo quedar un rato con ella —se ofreció—, has estado aquí todo el día, ¿por qué no vas a ducharte? Te vendrá bien despejarte.

Asentí. Una ducha sonaba más que bien.

—De acuerdo —acepté mientras me levantaba—, regresaré dentro de unos minutos.

Salí de su habitación y me encaminé hacia el baño. Alex tenía razón, me vendría bien despejarme.

Después de estar todo el día con el cuerpo en tensión, dejar que el agua caliente cayera por mis músculos agarrotados fue lo mejor que podía pasarme. No me importaba cuidar de Hope, lo haría una y otra vez, pero lo que había vivido esa mañana... prefería no volver a pasarlo nunca. Cuando entré y la vi tirada en el suelo..., me invadió el pánico de que pudiera haberle pasado algo. En esta ocasión solo era fiebre, pero podría haber sido cualquier cosa mucho peor. Y no haber estado allí con ella en ese momento me estaba matando. No tendría que haberme ido cuando me lo dijo. Tendría que haberme quedado con ella, sabía que algo marchaba mal, pero no quise verlo. ¿Qué hubiese pasado si hubiese dejado que Hope se fuera sola a la universidad? No habríamos sabido nada de ella hasta que llegáramos por la noche. Me estremecí solo de pensarlo.

Cuando ya sentí que estaba un poco más relajado, decidí salir de la ducha y volver a la habitación de Hope. Me dejé el pelo mojado, y las pequeñas gotas me resbalaban por la cara, cayendo hasta chocar con el suelo.

Cuando llegué, Alex se había sentado en la silla del escritorio mientras observaba todo lo que había a su alrededor. La luz que entraba por la puerta era mínima. Habíamos encendido una de las lámparas para que la claridad no fuera tanta y no le molestara demasiado si se despertaba.

Hope se había hecho un ovillo en la cama, y las sábanas se habían enrollado en su cuerpo. Solo esperaba que al día siguiente estuviera mucho mejor. No creía que pudiera salir de casa, pero al menos estaría despierta la mayor parte del tiempo.

Seguía pensando que el causante de toda esta situación era yo; por culpa de la discusión que habíamos tenido la noche pasada, Hope había salido con lluvia, sin paraguas y sin nada que la protegiera del frío. Daba gracias a que la hubiera encontrado horas después y la hubiera acompañado a casa con algo seco. No quería ni imaginar que hubiera pasado si hubiera dejado que viniera sola. Lo más probable hubiera sido que volviera a altas horas de la noche, cuando se le hubiera pasado el cabreo. Le toqué la frente, y se estremeció ante mi contacto, pero no se despertó. Parecía que de momento no le había subido la fiebre.

—Parece que ya está mejor —murmuré más para mí que para nadie—, pero me quedaré por aquí por si le sube la fiebre.

Algo que esperaba que no pasara.

Me senté en el colchón intentando no despertar a Hope. Mi intención era quedarme despierto algunas horas más, pero en cuanto mi cuerpo entró en contacto con el colchón, el sueño al que llevaba horas resistiéndome me venció.

Capítulo 34

Hope

*D*esperté cuando noté un peso adicional encima de mí. No recordaba nada de lo que había pasado y eso me inquietaba. Me dolía la cabeza a horrores y me costaba enfocar la vista. Recordaba haberme despertado por la mañana y sentirme un poco mareada, hablar con Brad..., y después nada. Oscuridad e imágenes confusas que no sabía si eran producto de mi imaginación, o por lo contrario, habían pasado realmente. La luz de la lámpara que había al lado de mi cama estaba encendida, algo que me extrañó mucho, ya que prácticamente nunca la usaba. A decir verdad, no sabía ni que funcionaba. Miré a mí alrededor y comprobé que aún estaba en mi cama. ¿Había sido todo un sueño? Tenía recuerdos confusos, que no sabía si habían pasado de verdad. Alguien tocándome la frente, diciéndome que me pondría bien. Escuchar voces en mi habitación, seguidas de pasos nerviosos. ¿Me lo había imaginado? Giré la cabeza; el reloj de la mesilla me indicaba que eran las tres de la mañana. No. Imposible. No podía ser esa hora, me había ido a la cama tan solo hacía una hora. ¿Cómo era posible? Me sentía demasiado descansada, aunque agarrotada. Fui a incorporarme cuando noté que algo se movía y me tensé. Dirigí la mirada hacia donde venía ese movimiento y me relajé. Brad estaba profundamente dormido con la cabeza en mi estómago. No tenía muy claro que hacía allí, pero parecía tan tranquilo que la simple idea de despertarlo me parecía horrible. Aunque la pregunta que me rondaba la cabeza era, ¿qué estaba haciendo en mi habitación? Se removió cuando sintió que me movía, y poco después, se despertó. Parpadeó confuso, como intentando averiguar dónde se había quedado dormido. Poco a poco se incorporó en la cama y me miró. Tenía la camisa arremangada hasta los codos y los primeros botones desabrochados.

—Hope —me llamó con voz ronca—, ¿cómo estás? —preguntó.

—Pues... me duele un poco la cabeza pero, me encuentro bien. ¿Qué ha pasado?

Brad se incorporó en la cama y se estiró.

La luz de la pequeña lámpara le iluminaba media cara, y pude comprobar lo cansado que parecía. Se pasó los dedos por la cara y continuó hablando.

—Tenías bastante fiebre —aclaró—. Ayer por la mañana te encontré tirada en el suelo, ardiendo. Me diste un susto de muerte, Hope. ¡No lo vuelvas a hacer nunca más!

—Siento haber tenido fiebre, no volverá a pasar. —Brad hizo una mueca. Entonces comprendí la otra mitad de la frase—. ¿Cómo que ayer? ¿He estado todo el día durmiendo?

—Bueno, has estado todo el día enferma. Pero sí, la gran mayoría lo has pasado durmiendo.

—¿Y tú...?

Arqueó las cejas.

—¿Yo qué?

—¿Has estado todo el día aquí? —Se encogió de hombros—. ¡Brad! ¡Tu trabajo!

—Me debían días libres —explicó como si nada—. Además, alguien debía quedarse contigo, Hope. Tenías fiebre, no podía dejarte aquí sola a tu suerte. Siento haberme quedado dormido, no era mi intención.

—No me pidas perdón por eso, Brad. Te has quedado todo el día cuidándome, ¿de verdad te piensas que me voy a enfadar por esto?

Se limitó a encogerse de hombros. Parecía que no tenía fuerzas para mucho más.

—Me siento un poco responsable de que estés así —dijo tras unos segundos en silencio—. De verdad que siento mucho lo que pasó, Hope. No tendría que haberte dicho todo eso, no sé en qué estaba pensando.

—Brad... —me costaba mucho decir esas palabras, era como si me quemaran en la lengua—. Tenías razón. —Me miró sin comprender—. Sé que no querías decirlo, pero no dijiste ninguna mentira tampoco. Nunca supe llevarlo bien, me refugié donde no debía, y créeme que me arrepiento. — Parecía que hubiera dejado de respirar, no había movido ni un milímetro—. Supongo que me dolió tanto porque, en el fondo, sabía que era verdad.

—Aun así —dijo al fin—, no tendría que habértelo dicho. Fue algo muy cruel por mi parte, me arrepiento de verdad.

—Lo sé. Y yo siento haberme comportado como una niña pequeña. No sé en qué narices estaba pensando cuando salí a la calle. Estaba tan enfadada que...

—Lo sé —aceptó sin necesidad de que terminara la frase—. Puede que los dos tengamos algo de culpa de lo que pasó. ¿No crees?

Asentí.

—Créeme, no volveré a salir así cuando nos enfademos. —Intenté que sonara como una broma.

—Espero que no tengamos que comprobarlo —añadió él mientras se levantaba—, no creo que sea apropiado que mañana vayas a trabajar, aún estarás un poco débil. He intentado que comieras un poco hoy..., pero no has sido de mucha ayuda.

Me encogí de hombros.

—Soy mala paciente—Brad sonrió.

—Lo sé, lo he comprobado. He estado cerca de tirarte el bol de sopa encima. Terminas con toda mi paciencia —lo decía con un tono de burla en su voz, pero algo me decía que tenía una parte de verdad.

—Gracias por estar conmigo y cuidarme.

—Alex también se ha pasado por aquí, y Olivia. David ha hecho la sopa —explicó—. Cuando te sientas mal, recuerda que aquí hay gente que te quiere, Hope. No estás sola. —Se acercó y sus labios presionaron mi frente haciendo que me estremeciera—, descansa. Si quieres cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

Apagó la lamparita y segundos después desapareció por la puerta.

Capítulo 35

Abrí los ojos y poco después los cerré de nuevo. Sabía que tenía que levantarme, pero mi cuerpo se negaba a moverse. Aún me sentía cansada. ¿Cómo podía estarlo después de estar durmiendo prácticamente un día entero? Me incorporé y la cabeza me dio vueltas una vez más. Las veces que me había levantado por la noche solo habían servido para que viera toda la habitación moverse de un lado a otro.

Y no había sido nada emocionante.

Estiré las piernas y suspiré. Si me quedaba allí unos segundos más me volvería loca. No sabía qué hora era, pero estaba segura de que sería tarde. Me giré hacia el reloj y comprobé que pasaba de las once de la mañana. Tenía que despejarme un poco, así que lo primero que hice después de poner mis pies descalzos en el suelo fue encaminarme hacia el lavabo.

Necesitaba una ducha.

Una vez allí, me miré al espejo y la imagen que me devolvió me hizo contener la respiración. Tenía los ojos un poco hinchados y el pelo hecho un desastre, sucio y enredado. Me iba a costar horas desenredar todo aquello, así que me puse manos a la obra.

Me quité la ropa y entré en la ducha, dejando que el agua caliente abrazara mi piel. Aquella fue la mejor idea que había tenido en años. Metí la cabeza bajo la fina lluvia que caía y cerré los ojos. Necesitaba dejar de pensar, dejar de sentir. Por mucho que lo hubiera intentado, aún podía notar los labios de Brad cuando los apretó contra mi frente con cuidado. Sus dedos rozando mi piel... y no me gustaba. No me gustaba nada. Necesitaba borrarlo de mi mente, hacer que desaparecieran para siempre esos sentimientos que estaban empezando a germinar y que se habían aferrado en mi interior como si fueran una enredadera.

Había estado cuidando de mí todo el día anterior, y eso hacía mucho más difícil mi intención de olvidar todo lo que tuviera que ver con él. ¿Por qué era tan difícil? Nunca había tenido estos sentimientos por nadie, y me asustaba. Me aterraba todo lo que podía desencadenar. Brad era un buen amigo, y se había comportado conmigo como tal. Para él solo era una compañera de piso que antes fue su vecina, Y a la que había visto derrumbarse una y otra vez... la chica por la que, seguramente, sentía lástima. Siempre había medido las palabras conmigo, hasta que hace unas noches, dijo lo que ambos pensábamos. Que había sido una cobarde. Me había dado cuenta hace mucho tiempo de eso, pero oírsele decir en voz alta aún dolía.

Una vez vestida de nuevo, sequé un poco la humedad de mi larga melena rojiza y bajé a comer algo. Las tripas me sonaban desde hacía horas, pero no había tenido la suficiente fuerza de voluntad como para salir de la cama.

Al llegar a la cocina, pude comprobar que, a diferencia de lo que había pensado en un principio, no estaba sola en casa. Brad se encontraba en la cocina, trasteando y poniendo cosas en una bandeja. Carraspeé para que se diera cuenta de que estaba allí, y cuando se giró sonrió al verme.

—Ahora iba a llevarte algo de comer —dijo señalando la bandeja—, he supuesto que tendrías hambre.

—Un poco —admití mientras avanzaba. Me senté en la silla y vi lo que me había preparado. Había una humeante taza de café y unas tostadas—. Gracias —dije antes de dar un bocado a la tostada con mermelada. Brad empezó a reírse y tomó asiento a mi lado—. ¿Por qué no has ido a clase? —pregunté.

—Pues... quería comprobar que ya estabas bien. En unas horas me iré a trabajar si ya estás mejor.

Asentí.

—Sí. Aún me siento un poco cansada, pero estoy bien, pero estoy bien, no me gustaría que te despidieran por mi culpa.

«Ni a mí tampoco», pensé mientras bebía un sorbo de café.

—No lo harán, tranquila —mover una mano restándole importancia—. Y a ti tampoco... —Fruncí el ceño, era como si me leyera el pensamiento—. Alex se pasó ayer para decirles que estabas enferma y que no podrías ir durante dos o tres de días. Que tenías mucha fiebre, algo que es cierto. No pienses que exageró las cosas.

—Espero encontrarme mejor mañana y poder ir a trabajar. No quiero que tengan más trabajo por mi culpa. Anne..., puede ser una chica complicada.

—¿La rompetazas? —preguntó arqueando las cejas. No pude evitar reírme.

—Exacto, la rompetazas.

— ¿Por qué sigue allí si lo hace tan mal?

Me encogí de hombros.

—Pues... digamos que es la sobrina de la jefa. Supongo que se siente obligada a tenerla allí un poco más. Está aprendiendo, pero más lento de lo que nos gustaría. Al menos ya ha pasado de romper cinco tazas seguidas a romper solo una. Es todo un progreso, ¿no crees?

Hizo una mueca.

—Sí tú lo dices... —le di un leve empujón y empezó a reírse.

«Me podría acostumbrar a estos momentos, aunque sé que no debería».

Estaba tan aburrida que ya no sabía en qué malgastar mi tiempo. Estudiar había quedado descartado desde el principio; solo pensarlo me daba dolor de cabeza. Cuando Brad se fue, y me quedé sola con Jack comprendí que no tenía nada que hacer.

Comí, me tumbé, me levanté, puse una serie, me tumbé de nuevo... Esa rutina se convirtió en una espiral de la que me era muy difícil salir. Sabía que todos vendrían tarde, y ninguno pasaría por aquí antes de irse al trabajo. Me quedaban muchas horas por delante hasta que uno entrara por la puerta, así que intenté convencerme a mí misma que no tener nada que hacer no era tan malo.

Me pasé gran parte del día respondiendo mensajes de mis amigos, que me preguntaban una y otra vez si me encontraba bien. Cuando me harté, silencié el estúpido aparato y lo dejé a un lado. Había dejado el móvil en silencio tanto rato que cuando volví a comprobarlo estaba lleno de mensajes.

Olivia: ¿Has comido?

Alex: ¿Cómo no va a comer si está todo el día en la cocina rebuscando en los armarios? Ni enferma deja de comer.

Olivia: No te pases ni un pelo, chaval. Qué sé dónde vives.

Alex: ¡Qué miedo! ¿De verdad pensabas que eso iba a funcionar?

Olivia: Te odio.

Alex: Es mutuo, bonita.

David: ¿No podéis dejar de pelear ni cinco minutos seguidos?

Alex: Ha sido culpa de Olivia.

Olivia: Qué mentiroso eres... ¡Hope! Contesta o mando a los bomberos a que vayan a buscarte. ¡Hablo en serio!

Alex: Amor, yo de ti le haría caso. Además, en algo tiene razón, nos tienes preocupados.

Olivia: ¿Me acabas de dar la razón o lo he soñado?

Alex: Lo has soñado.

David: La he llamado pero no responde.

Olivia: ¿Creéis que debemos llamar a alguien? ¿Brad no se había quedado?

Alex: Brad se ha ido a trabajar hace unas horas. Está sola.

David: Está con Jack,

Alex: Como si ese perro fuera de mucha ayuda.

Brad: ¿Podéis parar? Lo más seguro es que esté dormida, o que silenciara el teléfono porque no parabais de enviarle mensajes. ¿Lo habéis pensado?

Alex: Eso tiene más sentido, ¿Qué haríamos sin ti?

Brad: Sobreviviríais, créeme.

Puse los ojos en blanco mientras leía los mensajes de mis amigos. No me gustaba alarmarlos, pero Brad tenía razón, me había hartado de escuchar el móvil sonar una y otra vez.

Hope: No pasa nada, estoy bien.

Alex: ¡Aleluya!

Olivia: Hope, ni se te ocurra hacer esto otra vez. ¡Me tenías preocupada!

Hope: Lo siento, pero estoy bien. Dejad de preocuparos.

Alex: Estupendo, nos vemos luego.

Olivia: ¡Como vuelvas a pasar de mí te echaré picante en la cena!

Alex: Cálmate, no queremos que te hagas daño.

Olivia: ¿Qué quieres decir con eso?

David: No sé a quién se le ocurrió la genial idea de poner a estos dos en el mismo grupo de chat.

Brad: Ni yo tampoco.

Pero podemos echarle la culpa a Hope, ahora que sabemos que no nos escucha.

Hope: ¡Te he oído!

Brad: :P

Los dejé hablando y aparté el teléfono de nuevo con una sonrisa. Podían ser un poco pesados, pero se preocupaban por mí y agradecía al destino, o a quien fuera, por haberlos puesto en mi camino.

Hacía un par de horas que Alex y Olivia habían llegado, poco antes de hacerlo David, aunque este, al ver el panorama, cogió a Jack y lo sacó a pasear. Chico listo, yo también lo habría hecho. Alex y Olivia no dejaban de

discutir y ya había perdido el hilo de la conversación, la verdad, no me importaba de lo que estuvieran hablando.

Los dejé a su suerte y subí las escaleras para dirigirme hacia mi habitación, pero algo me hizo seguir avanzando y abrir la puerta de la habitación de Brad. Sé que era mala idea, y que no debería haberlo hecho, pero desde que le ayudamos con la mudanza, unas semanas atrás, no había vuelto a entrar. Debería haber esperado a que él llegara, pero la curiosidad me pudo. Además, quería hablar con él, y no pensaba quedarme esperando con esos dos amenazándose cada cinco minutos.

Entré mirando a mi alrededor y comprobando que nadie me había visto entrar. Cerré la puerta con cuidado y encendí la luz. Todo estaba perfectamente ordenado, y no había cambiado mucho desde la última vez que entré. Lo único que había diferente eran las cosas que vi amontonadas en su escritorio y la estantería repleta de libros que había justo al lado de la cama. Tenía las paredes blancas desnudas, y la cama perfectamente hecha. La mía, en comparación, era un auténtico desastre. No estaba desordenada, pero digamos que las cosas no estaban en su sitio.

Di una pequeña vuelta, observando todas las figuritas hasta que mi mirada se detuvo en la bola de nieve asesina y la fulminé con la mirada. Seguí el recorrido y me dirigí hacia la estantería, estudiando todos los lomos, para ver si alguno me interesaba o me sonaba.

Sabía que no debería estar allí, que era invadir su intimidad y no tenía ningún derecho a hacer eso, pero por mucho que mi mente me obligara a hacer lo correcto y a pensar que debía marcharme, mis pies se negaban a obedecer. De pronto, mi mirada se topó con el libro que había en el suelo y lo cogí sin pensármelo. Fui hacia su cama y me senté con las piernas cruzadas. Abrí el libro por la primera página que se me ocurrió y me horroricé. Era la peor novela ilustrada que había visto en la historia.

Cuando pensé que era hora de marcharme, y que ya volvería más tarde, comprobé como la puerta se abría.

«Tarde, Hope. Deberías haberlo pensado un poco antes».

Brad entró arrastrando los pies, dejó la mochila en el suelo y si le extrañó ver la luz encendida no lo demostró. Siguió avanzando hasta que se dio cuenta de que estaba allí.

—¡Hope! —dijo mientras se llevaba las manos al pecho—. Me has asustado.

—Lo siento. —Dejé el libro a un lado—. Quería hablar contigo, pero esperarte abajo estaba empezando a ponerme nerviosa.

—Ya me imagino, acabo de entrar y los he visto amenazarse con los utensilios de cocina. —Fruncí el ceño—. No he preguntado. Simplemente he subido antes de que me dieran a mí.

Se me escapó la risa.

—Son demasiado... intensos. ¿No crees? —Asintió y avanzó hasta sentarse a mi lado—. Siento haber entrado sin permiso.

—No pasa nada. —Se encogió de hombros—. Tampoco es que estuvieras curioseando. Yo estuve en tu habitación ayer durante gran parte del día.

—No es lo mismo, yo...

—No le des más vueltas —dijo y después se dejó caer en la cama—, ¿de que querías hablar?

—Quería agradecerte todo lo que hiciste ayer por mí. Después de cómo me comporté..., no sé si lo merecía.

—Eso ni se te ocurra pensarlo —soltó visiblemente enfadado—. Eres mi amiga, Hope. Los amigos están para eso, ¿no?

Asentí. Me había quedado sin palabras, así que volví a echar un vistazo a la habitación aparentemente vacía, hasta que mi mirada se topó con un pequeño marco de fotos al lado de la cama. Alargué la mano y lo cogí. Era un marco de madera en el que se veía Brad con una chica que no podía ser mucho más pequeña que él. Tenía su misma mirada de color verde, pero el pelo un poco más claro y el rostro salpicado de pequeñas pecas que se amontonaban en la nariz.

—Es Vanesa —explicó—, mi hermana pequeña.

—Tienes... tienes una hermana. —Mi intención era preguntárselo, pero salió como una afirmación. El asintió y se le iluminó la mirada.

—Sí, Vanesa es... ¿Cómo decirlo? un caso complicado —lo dijo divertido, pero su voz estaba teñida de tristeza mientras se levantaba.

—¿Y eso por qué? —pregunté extrañada.

Se aclaró la garganta y alzó el mentón.

—La niña quiere ser actriz. ¿Puedes creerlo? —dijo con fingida indignación.

Me llevé las manos al pecho.

—¡Qué descaró! ¡Cómo se le ocurre!

Nos reímos a la vez.

—Mi madre piensa que eso no es un trabajo de verdad, como ella lo llama. Pero no se oponen a que haga lo que quiera. Igualmente, siempre están recordándole lo importante que es estudiar.

— ¿Y tú que piensas? —pregunté.

—Pienso que debe hacer lo que realmente le haga feliz. ¿No crees?

Asentí.

—Los echas de menos, ¿verdad?

Él suspiró.

—Cada día —confesó—, pero sé que están bien, hablo con ellos casi cada noche. —Después se quedó en silencio—. Hope... este fin de semana tenía pensado ir a visitarlos. ¿Te gustaría...? ¿Quieres venir conmigo? —Me puse tensa—. Solo es una sugerencia, no hace falta que vengas. Pero creo... creo que quizá te vendría bien.

Sabía que tenía razón, pero el mero pensamiento de volver a pisar esa casa hacía que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo.

—Yo... sí, quizá tienes razón. No sería mala idea.

Él sonrió y puso su mano encima de la mía.

No sabía lo que iba a pasar, lo que sí sabía es que no era una de las mejores ideas que había tenido.

Capítulo 36

*E*stuve pensando en el maldito viaje durante el resto de la semana. Una parte de mí, no quería que llegara el día de ir, pero la otra me decía que quizá me vendría bien ese contacto. Demostrarme a mí misma que había cambiado, y que no me afectaba la presencia de mi padre, aunque no lo demostrara hacía unas semanas.

¿Sería bueno para mí volver? ¿O quizá no era buena idea? Las preguntas se arremolinaban en mi cabeza y me bombardeaban las mismas ideas una y otra vez. Preguntas a las que, desgraciadamente, no tenía respuesta.

—Voy a ir a ver a mi padre este fin de semana —dije de golpe.

Quizá había decidido decirlo en el momento menos indicado, ya que Olivia casi se atraganta con la cena. Alex, que estaba mucho más cerca que yo, se apiadó de mi amiga dándole unos golpecitos en la espalda.

—¿Estás segura? —preguntó él.

—No —admití—, pero necesito hacerlo.

Él sintió.

—¿Quieres que te acompañe? —intervino Olivia con la voz ronca.

Abrí la boca pero la cerré.

Quizá eso me convertía en la peor amiga del mundo, pero no quería compartir a Brad ese fin de semana. Sonaba horrible y posesivo, pero si así podía conocerlo mejor, no quería que nadie nos acompañara. Además, ir con Olivia era un punto de apoyo seguro. Si sentía que me caía, ella me aguantaría, pero ¿era eso realmente lo que quería?

—No —contesté—. Si estás allí, dependeré de ti en todo momento, y no quiero eso, Oli. Es algo que tengo que hacer sola.

Si ella venía conmigo, lo más seguro es que al final no fuera a casa de mi padre. Me escondería con su familia, como había hecho siempre. No afrontaría

lo que realmente había ido a hacer allí.

Ella se levantó, se acercó y me abrazó.

—Sabes que puedes contar conmigo. Si te sientes perdida, llámame. Cogeré el coche y me plantaré allí. —Sonreí porque sabía que lo decía en serio—. Recuerda que estoy solo a cuatro horas de distancia.

El temido sábado llegó demasiado rápido, y las casi cuatro horas de distancia se me hicieron eternas. Nunca pensé que un viaje en coche se me hiciera tan... pesado. Nuestra primera opción había sido irnos en autobús, o en la moto de Brad, pero Alex pensó que sería más indicado que fuéramos en coche, así que nos prestó el suyo. Al principio, a Brad le costó aceptarlo, pero al final no tuvo más remedio que acceder ante la insistencia de mi amigo. Algunas veces podía ser peor que Olivia.

Cuando empecé a reconocer el paisaje, se me empezó a formar un nudo en la garganta, impidiendo que tragara con normalidad. Se me removió el estómago y sentí ganas de vomitar. Tragué con fuerza, intentando tranquilizarme y abrí un poco la ventana. Sentía que me ahogaba.

El estómago me dio un vuelco cuando vi mi casa, y las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos. No iba a llorar... tenía que ser fuerte. No podía dejar que todos esos sentimientos me dominaran.

— ¿Estás bien? —«No, para nada»—. Estás un poco pálida.

—Venir aquí... está siendo mucho peor de lo que me imaginaba... —Antes de que pudiera arrepentirme, abrí la puerta del copiloto y salí. El aire fresco consiguió que pudiera volver a respirar con normalidad, pero no que me tragara el nudo de la garganta de forma permanente.

Avancé unos pasos y me detuve en las escaleras que daban al porche. Todo parecía estar igual. No había nada que me indicara que, en los años que había estado fuera, las cosas habían cambiado. Subí escalón a escalón, y me detuve delante de la puerta. ¿Debía llamar al timbre?

— ¿Quieres que me vaya? —preguntó Brad deteniéndose a mi lado.

—No —rogué—, por favor, quédate conmigo. Pensé que podía hacerlo, que sería fuerte y me enfrentaría a esto sola, pero me equivocaba. No puedo hacerlo, sola no. —Ahora es cuando me arrepentía de haberle dicho a Olivia que se quedara en Manchester. ¿En que estaba pensando?

—Me tienes a mí, ¿recuerdas? —Lo miré y asentí. Estaba segura de que podía ver el terror en mi mirada.

Me acerqué a una de las figuras que había junto a la pared y la levanté, esperando que lo que estaba buscando siguiera allí. La pequeña llave metálica y llena de tierra, seguía en el mismo sitio. Desconocía si mi padre sabía que esa llave estaba allí, pero me alegraba no haberla tirado como pensé hacer en un principio. Mi intención era no volver a pisar esta casa en mi vida.

Introduje la llave en la cerradura y abrí. Cuando escuché el clic sentí que todo se derrumbaba de nuevo, pero no dejé que fuera más fuerte que yo. Abrí la puerta por completo y entré con Brad pisándome los talones. Los recuerdos bombardearon mi mente, recuerdos que creía haber enterrado hacía mucho tiempo volvieron a florecer una vez puse un pie en la casa donde crecí. A diferencia de cuando me fui, la casa parecía estar más fría, más... solitaria. Parecía que allí ya no vivía nadie.

Avancé con cuidado por el pasillo mirando a mi alrededor, esperando encontrar a la persona que estaba buscando. Pero no se escuchaba nada. ¿Se habría marchado también? No creía que eso fuera posible, ya que mi padre se aferraba con todas sus fuerzas a los recuerdos que le transmitía esa casa.

Cuando llegué al salón, lo vi. La peste a alcohol invadió mis fosas nasales. Me acerqué a la ventana y la abrí, dejando que el aire entrara de nuevo. También subí las persianas, todo estaba demasiado oscuro. Me acerqué a mi padre y suspiré.

Parecía mucho más mayor de lo que realmente era. Su pelo se había vuelto completamente blanco, su rostro no parecía el de siempre. Intentaba abrir los parpadeos, pero al parecer, suponía demasiado esfuerzo. Aparté con los pies las latas de cerveza que había esparcidas por toda la casa y me agaché. Brad me tocó el hombro, lo que me dio la suficiente fuerza como para hablar.

—¿Papá? —lo llamé. Alargué la mano para tocarlo, pero no conseguí hacerlo—. Papá... —Aquellas palabras parecieron funcionar, ya que consiguió abrir sus ojos. Lo que vi me asustó. Su mirada se había apagado, ya eran de ese verde tan intenso que recordaba. Los tenía rojos y comprobé como parpadeaba una y otra vez, intentando enfocar la vista.

—Alicia, ¿eres tú? —algo dentro de mí se rompió. Mi corazón se partió en dos cuando lo escuché llamar a mi madre. Él sabía que se había ido, pero no la dejaba marchar.

—No, papá. Soy yo, Hope —dije con un sollozo.

—¿Hija? —Asentí con lágrimas en los ojos. Era la primera vez que me había llamado así en toda mi vida—. Ahora sí que sé que estoy soñando —dijo arrastrando las palabras.

—¿Por qué dices eso, papá? —tragué con dificultad, esperando a que contestara.

—Porque te fuiste. —Lo dijo como si en realidad no estuviera allí—. Y sé que no volverás, nunca. He sido un monstruo todos estos años. ¿Por qué ibas a volver? —me llevé las manos a la boca para evitar que saliera otro sollozo—. Me arrepiento tanto, pequeña. ¿Crees que podrás perdonarme?

¿Esa era la razón por la que me había estado llamando? ¿Quería pedirme perdón y no sabía cómo? Si me hubiera hablado, le habría contestado. Al principio pensé que no lo haría, pero ¿a quién quería engañar?

—Te perdono, papá —dije aún con lágrimas en los ojos—. Lo digo de verdad. Vamos, te llevaremos arriba.

Con la ayuda de Brad, conseguí llevar a mi padre a su habitación y lo dejamos en la cama. Antes de irme, me giré y lo contemplé. Parecía un niño pequeño que se sentía perdido. ¿Cómo había podido no verlo? Cuando decidí irme, nunca pensé que me arrepentiría, pero en ese momento, un sentimiento parecido al arrepentimiento se instaló en mi pecho. Me obligué a apartar la mirada y me fui de allí, cerrando la puerta.

Aún tenía un pequeño rastro de lágrimas en las mejillas. Me pasé el dorso de las manos por los ojos e intenté volver a respirar con normalidad.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Brad.

Negué con la cabeza.

—Has venido hasta aquí para ver a tus padres —expliqué—, no sería justo que te quedaras aquí.

—Hope...

—Estoy bien —dije mientras limpiaba las lágrimas que caían de nuevo de mis ojos.

Brad se acercó hasta mí y me pasó los pulgares por las mejillas, secándome las lágrimas. Me abrazó con fuerza y sentí que me rompía. No quería ni imaginar cómo habría podido solucionar todo aquello sola. Aunque a decir verdad, era muy poco probable que hubiese accedido a venir sola. Cuando me había visto delante de la casa, quería afrontarlo sin ayuda de nadie, pero no había tardado en descubrir que no podía hacerlo. Poco a poco, levanté la mirada, y mis ojos se encontraron con los suyos, que me miraban con tristeza.

Me pasó los dedos por las mejillas mientras su rostro estaban cada vez más cerca. No tengo muy claro quien rompió la distancia, si él o yo, pero lo siguiente que supe, era que nuestros labios se estaban rozando. Sus labios cálidos en contacto con los míos eran mucho más de lo que podría haberme imaginado.

Suspiré contra su boca, deseando que ese momento no terminara nunca. Sentía el gusto salado de las lágrimas derramadas, y él sabía a menta. Me atrajo más hacia su cuerpo y abrí la boca invitándolo a entrar. Como era de esperar, un ruido nos devolvió a la realidad. Nos separamos agitados, con el corazón latiendo tan rápido que pensé que se saldría de mi pecho.

—Lo siento —dijo mientras ponía distancia—, no debería haber hecho eso en este momento, no sé en qué estaba pensando.

—No. Yo, quiero decir, también ha sido culpa mía —me apresuré a afirmar—. Eh, no pasa nada.

Se acercó de nuevo, su frente chocó con la mía, y suspiró. Cerré los ojos, y por un instante, olvidé donde estaba.

Capítulo 37

No tengo ni idea de cuánto tiempo pasamos de ese modo. Sentía la respiración agitada de Brad rozar mi piel, y el gusto de sus labios en mi boca. Todo había pasado con tanta rapidez, que no sabría decir si había sido real o me lo había imaginado.

—Tu padre aún tardará un rato en despertarse —dijo Brad mientras se separaba—. ¿Quieres venir conmigo o prefieres quedarte aquí?

—Voy contigo —me apresuré a decir—. Volveré dentro de un rato. No sirve de nada quedarme aquí mirando una puerta cerrada.

Él asintió y me cogió de la mano.

—Vamos —tiró de mí y yo me dejé arrastrar de nuevo hacia la calle.

No supe lo mucho que necesitaba el aire fresco hasta que lo noté en mi piel. Respiré profundamente y cerré los ojos. Ahora todo parecía difuminarse, habían sido tantas emociones en tan poco tiempo que no sabía que pensar al respecto.

Nos acercamos a casa de Brad, que estaba a tan solo unos pasos de la mía, y llamó a la puerta. Entonces, empecé a ponerme nerviosa de nuevo. Su madre había sido testigo todos esos años de cómo me iba hundiendo, igual que Brad. ¿Sus padres me odiarían? Era muy probable. Después de lo que me pareció una eternidad, una mujer de cabello rubio y grandes ojos verdes nos abrió la puerta. Se sorprendió al vernos parados allí, primero miró a su hijo y después a mí.

—Hope, cielo, ¿eres tú? —preguntó. Asentí sin saber muy bien que decir, ella avanzó y me rodeó con sus brazos—. ¡Estás preciosa!—exclamó.

Noté como Brad se tensaba a mi lado y sonreí.

—Mamá...

Su madre se separó y chasqueó la lengua.

—Hijo, tú estás como siempre. —Él sonrió—, pero no es quedéis en la puerta, pasad, pasad.

Su casa era acogedora, no tenía ese aire frío que desprendía la mía. Al entrar en mi casa apenas unos minutos antes, sentí una casa antigua bajo mis pies. Esta, en cambio, era toda calidez. Aparentemente, eran iguales, la misma distribución, los mismos materiales... pero en realidad, no podían ser más distintas. La casa de la familia de Brad estaba repleta de fotografías familiares, donde se mostraba lo felices que eran. Me paré antes de llegar al salón cuando vi la misma fotografía que tenía Brad en su habitación con su hermana Vanesa. Ahora que lo pensaba, sí que era verdad que en más de una ocasión, lo vi acompañado de una niña con trenzas. Pero nunca imaginé que podía ser su hermana. Me daba igual la vida de los demás, así que nunca presté atención a las personas que había a mi alrededor.

Seguí avanzando cuando Brad me rodeó la cintura con su brazo. El salón era casi una réplica del mío, si no fuera porque este estaba mucho más cuidado de lo que nunca estuvo el de mi casa, diría que eran exactamente iguales. ¿Tanto cambiaba una casa cuando se le daba cariño?

—Hope, cariño. —Me llamó la madre de Brad—. ¿Te quedas a comer con nosotros?—Miré a Brad esperando encontrar en él una respuesta. Solo le hizo falta sonreír para que le contestara que sí.

—Estaría encantada de comer aquí, señora...

La mujer rio sin dejarme terminar la frase.

—Ay, querida. Puedes llamarme Mónica.

Sonreí.

—Veo que tenemos una invitada —dijo el padre de Brad cuando entró—. Hope, cuanto tiempo... —Su voz era cálida y su sonrisa sincera—, ya nos ha explicado Brad que estudiáis en la misma universidad—. Lo miré y él sonrió avergonzado. ¿Cuántas cosas les había explicado de mí?

—Sí, vamos juntos a la misma universidad. —Asentí. No sabía muy bien que decir—. Gracias por invitarme a comer aquí.

— ¡De nada, niña! Será un placer, así nos cuentas como te va todo. — Después se giró hacia su hijo—. Brad, ¿por qué no llamas a Vanesa?

Brad asintió y subió las escaleras, mientras yo tragaba con dificultad al comprender que me iba a quedar a solas con sus padres.

La comida fue mucho mejor de lo que me había imaginado. No me preguntaron sobre mi padre y tampoco sacaron el tema de cuando yo vivía allí. ¿Le habría dicho Brad que no hablaran de ello conmigo? Era una posibilidad. Igualmente, agradecía el gesto. Después de todas las emociones que había tenido esa mañana, no necesitaba tener que preocuparme de más. La familia de Brad era muy agradable, tanto sus padres como su hermana. Ella también me recordaba como la niña que escalaba para contemplar las estrellas desde el tejado de su casa, pero no preguntaron porque lo hacía. Simplemente lo dejaron caer. Era la primera vez que comía en familia con alguien que no fueran los padres de Olivia. Con ellos era mucho más fácil, los conocía de toda la vida y había pasado con ellos todas las fiestas, ya que mi padre se negaba a celebrar nada.

Ayudé a Mónica a recoger la mesa pero no me permitió echarle una mano para fregar los platos, así que fue el turno de Vanesa que fue a regañadientes a ayudar a su madre. Brad me cogió de la mano y me llevó escaleras arriba hasta su habitación. Cuando entré, no vi más que la habitación de un niño, era muy diferente a la que tenía en Manchester. Aquí, las paredes estaban pintadas de un azul muy claro, y gran parte de ella estaba decorada con pósters de películas que había enmarcado.

—Me gusta más esta habitación que la otra —admití mientras me sentaba en la cama—, tiene más... personalidad.

Brad me imitó y se sentó a mi lado.

—Esa es provisional. —No sé porque razón esas palabras hicieron que mi estómago diera un vuelco. Cuando me mudé con los chicos, siempre había pensado que todo eso sería solo una etapa. Pero ahora, cuando pienso en cómo será todo dentro de unos años, sin ellos... me siento perdida—. Esta, en cambio, siempre será mi casa.

—Tienes razón. Pero poner algo que indique que hay alguien viviendo allí no te matará, ¿sabes?

Él sonrió y se acercó más a mí.

Nuestros rostros quedaron relativamente cerca y mi mirada bajó hasta sus labios, recordando el beso que me había dado en casa. En ese momento me pilló desprevenida, pero estaba segura que, de hacerlo ahora, sería diferente. Me acerqué un poco más, nerviosa por si decidía apartarse de golpe. No habíamos hablado de ello, y tampoco había vuelto a besarme, ni aunque fuera en la mejilla. Simplemente se limitaba a sonreírme y a apretarme la mano. Sus

dedos se deslizaron por mi cuello y ladeé la cabeza mientras dejaba que mi mano subiera por su espalda. No podía negar lo evidente, me gustaba Brad, y mucho. Y, en ese momento, lo único que quería era que me besara como había hecho horas atrás.

Cada segundo que pasaba, nuestros rostros estaban más cerca, hasta que sus labios chocaron con los míos. Esta vez fue diferente a la anterior. No había miedo, ni indecisión. Ambos sabíamos lo que estaba pasando. Elevé mi mano y la dejé sobre su cabeza, deslizando la punta de los dedos por su pelo. En más de una ocasión me había imaginado como sería al tacto, pero nunca me había atrevido a hacerlo. Hasta ahora. Pero dada la situación, eso era lo de menos.

El beso pasó de ser suave a ser salvaje en cuestión de segundos. Era como si lo necesitara, como si temiera que, al separarme, todo terminara ahí. Como si temiera que todo eso no fuera real. También había necesidad en su cuerpo, lo notaba por como sus labios presionaban los míos, por como su cuerpo se ajustaba a mi cuerpo. Llevó la mano hacia mi espalda y deslizó su mano por debajo de mi camiseta, tocando mi piel desnuda con la yema de sus dedos. Acariciándome delicadamente, haciendo que mi cuerpo se estremeciera. De un movimiento, me puse a horcajadas encima de él y llevé las manos a sus mejillas.

Poco a poco, nos fuimos separando con la respiración agitada, sus ojos se habían vuelto oscuros y desprendía demasiada intensidad. Me obligué a coger aire, llenando mis pulmones al máximo. Necesitaba toda mi fuerza de voluntad para no volver a besarlo.

—Hope... —Me gustaba como sonaba mi nombre en sus labios. Me gustaba demasiado.

— ¿Crees que tu madre vendrá a darnos la charla sobre los métodos anticonceptivos?—Primero me miró sin comprender lo que estaba diciendo, después sonrió.

—Tú sí que sabes romper el momento, ¿eh? —dijo divertido, y yo me reí con fuerza—. Espero que no, no quiero más momentos embarazosos en mi vida. Con uno ya tuve suficiente.

Reí más fuerte, hasta sus manos volvieron a envolverme, entonces empecé a calmarme. No sabía si era una risa nerviosa lo que tenía, pero la notaba en todo momento.

O tal vez es que empezaba a ser un poco más feliz.

—Siento todo esto —dijo Brad de pronto.

Nos habíamos tumbado en su cama, él estirado y yo con la cabeza en su pecho. Me gustaba sentir el latido de su corazón en mi oído. Instintivamente, me toqué el tatuaje de la muñeca.

—Tú no tienes la culpa —admití, y era cierto. Brad no tenía nada que ver con mi vida de antes.

—Podría haber hecho algo más por ti —explicó—, no tendría que haberme rendido, tendría... que haberte ayudado. Sabes que estoy aquí, ¿verdad? —preguntó—. Que siempre estaré para lo que necesites.

—Lo sé—dije en un suspiro—lo sé.

Horas después, salía de la casa de Brad, no sin antes prometerles a sus padres que volvería a verlos antes de marcharnos. Me insistieron en que me quedar allí si lo necesitaba, pero necesitaba afrontar lo antes posible todo el tema de mi padre. Quería cerrar esa etapa de mi vida, y si no lo hacía ahora, algo me decía que no lo lograría nunca.

—¿Seguro que no quieres que vaya contigo?

Negué con la cabeza, esperando que no lo preguntara de nuevo. No sabía si podría negarme una vez más.

—Tengo... tengo que hacer esto sola. —Conseguí decir, aunque no muy convencida, debo añadir.

—Está bien —accedió Brad—, pero te acompaño hasta la puerta.

Fuimos en silencio, simplemente escuchando nuestros pasos, hasta que nos detuvimos delante de la casa que hacía tanto tiempo que intentaba olvidar, la que estaba convencida que no volvería a pisar.

—¿Estás bien? —Asentí. Fui a dar otro paso cuando cogió mi mano, evitando que siguiera avanzando—. Si necesitas cualquier cosa, sabes dónde encontrarme. —Se acercó lentamente, y presionó sus labios contra los míos.

El recuerdo de esos labios me acompañó durante todo el camino.

Una vez arriba, no quise entrar de golpe. Quería evitar a toda costa que le diera un infarto a mi padre. Estaba completamente convencida de que no recordaría nada de lo que había pasado horas antes, así que me preparé mentalmente para lo que vendría a continuación.

Toqué la puerta con los nudillos, pero no esperé respuesta. Poco a poco, abrí la puerta y me encontré con él sentado en la cama, con la mirada perdida. ¿Se habría dado cuenta de que estaba allí? Como si hubiera leído mi mente, se giró hacia la puerta y me observó avanzar. Me senté en silencio y comprobé que es lo que estaba mirando tan fijamente. Una foto de mi madre.

Salía... preciosa. Con esos cabellos de color rojo que fueron más bonitos de lo que nunca serán los míos. Tenía una mirada gris llena de alegría y siempre sonreía. Era una mujer amable, cariñosa... Cómo deseaba haberla conocido.

—Eres igual que ella —dijo de pronto, haciendo que me sobresaltara. Me giré hacia él, pero seguía mirando la fotografía—. Cada vez que te miraba, veía a tu madre, en tu sonrisa, en tu forma de ser, y no podía..., no podía soportarlo. Era demasiado, amaba a tu madre más que a nada en el mundo. Cuando me vi sin ella, no supe volver a vivir. —Sentía que me ahogaba. Era la frase más larga que me había dirigido mi padre en su vida. Después se giró hacia mí—. ¿De verdad estás aquí? —preguntó como si todavía no se creyera que algo así pudiera ser cierto.

Asentí.

—Sí, papá. Estoy aquí de verdad.

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó—, no deberías haber vuelto. No lo merezco.

Sabía que era cierto. No merecía nada de lo que pudiera darle. No merecía mi cariño, pero aun así lo tenía.

—Porque eres mi padre —expliqué—, y por extraño que te parezca, te quiero, ¿sabes? —me reí sin ganas—, siempre pensé que no lo hacía. Que podría irme, y no volver nunca. Si te soy sincera, ese era mi plan inicial. Olvidarme de que esta casa existía. Pero... siempre serás parte de mi familia, papá. Aunque tú no me quieras a mí.

—Claro que te quiero —dijo con un tono de furia en su voz—, pero no supe cómo llevar la muerte de tu madre. No supe quererte como merecías, Hope. Y siempre me odiaré por ello. —Me quedé en silencio sin saber que decir—. Cuando te fuiste, me repetí a mí mismo que era lo mejor. Que debía dejarte marchar, que rehicieras tu vida... sin mí. Te iría mucho mejor. Pero después recordé todo lo que podría haber hecho mejor, y busqué ayuda. Tuviste que irte para que yo comprendiera que me estaba hundiendo. Estaba consiguiendo que te hundieras conmigo, y eso es algo que no me puedo perdonar. Uno de los

ejercicios que recomendaban era llamar a las personas con las que necesitábamos hablar. Esas a las que queríamos pedir disculpas.

—Por eso me llamaste —adiviné. Mi padre asintió—, pero no dijiste nada.

—No podía. Escuchar tu voz fue demasiado..., era tal cual la recordaba. Pero algo me hizo pensar en que quizá ahora sí que fueras feliz. ¿Quién era yo para volver a hundirte, Hope? No tuve el coraje suficiente. —Sonaba arrepentido.

—Si dices que buscaste ayuda... ¿Por qué sigue estando todo así? ¿Qué hacían tantas latas de cerveza en el suelo? —Chasqueó la lengua.

—Hacía casi un año que no bebía ni una gota, hasta ayer. Me sentía perdido, y era la única forma que conocía de olvidarme de todo. Pero no volveré a hacerlo —aseguró—. No quiero volver a ser la persona de antes. Ahora solo me permito obsesionarme con el trabajo, me paso en la oficina la mayor parte del tiempo. No tengo tiempo para hacer otra cosa, me gusta mantenerme ocupado.

—Me alegro, papá. De verdad. Aunque eso no oculta el hecho de que parecía que nunca te importaba lo más mínimo lo que hacía.

—Sé que no es una excusa, Hope. Lamento todo lo que tuviste que pasar por mi culpa. Ahora lo sé. En ese momento estaba más pendiente de mi propio dolor que de cuidar a mi hija. Tenías razón.

— ¿Sobre qué?

Fruncí el ceño.

—Tu madre me habría odiado. Ella no habría querido que me comportara de ese modo.

Acerqué mi mano a la suya y la apreté con fuerza.

—Todos aprendemos de nuestros errores. Y aunque es verdad que he pasado años muy malos aquí... siempre he querido que te comportaras como un padre conmigo. Me dije que, si alguna vez lo hacías, te perdonaría todo lo que hiciste mal. Empezaríamos desde cero. No puedo romper mi propia promesa.

Nunca pensé que pasaría algo así, pero me gustaba pensar que, mi vida estaba tomando un rumbo diferente. Que por fin había encontrado mi camino.

Capítulo 38

*M*e pasé gran parte de la noche hablando con Olivia, lo que resultó agotador. No paró de preguntarme lo que había pasado y yo ya no sabía cómo explicárselo. No entendía ese cambio en mi padre, algo que yo tampoco hacía. Sobre Brad no le dije nada. Ni yo misma sabía cómo iba a salir aquello. Si una vez pusiéramos rumbo a casa todo cambiaría. Así que decidí guardármelo para mí. No había ninguna necesidad de hacerlo público, al menos no todavía. Aunque me moría de ganas de marcar su número y explicárselo todo con pelos y señales, no iba a hacerlo. Necesitaba guardármelo un tiempo para mi sola. Que fuera únicamente algo nuestro.

No conseguía conciliar el sueño, así que me levanté. Todo lo sucedido en las últimas horas estaba haciendo que mi cabeza quisiera explotar. Abrí la ventana y me senté en el alfeizar como había estado haciendo durante años. Miré la casa de Brad.

«¿Qué me deparará el mañana?».

Cuando bajé a la cocina al día siguiente no tenía muy claro que era lo que me encontraría, pero estaba claro que lo que vi, no.

No sé si me impactó más el hecho de ver mi padre sobrio, o de verlo pelearse con la máquina de café. Aún lo estaba meditado cuando me acerqué hasta él. Mi padre se había puesto ropa limpia y olía a jabón. Tenía las mangas de la camisa subidas hasta el codo y el pelo aún mojado. Empezó a darle pequeños golpes, como si pensara que de algún modo, con ese gesto la máquina funcionaría por arte de magia. Me quedé varios segundos más observando la extraña situación, hasta que me decidí a ayudarlo.

Cuando me vio, se quedó bloqueado unos instantes, hasta que se hizo a un lado. Observé la máquina y no tardé en deducir que había pasado. Coloqué bien el envase de agua y esta empezó a escupir café. Sonreí satisfecha.

—Gracias, hija. —Aún se me hacía raro escuchar esa palabra de su boca. Asentí sin saber que decir—. ¿Cuándo os vais? —preguntó mientras se echaba una taza de café.

—Después de comer.

Mi padre asintió, como había hecho yo segundos antes.

—Ese chico, con el que has venido...

—Brad... —No sé muy bien porque le dije su nombre.

—Sí, eso, Brad... es el hijo mayor de Bob, ¿verdad?

Asentí.

—Sí..., él, bueno, vive en nuestro apartamento. También vamos a la misma universidad. —No sabía muy bien porque tenía la extraña necesidad de contarle todo aquello.

—Entiendo —dijo frunciendo el ceño—, parece buen chico.

—Sí, lo es —admití—. Me ha ayudado mucho... —No sabía hasta qué punto.

—¿Cómo está Olivia? —parpadeé confusa, me sorprendía que recordara su nombre.

—Eh, bien —respondí no muy segura—. Se ha mudado con nosotros un tiempo hasta que pueda irse a su nuevo apartamento. Ahora está en Manchester.

—Me alegro de que volváis a estar juntas. Te hace bien... os hace bien a ambas.

Sabía porque lo había dicho. Mi peor momento fue cuando ella se fue.

Estar con él, de esa forma, aún me resultaba muy extraño. Después de tantos años imaginándome como sería un momento padre-hija entre nosotros, en esta casa... ahora, que era real, no sabía cómo actuar. Pero, por muy incómoda que me sintiera por no saber cómo actuar, no lo cambiaría por nada del mundo.

Pasé el resto del día con mi padre, hicimos la comida, hablamos... Parecíamos una familia normal. No necesitaba mucho más. Poco antes de irnos, fui a despedirme de la familia de Brad y les prometí que volveríamos pronto de visita. Antes de subir al coche, vi a mi padre en las escaleras del porche y, aunque intentaba sonreír, notaba su rostro triste. En lugar de montarme en el vehículo, dejé la puerta abierta y me dirigí hasta él. Cuando estuve a su lado, lo abracé con fuerza. Él me rodeó con sus brazos y me apretó contra él.

—Volveré —le prometí—. Cuando quieras darte cuenta, estaré aquí de

nuevo, papá.

Pude notar como temblaba y lo abracé con más fuerza.

—Te quiero, hija —dijo haciendo que se me encogiera el corazón—, creo que nunca te lo había dicho. Pero te quiero, Hope. Eres lo más importante que tengo en esta vida. Y siento mucho no habértelo demostrado durante todos estos años.

—Lo sé, papá. Yo también.

Sentí la presencia de Brad mucho antes de ver que estaba allí.

—Cuida de ella, muchacho —le dijo a Brad.

—Siempre he cuidado de ella—aseguró.

Cogió mi mano con una sonrisa, y nos dirigimos de nuevo hacia el coche.

Pasamos varios segundos en silencio. Parecía que ninguno de los dos sabía que decir. Ese fin de semana habían sido un cúmulo de emociones, y me asustaba que al volver a casa todo se evaporara. Sentía que había vivido un sueño del que no quería despertarme.

Brad no me había mirado ni una sola vez desde que había puesto el coche en marcha, y eso me inquietaba.

—¿Vas a hacer como si todo esto no hubiera pasado? —pregunté sin girarme. Lo escuché suspirar a mi lado.

—No sé si fue la mejor decisión —dijo de pronto. Me giré con un brusco movimiento, y lo vi con la vista fija en la carretera, apretando tanto el volante que empezaba a tener los nudillos blancos.

— ¿Te arrepientes? —pregunté asustada. Brad apretó la mandíbula.

—No. Claro que no —dijo cabreado—, es solo que... quizá no fue el mejor momento. Nosotros... creo que deberíamos tomarlo con calma.

Asentí.

Si no se arrepentía, no era la mejor forma de demostrarlo.

No volvimos a hablar durante todo el trayecto. Yo no quería y parecía que él no tenía nada más que decir. Pensé mucho durante esas horas, en lo que había pasado, en los pocos momentos que estuvimos juntos. Quizá para él no habían significado nada, pero para mí habían sido de los mejores momentos de ese extraño fin de semana. Suspiré contra el cristal, esperando con ansias el

momento de llegar a nuestro apartamento, subir las escaleras y refugiarme entre las paredes de mi habitación.

Cuando Brad abrió el maletero me apresuré a coger mi bolsa de viaje. No necesitaba que me dijera de nuevo que fuéramos despacio, o que había sido un fin de semana fantástico. No quería escuchar nada.

Me dirigí hacia las escaleras y ni siquiera llamé al ascensor. Subí esperando que él no hiciera lo mismo. Aunque mis deseos se frustraron cuando lo vi detrás de mí. Bufé con la esperanza de que me dejara en paz.

Abrí la puerta sin muchas ganas y entré seguida de Brad. Podía notar que su mirada me taladraba. Todos notaron la tensión que había entre nosotros, algo que no parecía muy difícil, teniendo en cuenta las caras que traíamos.

—Estoy cansada —solté cuando intuí que iban a preguntarme como había ido—. Me iré directamente a dormir. —Cogí de nuevo mi bolsa y subí las escaleras—. Hasta mañana.

No tenía ganas de mentir, así que me limité a no decir nada.

Como era de esperar, Olivia no tardó demasiado en irrumpir en mi habitación. Me arrojé con fuerza y cerré los ojos, esperando que de esa forma se fuera, pero no iba a tener tanta suerte.

—No te hagas la dormida, Hope. Conmigo no funciona.

A regañadientes, me incorporé en la cama. No tenía ganas de hablar. Pero al parecer, no tenía otra opción.

—Oli, no estoy para charlas —admití.

Ella se sentó a mi lado.

—No ha sido tan malo, ¿no? —Me encogí de hombros—. Vamos, Hope. Te has reconciliado con tu padre, y eso es bueno ¿verdad? Quiero decir, siempre has querido esto, ahora sabes que tu padre no te odia. —Sentí como una lágrima solitaria caía por mi mejilla—. Ven aquí —dijo Olivia mientras me atraía hacia ella.

Lloré por todo. Por la reconciliación con mi padre, por todas las emociones de ese fin de semana, y por Brad. Porque mi estúpido corazón no lograba olvidarlo.

Nunca una semana se me había hecho tan larga. Había estado hablando con mi padre algunas noches, y poco a poco, nuestra relación iba mejorando. Iba a

necesitar más de unas semanas para lograr confiar en él, pero íbamos progresando. Hablábamos de nuestro día a día, yo le contaba las aventuras de Anne en el café mientras él reía. Siempre había imaginado como sería su risa, como habría sido desayunar los domingos en el porche o ir a dar un simple paseo cuando aún era una niña. Esos eran momentos que no podría recuperar, pero podía construir nuevos recuerdos, que me acompañaran siempre. Momentos de verdad.

La relación con Brad mejoró a lo largo de la semana. El lunes por la mañana intenté escaquearme para no tener que ir con él a la universidad, pero no tuve demasiada suerte, ya que cuando bajé, él ya estaba abajo, con una de esas sonrisas que tanto quería odiar, pero que por desgracia no podía.

—Sabía que te tendrías la intención de escaparte —me dijo cuándo me vio aparecer—. Por esa razón no voy a dejar que lo hagas.

Lo fulminé con la mirada. Como me conocía y como lo odiaba por ello.

El resto de los días fueron más o menos la misma historia, hasta que comprendí que no podía escaparme, y me resigné. Dejé de intentar huir y acepté que me llevara. No tenía sentido resistirme.

Capítulo 39

*I*ba a matar a Brad. Lenta y dolorosamente. Como en esas películas de terror, una noche oscura mientras paseaba tranquilamente por la calle... ¡No! ¡Mejor aún! Mientras dormía. Sí, eso era una gran opción. Pero primero tendría que librarme de mis compañeros de piso, que tendrían la estúpida idea de que eso estaba mal. Ellos y su forma de hacer las cosas.

¿Qué no lo entendéis? Está bien, tendré que ponerlos en situación.

Todo empezó el viernes por la mañana, cuando me desperté. Jack había decidido levantarse antes que yo, cosa que me pareció muy extraña, pero lo dejé hacer. ¿Quién era yo para decirle que no lo hiciera? Podía dormir unos minutos más, cosa que me venía bastante bien. Me incorporé y me estiré antes de poner los pies en el suelo.

Lo primero que me encontré cuando bajé, fue a Jack subido en la encimera de la cocina, y todo lleno de cereales. Mis cereales.

—Pero ¿qué...? —Exclamé cuando lo vi. Jack pasó su naricilla por los cereales y retrocedió como si fuera la peor cosa que había olido en su vida. Lo cogí en brazos y lo bajé de allí. Si Alex lo llegaba a ver... echaría al perro de casa. Me giré para encontrarme con un Brad con la cara desencajada.

—Solo me he despistado un momento, lo juro —dijo alzando las manos—. He ido al baño y...

—Y nada. Ayúdame a recoger esto antes de que Alex lo vea.

No discutí conmigo. Se puso manos a la obra y en pocos minutos ya lo teníamos todo ordenado de nuevo. Pobres cereales. Me había comprado esa caja el día anterior y solo había podido tomarme un bol.

—Te... te compraré otro —dijo Brad adivinando mis pensamientos. Como odiaba que hiciera eso. Lo fulminé con la mirada.

—Vámonos —solté mientras recogía mis cosas—. O llegaremos tarde. — Fue a abrir la boca pero me anticipé a sus palabras—. Comeré algo por el

camino.

El resto del día no fue mucho mejor. Por culpa de que tuve que recoger todo aquel desastre, llegué tarde a la primera clase. Después me di cuenta de que me había dejado el trabajo en casa. ¿En qué estaba pensando? Aún tenía en la cabeza todos esos cereales de colores esparcidos por el suelo. El estómago me rugía con fuerza porque no había desayunado. Me arrastré hasta la siguiente clase, y después hacia a la siguiente... no iba a aguantar toda la mañana si seguía así. Pero no podía permitirme llegar tarde a más clases. Solo tenía un margen de cinco minutos entre una y otra.

Antes de que pudiera volver a pensar de nuevo en que me comería cualquier cosa que me pusieran delante, apareció Brad con un vaso de cartón y una bolsa de papel.

«Espero que eso sea para mí», pensé mientras miraba ese café con ojos de deseo.

Me lo tendió y lo cogí con recelo. Aún estaba caliente. Quise darle las gracias, pero cuando bebí un sorbo esas ganas de evaporaron. Estaba horrible. Tragué con dificultad intentando poner buena cara.

—Mierda —dijo cuando vio mi cara—. Ya sabía que se me olvidaba algo. El azúcar.

—Aún se puede tomar —dije intentando que no se notara mi mala cara—. Gracias, nos vemos luego.

En realidad, esperaba no volver a verlo en lo que me quedaba de vida. Pero iba a ser complicado, teniendo en cuenta que vivíamos en la misma casa.

Pero si pensáis que eso quedó ahí, os diré que no. Ojalá, pero no.

Al salir, por la puerta a última hora, tenía tanta prisa que salí disparada, esperando poder coger el autobús que me llevara al trabajo Pero de nuevo mis intenciones se vieron frustradas cuando Brad se abalanzaba sobre mí. O mejor dicho, me lanzaba el café encima.

Joder, como quemaba.

—Mierda, mierda... —dije mientras me abanicaba con la mano, esperando que eso que veía rojo en mi pecho volviera a la normalidad cuanto antes. Dios mío, ¿pero de dónde habían sacado esa leche?

—Este llevaba azúcar —me dijo como si fuera algo importante. Lo fulminé con la mirada de nuevo. ¿De verdad había dicho eso?— ¿Te llevo?

Arqueé las cejas.

—¿Para qué? ¿Para qué me tires de la moto y me dejes tirada en la carretera? —Él hizo una mueca—. No, gracias. Prefiero ir en autobús. — Intenté alejarme pero él me rodeó la muñeca con la mano.

—Lo siento —dijo arrepentido.

—Nos vemos en casa —dije antes de irme de allí.

Estuve pensando en todo lo que había pasado aquella mañana mientras trabajaba. ¿Había sido demasiado dura con Brad? Él solo quería ayudarme y yo lo había tratado como a un felpudo. Pero, joder el café quemaba horrores. Aún sentía la piel irritada. Estuve pensando una disculpa mientras iba hacia casa. Me prohibí coger el metro, no quería verlo hasta saber exactamente qué es lo que iba a decir. Tenía que prepararlo bien.

Pero entonces lo vi en la puerta, mientras una chica lo abrazaba con fuerza. Él le recorría la espalda con la mano, como hizo conmigo el fin de semana pasado. Ella se separó lentamente y le rozó la mejilla con los dedos. Lo que más me dolió es que él no se apartó. Me quedé allí parada, esperando a que él diera un paso atrás, la apartara, o... cualquier cosa. Cualquier cosa menos lo que estaba viendo. Al final, la rubia cortó la distancia que los separaba y lo besó. Fue entonces cuando escuché el sonido de mi corazón romperse. Obligué a mis pies a moverse, aunque no querían. Obligué a mis ojos a no llorar, pero no es lo que necesitaban. Me apresuré a entrar dentro del edificio, pero hice lo peor que pude haber hecho en ese momento. Me giré.

Mi mirada se cruzó con la de Brad. No sé qué vio él en mis ojos, pero yo sí sé lo que vi en los suyos. Miedo y arrepentimiento. Eso es lo que más me dolió. Me obligué a girar la cabeza.

—Hope —me llamó—. Hope, espera. —Cerré con fuerza y subí corriendo las escaleras.

Ahora sabía lo que valían las palabras de Brad.

«Vamos despacio», había dicho. Y una mierda.

Brad no tardó en alcanzarme. Algo que no me sorprendió, teniendo en cuenta lo cansada que estaba. Pero por mucho que me llamara, no iba a girarme. Estaba decidido; desde esa misma noche que me pondría a buscar un piso nuevo muy lejos de allí para no tener que verlo nunca más... pero, un momento. ¿Por qué yo? Había llegado allí antes que él. Alex y David eran mis

amigos, no los suyos. El que tenía que irse era él y se lo dejaría claro en cuanto entráramos por la puerta.

—Hope —dijo tocándome el brazo.

—Suéltame —lo dije tan enfadada que no tardó ni un segundo en apartar su mano. Suspiró detrás de mí y yo abrí la puerta.

—Puedo explicártelo —dijo muy seguro.

—Oh, ¿de verdad? —pregunté mientras me giraba—. ¿Puedes explicarme porque Susana te estaba metiendo le lengua hasta la campanilla?

—Se llama Sam — dijo como si eso fuera lo único que hubiera escuchado, lo que, por cierto, me irritó todavía más. Apreté los puños con fuerza.

—¡Me importa una mierda como se llame! —exploté—. No tengo nada con ella, Hope. Vamos despacio, Hope —dije imitando su voz—. ¿Te crees que soy idiota?

—Si me dejaras explicarte... —reí sin ganas.

—No quiero escucharte —dije mientras me tapaba los oídos como una niña pequeña—. ¡Quiero que te vayas! ¡Qué recojas tus cosas y te largues de aquí!

—Mis compañeros que estaban sentados en el sofá nos miraban alucinados. Genial, solo les faltaban las palomitas.

—Hope, vamos —dijo mientras se llevaba las manos a la cabeza—, no seas así. Déjame que te explique...

—¡Qué no quiero! —grité—. ¡No quiero ninguna explicación que venga de ti! ¿Lo entiendes? —Quise marcharme, pero él me cogió de la muñeca—. Suéltame. —Pero no lo hizo—. ¡Qué me sueltes! —Estaba diciendo todos los tacos que me había estado guardando por meses.

— ¡No! —gritó él esta vez—. No te voy a soltar hasta que me escuches. Deja de compórtate como una cría.

—¿Cómo una cría? ¿Yo? —Ya sabía que me estaba comportando como una niña pequeña con una pataleta. No necesitaba que él me recordaba el ridículo que estaba haciendo.

Espero que ahora entendáis la razón por la que tenía ganas de estrangularlo. Con fuerza.

—¡Sí, joder! ¿Me quieres escuchar?

—¡No!

Se pasó las manos por la cara, exasperado. Estaba acabando con su paciencia. Genial. A ver si así me dejaba en paz de una vez.

—Lo que has visto abajo, no es...

—Como digas no es lo que parece no me hago responsable de mis actos, Brad. Lo juro.

Suspiró.

—Pero ¡es la verdad! —¡Genial!, ahora el que explotaba era él—. Sam ha venido a hablar conmigo, ella siempre ha querido algo más, pero yo nunca la he visto de ese modo y se lo he dejado claro en más de una ocasión. Quería que pasáramos la noche juntos, la he rechazado, Hope. De verdad. No lo he visto venir... Mira, no quería que esto pasara, ¿vale? Iba a contártelo en cuanto te viera, pero no contaba en que lo vieras tú antes.

—No te creo —dije un poco más calmada. En realidad si lo hacía, pero era más sencillo de ese modo. No quería tener nada que ver con él. Brad me volvía débil, y no quería eso.

—Hope, por favor...

—Márchate, y déjame tranquila —le pedí finalmente.

—No —dijo rompiéndome todos los esquemas. Él no quería nada conmigo, lo había dejado claro en el coche, ¿a qué jugaba?—. No voy a marcharme. Sé que no lo dices en serio.

—Sí que lo digo en serio —mentí.

—No. —Se acercó peligrosamente a mí, haciendo que mi corazón diera un vuelco.

Me aparté, pero él se acercó de nuevo.

—¿Por qué? ¿Por qué lo complicas todo, Brad? ¡Déjame tranquila! Haz tu vida y yo haré la mía.

—¡No! —gritó de nuevo.

—¿Por qué? —pregunté al borde del llanto.

—Porque te quiero, ¿vale? —me quedé petrificada. No lograba moverme y sentía que el corazón me bombeaba con fuerza en el pecho—. Nunca ha sido fácil acceder a ti. Siempre he sentido que tenía que protegerte. Te acompañaba a casa cuando veía que no podías caminar por tu propio pie. Cuando volví a verte... Nunca había pensado que nos encontraríamos de nuevo. Entonces conocí a esta Hope. A la que tendrías que haber sido siempre. Amable, simpática, algo gruñona —sonrió—, nunca pensé que me enamoraría de ti, pero lo hice. Lo hice y no me arrepiento.

Yo sentía las lágrimas por las mejillas. Negué con la cabeza.

—No puedes quererme.

—Lo hago, Hope. —Se acercó un paso y yo retrocedí otro. Aquello era

demasiado.

—Vete —dije de nuevo—, será lo mejor para los dos. Créeme. —Si no lo creía ni yo misma, ¿cómo lo iba a hacer él? Di media vuelta, pero no pude dar un paso más, ya que él me cogió de la mano y tiró de mí. Haciendo que nuestros cuerpos chocaran. Lo siguiente que supe era que me estaba besando. Envuelta en sus brazos me sentía protegida. ¿Quería eso?

La sensación de su boca sobre la mía era tal cual la recordaba. Dulce, suave... llevé las manos a su nunca y tiré de él un poco más sin dejar de besarlo. Quería sentirlo. Su mano se deslizó por mi espalda hasta que un ruido nos devolvió a la realidad, recordándonos dónde estábamos. Me separé, roja hasta las orejas. Me llevé el pelo a la cara, a ver si así evitaba que se fijaran en mí.

—¡Oh, por fin! —exclamó Alex mientras se levantaba del sofá. Lo miré con el ceño fruncido—. Me debes veinte pavos —le dijo a Olivia. Esta gruñó en respuesta.

Arqueé las cejas. ¿Había escuchado bien? Me giré hacia Brad y este se encogió de hombros.

—Espero que esto sea una broma —dije mientras me encogía de hombros.

—Claro, amor —canturreó Alex mientras se acercaba—, nunca jugaría contigo de esta forma. —Se llevó las manos al pecho y yo sonreí. Después se giró de nuevo hacia el sofá y señaló a Olivia—, pero me sigues debiendo veinte pavos.

Capítulo 40

*H*acía más de media hora que estaba dando vueltas en mi habitación. Me aterrorizaba bajar, pero lo que más miedo me daba era encontrarme a Brad. Después de nuestro espectáculo la noche anterior, nuestros amigos se habían puesto tan pesados que tuve que irme a mi habitación para evitar que siguieran recordándonos nuestro beso en la entrada. Si en algún momento me pareció algo bonito que recordar, sus bromas le quitaron toda la magia.

«Si sigues dando vueltas se van a dar cuenta que estás despierta. —Me dije a mí misma—, eso si no se han dado cuenta ya, que es lo más probable».

Seguí de ese modo un par de minutos más hasta que me dije que no podía ser tan malo. Debería enfrentarme a ello tarde o temprano. Cuando Brad se acercó por la noche a mi habitación hice algo ruin y rastrero. Me hice la dormida. Sí, lo sé. Patético. Sobre todo porque no pegué ojo en toda la noche. Una parte de mí tenía miedo que me dijera que olvidara todo lo que había pasado. La otra mitad estaba aterrorizada por lo que podría pasar si decidíamos seguir adelante. De una forma u otra, estaba aterrorizada.

Sin pensarlo demasiado, abrí la puerta.

«Vamos allá —me dije—. No puede ser tan malo».

Al bajar el primer escalón ya había pensado diez formas distintas de ir de nuevo hacia mi habitación. Pero no lo hice. La planta de abajo estaba totalmente en silencio, y por un momento temí que me hubieran dejado sola.

«Eso te pasa por tardar tanto».

No me dio tiempo a seguir con mi monólogo interior, ya que en ese momento vi la puerta abrirse. Jack entró corriendo, y detrás de él llegaron los demás. Me crucé de brazos. ¿De dónde venían? Brad pareció ver la duda en mis ojos. Se acercó a mí y me dio un suave beso en los labios que me hizo suspirar.

Al escuchar el «¡Oh...!» que todos soltaron a la vez me hizo preguntarme qué clase de amigos tenía.

—Esto no es una película —les recordé.

—Pero es tan bonito —dijo Olivia llevándose las manos al pecho.

—¿De dónde venís? —pregunté para cambiar de tema. Me negaba a ser el foco de atención de nuevo.

—Por mucho que no nos creas, amor —empezó a explicar Alex—, no hemos salido juntos.

—Tiene razón —dijo ahora David—. Yo he ido a sacar a Jack cuando aún estaban todos aquí. —Se encogió de hombros.

—El desayuno —dijo Brad mientras colocaba dos bolsas de papel encima de la encimera. Olivia puso los cafés al lado, por lo que deduje que habían ido juntos. Después me giré hacia Alex.

— ¿Y tú de dónde vienes?—le pregunté.

Él sonrió de medio lado.

—En realidad.... Vuelvo ahora. ¿Quieres saber lo que he hecho, amor? —Me tapé los oídos.

—No, gracias. —Me escapé en cuanto pronuncié esas palabras y Alex empezó a reírse.

Me senté en el taburete y Jack se subió a mi regazo. Lo acaricié mientras observaba la escena que tenía delante de mí. Alex y Olivia habían empezado a discutir de nuevo, David intentaba hacer de mediador y Brad se había escapado en cuanto vio que era la siguiente víctima. Se acercó a donde estaba yo y me rodeó la cintura con los brazos. Sonreí cuando noté sus labios en el cuello.

Ahora sí que podía decir que era feliz.

Después de mucho discutir, conseguí encontrar el conjunto adecuado. Olivia me había dicho un total de diez veces, sí, las había contado, que me pusiera el vestido verde que tenía olvidado en el fondo del armario. Y yo le recordé que si lo tenía olvidado era por algo. No me gustaba demasiado ese vestido, aun no entendía la razón por la cual me había decidido a comprarlo. No iba a escuchar los desvaríos de mi mejor amiga. Al final opté por ponerme unos pantalones negros que me quedaban perfectamente ceñidos y una camiseta que todavía tenía la etiqueta puesta. ¿Cuándo había comprado eso?

Brad y yo habíamos decidido tener una cita esa noche. Sí, una cita, ¿a que suena bien? Yo también lo creo. Me miré de nuevo en el espejo y me arreglé

un poco el pelo. Decir que estaba nerviosa era poco. Sentía ganas de vomitar, y un nudo en la garganta no me dejaba tragar con normalidad. Era la primera vez que salíamos como pareja. O al menos eso es lo que yo creía que éramos. No le habíamos puesto nombre a lo nuestro, pero no nos hacía falta. Ambos sabíamos lo que teníamos, no necesitábamos bautizarlo de ninguna forma en especial. Eso sí, si le decía a alguien que era una amiga ya podía ir recogiendo las cosas porque se las tiraría por la ventana.

Sin saber muy bien a dónde nos dirigíamos, fuimos andando hasta que, sin darnos cuenta, terminamos en la pizzería a la que fuimos la primera noche que salimos. Sonreí. Sin pensarlo dos veces, entramos y esperamos pacientemente a que nos dieran una mesa. Iba a ser una noche perfecta, o eso pensé hasta que vi a cierta modelo avanzar hasta nosotros. ¿Qué hacía allí? Ese sitio tenía más calorías de las que seguramente sabía contar.

—Hola —le dijo a Brad. La fulminé con la mirada. Sabía de sobra que yo estaba allí y aun así tenía cara de querer lanzarse a su cuello. Brad me atrajo más hacia él, pero eso no me tranquilizó. Esa chica no me gustaba. Nada.

—Susan —dije de pronto haciendo que me fulminara con la mirada—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He quedado para comer aquí con unos amigos. ¿Sabéis si sirven ensaladas?

—Ni idea. Pero seguro que en una pizzería también venden ensaladas. —Se me escapó. Noté como Brad se reía a mi lado y me relajé.

—Bueno. ¿Vosotros habéis venido a buscar la cena? Que buena compañera de piso eres, que acompañas a Brad para que no se pierda. —La furia empezó a invadirme. Si no fuera porque Brad me sujetaba a su lado...

—En realidad —intervino Brad—, creo que no os he presentado oficialmente. —La rubia sonrió mostrando sus fabulosos dientes y yo solo pensaba en como arrancárselos uno a uno—. Sam —recalcó su nombre y yo hice una mueca. Sinceramente, me daba igual como se llamara—, te presento a Hope, mi novia. —Si llego a estar bebiendo algo me atraganto. ¿Y lo decía así, sin más? Miré a Brad que sonreía y no pude evitar hacerlo yo también. Su amiga se había quedado boqueando como un pez.

—Pero... —empezó— eso no puede ser. Me besaste el otro día.

—No, fuiste tú la que me besaste a mí, Sam. No quieras hacerme quedar mal delante de Hope. Bastantes problemas me diste ya como para querer liarme otra vez. Te agradecería que no volvieras a hacerlo. —A lo lejos, vi que el

camarero de la otra vez nos hacía un gesto con la mano para que lo siguiéramos—. Y ahora, si nos disculpas, hemos venido a cenar. —Me puso la mano en la espalda y fuimos a sentarnos.

—Nos vemos, Susan. —Brad empezó a reírse a mi lado y yo pude respirar tranquila. Esperaba no volver a ver a esa chica en mi vida.

Pasamos una velada digna de una novela romántica. De estas ñoñas que tienes que dejar de leer porque están empezando a darte arcadas. Nos pasamos toda la noche lanzándonos miraditas, rozando nuestras manos..., solo nos faltó darnos de comer el uno al otro. Pero tenía un límite. Esa noche fui más rápida que él y pagué la cena, recordándole que aún le debía una, no le hizo demasiada gracia que pagara por los dos, pero no discutió.

Era casi medianoche cuando llegamos a casa. Sabía que Olivia había salido con sus nuevos compañeros de piso, para conocerse un poco más, o eso es lo que había dicho ella. No tenía muy claro si creerla o no. Alex y David no tenía ni la menor idea de dónde estaban. Entramos por la puerta besándonos. No habíamos parado desde que habíamos entrado en el ascensor. Parecíamos dos adolescentes. Subimos las escaleras tropezando cada dos escalones mientras él me quitaba la camiseta y la lanzaba hacia atrás. Pasé mis manos por su espalda e hice lo mismo. No se resistió demasiado. Se la quité y la solté como si quemara. Cuando mis amigos vieran nuestras camisetas tiradas por ahí no quería ni imaginar qué pensarían. Pero no quise pararme en eso, así que centré toda mi atención de nuevo en Brad y en lo bien que me sentía al besarlo.

Llegamos a la planta de arriba sin aliento. Se recostó contra la pared y me atrajo hacia él, haciendo que mi pecho chocara contra el suyo.

—Nos pueden ver —dije en voz baja contra su boca. Brad sonrió y me llevó a su habitación sin dejar de besarme.

Cerró la puerta con el pie mientras se quitaba los zapatos. Yo hice lo mismo con mis botas, pero estaba tan acostumbrada a quitármelas cuando llegaba a mi habitación, que de un rápido movimiento ya había conseguido liberar mis pies. Lo que no tenía tan claro era que pudiera quitarme ese dichoso pantalón.

—Deja que te ayude —soltó Brad con voz roca. Desabrochó el botón que quedaba y tiró de la prenda hacia abajo mientras daba besos húmedos en el muslo. Jadeé sin querer y noté que Brad sonreía. Hizo un recorrido de besos hasta mi rodilla y después volvió a subir cuando conseguí deshacerme de la prenda. Me besó por el interior de la pierna y siguió subiendo.

—Brad... —susurré.

Llevó las manos a mis nalgas y me apretó más contra él haciendo que jadeara de nuevo. Pasó sus dedos calientes por mi vientre y lo escuché suspirar. Volvió a ponerse a mi altura y me alzó. Le envolví la cintura con las piernas y me dejé llevar mientras no dejaba de besarlo. Pasé las manos por su espalda memorizando cada línea de su cuerpo.

Nos dejamos caer contra el colchón que chirrió dándonos la bienvenida y no pude evitar reírme. Brad me pasó la lengua por el cuello y me estremecí. Sus labios encontraron de nuevo los míos y desabroché sus pantalones con prisa, haciendo que él sonriera contra mi boca. Sus dedos recorrieron mi piel con suavidad, haciendo que me estremeciera hasta llegar a mi pecho, que presionó pasando el pulgar por la fina línea que unía el sujetador con mi piel. Cuando por fin logré quitarle los pantalones, Brad se dejó caer haciendo que jadeara cuando su cuerpo chocó con el mío.

Esa noche me dejé llevar y fue la mejor noche de mi vida.

Capítulo 41

*M*e desperté con alguien rozándome la espalda con los dedos. No quería salir de la cama, pero en algún momento debería hacerlo. Me quedé algunos segundos más disfrutando de su contacto. Aún seguía desnuda y no me importaba. Las anteriores veces, cada vez que me había acostado con alguien, me había ido en mitad de la noche, o sencillamente no me había quedado el tiempo suficiente para que me preguntaran si quería quedarme a dormir.

Observé que Brad me sonreía y me acerqué más a él, dejando caer la cabeza en el hueco de su cuello. Aspirar su aroma me recordó que eso era real, que estaba a su lado. Me pasó la mano por los brazos y me apretó más contra él, besándome en la frente. Quería llorar. Todo era tan bonito que tenía la impresión de estar dentro de una burbuja a punto de explotar. Deslicé la yema de los dedos por su pecho, recorriendo una y otra vez esas líneas de las que había podido disfrutar la noche anterior.

Los rayos de sol se filtraban por la persiana entreabierta. No quería tener que bajar, no quería irme de allí.

—Buenos días —murmuró contra mi pelo. Me separé de él y acerqué los labios a los suyos.

—Buenos días. —Poco después, nuestros labios volvieron a juntarse una y otra vez. Brad se colocó encima de mí y fue bajando lentamente desde mi boca hasta mi cuello... Cuando tocaron a la puerta pensé que me iba a dar un infarto.

—Chicos —nos llamó Alex desde el otro lado. Brad maldijo y yo me eché a reír—. No quiero saber lo que estáis haciendo, pero vamos a ayudar a Olivia a llevar las cosas a su piso. Más os vale que estéis listos en cinco minutos. —Dicho esto se fue. Dejándonos solos de nuevo.

Brad se dejó caer de nuevo a la cama y suspiró.

—Será mejor que nos demos prisa —dije mientras me incorporaba en la cama. Brad se acercó de nuevo hacia mí y me pasó las manos por la cintura.

— ¿Estás segura? —preguntó antes de mordisquearme el lóbulo de la oreja.

—Pues no —logré decir, haciendo que se riera—, pero no quiero que Alex venga de nuevo y entre.

Al parecer mis palabras le convencieron, ya que me soltó a regañadientes. Me puse las braguitas y una camiseta de Brad que encontré tirada en el suelo y salí de allí antes de que me arrepintiera.

Bajé las escaleras unos minutos después. La ducha me había sentado de maravilla. Alex me lanzó mi camiseta a la cabeza cuando llegué, con un gesto divertido.

—Espero que no hicierais guarradas aquí —dijo riéndose—. Me encanta ese sofá. —Le di un empujón cuando llegué a su lado. Él me sirvió una taza de café y se dio media vuelta—. Cuando venga tu novio nos largamos.

Brad bajó poco después, tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no saltar hacia él. De su cabello moreno caían pequeñas gotas de agua que provocaban que los hombros de su camiseta estuvieran mojados.

—Deja de comértelo con la mirada —dijo Alex, de nuevo a mi lado, haciendo que me sobresaltara y después empezó a reírse mientras se alejaba.

La mudanza fue larga y pesada. Como Olivia había dejado el coche la noche anterior en su nueva plaza de aparcamiento, tuvimos que llevar todas las maletas en el coche de Alex hacia su nuevo piso. David, Brad y yo estábamos apiñados en el asiento de atrás. Alex conducía y Olivia iba su lado dándole indicaciones. Podéis imaginar cómo terminó el viaje. Con Olivia enfadada y Alex a punto de parar el coche y hacernos bajar a todos. Desde mi asiento, desee que toda aquella tortura terminara rápido.

Ayudé a llevar algunas cosas hasta arriba utilizando el ascensor, todo sea dicho. No pensaba subir andando. El nuevo apartamento de Olivia era muy bonito, de una sola altura, pequeño pero acogedor. Sus dos compañeros nos dieron la bienvenida en cuanto cruzamos el umbral de la puerta. La primera que se presentó era Ana, una chica menuda, de cabellos rojizos y mirada soñadora. Supe que iba a caerme bien desde el mismo momento en que la vi. Sus ojos eran azules con motas doradas y tenía la nariz salpicada de pecas. Su compañero se presentó como Héctor, un chico que me pareció muy simpático, y no me pasaron desapercibidas las miradas que se dirigían él y Olivia....

Como tampoco lo fueron las miradas de odio que les lanzaba Alex. Héctor era un chico alto de ojos azules y cabello negro, que parecía estar en buena forma.

Nos quedamos algún tiempo charlando con ellos, pero no tardamos demasiado en irnos de allí. Abracé a Olivia antes de marcharme y le prometí que la llamaría por la noche. David y Alex se fueron en coche, pero Brad y yo decidimos regresar dando un paseo. No estaba tan lejos y así podríamos despejarnos un poco.

—Parecen buena gente —me dijo Brad una vez nos pusimos en marcha. Asentí.

—Sí —admití—, me alegra saber que Olivia ha encontrado un buen sitio en el que quedarse.

Nuestra intención era ir directamente hacia casa, pero al final nos liamos y decidimos ir a otro sitio. Nos pasamos horas vagando por las calles. Comimos en el primer sitio que se nos ocurrió y horas después aún no habíamos vuelto a casa.

No supe cuando tiempo había pasado cuando las primeras gotas empezaron a caer. Poco después, la fina lluvia nos empapaba. Empecé a reírme cuando Brad me cogió de la mano y empezó a correr. Antes de llegar a la puerta de nuestro apartamento. Brad me alzó y llevó sus labios a mi oído.

—Baila conmigo, Hope —susurró y empezó a dar vueltas. Yo me agarré a su cuello sin dejar de reír. Una vez me soltó, me hizo girar y me atrajo de nuevo hacia él, mientras nuestros pies no dejaban de moverse.

Dejé de vernos a nosotros, y vi a dos niños pequeños, una niña rota y a un chico que intentaba unir todos los trozos; cogidos de la mano, dando vueltas bajo la lluvia. La niña que hacía tiempo que no sonreía lo hizo cuando empezó a sentir como la lluvia caía sobre ella sin parar. Y el pequeño sonrió feliz cuando vio lo que había conseguido.

Me agarré a Brad con todas mis fuerzas, como si temiera que se evaporara. Dándole las gracias en silencio por estar siempre ahí, por hacer que sonriera en los peores momentos. Poco a poco, se fue acercando a mí, y sus labios presionaron los míos. Aún no me había acostumbrado a la sensación que me provocaban sus besos. Le mordí el labio y él sonrió.

—¿Es cómo habías imaginado? —por un momento no supe de que hablaba, hasta que recordé nuestra conversación, semanas atrás. Nunca pensé que se acordaría.

—No —dije mientras me acercaba—, Es mucho mejor —admití feliz. Él

miró el reloj que llevaba en la muñeca mientras la lluvia no dejaba de caer sobre nosotros.

—¿Quieres que nos quedemos un rato más? —preguntó mientras me abrazaba. Asentí contra su pecho—. ¿Hasta medianoche?

—Hasta que amanezca —dije mientras cerraba los ojos.

Me apretó más contra su cuerpo mientras miraba como caía el agua. Parecía que todo él tenía que ver con la lluvia.

Epílogo

Unos meses después.

—*A*lex —dije algo irritada—, ¿puedes dejar a Jack tranquilo? —Él bufó—. En serio, eres peor que un crío.

—¿Qué? —preguntó—. Estoy seguro que le gusta.

—No creo que a un perro le guste que lo tires a la piscina, ¿sabes? —dije mientras me cruzaba de brazos.

Era principios de verano cuando decidimos que todos nosotros merecíamos unas vacaciones, así que nos pusimos de acuerdo para hacer coincidir nuestros días de fiesta. Gracias a mi padre tuvimos la idea de quedarnos en su casa, bueno, en *nuestra casa*, a pasar unas semanas y disfrutar un poco del verano. Como Olivia y Brad también vivían en Bristol aquello les pareció una idea genial. Yo había perdonado a mi padre, pero Alex aún no conseguía olvidar todo lo que le había contado. Entendía por qué lo había hecho, pero no lo compartía. Después de unos días, las cosas parecieron mejorar, y ahora mi padre y él sonreían mientras preparaban unas hamburguesas.

Habíamos decidido hacer una barbacoa en nuestra casa con los padres de Brad y los de Olivia. Si alguien me hubiera dicho hace unos años que esto pasaría no me lo habría creído. Mi padre había cambiado mucho a lo largo de estos meses y no era la primera barbacoa que hacían juntos. Sí, yo me quedé con la misma cara cuando me lo contaron.

En un principio solo íbamos a venir nosotros, pero al final, después de mucho discutir, Paula también nos acompañó, pues, al parecer, era la que más disfrutaba. Mi padre nos dijo podíamos quedarnos todos allí si queríamos, ya que había habitaciones de sobra para todos. Hasta se ofreció a comprar unos colchones inflables por si queríamos dormir todos en la misma habitación.

Estaba observando el ambiente cuando sentí que algo me chupaba la pierna.

—¿De dónde ha salido este perro? —preguntó Brad cuando llegó mi lado. Yo me encogí de hombros. En ese momento vi que Paula salía corriendo y se tiraba a la piscina. negué mientras sonreía, esa niña no cambiaría nunca. Alcé la mirada y me topé con la de Alex.

—Ni hablar —dijo mientras se alejaba—, ni se os ocurra pensar en llevárnoslo. —

Reí al ver la expresión aterrorizada de Alex.

Poco después, el pequeño cachorro se fue corriendo hacia mi padre, que lo alzó y sonrió cuando empezó a chuparle la cara. Aún no me acostumbraba a escuchar su risa, al verlo sonreír, y al hablar con él como siempre había deseado hacerlo.

—Parece que ya ha encontrado un hogar —dijo Brad mientras me rodeaba la cintura con los brazos. Asentí.

Durante los últimos meses, habíamos estado viniendo algún que otro fin de semana al mes, y veía como él, poco a poco, se iba recuperando. Iba convirtiéndose en el padre que siempre esperé que fuera. Nuestra casa también había cambiado. Ahora parecía mucho más cálida y acogedora. Había colocado fotos de mi madre en alguna de las paredes, y otras más que ni siquiera sabía que existían. También habíamos hecho muchas nuevas, y ahora había fotos más junto a mi padre en más de un rincón de la casa.

—Parece que el viejo Tom ha vuelto —me comentó un día Bob, el padre de Brad. Y tenía razón, mi padre había vuelto, y ahora, por fin al ver todas las personas que me rodeaban, podía decir que tenía una familia.

Esa noche, decidí subir al tejado como cuando era pequeña, pero a diferencia de aquellos días, en esa ocasión era por unos motivos totalmente diferentes. Me recosté en el pecho de Brad mientras observaba las estrellas brillar en el cielo.

—Espero que no hagáis que me arrepienta de haberos dejado subir ahí arriba —gritó Alex desde mi habitación, no pude evitar reírme.

—Déjalos —escuché que le decía Olivia.

—Claro, y que se maten. Amor, más te vale que bajes de ahí de una sola pieza, ¿me oyes? —Me reí—. ¡Y tú! —dijo esa vez dirigiéndose a Brad—, más te vale que no se caiga.

—Tranquilo —gritó Brad a mi lado—, no pasará nada.

Escuché a Alex murmurar algo pero no pude enterarme ya que cerraron de nuevo la ventana. De pronto vi que Brad se movía y que me tendía algo.

En mis manos tenía un tarro de cristal, un tarro que me era sumamente familiar. Pero esta vez no estaba vacío. Tenía un montón de luces encendidas en su interior.

—Puede que no sean estrellas —me susurró al oído—, pero siempre puedes imaginar que lo son e iluminar tus noches.

Sonreí mientras observaba el tarro de cristal iluminado, y de fondo, escuché como las campanas anunciaban que era medianoche.

(Sigue leyendo, la historia no ha terminado)

Eh, eh, espera. Ahora me toca a mí explicarte parte de mi historia. Creo que es lo justo, ¿no? Pues atentos, porque esto promete. ¿Qué quién soy? Bueno, esto lo descubriréis en el momento adecuado...

—Alex, déjate de chorradas.

—Gracias por joderme el efecto sorpresa, amor.

Escena extra

Alex

Desde el primer momento en que la vi que supe que esa chica iba a traerme problemas. Nunca pensé que algo tan pequeño pudiese contener tanta furia en su interior. La vi entrar con esa elegancia tan suya en nuestro piso, mirándolo todo con curiosidad, hasta que su mirada se cruzó con la mía.

Fue en ese momento cuando supe que estaba perdido. ¿Quién era esa chica y por qué estaba en mi salón?

—Esta es Olivia —explicó Hope, nuestra nueva compañera de piso. Pero yo había accedido a tener una nueva compañera no a dos—. Ha venido de visita este fin de semana, espero que no os importe. Ella nunca avisa cuando viene, ¿verdad, Oli? —dijo dirigiéndose a su amiga.

Me crucé de brazos y la observé. El cabello negro le caía suelto por la espalda y dirigía una mirada de reproche hacia Hope. Sonreí divertido.

Iban a ser unos días interesantes.

Desde ese momento no pude dejar de pensar en esa chica morena, terca y malhumorada. Aunque claro, solo parecía pagar su malhumor conmigo, ya que con David y Hope parecía otra persona. Con ellos sí parecía sonreír. A mí solo me dirigía miradas de odio que no entendía a que venían. Desde ese momento nos convertimos en enemigos. Mi meta en la vida era hacerla rabiar, y para ella lo más importante en esta vida era tocarme los cojones. Sí, he dicho cojones, ¿qué pasa? Perdonad, pero es que esa chica saca lo peor de mí. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Olivia hacía todo lo posible por amargarme la existencia desde que había aparecido en mi vida. Algunas veces parecía esa amiga simpática que decía Hope que tenía, pero la mayor parte del tiempo no la soportaba. En cuanto entraba por la puerta ya quería que se largara de mi casa. Y como nunca avisaba cuando venía, no había manera de decirle que no la quería en mi apartamento. ¿Tan difícil era avisar? Por lo visto sí.

Por esa razón, cuando dijo que se mudaba a Manchester casi consiguió que me atragantara con la comida. ¿Había escuchado bien? Daba gracias que estaba buscando otro piso en el que quedarse que no fuera este. Porque quería que se fuera, ¿verdad? Lo que había pasado meses atrás había sido un error, un error que no se volvería a repetir. Del que me arrepentía tanto como ella.

Lo que tampoco esperaba era que se hiciera tan amiga de nuevo compañero de piso. Me fui de allí hecho una furia, repitiéndome que para mí, Olivia no significaba nada.

No iba a conseguir confundirme.

La quería fuera de mi vida. O al menos eso intentaba decirme la mayor parte del tiempo.

© 2019, Laure Ever

Primera edición en este formato: julio de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-29-9

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.